

A woman with short reddish-brown hair, wearing a dark, heavy coat, is seen from behind as she descends a concrete staircase. The scene is dimly lit with a blueish-green tint. The walls and steps are splattered with dark red blood. The overall mood is dark and ominous.

**RACHEL
ABBOTT**

Las mujeres no matan
a sangre fría... salvo
si tienen un buen
motivo para hacerlo.

**SOLO
LOS
INOCENTES**



Las mujeres no matan a sangre fría... salvo si tienen un buen motivo para hacerlo.

El multimillonario y filántropo Hugo Fletcher aparece brutalmente asesinado en su lujosa casa de Oxfordshire. Tras las primeras investigaciones, no queda lugar a dudas de que el asesino es una mujer.

Se hace cargo del caso el

detective Tom Douglas, y comienza a adentrarse en el lado oscuro de la personalidad, aparentemente intachable, de la víctima. Pronto se da cuenta de que todas las mujeres con las que se relacionaba ocultan algún secreto: desde Laura, su segunda esposa, hasta Alex, su hija adolescente, o Jessica, su secretaria, todas se refugian en evasivas y mentiras

acerca de la Fundación Allium y la vida personal de la víctima. Cuando por fin sale a la luz la terrible verdad que se esconde tras las obras benéficas de Hugo Fletcher, Tom se enfrentará al terrible dilema de si castigar a los culpables o proteger a los inocentes.



Rachel Abbott

Solo los inocentes

ePub r1.0

xelenio 04.12.13

Título original: *Only the innocent*

Rachel Abbott, 2011

Traducción: Esther Roig Jiménez

Editor digital: xelenio

ePub base r1.0



Para Dodo,
por brindarme el amor
de las palabras

Prólogo

A través de las altas ventanas se filtraba un sol resplandeciente que inundaba todas las superficies con su luz deslumbrante. Todos los rincones de la habitación estaban bañados por un suave brillo ambarino que realzaba sus elegantes proporciones en todo su esplendor. Un desastre. Lo

único que no había calculado era un día soleado.

El impacto máximo: eso era lo que pretendía. La ropa, el pelo, las joyas; su cuidado por los detalles había sido impecable, y cualquier nota falsa influiría en la percepción que tendría él de su credibilidad. Pero en lugar de completar la ilusión con una iluminación sutil y sombras que crearan ambiente, la habitación se parecía más a un escenario iluminado. Estaban en

Londres, a finales de octubre. Se suponía que debía llover.

No sabía qué hacer. ¿Cerrar las cortinas, quizá? No. Nunca funcionaba. Era demasiado evidente, y a él no le gustaría. Pero se le acababa el tiempo, y debía pensar con rapidez. Lo ajustó todo en un momento hasta que le pareció que no podía estar mejor. Giró un sillón de orejas de piel para colocarlo casi de cara a la puerta, lo suficiente para

poder verle el rostro sin volver la cabeza. Pero no de frente; eso la dejaría sin lugar donde esconderse. Y, por supuesto, la luz de la ventana tenía que quedar detrás de ella para que su cara quedara en sombra y disimulara cualquier cosa que sus ojos revelaran sin querer.

Ya había acabado con los preparativos. Solo le quedaba esperar y pensar en la inevitabilidad de lo que estaba a punto de suceder.

Todos los músculos de su cuerpo estaban en tensión y tenía los hombros rígidos. Se obligó a relajarse. Oyó el ruido de un coche que se detenía y una puerta que se cerraba antes de que el automóvil arrancara de nuevo. Se miró rápidamente al espejo para asegurarse de que todo estaba perfecto, y se alarmó cuando advirtió que sus ojos delataban su torbellino interior. Respiró hondo y reprimió los pensamientos e imágenes

que se agolpaban en su cabeza, esforzándose por recuperar la compostura.

Durante unos minutos no escuchó nada más, pero sabía que él estaba en la casa. No se oían pasos; la gruesa moqueta de pelo corto que cubría el suelo del vestíbulo y la escalera hasta el tercer piso sofocaba todo ruido. Sin embargo, él se acercaba al dormitorio. Cada una de las terminaciones nerviosas de su cuerpo se lo decía.

La puerta se abrió lentamente, pero él permaneció en el umbral con una expresión inescrutable. Durante unos instantes no pronunció palabra, y ella le sostuvo la mirada con firmeza. No se podía negar que era guapo. El traje negro a medida le sentaba de maravilla a su cuerpo esbelto, y sus cabellos salpicados de gris estaban tan immaculados como siempre. Parecía exactamente el hombre de

éxito que era. Saltaba a la vista por qué lo adoraban los medios.

Por fin el hombre sonrió, insinuando apenas con la curva de los labios un indicio de la victoria que sin duda sentía. El corazón de ella dio un vuelco, pero sus ojos no vacilaron.

—Sabía que vendrías. —
Calló y la observó de arriba abajo. No tenías elección, claro—. Asintió como si estuviera satisfecho consigo mismo. —Estás perfecta.

Ella sabía que no podía permitirse ningún error y había elegido la ropa con esmero: una falda negra de piel hasta la rodilla, con medias negras brillantes, y un top blanco de punto con cuello de pico, diseñado para ajustarse a sus pechos y ofrecer apenas un atisbo de lo que había debajo. Tenía las piernas cruzadas con elegancia, mostrando una pizca de muslo, y sus joyas de oro sencillas pero elegantes completaban la

imagen. Parecía complacido. Había pasado la primera prueba, y rezó para ser capaz de mantener a raya las emociones solo un poco más.

—¿A qué vienen los guantes? —preguntó él, fijándose por primera vez en los guantes negros de seda hasta el codo.

—Pensé que te gustarían.

Él sonrió de nuevo, y ella supo que se burlaba de ella.

—Y acertaste.

Señaló la cubitera que ella había dejado sobre la consola de mármol, junto a dos copas de champán.

—¡Champán! Veo que estamos de celebración. — Chasqueó la lengua con alegría.

Ella se incorporó hacia delante y sirvió un poco del líquido de pálidas burbujas doradas en cada una de las copas, procurando que no le temblara la mano. Él se acercó a la mesa, agarró una

y dio un sorbo con cautela.

—Es delicioso, pero no es buena idea. No creo que debamos atontarnos, ¿no te parece? —Dejó la copa con cuidado sobre la mesa y la miró a los ojos—. Has tomado la iniciativa. Eso es bueno. ¿Significa esto que hoy te pones al mando?

Ella se levantó y caminó con decisión hacia él sobre los tacones de aguja que se hundían en la moqueta. Sabía exactamente lo que quería, y le rozó la mejilla

con un dedo enguantado.

—Sí. Espero que estés listo.

No necesitaba esperar a escuchar su respuesta. Lo único que tenía que hacer era sonar autoritaria; sabía que él obedecería.

—Quítate la ropa. Toda. Luego tumbate en la cama y espera a que esté lista.

Se le empequeñecieron los ojos, pero ella sabía que estaba complacido.

—¿Y qué me vas a hacer? —preguntó,

fingiendo una frialdad que evidentemente no sentía ya.

—Por ahora, solo voy a mirar. —Se obligó a mirarlo a los ojos. Le brillaban de excitación, aunque su cara seguía delatando poca o ninguna emoción. Había visto antes aquella expresión y sabía lo peligrosa que podía ser. Apartó el miedo hacia un rincón de su mente.

Él cruzó la habitación y se desnudó despacio frente a ella, sin dejar de mirarla. Dobló y colocó con cuidado

cada prenda que se quitaba sobre una silla hasta quedar completamente desnudo. Como siempre, la sensación de lo desconocido lo excitaba y lo único que deseaba ella era apartar la mirada.

—¿Y ahora? —preguntó.

—Túmbate, como te he dicho —contestó ella, levantando un poco la voz ahora que se sentía más segura.

Con un paso orgulloso que delataba lo consciente

que era de su cuerpo casi perfecto, él se dirigió a la cama con dosel del centro de la habitación. La espalda ligeramente bronceada, las nalgas musculosas y los largos y firmes muslos podrían haber sido los de un hombre de la mitad de sus años. Se volvió y se tumbó en la cama con una sonrisa de triunfo.

—Estoy listo. —Un deseo apenas contenido le volvió la voz más grave y ella disimuló un escalofrío.

—Mira lo que tengo para ti —dijo, con una sonrisa que esperaba que resultara convincente.

Del bolso sacó cinco pañuelos de seda a juego, de un color carmesí oscuro.

—Tu color favorito.

Él empezó a humedecerse los labios de excitación. Sus rasgos se habían transformado en una expresión casi animal, con los labios hinchados de deseo y brillantes de expectación.

Ella se acercó a la cama y ató con cuidado y habilidad primero los brazos y luego las piernas a cada uno de los cuatro postes de madera de la cama. Tomó el último pañuelo y dudó solo un segundo.

Con una inhalación rápida y enderezando decididamente la columna, avanzó hacia la cabecera de la cama.

—Hoy va a ser especial. No quiero que veas nada hasta el último minuto.

La sonrisa con la que él respondió expresó algo más que un poco de autosuficiencia. Sin duda estaba convencido de que ella solo aspiraba a darle placer.

Sin decir palabra, le vendó los ojos con el pañuelo y luego se dirigió hacia la puerta.

—Ahora ¿qué pasa? — preguntó él con una voz apenas reconocible, mientras su cuerpo desnudo mostraba la excitación.

Ella lo miró y se obligó a responder.

—Ahora te toca esperar. Te prometo que será mejor de lo que te imaginabas.

Entró rápidamente en el lujoso baño anexo al dormitorio principal. Se desprendió de la ropa en unos segundos y se puso el traje con cuidado, sin quitarse los guantes negros largos en ningún momento. En menos de tres minutos estaba lista.

Al volver a entrar en el

dormitorio, vio que su excitación no había disminuido en absoluto: la expectativa simplemente había aumentado su pasión. Pero un matiz de incertidumbre se deslizó en su voz cuando percibió el ligero roce que ella producía cuando se movía y, después, el casi imperceptible ruido de dos objetos que ella colocó, uno tras otro, sobre la mesita.

—¿Qué llevas puesto?

Creía que sería seda.

Ella movió las manos enguantadas hacia el pañuelo que le vendaba los ojos y lo bajó con rapidez y firmeza hasta la boca, donde lo sujetó con más fuerza.

Él pestañeó un poco y la observó, a ella y a su traje. Su excitación había llegado hasta tal punto que tardó unos segundos en entender lo que veía, y entonces intentó gritar en vano mientras la miraba fijamente con una expresión de horror.

La máscara que llevaba

dejaba solo los ojos al descubierta, y éstos rebosaban de una mezcla de sentimientos demasiado complejos para interpretarlos. Únicamente los pocos que la conocían bien podrían haber reconocido el más significativo: el de una determinación total.

Ella estiró la mano hacia la mesilla, donde hacía un momento había dejado una jeringuilla. Con una inhalación rápida le separó

los pelos oscuros de la ingle con una mano enguantada, y entonces clavó la aguja tan profundamente como pudo. Un gemido sofocado fue lo único que se oyó mientras él forcejeaba en un esfuerzo inútil por liberarse. Ella sabía que la jeringuilla no le había hecho mucho daño, pero también que él entendía lo que representaba.

Y entonces se quedó quieto.

1

El inspector jefe Tom Douglas miró por la ventana de su apartamento mientras recogía lo que necesitaba, moviéndose con rapidez por la habitación. Normalmente la vista de Greenwich al otro lado del ancho y fangoso río le proporcionaba un gran placer, pero en aquel momento necesitaba concentrarse y no perder el

tiempo contemplando el panorama.

Había sido una estupidez tomar un par de copas de vino durante el almuerzo, pero ¿cómo iba a saber que su primer gran caso con la Policía Metropolitana se presentaría precisamente en uno de sus días libres? La ley de Murphy, sin duda. Su rendimiento en los próximos días debía resultar impecable, y necesitaba ganarse el respeto y la confianza de su nuevo

equipo. Sin duda, habría preferido no empezar pidiendo que le mandaran un coche a recogerlo porque había bebido durante el almuerzo.

Echó un vistazo para asegurarse de que no olvidaba nada, aunque tenía tan asimilado su mantra de «móvil, llaves, cartera, bloc, placa» que no le parecía probable. De todos modos, comprobó varias veces que llevaba todo consigo. Cerró con un portazo, bajó

corriendo los seis tramos de escaleras y llegó al gran portal del edificio en el mismo momento en que un coche azul oscuro doblaba la esquina y se detenía de golpe. Tom abrió la puerta y cuando subió reconoció a Becky Robinson, su nueva sargento, al volante. El vehículo se puso en movimiento antes de que tuviera tiempo de abrocharse el cinturón.

—Lo siento, Becky.
Lamento haberte hecho

venir hasta aquí —dijo Tom.

—No se preocupe. Vive en un sitio muy elegante, si me permite decirlo.

Tom se volvió ligeramente en el asiento para mirar a Becky. No estaba seguro de si aquello era un mero comentario o una forma de obtener información, pero los cabellos oscuros y brillantes de la chica le caían hacia delante tapándole la cara, y no supo interpretarlo. No le apetecía nada explicar por

qué un policía, y por añadidura un policía divorciado, podía permitirse vivir en un piso caro del centro de los Docklands. Aquel no era el momento ni el lugar.

Por suerte, Becky estaba concentrada conduciendo de forma resuelta, alternando acelerones rápidos con frenazos bruscos. Le esperaba un trayecto accidentado y prefería no distraerla.

—¿Crees que puedes

conducir y hablar al mismo tiempo, Becky?

—Por supuesto. El tráfico es un poco denso, pero puedo sortearlo sin problemas.

Tom no lo dudaba, pero le alivió ver que no necesitaba mirarlo para hablar con él.

—Bien, ¿qué sabemos? Cuando me han llamado por teléfono solo me han hablado de una «muerte sospechosa» y de que me la habían asignado. Sé que el

incidente ha tenido lugar en el centro de Londres, de modo que imagino que es allí adonde nos dirigimos.

—Sí. Al corazón de Knightsbridge. La víctima es nada más y nada menos que Hugo Fletcher. Está muerto. Obviamente. Los primeros agentes en llegar han dicho que parecía que podía ser un asesinato, pero no podían asegurarlo. Es todo lo que sé por el momento.

Becky dio un volantazo brusco a la izquierda para

esquivar un taxi negro y apretó la mano con fuerza sobre el claxon. El conductor le enseñó el dedo corazón, y Tom no pudo evitar sentir cierta simpatía hacia él, a pesar de los comentarios en voz baja de Becky sobre los taxistas.

Para no poner en peligro su integridad física, se guardó sus pensamientos un rato. Hugo Fletcher, ni más ni menos. Menuda forma de empezar su carrera en la Policía Metropolitana. Como

todo el mundo, sabía algo de la vida pública de la víctima. Los medios nunca se cansaban de hablar de él, y la gente de la calle lo consideraba una especie de semidiós. Pero, en realidad, Tom sabía poco acerca de su vida privada. Recordaba que tenía una esposa a la que hacía unos años había presentado con orgullo —y, en opinión de Tom, patéticamente— como su «alma gemela». Pero después se difundieron

habladurías sobre ella que no podía recordar, y ahora ya no interesaba para nada a los medios.

Sería una pesadez. Aquel caso alcanzaría mucha repercusión, y tendrían que aguantar un sinfín de preguntas absurdas de la prensa. La gente le preguntaba a menudo cómo se las arreglaba para comunicar a los familiares la peor noticia posible, pero al menos podía darles su pésame, y no metía un

micrófono debajo de la nariz de un pariente afligido para preguntarle cómo se encontraba.

El tráfico había empeorado y Becky no tenía más remedio que avanzar a paso de tortuga, de modo que a Tom le pareció seguro hacerle un par de preguntas.

—¿Quién lo encontró?

—La mujer de la limpieza. Nos espera en la casa para hablar con nosotros, pero tengo entendido que resulta

bastante incoherente. El comisario Sinclair está en Bath, en una de sus bodas fastuosas, y han mandado un coche para recogerlo y llevarlo directamente al escenario. Me ha pedido que sea el enlace con la familia en este caso, dada la repercusión. Lo hice mil veces antes de que me ascendieran, así que no hay ningún problema.

—¿Hemos localizado al familiar más cercano? — preguntó Tom.

—Parece que no. Lo encontraron en su casa de Knightsbridge, donde vive normalmente entre semana, aunque la familia tiene una casa en Oxfordshire. Han enviado allí a la Policía Local, pero parece que no había nadie. Tiene una hija de su matrimonio anterior, pero que sepamos no tiene más. Mandaremos a uno de los policías locales a casa de la exesposa en cuanto sepamos dónde está su mujer actual. No estaría bien

que se enterara antes la ex,
¿no?

Becky detectó un hueco en medio del tráfico y pisó a fondo, esquivando coches y cambiando de carril antes de volver a frenar de golpe. Aunque apenas había unos doce kilómetros entre el piso de Tom y la casa de Hugo Fletcher en Egerton Crescent, a primera hora de la tarde el tráfico de Londres era una pesadilla.

—Si le parece bien, señor, voy a hacer sonar la

sirena. Necesitamos avanzar.
—Becky se recogió los
cabellos detrás de las orejas
y pulsó un botón en el
salpicadero. Inmediatamente
empezó a brillar una luz
parpadeante en el coche, que
parecía un turismo normal, y
el estruendo de una sirena
les permitió abrirse camino
entre la multitud de
compradores de última hora
de aquel sábado.

Por su seguridad y su
cordura, Tom decidió que el
silencio era la mejor opción,

aunque quedó bastante impresionado. Si bien la conducción de Becky parecía errática, no perdía una sola oportunidad de meterse en el hueco más insignificante que se abría entre dos coches, o de cambiar al carril contiguo cuando advertía la más estrecha de las aberturas. Su rostro era la viva imagen de la concentración y la determinación.

A pesar de todos sus esfuerzos, tardó todavía más

de quince minutos en llegar al escenario, que ya estaba acordonado. Tom observó la elegante media luna de casas pintadas de blanco, adornadas en el exterior con setos de boj bien recortados y matas de laurel. Estaba claro que el dinero no era un problema en aquella familia, pero ni siquiera eso había impedido la muerte prematura de un hombre tan famoso y respetado.

Le impresionó menos la multitud congregada en la

calle, con las cámaras a punto.

—Mierda, Becky, si no se le ha notificado a la esposa deberíamos ser discretos. Habla tú con ellos, por favor. No me suelo lucir cuando trato con periodistas.

Fue directamente hacia el portal antes de que alguien le lanzara alguna pregunta.

—Último piso, señor — le informó el joven agente apostado en la puerta mientras se ponía el mono.

Subió la escalera, echando un vistazo al suntuoso entorno. En los últimos meses se había acostumbrado al lujo, pero los siglos de riqueza que desprendía aquella casa no le eran tan familiares.

Se detuvo en la puerta del dormitorio. El equipo de inspección de la escena del crimen estaba terminando y recogiendo para marcharse. El forense estaba junto a la cama, ocupado con sus trucos habituales. Tom miró

a su alrededor. Era una habitación luminosa y ventilada, pero curiosamente solo la moqueta parecía tener alguna relación con el siglo XXI. Para el gusto de Tom, la gran cama con dosel encajaba más en una casa de campo, y los pesados muebles de madera oscura hacían la habitación más opresiva de lo que era. Aunque Tom tenía que reconocer que el cadáver en la cama no contribuía precisamente a aligerar el

ambiente.

Se fijó en las dos copas de champán, ahora volcadas, y vio que les habían sacado las huellas. Y todavía quedaba condensación en la parte exterior de la cubitera, de lo que se deducía que no hacía mucho que el hielo se había derretido.

El escenario tenía algo de trágico. Una ocasión que a las claras había empezado como una celebración o un encuentro romántico había acabado con un cadáver y un

sinfín de hombres con monos blancos. Tom se imaginó la escena: copas levantadas para brindar; una sonrisa disimulada llena de promesas; un beso, quizá. ¿Qué había salido mal?

Un joven técnico del equipo de inspección de la escena del crimen, con la piel pálida y la cara llena de granos, levantó la cabeza y se subió las gafas por la nariz mientras guardaba su material.

—No hemos encontrado

mucho, señor. Tenemos algunas huellas, pero nada con que compararlas aparte de las de la víctima, de modo que puede que sean legítimas. Lo único importante que hemos hallado es un cabello muy largo. Lo hemos descubierto en el baño. Un pelo rojizo; no sé si significa algo. Lo analizaremos y le diremos algo; con suerte, puede que tenga un poco de raíz. Y también está el cuchillo.

Tom se volvió y miró

hacia la cama con el ceño fruncido.

—Basándome en la ausencia evidente de sangre, debo concluir que no ha sido apuñalado.

—No, no lo fue. Lo que hace más raro lo del cuchillo. Estaba en la mesilla, al lado de él. Sin rastro de sangre ni de huellas. Forma parte de un juego de cocina, y creo que es un cuchillo para deshuesar porque está muy afilado; de hecho, parece

que lo han afilado recientemente.

—¿Alguna idea de para qué se ha utilizado?

—Ninguna, lo siento. Pero nos lo llevaremos y lo examinaremos para ver si aparece algo.

Tom saludó con la cabeza al otro técnico, que estaba apoyado despreocupadamente en la pared; era evidente que había terminado su trabajo.

—Gracias a todos. Imagino que han tomado las

huellas a la mujer de la limpieza —dijo Tom.

—Sí, por supuesto —respondió—. Pero está un poco trastornada. Le dejamos a usted que le pregunte quién suele entrar en esta habitación de forma habitual, para que podamos descartar las huellas. —Cerró la bolsa de utensilios con un gesto decidido—. Ya está. Hemos terminado. Solo falta embolsar los pañuelos cuando nos dé permiso; entonces nos marcharemos.

Tom se volvió hacia la cama, donde un hombretón con un atuendo idéntico al suyo estaba inclinado sobre el cadáver, mirando a través de unas gafas de media luna. Los brazos y las piernas del difunto estaban atados a los cuatro postes de la cama con pañuelos de color rojo oscuro, y tenía la boca amordazada. El cuerpo estaba desnudo, y en forma para un hombre de la edad de Hugo Fletcher. Tom permaneció unos instantes

observando el cadáver. Primero champán y después alguna forma de fetichismo. Pero tampoco parecía una escena típica de *bondage*. No había señales físicas de disciplina o sadismo.

Como no conocía de antes al forense, se acercó para presentarse. Le solían caer bien los patólogos: nunca había conocido ninguno que no fuera un tanto extravagante.

—Buenas tardes. Soy el inspector jefe Tom Douglas.

Gracias por mantener el escenario intacto hasta mi llegada; creo que ya podemos soltarle las manos y los pies.

—Rufus Dexter. Perdone que no le estreche la mano —dijo, saludando en dirección a Tom con una mano enguantada que había estado Dios sabe dónde. Se inclinó para empezar a desatar el cadáver mientras el técnico hacía lo mismo por el otro lado de la cama.

—Un caso raro, Tom.

Está atado, ¿y por lo tanto es un crimen? Probablemente. ¿Motivación sexual? Los pañuelos parecen indicarlo. ¿Muerto durante el acto? No lo creo. Pero es posible. No hay pruebas de que lo estuviera realizando. El pene está limpio y diría que no ha estado dentro de una mujer desde su última ducha. Aunque tengo que comprobarlo. Podría haber sido oral, supongo. No lo sé.

Tom interrumpió aquel flujo de información.

—¿No es mucho suponer que se trate de una mujer?

—Bueno... Supongo que sí. Siempre me pareció muy hetero cuando lo veía en la televisión. Nunca oí ningún rumor de que tuviera el más remoto interés por los hombres. Aunque claro..., todo es posible, supongo. No hay indicios de que haya habido nadie aquí, ni mujer ni hombre. La cama está intacta. He mirado todo el cuerpo y no he encontrado cabellos, ni púbicos ni de los

otros, que no fueran suyos. Está limpio como una patena.

Qué raro, pensó Tom. Todas las pruebas indican que había una expectativa de sexo, pero no parece que ocurriera nada.

—¿Alguna idea de la causa de la muerte?

—No hay señales evidentes de que le hayan hecho nada. Es posible que lo ataran y lo dejaran solo y que el pánico que le produjo le causara un ataque al

corazón, o que lo envenenaran de alguna manera. Analizaremos el champán, por supuesto. No tendré ninguna respuesta hasta que lo abramos y tengamos el resultado de tóxicos. Lo siento.

Tom le pidió que le dieran la vuelta al cadáver, para comprobar si tenía marcas que indicaran alguna forma de preferencia sexual que estuviera vinculada con el fetichismo. La espalda estaba limpia, pero en ambas

muñecas y en los tobillos tenía laceraciones provocadas por los pañuelos que indicaban forcejeo.

—No puedo asegurar que signifique algo —dijo el joven técnico de los granos—. Se supone que se retuercen de placer cuando juegan a esto. Es la manera de mostrar que están disfrutando. No tiene por qué significar que forcejeara. Y tampoco tienen siempre relaciones sexuales, al menos de la forma

habitual. Podría ser que ella se limitara a masturbarlo.

Tom miró al técnico joven con interés, pero resistió la tentación de preguntar cómo era que sabía tanto sobre fetichismo. Por fascinantes que fueran aquellas especulaciones, primero tenía que aclarar algunos datos. Se dirigió a Rufus Dexter.

—¿Alguna idea de la hora de la muerte?

—La mujer de la limpieza no es muy lista —

respondió—. Tardó más de una hora en avisarnos. Dice que estaba demasiado asustada. Hacía un cuarto de hora que había llegado cuando encontró el cadáver. ¿Cuánto tiempo llevaba muerto cuando llegamos nosotros? Como mucho tres horas, pero es más probable que fueran dos y media.

Cuando el forense hizo una pausa para respirar, Tom intervino.

—Tengo entendido que, después del aviso, se llegó al

escenario del crimen poco antes de las dos, y que ustedes se presentaron hacia las dos y media. De modo que la hora de la muerte fue entre las once y media y las doce, ¿no es así?

Rufus asintió.

—De acuerdo, Rufus, cuando quieran pueden trasladar el cadáver. ¿Cuándo le harán la autopsia?

—¿Mañana por la mañana le parece bien? Prefiero hacerlo cuanto

antes. La prensa hará preguntas. Teniendo en cuenta de quién se trataba, incluso el primer ministro, ¡eso seguro! ¿Quedamos a las ocho?

Tom pestañeó, recordando la llamada de teléfono que tendría que hacer inevitablemente.

—Digamos que... con todo el trabajo que voy a tener hoy, no veo necesario que usted también tenga que sacrificar su sábado, o sea que no creo que hacerlo el

domingo cambie nada. Además, tenemos una hora más; los relojes se atrasan una hora esta noche. Se lo diré al comisario Sinclair por si quiere pasarse. Parece que ya ha llegado.

La voz calmada pero autoritaria del comisario James Sinclair se oyó primero por el hueco de la escalera y luego por la puerta abierta. Tom sabía que, aunque nadie se atreviera a cuestionarlas, daba las órdenes de tal modo

que parecían meras sugerencias. La extraña cara asimétrica le había valido el apodo de Isaías —que Tom reconocía avergonzado no haber entendido hasta que se lo habían explicado—, pero siempre se utilizaba con afecto. Sentía un respeto infinito por ese hombre, y aunque no hacía mucho que lo conocía, Tom se alegró sinceramente cuando le ofrecieron el puesto de ayudante en su equipo de investigación de homicidios.

Tenía otras razones para querer mudarse a Londres, pero trabajar para James Sinclair fue un factor que valoró especialmente.

Habían llamado a los camilleros para que trasladaran el cadáver, y Tom aprovechó la oportunidad para echar otro vistazo. De repente advirtió lo que le había parecido raro en la habitación. No había ningún toque femenino. Nunca había visto un dormitorio de mujer que no

tuviera al menos un par de frascos de perfume y algún utensilio de maquillaje o crema facial. Sin embargo, allí no había rastro de ello. Abrió la puerta del armario y miró dentro. Solo trajes elegantes. Fue hacia la cómoda, y en los cajones encontró más de lo mismo. Camisas recién planchadas y perfectamente dobladas, así como calzoncillos, camisetas y calcetines.

Dejó a los hombres trabajando y salió al pasillo

para dirigirse al otro dormitorio. Al igual que el primero, carecía de personalidad, y tenía un mobiliario parecido. Los cajones de la cómoda estaban completamente vacíos, y solo en el armario había alguna prueba de que había una mujer en la familia: bolsas de ropa que contenían trajes de noche, pero ninguna prenda de calle. Estaba claro que solo Hugo Fletcher utilizaba el apartamento con

regularidad, y únicamente durante la semana laboral. Ni siquiera de alguien tan aparentemente importante como ese hombre era de suponer que se pusiera un traje con corbata o un esmoquin para descansar durante el fin de semana. Y, por lo que parecía, la esposa solo iba allí en ocasiones especiales.

Sumido en sus pensamientos bajó a ver al comisario, que estaba hablando con Becky

Robinson.

—Becky, uno de los agentes ha intentado calmar a la mujer de la limpieza, pero por lo visto no hay forma de sacarle nada y solo dice que ha pasado mucha vergüenza al encontrar a la víctima «como Dios lo trajo al mundo», según dice ella. ¿Quieres intentarlo tú, por favor? Sabes mejor que nadie lo importante que es este caso..., y el tiempo es crucial.

—De acuerdo, señor, lo

intentaré. —Becky se dirigió a la escalera del sótano como si ya se hubiera aprendido la distribución de la casa.

Tom echó un rápido vistazo a su alrededor. No se había fijado al entrar, pero ahora se daba cuenta de que la planta baja estaba distribuida en unos despachos muy bien decorados que parecían más estudios que lugares de trabajo, y que los dos pisos superiores parecían

destinados a la vivienda.

Ahora que estaban solos, se volvió para hablar con su jefe y le informó de su conversación con el forense. Observó a James Sinclair mientras éste asimilaba los datos en silencio.

—¿Qué opinas del cuchillo, Tom? ¿Crees que murió de un infarto y que el cuchillo estaba allí para cortar sus ataduras si hubiera llegado hasta el final, por decirlo así?

—Es posible, pero no lo

sabremos hasta después de la autopsia. Los nudos estaban apretados, pero no tanto como para necesitar un cuchillo. Haré que investiguen los pañuelos, por si se trata de alguien tan tonto como para haber comprado los cinco en una tienda con una tarjeta de crédito, pero algo me dice que no será así. Está claro que conocía a la persona que estaba con él; no hay indicios de que hayan forzado la entrada, y el

champán indica que se trataba de un encuentro planeado. Tenemos que comprobar si se han llevado algo, pero a primera vista no parece que hayan saqueado la casa, y hay muchos objetos valiosos.

—No es necesario que te diga que tendremos los ojos del mundo puestos en nosotros en este caso. Pero no hay nada como un caso de gran repercusión para labrarse una reputación, ¿eh, Tom?

Tom dirigió la mirada al pasillo y vio una serie de cuadros en los que no había reparado. Básicamente eran fotografías enmarcadas de la víctima posando junto a varios políticos importantes y algunos filántropos famosos. Resultaba extraño relacionar a aquel hombre sonriente vestido con un esmoquin impecable con el cuerpo atado y amordazado que había visto minutos antes en la cama.

James Sinclair siguió la

mirada de Tom.

—A Hugo podían quererlo el público general y los medios, pero en su época levantó muchas ampollas, ¿sabes? Sinceramente, me sorprende que nadie le hubiera dado una lección antes. Creo que tenía guardaespaldas. ¿Dónde demonios estaban?

Tom dirigió la mirada a la puerta principal.

—Esto está bien protegido. Supongo que pensaba que aquí estaba a

salvo, y quizá no quería que los guardaespaldas supieran lo que se traía entre manos. Los localizaremos y veremos qué nos dicen. De momento iré a ver cómo se las arregla Becky. Con esos buitres fuera, no sé cuánto tiempo podremos mantener la noticia alejada de los medios.

Tom bajó al sótano, donde Becky estaba sentada en un sofá bajo en una salita muy agradable destinada al descanso del personal,

aferrando la mano de una mujer que con toda seguridad era la señora de la limpieza. Aunque no tuviera motivos para dudar de su angustia, Tom se dio cuenta de que disfrutaba de la atención. Un agente le estaba preparando una taza de té en la cocina contigua, y en la mesita había lo que parecía una copa de coñac.

Todavía llevaba puestos el abrigo y un gorro marrón de punto con una forma que Tom no había visto nunca.

Le echó unos sesenta años. Becky le hablaba en un tono apaciguador. Tom decidió quedarse en segundo plano y dejarla trabajar.

—Beryl, nos ha ayudado mucho. Sé que esto ha debido de ser un golpe terrible para usted. Pero necesitamos localizar enseguida a *lady* Fletcher. ¿Se le ocurre alguna idea?

A Tom le sorprendió oír el título. Había olvidado que Hugo Fletcher había sido nombrado caballero por sus

obras benéficas. Nunca había estado muy al día de la lista de honor.

—Pobre Alexa. Quería muchísimo a su padre, ¿sabe usted?

—Beryl, no quiero atosigarla, pero no podemos notificárselo a Alexa sin habérselo dicho antes a *lady* Fletcher.

El hermoso rostro de Becky empezaba a teñirse de un tono rosa que Tom atribuyó a la frustración.

—Puede preguntarle a

Rosie. Ella sabrá dónde está.

—¿Quién es Rosie? ¿Y dónde puedo encontrarla? — preguntó Becky, que empezaba a desesperarse.

—Rosie Dixon es una de las secretarias de *sir* Hugo; se encarga de las agendas y de las visitas. Su número está en la agenda roja del despacho. Llámela primero al móvil, porque conozco a Rosie y estará de compras en Harvey Nichols. Se pasa casi todo el día allí, que yo sepa. Nunca he entendido por qué

le tolera él ese comportamiento.

Al percatarse del uso inadecuado del tiempo presente, el rostro de Beryl palideció. Pero no había tiempo para consolarla; Tom volvió a subir la escalera y se dirigió rápidamente a la oficina principal. Becky lo siguió, dejando al agente a cargo de Beryl.

—El número de Rosie Dixon... Lo tengo —dijo él al cabo de un par de minutos—. ¿Puedes llamar tú,

Becky, y decirle que venga enseguida? Y pregúntale dónde podemos localizar a Laura Fletcher urgentemente.

Tom volvió a la parte delantera de la casa, donde el comisario hablaba con el policía que había llegado primero al escenario. A los pocos minutos salió un grito de la oficina.

—¡Hecho, señor! —dijo Becky desde la puerta blandiendo un papel—. Rosie viene hacia aquí, así

que necesitamos a alguien para que hable con ella. También he descubierto dónde está *lady* Fletcher. Rosie dice que esta tarde regresa de su casa en Italia, y que llegará al aeropuerto de Stansted en cualquier momento. Tenemos que interceptarla.

Tom se detuvo un momento para poner al día al comisario, y luego siguió a Becky hasta la calle.

—Bien, podemos organizarnos en el coche.

Tenemos que encontrarla
antes de que salte la noticia.

2

Becky hizo todo lo que estuvo en sus manos para llegar a la M11 lo antes posible. Intentó concentrarse en la carretera para no oír la, en apariencia, difícil conversación telefónica que su jefe estaba manteniendo, pero le resultó imposible. Especialmente porque oía la voz estridente de una mujer muy enfadada al otro lado de

la línea.

La conversación acabó con brusquedad, y Becky oyó al inspector jefe Douglas suspirar lentamente mientras se apoyaba en el reposacabezas. Se arriesgó a lanzarle una mirada, y vio que tenía los ojos cerrados. Por primera vez se dio cuenta de que desprendía cierto halo de tristeza y de que tenía ojeras, como si no durmiera bien. Le entraron unas ganas absurdas de aferrarle la mano y

apretársela con afecto. Menuda tontería. Se obligó a tomárselo con calma. Buscó durante unos segundos alguna forma de romper el silencio, pero él se le adelantó.

—Perdona, Becky. Ojalá no lo hubieras oído.

—No se preocupe, señor. Lo siento por usted.

—Dadas las circunstancias, creo que podemos saltarnos las formalidades. Cuando estemos solos, llámame

Tom. Al fin y al cabo, acabas de oír a mi exesposa regañándome y haciéndome sentir más cabrón de lo que ya me sentía.

—Prerrogativas de exesposa, señor... Perdona... Tom. Mi madre le gritaba a mi padre a todas horas.

Tom sonrió con desánimo.

—No la culpo por estar enfadada, la verdad. Hoy tenía que recoger a mi hija. Debía quedarse a dormir

conmigo por primera vez desde que me instalé en Londres. A los dos nos apetecía mucho.

—Seguro que tu hija lo entiende —dijo Becky.

—Lucy solo tiene cinco años. Lo único que sabe es que su padre no puede estar con ella este fin de semana como le había prometido. Y ¿crees que su madre le presentará los hechos de una forma positiva?

Tom miró por la ventana, como si no esperara

respuesta. Después de una breve pausa, se volvió a mirar a Becky con una sonrisa de disculpa.

—Bueno, volvamos al trabajo —dijo—. Antes de que mi exesposa me echara la bronca, he telefoneado a Ajay a la oficina para comunicarle los datos del vuelo de *lady* Fletcher. Le he dicho que llamara a la línea aérea y pidiera a uno de los asistentes de vuelo que lleve discretamente a Laura Fletcher a una sala

privada en cuanto aterricen.

Becky miró a Tom.

—Sabes que vuela con una compañía de bajo coste, ¿no? —La chica se percató de que Tom no se daba cuenta de la importancia de este dato—. No hay asignación de asientos, es como un autobús. Entrás y te sientas donde te apetezca. Y con un avión lleno de italianos, no precisamente famosos por su afición a las colas, no creo que sea un ambiente muy relajado para

alguien con el dinero y la posición de Laura Fletcher.

—Vaya, entonces, ¿cómo la localizarán? Supongo que la llamarán por megafonía. ¿Qué demonios hace Laura Fletcher en un avión de bajo coste?

—Tendrás que preguntárselo a ella. Con los millones de su marido, cualquiera pensaría que tendrían su propio avión privado o algo así.

—Es intrigante, pero no es exactamente relevante

para la investigación. Por cierto, ¿le has sacado algo interesante a la mujer de la limpieza?

—La verdad es que no, excepto que por lo visto hoy no tenía que haber ido a Egerton Crescent. Los sábados no trabaja, pero el viernes anterior se había olvidado el bolso. Me ha contado una historia larguísima sobre una discusión con su marido, que no quería darle dinero para llevar a sus nietos al

McDonald's; por eso ha tenido que tomar el autobús para ir a buscar el bolso. Por suerte para ella, la discusión le hizo perder el primer autobús; si lo hubiera tomado, habría llegado más o menos a la hora en que murió *sir* Hugo. Ha dicho que en circunstancias normales no habría subido al piso de arriba, pero se ha dado cuenta de que la alarma estaba desconectada y ha pensado que *sir* Hugo estaría en casa. Ha subido a

explicarle lo que había ido a hacer allí. Entonces ha encontrado el cadáver, y se ha asustado tanto que se ha encerrado en la sala de personal durante una hora por si el asesino seguía en la casa. No hay teléfono, de modo que no ha podido llamarnos.

—He oído que mencionaba a Alexa —dijo Tom—. La hija de *sir* Hugo, supongo.

—Sí. Vive con su exmujer.

Becky estaba a punto de hacer un comentario poco delicado sobre las exesposas cuando afortunadamente sonó su móvil. Después de manosear brevemente el auricular que llevaba detrás de la oreja, respondió.

—Sargento Robinson. — Nada—. Sargento Robinson —repitió.

Con un chasquido irritado de la lengua, tiró del objeto inútil que llevaba en su oreja y lo lanzó por encima del hombro al

asiento trasero.

—Qué asco de *bluetooth*. Nunca funciona cuando hace falta. Si te parece bien, cuando sea quien sea vuelva a llamar, conectaré el manos libres.

El móvil volvió a sonar casi inmediatamente, y Becky pulsó el botón del dispositivo.

—Sargento Robinson.

—Sí, Bex. ¡Por fin! Soy Ajay. ¿Estás con Galán?

Tom volvió la cabeza y miró a Becky con una ceja

arqueada. Becky pestañeó.

—Sí, Ajay, está aquí.

—Conecta el altavoz para que él también pueda oír.

—Una idea magnífica, Ajay, aunque llegue un poco tarde.

—Oh, mierda. Lo siento, señor. —Ajay decidió que era mejor seguir hablando y esperar que su metedura de pata se olvidara—. He pensado que querría saber que Laura Fletcher se encuentra a bordo del avión

y ha facturado una maleta. No se ha descargado ninguna maleta por pasajeros no presentados, y el manifiesto de vuelo dice que está a bordo. Antes de aterrizar la llamarán y se pondrán en contacto con usted en este número para que se reúna con ella.

Cuando la conversación terminó, Becky colgó y miró a Tom un poco nerviosa. Sabía que se había ruborizado. Ojalá el tonto de Ajay hubiera sido más

cuidadoso. Tenían apodos para todos los jefes, pero normalmente guardaban la precaución de mantenerlos en secreto.

—¿Me lo cuentas, Becky?

Becky suspiró.

—Siempre me toca el trabajo sucio. Voy a matar a Ajay. Bueno... ¿te acuerdas cuando viniste a hacer la entrevista? Florence, de oficinas, te vio y dijo que eras todo un galán. Cuando te concedieron el puesto te

convertiste en «el Galán» y, abreviado, «Galán». Así de fácil.

Tom no dijo nada, pero Becky era incapaz de estarse callada.

—Por si no lo sabías, ¡Florence tiene noventa años y está más ciega que un topo!

—Ah, bueno, entonces no pasa nada —respondió Tom con sarcasmo.

La verdad es que es guapo, pensó Becky. No era su tipo, ella los prefería más

espontáneos. Un poco más
suelos, para ser sincera.
Pero no lo echaría de su
cama, y su cuerpo no estaba
nada mal.

Becky cambió
rápidamente de tema
señalando la carpeta del
asiento trasero.

—Échale un vistazo.
Mientras estabas arriba con
el cadáver he pedido que me
mandaran unas fotos que he
impreso en el despacho de la
secretaria. Los técnicos me
han dicho que podía usar el

ordenador. Te interesarán.

Tom agradeció poder dejar de hablar de sí mismo y de su aspecto. No conocía mucho a Becky, pero sospechaba que la última hora había sido bastante clarificadora para ambos. Tampoco creía que fuera una cotilla. Era dura y ambiciosa, y estaba bastante seguro de que respetaría su intimidad. La poca que le quedaba.

Abrió la carpeta.

La primera imagen era

de una mujer joven y llena de vida. Los cabellos rojizos y ondulados le caían sobre los hombros. Llevaba un vestido de noche de seda gris oscuro, escotado y con tiras anchas en los hombros, y tenía una figura estupenda. No delgada, sino esbelta y con unas curvas maravillosas. Lo que más llamó la atención de Tom fue su sonrisa deslumbrante. Le iluminaba toda la cara, y parecía estar en la cima del mundo. Becky le echó un

vistazo.

—Laura Fletcher. Esta foto se hizo hace diez años. Acababa de conocer a su marido y era su primera aparición en público. ¿Te has fijado en que es pelirroja? Creería que habíamos encontrado algo si no fuera porque Laura Fletcher estaba en Italia.

Tom examinó el resto de las fotos. En aquellos casos, las estadísticas apuntaban a la esposa y la convertían en la sospechosa principal. Pero

había demasiadas cosas que no encajaban. Aparte de que por lo visto estaba fuera del país, la escena del dormitorio —el champán, los pañuelos de seda— no casaba con la idea de una cita con una esposa, y menos cuando las pruebas indicaban que ella apenas pisaba el apartamento. Todo apuntaba más a un encuentro con la amante: la esposa fuera del país, vidas separadas durante la semana... Una oportunidad

perfecta para la visita de otra mujer, en opinión de Tom.

Cuando llegó a la última foto del montón, no pudo evitar soltar una exclamación.

—¡Caray! ¿Qué le ha pasado?

—Sabía que reaccionarías así cuando la vieras —dijo Becky—. Aunque las otras también son interesantes. Se tomaron a lo largo del tiempo, pero ella parece distinta. ¿Qué piensas?

Tom estudió las otras fotos. Laura Fletcher no brillaba en ninguna de ellas como en la primera. Sin duda sus trajes eran caros, pero en cada una de ellas parecía un poco menos *sexy*. Todavía era bonita, pero más delgada. Y en la tercera de las fotos formales sus cabellos ya no eran pelirrojos. Su pelo era moreno, y le quedaba bien. Pero también parecía tensa e incómoda con un vestido con escote en V que le subía

hacia los hombros y no la favorecía. Volvió a mirar la última foto.

—¿Sabes cuándo se hizo esta fotografía? —preguntó.

—Creo que hace unos seis meses. Parece que en los últimos cuatro o cinco años le han sacado muy pocas fotos. Ha dejado de acompañar a su marido a los actos, y ha pasado mucho tiempo entrando y saliendo de instituciones psiquiátricas privadas. Al menos un par de estancias, bastante largas,

que nosotros sepamos. Esta última foto la sacó un fotógrafo de prensa muy oportunista que había ido al hospital a visitar a su madre. No reconoció a *lady* Fletcher, pero sí el coche que había ido a recogerla. El coche de Hugo Fletcher tiene una matrícula muy particular.

Tom volvió a contemplar la foto. Aun sabiendo que Laura Fletcher no tenía más de treinta y cinco años, la mujer de la foto podría pasar

perfectamente por una de cincuenta. Vestía unos pantalones al menos dos tallas por encima de la suya, un jersey amplio y unos zapatos planos. Los cabellos, recogidos, eran de un color apagado y ratonil, no pelirrojos, y la mujer tenía un aspecto pálido y mustio. Solo se le ocurría que tenía que haber estado muy enferma para haber cambiado de una manera tan drástica. Era una foto triste, y Tom se preguntó en qué

medida habría afectado a la activa vida pública de Hugo la enfermedad de su esposa. Detestaba reconocerlo, pero la hipótesis de la amante empezaba a parecer muy plausible.

—¿Sabes qué problema tiene, Becky?

Becky había investigado un poco.

—Hemos contactado con el hospital pero, por supuesto, la confidencialidad entre médico y paciente les impide revelarnos

información alguna. De todos modos la verás dentro de un par de minutos, porque estamos a punto de entrar en el aeropuerto. Hemos tardado poco; lo más probable es que todavía no haya recogido la maleta.

—Esperemos que la compañía aérea haya cumplido.

3

Laura puso el intermitente y dio un volantazo brusco para entrar en la calle no iluminada que llevaba a Ashbury Park. Pisó el pedal de freno y el coche se fue deteniendo mientras ella miraba nerviosamente la extraña luz blanca que iluminaba el cielo por encima de los árboles. Se desvió con cautela hacia la

verja de su casa y se topó con una visión demoledora.

—¡Oh, Dios mío! —
susurró.

No había escapatoria. Al oír el zumbido sordo del Mercedes cupé, las hordas de periodistas volvieron las cámaras rápidamente hacia ella. Los equipos de televisión apuntaron rápidamente al coche con los focos, cuya potente luz penetró en el interior con su áspero brillo, cegándola por un momento. No era raro ver

fotógrafos ante la verja, y prácticamente podía mascarse su excitación. A fin de cuentas, la fama y la posición de celebridad de Hugo la habían construido prácticamente los medios, a los que alimentaba con la información justa sobre su trabajo para mantener su interés.

Pero esto era diferente. Era un frenesí.

Y solo había una forma de acceder a la casa. Hugo había insistido para que la

verja eléctrica se abriera con un teclado y no con un mando a distancia. De este modo podía cambiar el código con regularidad; los mandos podían perderse o incluso venderse al mejor postor.

Cuando detuvo el coche no pudo evitar exponer su angustia ante la crudeza de las cámaras, y al bajar la ventanilla para teclear el código oyó los gritos frenéticos de los periodistas, que hacían lo posible por

asegurarse la mejor foto.

—Mire hacia aquí, *lady* Fletcher.

—¿Ya le han comunicado la noticia, *lady* Fletcher?

—¿Tiene algo que decir, Laura?

Como si usar su nombre de pila les garantizara una respuesta más favorable. Aun así, nadie dijo cuál era la noticia. Solo esto ya lo decía todo.

Una multitud de cámaras captó su expresión de

absoluta desesperación al bajar la ventanilla. Estaba segura de que por la mañana su imagen saldría en la primera plana de varios periódicos.

Mientras hacía maniobras con el coche lo más rápidamente posible entre los arbustos demasiado crecidos en dirección a la puerta principal de la casa, sintió náuseas. Sabía que la Policía la esperaba en la casa. Tenían el código de la verja por motivos de

seguridad, y estaba segura de que ya estarían allí. ¿Qué querían de ella? Hacía mucho tiempo que Laura se sentía incapaz de reaccionar instintivamente a la vida.

La sorprendió bastante ver solo a un policía haciendo guardia en los escalones de la entrada de Ashbury Park. Lo observó un momento a la luz de los faros, pequeño frente a las enormes puertas negras, y reparó en que parecía nervioso e incómodo y en

que hablaba por radio con alguien en tono apremiante. Era evidente que no esperaba tener que hacer aquello solo.

Laura detuvo el coche frente a los escalones. El policía se guardó la radio y corrió a abrir la puerta, pero llegó tarde.

—¿*Lady* Fletcher? Lo siento, señora, pero no la esperábamos tan pronto. Yo estaba aquí por si acaso, pero los oficiales se encuentran en camino.

Habían ido a recibirla a Stansted, pero...

Respirando hondo, Laura lo interrumpió con una voz ligeramente temblorosa debido a la tensión.

—Está bien, agente. Cuénteme qué ha ocurrido.

—Hemos intentado mantener a las fieras a raya en la verja, señora. Se ha prohibido a la prensa que hablara con usted, y ellos saben que no deben decir nada. Espero que no le hayan dicho nada.

—Suficiente. Lo

suficiente para saber que ha ocurrido algo grave.

Cuénteme.

—¿No cree que

deberíamos entrar, señora, y quizá esperar a que llegue un policía de rango superior?

Laura quería acabar de una vez y que la dejaran sola lo antes posible. Intentó controlar el pánico.

—Se trata de mi marido, ¿verdad? Si hubiera sido otra cosa, él me habría llamado. Y no lo ha hecho.

La realidad no puede ser peor de lo que me estoy imaginando, de modo que dígame, por el amor de Dios. Se lo ruego.

El joven policía respiró hondo.

—Lo único que sé, señora, y no sabe cuánto lamento tener que decirle esto, es que su marido ha sido hallado muerto en su casa de Londres en algún momento del día de hoy. Me doy cuenta de que esto tiene que ser muy angustioso para

usted. ¿Quiere que entremos? ¿No cree que sería lo mejor?

Laura no se sentía capaz de hablar. Miró en silencio al policía unos segundos, y después se volvió de espaldas a él y caminó hacia la casa sin decir palabra. No era culpa suya, pero no podía soportar estar con nadie en aquel momento. Obligándose a poner un pie delante del otro, subió los escalones hasta la puerta, como si sus piernas supieran

qué tenían que hacer aunque su mente estuviera completamente vacía. Se sentía como si hubiera abandonado su cuerpo y observara una representación desde arriba, aunque fuera una mala representación. Estaba claro que el policía no sabía qué decir y que ella no sabía qué debía hacer, o cómo debía comportarse. Un grito rondaba bajo la superficie, pero de algún modo logró contenerlo. No podía

desmoronarse todavía.

Al llegar arriba oyó un ruido desagradable. Los periodistas de la verja no estaban a la vista, pero un rugido constante que subía de volumen indicaba que se acercaba un helicóptero. Ante su horror, cuando introdujo la llave en la cerradura un foco enorme iluminó toda la zona desde el aire, tanto a ella como al desafortunado policía. El hechizo se rompió.

Giró precipitadamente la

llave y empujó la puerta, aliviada de poder escapar del potente foco del equipo de televisión que sobrevolaba la casa. Dio un portazo y se apoyó en la puerta, y solo entonces liberó las lágrimas. Fluían formando canales interminables por sus mejillas, pero el suyo era un llanto silencioso. Las piernas comenzaron a fallarle y resbaló lentamente hacia el frío suelo de mármol, con la espalda apoyada todavía contra la puerta. Se inclinó

hacia delante y descansó la frente sobre las rodillas, con los brazos apretados con fuerza a ambos lados de la cabeza, intentando desesperadamente no desmoronarse por completo.

Su cabeza estaba llena de imágenes de Hugo y del aspecto que ofrecía cuando lo vio por primera vez. Tan guapo y seguro de sí mismo. Y ella había sido tan libre como una mariposa, aleteando por la vida sin ninguna preocupación,

sintiendo amor por su trabajo, su familia y sus amigos. ¿Cómo había podido acabar así?

Las silenciosas lágrimas se convirtieron en profundos y desgarradores sollozos de angustia, y quince minutos después seguía acurrucada en el suelo cuando oyó el sonido inconfundible de un coche acercándose a la entrada. Escuchó el sonido de una puerta que se abría casi al mismo tiempo que se apagaba el motor, y luego

unas voces sofocadas que hablaban con el policía, aunque no entendió lo que decían. Sacó precipitadamente un pañuelo de papel usado de la manga—una costumbre que nunca había conseguido superar, a pesar de que Hugo la consideraba el colmo de la vulgaridad— y se secó las lágrimas de la cara. Se puso de pie temblorosamente, y antes de que los recién llegados tuvieran tiempo de llamar a la puerta, la abrió.

Tenía ante ella a un hombre de unos cuarenta años que vestía una chaqueta de piel, corbata estrecha negra y vaqueros. Se fijó vagamente en que era alto y tenía los cabellos rubios oscuros y un poco despeinados. No sabía cómo se habría imaginado que sería un inspector jefe, pero sin duda no así.

Después de aparcar el coche en el extremo más alejado del camino, una chica morena con un traje

pantalón negro clásico se dirigió rápidamente hacia los escalones por el camino de grava.

Mientras esperaba frente a la puerta abierta, Laura sintió que perdía el equilibrio. El policía subió de un salto los dos últimos escalones y la agarró por el antebrazo con firmeza.

—Vamos, *lady* Fletcher. Vamos a sentarnos.

Vio que el policía hacía una seña con un movimiento de cabeza a la chica, que

pasó discretamente a su lado y desapareció en el pasillo.

—Lo siento mucho — dijo Laura—. Normalmente no soy tan débil. Se me pasará enseguida.

—No es débil. Ha sufrido un *shock*. ¿Por dónde se va al salón?

Curiosamente, a Laura la complació oír un acento del norte. Era como si hubiera pasado un millón de años desde que todas las personas de su vida hablaban así. Era un recordatorio de una vida

sin preocupaciones.

Con el policía sujetándola por el codo derecho, visiblemente temeroso de que fuera a desmayarse, caminaron por el pasillo de losas de piedra hasta el salón. Nunca había sido su habitación preferida, con esos revestimientos oscuros y tétricos y el mobiliario parduzco, pero parecía el lugar más apropiado para la ocasión. La chica había encontrado la cocina y se acercaba con un

vaso de agua en la mano.

El policía acompañó a Laura al sofá y esperó a que se sentara. Alguien dejó un vaso en la mesa, a su lado. Tenía mucho frío pero, aunque estaba preparada, no sentía ganas de hacer el esfuerzo de encender la chimenea.

—*Lady* Fletcher, soy el inspector jefe Tom Douglas y ella es la sargento Becky Robinson, de la Policía Metropolitana. Esperamos la llegada del comisario

Sinclair, pero está atascado en la M40. Estará aquí dentro de unos diez minutos.

Los dos policías se sentaron en el sofá de enfrente, y Tom Douglas respiró hondo. Estaba claro que no disfrutaba en absoluto.

—Lamento mucho que no estuviéramos aquí cuando llegó a casa, y que haya tenido que enfrentarse sola a los periodistas. Habrá sido una experiencia muy estresante, y no me

sorprende que esté un tanto aturdida. Sé que le han comunicado que esta tarde han hallado muerto a su esposo en la casa de Londres, y la acompañamos en el sentimiento.

Laura cerró los ojos y apretó el labio superior entre los dientes para impedir que le temblara. Dejó caer la barbilla sobre el pecho, en un intento vano de ocultar su falta de dominio. El pañuelo de papel que tenía apretado en la mano estaba hecho

jirones en su regazo. No recordaba haberlo desgarrado, y la nariz empezaba a moquearle otra vez. Juntó los pedazos en una bola e intentó secarse los ojos y la nariz. Luego sintió que le ponían un pañuelo limpio en la mano, y supo que estaba siendo descortés por no dar las gracias a la sargento. Pero no era capaz de mirarlos ni de hablar; se limitó a apretarse el pañuelo sobre los ojos y la nariz.

El inspector jefe empezó a hablar otra vez, y ella trató de concentrarse en lo que decía.

—En torno a las dos de la tarde, la Policía ha respondido a una llamada efectuada desde el apartamento de Egerton Crescent por la señora Beryl Stubbs, quien había descubierto el cadáver de su marido aproximadamente una hora antes.

Ella levantó la cabeza de golpe y dejó caer las manos

sobre el regazo.

—¿Beryl? ¿Y qué hacía ella allí un sábado por la tarde?

Respondió la sargento:

—Fue a recoger su bolso, y la verdad es que fue una suerte que estuviera allí. Nos ayudó a averiguar dónde se encontraba usted. Intentamos recogerla en el aeropuerto; se suponía que debían llamarla en el avión, pero supongo que usted no lo oyó. Siento que llegáramos tarde. Quizá le

habríamos ahorrado un poco de angustia.

Laura logró responder con una voz apenas audible:

—Me temo que he dormido durante todo el viaje. No he oído que me llamaran.

En aquel momento, el sonido estridente del timbre quebró el silencio de la casa.

—Ya voy yo —dijo Becky.

Laura sentía los ojos del inspector jefe sobre ella, pero no dijo nada. Ni

siquiera cuando la sargento y el comisario entraron en el salón se sintió capaz de hablar. Se limitó a mirar fugazmente al recién llegado, y volvió a mirarse las manos, que apretaban con fuerza la bola de papel húmeda.

—*Lady* Fletcher. Soy James Sinclair. Discúlpeme por llegar tan tarde. Permítame que le exprese mi más sentido pésame. Su esposo era un gran hombre, y era muy querido en este

país y en todo el mundo.

Laura sintió que su cuerpo se sacudía al oír las palabras del policía.

—También lamento decirle que en el momento en que cruzó la verja hizo una señal a los medios para que publicaran la noticia. Dada la posición de su marido, me temo que tendrá una repercusión enorme. Informaremos a la exesposa de *sir* Hugo, pero ¿hay alguien más a quien debemos notificárselo en su

nombre?

Laura sabía que debía responder, pero no le salían las palabras. Solo pudo sacudir la cabeza.

—Sé que mis colegas no han tenido tiempo de conversar con usted, pero necesitamos hacerle algunas preguntas.

El comisario calló y miró a sus colegas.

—Todavía no sabemos exactamente cómo murió su marido, pero debemos tratar su muerte como sospechosa.

Tendremos que esperar a los resultados de la autopsia, pero han surgido nuevas pruebas que sugieren indicios de delito. Probablemente es consciente de que cuanto antes actuemos en un caso así, más probabilidades tendremos de encontrar al responsable de este crimen monstruoso.

Haciendo un esfuerzo por mantener a raya los sentimientos, Laura levantó la cabeza un momento. Era

consciente de que los dos policías miraban al comisario con interés.

En aquel momento, una agente de policía abrió la puerta y entró con una bandeja de té. La conversación se detuvo un momento mientras se servía el té, y ella agradeció la pausa. Necesitaba mantener un mínimo vestigio de dominio de sí misma hasta que se marcharan, y al menos ya no temblaba.

James Sinclair fue el

primero en romper el silencio.

—Lo siento, *lady* Fletcher, pero también necesitaremos que identifique el cadáver. No es más que una formalidad, pero debe hacerse. La autopsia está programada para mañana. Preferiría que lo viera antes, lo que significa que debería acudir a primera hora.

—Apenas duermo, comisario. Dígame dónde y a qué hora. —Laura sentía

que estaba a punto de desmayarse; la tensión le estaba pasando factura. Mantenía a raya las emociones, pero le costaba mucho hacerlo. Necesitaba que se marcharan.

—Podemos mandarle un coche a las seis y media, si no es demasiado temprano. Y después querríamos que nos dedicara un rato para contarnos cuanto sea posible sobre su marido. Creemos que, si ha sido asesinado, lo ha hecho alguien a quien

conocía. Estoy seguro de que nos podrá ayudar con esto.

—Haré lo que pueda —
respondió Laura con un hilo de voz.

—¿Sabe de alguien que amenazara a su marido, o alguien que le guardara algún rencor?

—Nadie. Bueno, nadie que yo sepa. Debido a su trabajo siempre se sentía amenazado, pero nunca me dijo nada concreto. Lo siento.

—Sabemos el trabajo que hacía, *lady* Fletcher. ¿Quién no? Lo investigaremos en profundidad, por supuesto. Piénselo esta noche, y quizá mañana podamos hablar un poco más.

El policía calló. Cuando volvió a hablar, su tono se había suavizado.

—Lamento tener que preguntarle esto, pero no tengo más remedio. ¿Cree que su marido mantenía relaciones con otras mujeres

fuera del matrimonio?

Laura no pudo evitar que un estremecimiento recorriera todo su cuerpo. Esperó una fracción de segundo, y entonces levantó la cabeza.

—No lo sé, lo siento — contestó de nuevo, casi en un susurro.

—¿Quiere que llamemos a alguien para que le haga compañía, *lady* Fletcher? — preguntó la joven sargento.

—No quiero que venga nadie, gracias. Preferiría

estar sola. —Laura hizo una pausa y miró con preocupación hacia la ventana con las cortinas todavía descorridas—. Pero, si no es mucha molestia, ¿cree que podría mandar a alguien a buscar mi maleta al portaequipajes del coche? Prefiero no salir mientras el helicóptero siga sobrevolando la casa.

La eficiente sargento se levantó de un salto.

—Iré yo.

Laura fue vagamente

consciente de que el inspector jefe le preguntaba si quería que llamaran a un médico, pero ella desconectó de la conversación y se fue a otro lugar, en otro momento. El sonido de sus voces resonaba hueco en su cabeza, pero las palabras ya no llegaban hasta ella.

Sintió alivio cuando reapareció la sargento, cargada con una maleta pequeña.

—Disculpe, *lady* Fletcher, ha venido una

señora a verla. El policía le ha permitido la entrada porque ella asegura ser familiar de usted. ¿La hago pasar?

Antes de que Laura pudiera serenarse lo suficiente como para poder contestar, la puerta se abrió un poco más. En el umbral permanecía una mujer esbelta, con los cabellos rubios rojizos brillando a la luz de la araña.

—Laura, acabo de enterarme. Lo siento. Tenía

que venir. No podía dejar que pasaras sola por esto.

El ligero pero inconfundible acento norteamericano era lo último que Laura esperaba oír.

Sintió que el corazón empezaba a latirle con fuerza, y se levantó de un salto. No pudo reprimirse, y todas las emociones contenidas salieron de sus labios como despedidas por una explosión.

—¿Qué coño haces tú aquí?!

A los pocos minutos de la llegada de la invitada no deseada, los tres inspectores se marcharon en el coche de Becky, dejando atrás el grupo creciente de periodistas que se agolpaba ante la verja. Ninguno de ellos había dicho palabra desde que habían salido de la casa, más que las justas para que el comisario

despidiera a su chofer para poder volver con Becky y Tom. Tampoco hicieron comentario alguno hasta que estuvieron fuera del campo de visión de las cámaras. Un primer plano de tres policías preocupados en las noticias de la noche solo conduciría a especulaciones innecesarias, de modo que mantuvieron la expresión impasible hasta que estuvieron fuera del alcance de la prensa. Fue Becky quien rompió el silencio.

—¿A alguien más aparte de mí le ha parecido raro? Apenas había dicho nada, y de repente ese estallido. Y está claro que quería deshacerse de nosotros en cuanto apareció la cuñada.

Tom sabía que Becky tenía razón. La angustia de Laura parecía sincera, pero después de la llegada de la visitante los había echado literalmente de la casa. Había rechazado con brusquedad el ofrecimiento de Becky de quedarse a

pasar la noche en la casa, con gran desilusión de la policía. Le habría encantado ser una mosca pegada a aquella pared en ese momento.

—Tom, tú eres el experto en análisis de motivación. ¿Cuál ha sido tu primera impresión de *lady* Fletcher? —Los ojos penetrantes de James Sinclair se posaron sobre Tom, que permanecía absorto en el asiento trasero del coche.

Pero el inspector solo podía pensar en lo frágil que le había parecido cuando había impedido que cayera al suelo. Se obligó a revivir mentalmente la escena en el salón.

—Es una mujer difícil de interpretar. No hay ninguna duda de que estaba angustiada. Parecía concentrada en aguantar el tipo, hasta el punto de parecer indiferente, como si nada fuera real. Excepto, claro está, su reacción ante

la recién llegada. Eso sin duda ha sido auténtico.

—Sí, la recién llegada...
¿cómo se llamaba, Becky?

—Imogen Kennedy,
señor.

—Gracias. Bien, teniendo en cuenta que Imogen estuvo casada con el hermano de *lady* Fletcher, podría haber todo tipo de explicaciones a su reacción... Alguna riña familiar, tal vez. Pero merece la pena investigarlo. Con tal antagonismo, puede

haber algo más. ¿Qué te ha parecido, Becky? — preguntó James.

—Me ha parecido que *lady* Fletcher se había rendido ante la vida. Todo lo contrario de su atractiva cuñada.

Tom pensó que la observación directa de Becky era tristemente precisa. Laura Fletcher llevaba una falda de cachemira de color morado, con un cinturón que no la favorecía nada, y un jersey

de manga corta y cuello redondo de un color beis apagado. Los cabellos recogidos con una goma sencilla y la piel comprensiblemente pálida, enrojecida por el llanto, no mejoraban en absoluto su aspecto. Imogen Kennedy, en cambio, había llegado a la casa donde había sido tan mal recibida con un aspecto immaculado. Un contraste llamativo.

—Me habría gustado ver su reacción cuando se enteró

de la noticia. El joven agente estaba demasiado aturullado para fijarse en nada.

—¿Sabes por qué no la habéis encontrado, Tom?

—La verdad es que no. Nos aseguraron que la habían llamado durante el vuelo, pero que no se había presentado nadie. Ella ha afirmado que se quedó dormida.

Becky soltó una risita sarcástica.

—Sí, y a los dos minutos ha dicho que apenas dormía.

—Supongo que viajar puede causar ese efecto en algunas personas —convino Tom—. De todos modos, en el aeropuerto hemos pedido que comprobaran qué había sido de su equipaje, y diez minutos después nos han dicho que debía de haberlo recogido porque no quedaba nada en la cinta; por tanto, esperábamos que saliera por la puerta.

—La han llamado varias veces por megafonía y hemos esperado media hora

antes de darnos por vencidos y aceptar que la habíamos perdido. Hemos llegado a su casa sobre las ocho y diez. Nos ha sorprendido llegar tan poco después que ella, teniendo en cuenta que nos llevaba mucha ventaja.

—¿Estamos completamente seguros de que iba en el avión? — intervino el comisario—. ¿Hay alguna duda?

Becky respondió inmediatamente.

—Ninguna. Y cuando he

sacado el equipaje del coche, la etiqueta de la compañía aérea era del vuelo de Ancona, con fecha de hoy.

—Con lo que has visto hoy, Becky, ¿la habrías reconocido en el aeropuerto? —preguntó James.

—La última foto que teníamos no era muy buena, así que podríamos haberla dejado pasar sin reconocerla. Pero yo tengo una memoria casi fotográfica, y dudo mucho que esa falda pudiera haber pasado por mi lado sin

que me fijara en ella. Claro que podría haber llevado puesto el abrigo. Había uno en el asiento trasero del coche.

Tom no entendía cómo podían haberla dejado pasar sin reconocerla, pero era evidente que lo habían hecho. Como había dicho Becky, no había duda de que Laura Fletcher estaba en Italia en el momento del asesinato. Pero había algo que lo fastidiaba. Había sentido cómo temblaba su

cuerpo, y sabía que su sufrimiento era real, pero también había reparado en un par de reacciones curiosas. Parecía raro que no se hubiera interesado por los detalles. De hecho, no había preguntado en ningún momento cómo había muerto su marido. En cambio, la había sorprendido que la mujer de la limpieza estuviera en la casa un sábado. ¿Qué importancia tenía? En aquel momento, ni siquiera ellos tenían claro

que se tratara de un asesinato. Mientras escuchaba la conversación entre Becky y James, Tom se dio cuenta de que los pensamientos de la sargento discurrían paralelos a los suyos.

—Ha dicho que parecía un asesinato. ¿Qué han descubierto, señor?

—En cuanto el cadáver ha llegado al depósito, Rufus Dexter ha echado otro vistazo con una lupa. Es un hombre parco en palabras,

pero es un fanático de los detalles y no se ha podido resistir a investigar un poco más antes de la autopsia. Ha encontrado una mancha diminuta de sangre en el vello púbico de la víctima. Tiene un pinchazo en la zona y, teniendo en cuenta que nadie en su sano juicio se inyectaría cerca de su propio escroto, ha creído que debía avisarme. De momento no sabe todavía qué es lo que le han inyectado. No cree que haya

habido ninguna intención de disimular la herida de la punción, pues para eso, como sabemos, existen mejores zonas, de modo que probablemente se ha elegido por la velocidad de absorción en el flujo sanguíneo.

—Todavía tenemos que decirle a *lady* Fletcher que su marido estaba desnudo y atado. No le resultará fácil abstraerse de esa información concreta —dijo Becky.

Tom miró hacia la noche oscura mientras corrían por la M40 y pensó en Hugo Fletcher. Cada vez parecía menos probable que aquello terminara por ser un simple asesinato de una esposa furiosa, y por lo tanto necesitaban considerar otras posibilidades. No pudo evitar pensar que las obras benéficas de sir Hugo podían tener algo que ver. Su fortuna era heredada, pero su fama procedía de su prominencia en el ámbito de

las organizaciones benéficas y de la ayuda que prestaba a prostitutas de Europa del Este. Teniendo en cuenta el carácter sexual de la escena del crimen, existía una relación clara con la prostitución. Pero ¿por qué habría de querer matarlo una prostituta?

James Sinclair se mantenía escéptico.

—Si creyéramos lo que dicen los medios de comunicación, todos pensaban que era Dios

todopoderoso. Podría creerme que el autor del asesinato hubiera sido un proxeneta furioso, pero me cuesta imaginar que tomara champán con alguno y después se dejara atar a la cama. Estoy seguro de que existe una relación lógica en todo esto, pero se me escapa.

Habían llegado al final de la autopista y la forma de conducir de Becky volvía a ser la habitual, esquivando obstáculos y colándose entre los dos carriles que estaban

llenos de coches incluso a aquella hora tardía del sábado. Tom entrevió la expresión ligeramente inquieta de su jefe cada vez que pasaban un semáforo en ámbar y no pudo evitar sonreír, pero borró rápidamente la sonrisa cuando James se volvió para mirarlo.

—Regresemos a los hechos. Conocemos las estadísticas de asesinatos por parte de los cónyuges, así que primero descartemos lo

obvio. Hemos demostrado más allá de la duda razonable que lady Fletcher se encontraba a bordo del avión procedente de Italia. ¿Estamos completamente seguros de que no hay forma de que pudiera matarlo antes de viajar a Italia para subir al avión en Ancona?

—No es posible. Lo hemos comprobado.

—¿Y en un avión privado, dado que es tan rica?

—Lo estamos

comprobando, pero sería demasiado evidente. Será lo que sea, pero desde luego no creo que sea estúpida. Si ha tomado un avión privado de Londres a Ancona para regresar una hora más tarde en un vuelo comercial, sería como ponerse una gorra que dijera «culpable».

—Tienes razón. Lo comprobaremos, por supuesto, pero está claro que no sería un despliegue de sutileza.

Había un punto que Tom

creía que no se había mencionado: la falta de reacción de Laura Fletcher cuando le habían preguntado por otras mujeres. Pensaba que la mayoría de las esposas se habrían mostrado sorprendidas, horrorizadas o mortificadas ante la idea. Pero ella no había reaccionado en absoluto.

Tom sentía que estaban un poco desinflados, y por lo visto James Sinclair pensaba lo mismo.

—A ver —dijo el

comisario—. Intentemos resumir lo que tenemos. De momento, que lo haya hecho *lady* Fletcher parece poco probable, aunque esto no significa que no pueda haber pagado a alguien para hacerlo. ¿Qué podemos decir de su reacción más bien extrema a la llegada de la visitante?

Apenas habían tenido tiempo de digerir el estallido apasionado de *lady* Fletcher cuando ella los había echado con firmeza de la casa.

—Ha reaccionado con mayor intensidad a la llegada de su cuñada que ante la noticia de que su marido había sido asesinado. Diría que ha sido una reacción totalmente instintiva. Parecía enfadada de verdad, como si esa mujer fuera la última persona que deseara ver.

—Apuesto a que Laura sospecha que Hugo tenía una aventura con Imogen —dijo Becky—. Eso explicaría su reacción.

—Lo que también apunta a que tenemos que investigar a fondo los movimientos de la señora Kennedy durante las últimas veinticuatro horas —siguió James Sinclair.

Tras estas palabras, cada uno reflexionó por su cuenta hasta que el móvil de Tom los interrumpió bruscamente. Respondió de inmediato, escuchó con atención y colgó.

—Buenas noticias. El puerta a puerta ha dado

resultado. Alguien ha visto a una persona saliendo de la casa de Egerton Crescent sobre las once y cuarenta y cinco de hoy. Una mujer delgada, de estatura media, con una gran bolsa negra al hombro. Lo que más le ha llamado la atención ha sido su cabello rojizo, increíblemente largo, y una falda de piel negra por la rodilla, muy ajustada.

—Gracias a Dios, una persona muy observadora —comentó el comisario.

—Por lo visto se ha quedado mirándola un buen rato porque, según él, era «*sexy* para morirse».

Siguieron adelante en silencio. Tom especulaba sobre la diferencia entre una falda *sexy* de piel negra y la espantosa falda que llevaba Laura. Era inevitable que algunas de aquellas informaciones se hicieran públicas, y se preguntaba cómo afrontaría ella la inevitable comparación y lo que se deducía de ella.

A unos ciento cincuenta kilómetros al suroeste de Oxfordshire, una chica miraba por la ventana, hacia la noche. Aunque su habitación estaba totalmente a oscuras, las carreteras comarcales sin iluminar y la ausencia de luna solo permitían distinguir formas vagas al ojo humano. Apenas podía ver el contorno en sombras de las

copas de los árboles contra el cielo nocturno, cimbreadose con los fuertes vientos procedentes del mar cercano. Pero no había señales de vida por ninguna parte. Aun así, la chica escrutaba el paisaje, esforzándose por atravesar con la mirada los tupidos setos, rezando —pero temiéndolo al mismo tiempo — por distinguir los faros de un coche en la distancia, serpenteando hacia ella.

Hacía varios días que no

aparecía, y nunca había estado fuera tanto tiempo. Sabía que estaba enfadado con ella, pero quizá —solo quizá— cuando llegara podría arreglar las cosas. Tal vez se había precipitado, o tal vez había esperado demasiado.

No vio nada, y ahuyentó una vaga sensación de alivio que sabía que sería reemplazada enseguida por un miedo insidioso. Hacía frío en la habitación, y se dio cuenta de que temblaba

con la ropa fina que llevaba. Bebió un sorbito de agua y se metió debajo de las mantas, arrebujándose para protegerse de las corrientes gélidas, y luego se tapó la cabeza para que el aire cálido de su respiración aportara algo de calor a su cuerpo tembloroso.

El fuego crepitaba en la chimenea, donde Imogen finalmente había encendido unas pastillas que habían prendido los troncos. Ardían bien, pero apenas hacían más acogedor el sombrío salón.

Laura miraba a Imogen, que estaba ocupada eligiendo entre la imponente colección de botellas de

coñac de Hugo. La discusión había empezado en cuanto se hubieron marchado los policías. Fue breve pero violenta, y había dejado a Laura exhausta. Había agotado toda su gama de emociones, y le había puesto fin corriendo al baño de abajo para vomitar; el estrés intenso a menudo le producía ese efecto. Ahora estaba echada en el sofá con la cabeza apoyada en una pila de cojines y los brazos sobre el estómago, más para

consolarse que para aliviar su malestar. Cuando empezó a hablar, resultó difícil — pero no imposible— descifrar sus palabras. No era capaz de gritar más, pero seguía estando furiosa con Imogen.

—No deberías haber venido. Ha sido una decisión estúpida, muy estúpida. No lo has pensado, ¿a que no?

—Me ha quedado muy claro, gracias. Creo que he captado el mensaje.

—Ahora deberías estar

de viaje rumbo a Canadá. ¿Y por qué les has dicho que eras mi cuñada?

Imogen, que no parecía conmovida por la angustia de Laura, contestó con rapidez y en un tono sensato.

—Porque lo era, hasta que todo se fue a pique. Me imagino que a Will tampoco le gustaría que esté aquí, pero es su problema. A ver, Laura, ¿qué querías que hiciera? En cuanto me he enterado de que Hugo había muerto, he venido. Y

después de todo lo que me has pedido que hiciera por ti, he pensado que necesitarías compañía. Qué tonta soy.

El tono amable, cariñoso y conciliador que había empleado para causar una buena impresión a la Policía se había esfumado. Laura suspiró.

—Sí, sé lo que te pedí y fue mucho pedir, pero...

—¿Mucho pedir? ¿Así lo llamas tú? Mucho pedir es pedir prestada una chaqueta de Armani sin estrenar, o

pedirme mis últimas dos mil libras. Claro que a ti eso nunca te haría falta. Tu «mucho pedir» se salía de la escala de Richter, guapa, y lo sabes muy bien.

—Te lo expliqué todo. Dijiste que lo entendías.

—Pero ahora no es lo mismo. —Imogen soltó un bufido largo, como si liberara una montaña de tensión acumulada—. Los próximos días, o las próximas semanas, serán horrendas. Necesitarás

mucha compañía. Quién sabe qué cosas van a salir a la luz, y es inevitable que la Policía quiera entender qué te ocurrió y por qué acabaste en un manicomio.

Laura se incorporó y se sentó en el sofá. No podía dejar pasar ese comentario, ni siquiera a Imogen.

—Tienes una gracia innata con las palabras, como siempre, Imo. Tú y yo sabemos perfectamente por qué estuve allí pero, fuera cual fuese la razón, saberlo

no hace que me sienta mejor.

Imogen ya no parecía dispuesta a seguir peleando, y Laura pudo ver en sus ojos que lo lamentaba. Ése era el problema de Imogen: a menudo hablaba primero y pensaba después. Siempre había sido así.

Imogen colocó un copa inmensa de coñac, que Laura no quería, en la mesita que había al lado del sofá. Luego se sentó a su lado.

—Lo siento —dijo—.

Qué falta de tacto por mi parte. Pero ¿qué piensas decirle a la Policía? Estoy aquí para darte el apoyo que necesitas. Habrá momentos en los que no sabrás qué hacer. Tendrás que tratar con Alexa, y además está el testamento, el funeral, un sinfín de cosas que hacer. Necesitarás hablar con alguien, y yo soy la única que lo entiende.

Laura todavía se resistía a ceder.

—Sí, pero ahí está el

problema. Tú crees que lo entiendes, pero no tienes ni idea.

Se estaban haciendo daño, y era un esfuerzo inútil. El daño estaba hecho; seguir clavando el puñal a Imogen no serviría para nada, ni cambiaría las cosas. Quizá el coñac no fuera tan mala idea. Tomó un sorbo y se estremeció. Detestaba su sabor empalagoso.

—Mira, no quiero que nos peleemos —dijo por fin—. Mis emociones ya

parecen una montaña rusa sin ti. Entiendo por qué has venido, aunque sea una idea horrible. Ha sido irresponsable e impulsivo. Y la Policía querrá saber por qué me ha horrorizado tanto verte entrar por la puerta.

—¡Pues cuéntales la verdad! Hugo me detestaba, tu hermano me odia, hace años que tengo prohibida la entrada en esta asquerosa casa y tu marido te prohibió hablar conmigo nunca más. Y tú eras mi mejor amiga.

La verdad ya es bastante triste; no es necesario que tengas que inventarte una historia poco realista.

A su pesar, Laura estaba de acuerdo. Desde que tenían cinco años hasta el primer año de su matrimonio, ella e Imo habían estado lo más unidas que pueden estar dos amigas. Los padres de Imogen habían dejado Canadá y se habían instalado en la casa vecina a la de Laura. Aún recordaba

perfectamente el día que se conocieron. Había sido uno de los días malos en el hogar de los Kennedy y Laura se había refugiado en su cabaña, en una zona de densa vegetación al fondo del largo jardín, lo suficientemente lejos de la casa como para no oír la discusión. Nunca había oído hablar a nadie con acento norteamericano hasta que oyó las primeras palabras de Imogen.

—Te he visto desde la

ventana de mi habitación y he pensado que te apetecería un poco de chocolate. ¿Puedo pasar?

Laura debió de decir que sí, porque aquella niña sonriente con pantalón vaquero de peto se arrastró en el interior de la cabaña a cuatro patas y le dio a Laura un abrazo rápido y una chocolatina bastante sucia.

—Tendrás que contarme por qué lloras, porque no pienso irme hasta que me lo digas.

Y aquello sentó para siempre la pauta de su relación. Imogen había encontrado un hueco en el seto que separaba las casas y propuso que fuera su secreto. Siempre que quisiera, Laura podía escabullirse y jugar con ella, y ella haría lo mismo. Desde aquel día fueron inseparables. Laura creía saberlo todo de Imogen y viceversa. Pero se equivocaba.

Imogen no le había

dicho a Laura que desde la adolescencia estaba loca por Will Kennedy, el hermano mayor de Laura. Y cuando él la correspondió, Laura se sintió abandonada. Le llevó bastante tiempo perdonar a Imogen por mantener aquello en secreto, pero la felicidad de la pareja era contagiosa. Su mejor amiga y su hermano se casaron cuando Imogen tenía solo veinte años, y habían permanecido enamoradísimos hasta esa

noche horrible en aquella misma casa.

Alguien tendría que decirles a Will y a su madre lo de Hugo. No le había gustado nada que Will se marchara a trabajar a Kenia, pero por suerte su madre había ido a visitarlo. Ya debería haber llegado. Nunca le había caído bien Hugo, pero en aquel momento Laura podía prescindir de la opinión de su madre sobre su elección de marido.

—Tengo que decírselo a Will. Y a mi madre. Si no se enterarán por las noticias, y eso no estaría bien. No sé si me veo con ánimos para hablar con mi madre, de modo que llamaré a Will y que él se lo diga a ella.

Laura sabía cuál sería la respuesta de Imogen. Por nada del mundo perdería la oportunidad de hablar con su exmarido.

—Yo llamaré a Will. Déjame a mí. Lo haré dentro de un minuto —dijo

Imogen con una expresión pensativa.

—Ah, ¿puedes mirar si hay mensajes en el contestador? Y si los hay...

—Sé lo que tengo que hacer —la interrumpió Imogen—. No te preocupes.

—Y luego está Alexa. Debería hacer algo para ayudarla, pobre. Solo tiene doce años, y es muy infantil para su edad. Se lo va a tomar mal. No creo que su madre le sea de mucha ayuda. Alexa necesita poder

estar triste por la muerte de su padre sin que Annabel le vaya diciendo lo mala persona que era. Sé que es su exesposa y que prácticamente es su deber odiarlo, pero al menos esta vez debería anteponer los sentimientos de su hija a los suyos.

Consciente de que empezaba a balbucir, Laura miró a Imogen, que la observaba de una forma curiosa y determinada. Lo que esta dijo a continuación

confirmó que había estado esperando a que Laura se callara para intervenir.

—Antes de que te fueras por las ramas, has dicho... y cito, «crees que lo entiendes, pero no tienes ni idea». Me gustaría que te explicaras.

Laura se levantó del sofá. Imogen la miraba con demasiada atención y la hacía sentir incómoda. Se acercó a la chimenea y se agachó para remover los rescoldos. En aquel momento no tenía energía

para justificar su afirmación ante Imogen. Pero su amiga no había terminado.

—No soy una hipócrita, Laura. Odiaba a tu marido con todas mis fuerzas. En ese «no tienes ni idea» hay más de lo que parece, y necesito saber qué es. Te prometo que no pararé hasta que me lo digas. No soy tu enemiga. Soy tu amiga.

Al ver que había terminado por apagar el fuego, Laura añadió más troncos a la chimenea,

colocándolos con un esmero innecesario. Sabía que Imogen merecía una explicación. Le había mentado, o al menos no le había dicho toda la verdad. Pero habían pasado años sin verse ni hablarse, y habían sucedido muchas cosas. Demasiadas para contarlas en una sola noche.

—Francamente, no estoy en condiciones de contártelo. Sé que hoy día se anima a todo el mundo a sincerarse a la mínima, pero

no estoy del todo de acuerdo con esa práctica. Cuando estuve en la clínica vi a demasiadas personas vomitando sobre los mismos problemas una y otra vez, cuando hubiera sido mejor para ellas enterrarlos en el fondo de su cabeza y seguir con su vida. Aun así, tienes derecho a saberlo. Lo reconozco.

Siguió un silencio largo, interminable. Laura libraba una batalla interior, y estaba claro que Imogen no

pensaba ayudarla. Por fin, Laura tomó una decisión, que no era precisamente la que tenía intención de adoptar.

—Te escribí varias cartas.

—¿Qué cartas? Hace años que no recibo una carta tuya. ¿Se puede saber de qué hablas?

—No llegué a mandarlas.

Laura calló. No sabía si sería capaz de continuar.

—La primera vez que te

escribí fue cuando tú y Will empezasteis a salir, y yo estaba tan enfadada. Te escribí para decirte cómo me sentía y luego lo leí. Mi egoísmo me resultó abrumador y rompí la carta. Desde entonces ha habido momentos en mi vida en que he necesitado saber lo que pensabas, y momentos en que solo quería aclararme y resolver algún dilema. Entonces te escribía cartas. Muchas cartas. Todo empezó cuando conocí a

Hugo. No me estaba permitido contarle a nadie que estábamos juntos, y quise plasmar todos los momentos para poder revivirlos contigo cuando se diera la ocasión. No soportaba no poder compartirlo contigo. Pero ese momento nunca llegaba. Las cosas cambiaron, y cuando releí la primera carta todo lo que había escrito me pareció inmaduro y pueril. Y a medida que la situación cambiaba, te escribía. Tenía

la intención de dejártelas leer, pero cada vez había más motivos que lo impedían. Al final se convirtió en algo terapéutico. Era como si hablara contigo, pero me ahorraaba sufrir la humillación de ver tu reacción. Ahora nada de esto tiene sentido para ti, pero lo tendrá cuando leas las cartas. —Laura hizo una pausa y respiró hondo—. Ve, Imogen. Ve a llamar a Will. Yo iré a buscar las cartas, las

tengo escondidas. Será mejor que empieces por el principio, por la noche que conocí a Hugo. Pero tendremos que hacerlo a mi ritmo, Imo. No sé si puedo permitir que las leas todas.

FEBRERO DE 1998

Querida Imo:

Hay algo que me muero por contarte, pero ¡no puedo! Es muy frustrante. Entiendo por qué no puedo, pero es difícil para mí. Eres mi mejor amiga, y quiero hablar de esto contigo. Así que lo escribiré, y de este modo no

olvidaré nada. Ni uno solo de estos momentos maravillosos. He pasado un par de semanas asombrosas. Estoy convencida de que en los últimos quince días mi vida ha cambiado para siempre.

He conocido a un hombre.

Todo empezó la noche de los premios. Aquélla de la que te hablé. Nunca había estado en ningún acto

en el Gran Salón del hotel Grosvenor House, pero es famoso por celebrar las mejores veladas de concesión de premios. Y esta vez uno de mis programas estaba en la lista de candidatos (y yo estaba hecha un manojo de nervios).

Simon —mi jefe— me estaba esperando cuando llegué, y nos abrimos paso entre la gente que se apretujaba

en el pequeño vestíbulo, riendo, sonriendo, todos maravillosamente elegantes. Bajamos a la planta noble con vistas al Gran Salón, donde se celebraba la recepción y se servía el champán.

Debo decir (aunque sea una falta de modestia) que estaba contenta con mi traje, lo que me daba mucha confianza en mí misma, sobre todo porque temblaba de los nervios.

Me había puesto un vestido de seda aguamarina precioso. Tiene unos tirantes diminutos y un gran escote y está cortado al bias, de modo que resalta mis curvas pero no me hace gorda, ¡o al menos yo me había convencido de que era así! Y, por supuesto, mi pelo es una gran ayuda. ¡Me encanta ser pelirroja! Así que, en conjunto, era una de

esas noches en que me sentía bien conmigo misma.

Mirando el Gran Salón desde la recepción, la vista era impresionante. Arañas enormes que proyectaban una luz cálida y acogedora y un sinfín de mesas redondas cuidadosamente adornadas, cada una con su candelabro, cuyas llamas amarillas

iluminaban suavemente los manteles blancos, los cuales temblaban como estanques dorados por debajo de nosotros. El escenario estaba decorado con un impresionante telón de fondo plateado con estrellas doradas, pero lo mejor de todo era la larga mesa donde se exponían todos los trofeos de pirámides de cristal. Solo verlos hizo que me estremeciera de

emoción. Sería un honor tan grande ganar..., y un empujón enorme para mi carrera.

Pero ya no siento ambición solo por mí. Se trata de la empresa. Desde que Simon me cedió algunas acciones, siento que necesito demostrar lo que valgo, y un premio sin duda haría que sintiera que su fe en mí está justificada.

*Cuando nos
sentamos a nuestra
mesa me di cuenta de
que no sería capaz de
hablar con nadie. Ni
siquiera podía ver a
algunos de los invitados
VIP de Simon porque las
velas tan altas y un
montón de botellas de
vino en cubiteras
plateadas enormes me
lo impedían, pero a
medida que avanzaba la
noche y el vino se
consumía*

generosamente, me fijé en el hombre que estaba sentado delante de mí. Me sonaba de algo, y ¡me pareció muy interesante! Le eché unos cuarenta años, y tenía unos cabellos abundantes y oscuros que, como el resto de su persona, estaban perfectamente cuidados. Todos los hombres llevaban esmoquin, pero el suyo parecía mejor, más negro,

mejor cortado y más elegante. No pude precisar el color de sus ojos, pero me aposté a mí misma que serían azules oscuros. ¡Y me estaba observando! Levantó su copa de champán y la subió un poco más de la cuenta, ofreciéndome un brindis silencioso y sutil antes de acercársela a los labios. Fue encantador... No se me ocurre otra palabra

para describirlo (¡excepto sexy, quizá!). Pero no tuve tiempo de reaccionar a aquel pequeño flirteo, porque en ese momento se oyó un redoble de tambor y de los altavoces surgió la voz del maestro de ceremonias.

—Señoras y señores, tomen asiento, por favor. La ceremonia de concesión de los premios está a punto de comenzar.

Casi se podía palpar la emoción de la expectación que había en la sala. Ahora entiendo cómo se sienten en los Óscar. Me senté, tratando de parecer despreocupada, ¡aunque el corazón me latía con tanta fuerza que creí que iba a salir disparado de mi pecho!

Y, como en los Óscar, mostraron un fragmento de cada uno de los finalistas. Mi

película trata de la violencia doméstica. No tanto de la violencia física como de la violencia verbal y la humillación. ¡No te creerías las cosas que suceden tras las puertas cerradas! El fragmento correspondía a una de las escenas dramáticas que introdujimos. La interpretación era estupenda. El tipo que hizo de marido abusador consiguió

*transmitir la sensación
justa de amenaza sin
poner un dedo sobre la
mujer. ¿Sabías que
muchos hombres
también son víctimas de
abuso?*

*Te preguntarás
cómo permiten que las
traten así, pero
mientras
planificábamos el
programa hablé con
algunas personas que
no tenían nada que ver
con lo que esperarías*

que fuera una víctima típica. Muchas eran mujeres muy inteligentes que tenían buenos empleos. Una de ellas me dijo: «La destrucción lenta e implacable de la confianza en una misma es algo imposible de explicar». ¡Seguro que estás dando gracias a Dios por haberte casado con Will!

Tuvimos que ver los fragmentos de los

demás nominados en mi categoría, pero por fin llegó el momento de la verdad.

El anfitrión volvió a colocarse delante del micrófono.

*—Y el ganador es...
Todo queda en familia.
Un aplauso para la
productora del
programa, ¡Laura
Kennedy!*

La media hora siguiente la pasé en una especie de nube. Me

llovían las felicitaciones, y el champán corría con libertad. Todos se portaron maravillosamente, todos me ofrecían sonrisas y los mejores deseos, incluso aquéllos que no habían ganado (aunque sin duda con los dientes apretados). Pero yo sentía que todavía había alguien que me observaba... y me encantaba. Me aparté

un momento del grupo, porque creía que debía hablar un momento con los jueces, solo para darles las gracias, te lo juro. Pero me encontré con una mujer con la cara pétrea.

—No me des las gracias, Laura. Yo no he votado por ti —dijo.

Dicho esto, se levantó de la mesa y se fue. La reconocí. Era la periodista Sophie Miller. Ella también es

conocida por informar sobre temas delicados, y por eso me sorprendió bastante, pero intenté no perder la calma. Sonreí a los demás para disimular mi incomodidad y regresé a nuestra mesa.

Me sentía un poco desanimada, pero creo que conseguí ocultarlo. Entonces oí una voz baja detrás de mí.

—¿Señorita Kennedy? —dijo (¡muy

formal!). Me volví y era él—. Soy Hugo Fletcher. Mi enhorabuena por un premio merecido. Su película me ha impresionado, al menos lo que he visto de ella. Me gustaría poder hablar de ella con más calma, y hablarle de lo que intento hacer con mis organizaciones benéficas. Esta noche está claro que no es el momento. ¿Podría

*almorzar conmigo
algún día? Hay un buen
restaurante junto a
King's Road donde me
gustaría mucho
invitarla. Tenga, mi
tarjeta. Piénselo y
llámeme.*

*Me hizo una
pequeña reverencia —
en serio— y se fue.
Tengo que decir que
lamenté verlo marchar.
Saber que estaba allí y
que me miraba había
añadido un cosquilleo*

de excitación, y cuando se fue todo me pareció menos definido... No sé si me explico.

En fin, me resigné, y estaba a punto de salir a bailar cuando vi que la antipática de Sophie iba hacia las escaleras. Decidí ir tras ella. La encontré haciendo cola para recuperar su abrigo.

—Hola —dije con amabilidad—. Antes no hemos tenido tiempo de

hablar, pero me ha dado la sensación de que no te había gustado mi programa. Me gustaría mucho saber qué es lo que te ha parecido mal.

No pestañeó, ni mucho menos se mostró avergonzada. Sus ojos eran oscuros y serios, y su respuesta fue breve y directa.

—Tu película está bien hecha. Tiene buen ritmo y las partes

dramáticas están interpretadas correctamente. Por desgracia, tiene un defecto mayúsculo. Me pareció evidente que no sabías absolutamente nada del tema. ¿Me disculpas, por favor?

Y se marchó sin mirar atrás y salió a la calle.

Me quedé unos segundos mirando cómo se alejaba. No encontré una buena respuesta

*para eso, y tampoco
tuve tiempo de
reflexionar porque llegó
Simon y me arrastró a
la pista de baile. Del
resto de la noche no me
acuerdo muy bien, pero
sí recuerdo haber
pensado que mi vida
estaba a punto de
cambiar para siempre.*

*Sé que cuando leas
esto ya te habrás
enterado de que me
concedieron el premio,
siento ser pesada. Pero*

de algún modo todo se complementa, así que era importante que captaras el ambiente de la velada y mis emociones tumultuosas.

Como era de esperar, al día siguiente el trabajo no cundió mucho en las oficinas de producción de la televisión. Nadie se había acostado antes de las cuatro, y a todos nos dolía la cabeza. Yo, sin embargo, todavía

sonreía. No me importaba demasiado la resaca ni la ligera sensación de náusea.

No sé si fue por el dolor de cabeza, pero no dejaba de ver imágenes de la noche anterior pasando velozmente en technicolor como flashes ante mis ojos. Flash: un mar de caras y yo mirando desde el escenario, sosteniendo la preciosa pirámide de

*cristal en las manos.
Flash: una cara, la cara
de un hombre,
ofreciéndome una
insinuación de sonrisa
solo para mí.*

*Curiosamente, el
segundo se me aparecía
más a menudo que el
primero.*

*Mis últimas
experiencias con
hombres no habían ido
muy bien. Para ti ha
sido muy diferente con
Will. En cambio, yo no*

*he tenido nunca una
relación seria.
Últimamente, todo el
mundo parece querer
sexo sin compromiso.
Algunos hombres creen
que solo hace falta que
te inviten a una cerveza
en un pub para que te
vayas a casa con ellos.
Puedo parecer cínica,
pero necesito establecer
alguna relación con un
hombre antes de
acostarme con él. Y
nunca he conocido a*

nadie que me hiciera sentir como tú te sientes con Will. Lo que es seguro es que ningún hombre se había entrometido antes en mis pensamientos constantemente. Hasta que conocí a Hugo Fletcher.

Me moría de ganas de preguntarle a Simon por él, pero ¡no llegó a la oficina hasta las tres! Uno de los privilegios de ser jefe, supongo.

Por supuesto, todos querían que les hablara de la noche anterior, pero a mí solo me interesaba estar a solas con Simon para poder interrogarlo. Por fin logré arrinconarlo.

—Laura, no soy tonto. Quieres preguntarme sobre Hugo Fletcher, ¿verdad? No te quitaba los ojos de encima, querida.

(En la tele hablan

así, pero tú no me lo permitas nunca. Quiero mucho a Simon, pero el otro día llegué a oír que llamaba «querido» al electricista).

Bueno, aquello fue música para mis oídos, y me quedé en trance mientras Simon me contaba todo lo que sabía de ese hombre, sus organizaciones benéficas, sus negocios, sus inversiones... ¡y su esposa!

¿Cómo no se me había ocurrido que podía estar casado? Yo no salgo con hombres casados. Nunca, al menos a sabiendas, participaría en ese sufrimiento inevitable. Siempre hay alguien que sufre, y eso es algo que he visto bastante a lo largo de mi vida como para poder reconocerlo. Sé que tú me comprenderás.

Pero me estaba

adelantando a los acontecimientos. ¡Solo habíamos intercambiado cuatro palabras! Eso sí, hubo chispa, o al menos la hubo para mí.

Ya había decidido que no aceptaría su ofrecimiento para almorzar cuando Simon me sorprendió:

—Creo que deberías comer con él. Deberías flirtear un poco. Sé que no irás más lejos,

porque te conozco. Pero es importante para nosotros. Es muy rico, pero nunca ha permitido que nadie hiciera un documental sobre sus organizaciones benéficas. Sería un éxito. Debes aprender a usar lo que tienes, querida. No te das cuenta de lo guapa que eres, y si está bien conseguir trabajo por lista, ¿por qué no por

guapa?

¿Qué te parece, Imo? No sé si estaba insinuando que no soy lista, pero creo que no.

Puede que fuera una decisión arriesgada, pero por fin quedé con Hugo para almorzar. Lo había ido aplazando, aunque no había dejado de pensar en ello. Así que tenía que hacerlo de una vez. Quería estar perfecta, profesional pero atractiva, y me

*puse un traje de Donna
Karan con unas
fabulosas botas altas de
piel gris. Decidí
dejarme los cabellos
suelos, al natural. Me
sentía bien.*

*El taxista no paraba
de hablar sobre el
Arsenal y el Manchester
United, que competían
en alguna liga. Fingí
interés, como cualquier
persona bien educada,
pero en realidad lo
único que quería era*

dejar de escuchar y pensar en lo que me esperaba. Entramos en Egerton Crescent y... Qué lugar tan bonito, con las casas pintadas de blanco que parecen inmaculadas incluso en el ambiente gris de febrero.

Sentía el estómago alborotado mientras corría para refugiarme de la lluvia, y la joven que me abrió la puerta consiguió que me

sintiera como una pueblerina a pesar de mi elegante traje nuevo. Tenía ese aire de sofisticación que solo se consigue tras años de comprar en según qué tiendas. Con su traje, que era sin duda de Chanel, me hizo sentir que no le llegaba ni a la suela del zapato. Pero no pensaba huir con el rabo entre las piernas, de modo que le dirigí mi sonrisa más cordial.

—*Hola, soy Laura Kennedy, he quedado con sir Hugo Fletcher —dije tendiéndole la mano. Ella me ofreció la suya sin estrecharla. Nunca sé qué hacer con las personas que te tienden la mano y no hacen nada. ¿Se supone que debes apretarla con suavidad, estrecharla frenéticamente o hacer lo mismo y dejar que las dos manos cuelguen inertes juntas unos*

segundos? Opté por un apretón discreto y esperé que fuera lo correcto. Era evidente que me estaba juzgando, y sospecho que, para aquella chica de expresión altanera, no daba la talla. No me miró de arriba abajo con una sonrisa burlona, pero le faltó poco para hacerlo.

—Buenos días, señora Kennedy. Soy Jessica Armstrong, la

ayudante personal de sir Hugo. La está esperando. Pase, por favor.

Me acompañó al despacho privado de Hugo, y él se levantó para recibirme. No se parecía a ningún despacho que hubiera visto antes, con sus paredes de color verde oscuro llenas de arte clásico y muebles de madera de nogal que sin duda eran antiguos.

El escritorio era enorme, y sobre él no se veía un solo papel. Había un gran secante, sin manchas de tinta ni garabatos (una demostración increíble de contención), y una pluma de plata Montblanc colocada perfectamente paralela al borde exterior. Aparte de esto, solo había una gran agenda encuadernada en piel con el año en curso

grabado en relieve en números dorados sobre la portada. Suerte que no lo había invitado a mi despacho, que es exactamente lo contrario en todos los sentidos posibles.

Hugo salió de detrás de la mesa.

—Bienvenida, Laura. Espero que no te importe que te tutee y te llame Laura.

Divertida, porque, francamente, ¿cómo iba

a llamarme si no?, no supe qué responder.

—Estoy encantada de estar aquí y me gustará que me llames Laura. Aunque debo reconocer que ¡no tengo ni idea de cómo debo llamarte yo!

¡Por Dios, qué horror! ¿Por qué me ponía tan nerviosa ese hombre? Él me sonrió con amabilidad.

—Espero que seamos buenos amigos,

Laura, de modo que puedes llamarme Hugo, por favor. Toma asiento. Jessica nos traerá café. Tenemos una hora para hablar de negocios antes de que tenga el placer de invitarte a almorzar.

Entonces me contó todo acerca de sus organizaciones benéficas ¡y no te imaginas con qué pasión! Solo escucharlo fue maravilloso. Por lo

visto, heredó una «suma considerable» de su padre, sobre todo en forma de propiedades que están gestionadas por su empresa en Canary Wharf. Pero Hugo prefiere dedicar todo el tiempo posible a la fundación de beneficencia que ha creado, que ayuda a jóvenes prostitutas que acababan en la calle sin haber podido elegirlo. ¿Verdad que es una

causa estupenda? Le pregunté por qué había optado por esa clase de beneficencia y me contó algo increíble, de modo que le pedí permiso para grabarlo como si fuera documentación para un programa. Me dijo que podía grabarlo, pero que no estaba seguro de que me permitiera utilizarlo. En todo caso, esto fue lo que me contó:

—Hace unos años

salió a la luz una parte bastante vergonzosa de la historia familiar. La riqueza de la familia es heredada, por supuesto, pero resulta que la fortuna familiar se amasó gracias a la esclavitud en el siglo XIX. Mi tatarabuelo no se adhirió a la Ley para la Abolición del Comercio de Esclavos a principios del siglo y siguió comerciando en distintos lugares del

Imperio británico hasta 1850, más o menos. Invirtió sus ganancias ilícitas en propiedades. Se rumoreaba que mi bisabuelo, su hijo, también hacía negocios prósperos con la prostitución, aunque no hemos podido confirmarlo. En aquella época a las chicas trabajadoras se las consideraba una clase inferior, y él tenía fama de haber fundado

algunos clubes con chicas «limpias» para sus amigos ricos. No he encontrado pruebas de ello pero, por lo visto, en esa época había una prostituta por cada veinte hombres adultos en Londres, así que no me sorprendería que fuera cierto. ¡Esto sí que sería un buen tema para un documental!

—¿Y por eso elegiste ayudar a las prostitutas? —pregunté.

—Bueno, a los esclavos ya no podía ayudarlos. Todo este asunto salió a la luz cuando mi padre todavía estaba vivo; él tuvo la idea, y yo la he desarrollado desde entonces. La llamé *Fundación Allium*.

Allium, ajo. Me encantan. Luego Hugo me dijo que formaban parte de la familia de las cebollas. ¿Lo sabías?

—Me gusta la analogía —dijo—. Lo que empieza como un bulbo más bien áspero y con muchas capas se abre camino a través de la tierra con un tallo fuerte y recto que termina en una flor compleja y maravillosa. Me gusta el paralelismo con las familias de las chicas. Lo que está bajo la superficie no es muy agradable, pero tras un cultivo correcto tiene el

potencial de dar un resultado hermoso.

De todo lo que me dijo pude concluir que no solo es un hombre encantador, sino también sensible y compasivo. En aquel momento empecé a pensar que no debería haber ido. Era peligroso.

Por fin fuimos al restaurante, que era exactamente como lo había imaginado:

discreto, sofisticado y decorado con sutileza en relajantes tonos piedra. Nos acompañaron a la mesa, y Hugo despidió discretamente al camarero para poder apartar personalmente mi silla y asegurarse de que estaba cómoda antes de sentarse él. El camarero regresó a la mesa con las cartas, pero Hugo lo echó con un gesto.

—Dime lo que te gusta, Laura. ¿Qué clase de comida te da placer, y qué vino te apetece?

Era algo que no me habían preguntado nunca, y no sabía por dónde empezar.

—De acuerdo, ¿por qué no me dices qué comidas no te gustan?

Es una lista corta, ya lo sabes, pero mientras hablaba tenía la sensación de que

Hugo estaba realmente interesado en mí. Así que le hablé de las comidas que había disfrutado de verdad. De vez en cuando me interrumpía con ideas, y diez minutos después llamó al camarero y pidió sin mirar la carta. Fue impresionante. Me dejó alucinada.

—Me alegro de que me dejaras pedir por ti, Laura. Para mí es un honor cuidar a una

dama, sobre todo si es tan hermosa como tú. Últimamente me da la sensación de que cada vez menos mujeres están dispuestas a ceder el control.

Debo reconocer que la idea de que me controlara se me pasó por la cabeza con detalles escabrosos. Pero volví a la realidad bruscamente cuando mencionó las dos temidas palabras...

—Mi esposa...
porque imagino que
sabes que estoy casado,
considera un insulto
personal permitir que
tenga alguna influencia
en sus decisiones y
nunca está de acuerdo
conmigo por principio,
simplemente para
provocarme.

Sonrió brevemente y
me contó su secreto, y
este es el motivo de que
no pueda decírselo a
nadie, ni siquiera a ti.

Se está divorciando, pero no quiere que sea del dominio público. Tiene una hija que se llama Alexa, a la que por supuesto adora, pero su futura ex ha aceptado la custodia compartida. Él ya se ha ido de la casa. Su madre ha muerto recientemente y Hugo ha regresado a la casa familiar.

No sabía si debía mostrarme apenada por

la muerte de su madre o por el fracaso de su matrimonio. Lo que sí sabía, sin embargo, era que debía disimular la excitación que sentía. Aunque sus siguientes palabras me hicieron imposible ocultar mis sentimientos.

—Laura, te estoy contando esto porque, aunque acabemos de conocernos, me siento muy atraído por ti. Me deslumbraste en la cena

de los premios, y hoy estás absolutamente preciosa. Me encantan tus cabellos así.

Lo miré a los ojos (azul oscuro, como había imaginado) y me sentí como si tuviera las venas llenas de burbujas. No dije nada. Por descontado, había dejado de grabar cuando terminó nuestra conversación sobre beneficencia, pero creo que puedo recordar

cada palabra que me dijo. Al menos las que se referían a «nosotros». ¡Creo tenerlas grabadas en mi cerebro!

—Si me lo permites, me gustaría seguir viéndote, Laura. Nuestros encuentros tendrán que ser privados y quedar entre nosotros durante un tiempo, hasta que la situación sea menos delicada. Pero puedes

estar segura de que te trataré con el mayor respeto y consideración.

De modo que es por esto por lo que no puedo enviarte esta carta, Imo. Quizá no la leas nunca, todo depende de lo que suceda a partir de ahora, pero puedo decirte que, por primera vez en mi vida, ¡me habría encantado llevarme a casa a un hombre después de la

primera cita!

*Con cariño, como
siempre,*

Laura

Imogen llegó al final de la carta de Laura.

Ya conocía los hechos, por supuesto. Sabía cuándo y cómo se habían conocido, y sabía que Laura había quedado completamente prendada de Hugo. Pero de eso hacía mucho tiempo, y desde entonces había

sucedido de todo. Estaba contenta de que Laura le hubiera dejado leer primero aquella carta, porque ponía en perspectiva todo lo que ocurrió después.

Por el momento, sin embargo, prefería no seguir leyendo. Solo quería descansar; recordar y pensar. En el pasado, en Laura, en Will. Pero, sobre todo, en Hugo.

Nadie tenía ninguna duda de que el cadáver del depósito fuera el de Hugo Fletcher, pero era necesario cumplir algunas formalidades. Laura había hecho lo que le habían pedido, sin muestra alguna de emoción. Cuando confirmó lo que ya sabían, Tom le propuso que volviera con él a la comisaría antes

de emprender el viaje de regreso a Oxfordshire. Era una crueldad mandarla de vuelta a casa sin ofrecerle siquiera una bebida caliente.

Tom la acompañó a la caja de zapatos que era su despacho y se sentó frente a ella al otro lado de la mesa relativamente ordenada. Llamaron suavemente a la puerta.

—Ah, el té, qué bien. Me temo que no es un té especialmente bueno, pero está caliente. Necesitamos

hacerle algunas preguntas, pero me imagino que le gustará estar un momento a solas. La dejaré tranquila. La sargento Robinson, a la que conocí anoche, vendrá a preguntarle algunos datos dentro de un rato. Yo tendré que hacerle unas preguntas más detalladas, pero primero la acompañarán a Oxfordshire y más tarde pasaremos a verla, si le parece bien.

—¿Podrían hacerme las preguntas ahora, por favor?

—intervino Laura tranquilamente—. Me gustaría acabar de una vez, si usted tiene tiempo.

—Por desgracia, a las ocho tengo que ocuparme de un asunto, y tardaré un par de horas.

A Tom le sorprendió la franqueza de la mirada que le dirigió Laura Fletcher. Aunque llevaba las gafas puestas, Tom pudo ver que ya no tenía los ojos rojos a causa del llanto y que, si bien hablaba con calma,

había una determinación
nueva en su
comportamiento.

—Inspector jefe, en vista
de que tiene quince minutos
libres antes de marcharse,
me imagino que para asistir
a la autopsia de mi esposo,
¿cree que podríamos
dedicarlos a repasar lo que
saben hasta el momento?
Anoche estaba demasiado
angustiada para reaccionar,
pero me gustaría ayudar en
todo lo que sea posible.

—Si está segura de no

necesitar un momento a solas, *lady* Fletcher...

—No, gracias. Lo que me gustaría de verdad sería que esto terminara cuanto antes. Y, si no le importa, prefiero que me llame Laura. Nunca quise tener un título, y ahora que Hugo está muerto me gustaría dejar atrás toda esa formalidad. No hace muchos años todo el mundo me llamaba Laura, desde el lechero hasta mis clientes. Ahora no hay forma humana de que se olviden

del título.

Ligeramente sorprendido por el tono de voz de Laura, Tom decidió darle un poco de tiempo, tanto si lo necesitaba como si no. ¿Por qué está tan diferente hoy?, se preguntó. La única razón que se le ocurría era que quisiera acabar con las preguntas para estar tranquila con su tristeza.

—De acuerdo, Laura. Llámame Tom, por favor. Iré a buscar a la sargento Robinson, Becky, y

dedicaremos los próximos diez o quince minutos a aclarar algunas dudas. Discúlpame un momento.

El inspector la dejó con una taza de té y fue a hablar con Becky para decidir la táctica de la entrevista, pero también para advertirla del cambio de comportamiento de Laura.

Sin embargo, cuando volvió al despacho con Becky, el barniz de determinación de Laura se había esfumado y parecía

haberse recluido de nuevo en sí misma. Estaba muy quieta, con la mirada perdida y la cabeza visiblemente a kilómetros de distancia. Tom dio la vuelta a la mesa para sentarse, mientras Becky acercaba una silla. Laura volvió la cabeza para mirar a Tom, y por un momento pareció sorprendida de ver a otra persona en la habitación. Movi6 la cabeza, como si se sacudiese en su interior, se recoloc6 en la silla y ech6

los hombros hacia atrás, como si se preparara para la batalla.

—Veamos, Laura. Voy a ponerte al día de lo que sabemos hasta ahora. Por favor, interrúmpeme cuando quieras. Cuando vayamos a Oxfordshire necesitaremos mirar las cosas de *sir* Hugo, a ver si encontramos algo que apunte a un motivo.

—Me parece muy bien pero, por favor, llámalo Hugo. No le gustaría nada, los títulos eran una especie

de obsesión familiar. Pero no está aquí y no se enterará, ¿no?

Si a Tom le había costado entender la actitud de Laura la noche anterior, ahora le resultaba imposible. Era como si hubiera construido un muro alrededor de su dolor, y lo reconstruyera con decisión cada vez que amenazaba con desplomarse. Empezaba a utilizar el antagonismo contra su difunto marido para fortalecer sus defensas.

Pero la rabia contra los fallecidos era una reacción natural en los primeros estadios del duelo, y Tom no tenía ningún inconveniente en dejar a un lado las formalidades si eso la hacía feliz.

—Sabemos que Beryl Stubbs encontró a tu marido, Hugo, sobre las doce cuarenta y cinco. Es una aproximación, porque se asustó demasiado y no fue capaz de llamar hasta la una y cuarenta y cinco. La

Policía Local llegó al escenario poco antes de las dos. Calculamos que la hora de la muerte fue entre las once treinta y las doce. Probablemente la señora Stubbs llegó menos de una hora después de que tu esposo muriera, y si no hubiera perdido el primer autobús porque se puso a discutir con su marido es probable que hubiera interrumpido la escena. — Tom sonrió, en un intento de aligerar el ambiente—. A

Beryl le gusta echarle la culpa a su marido de todo, pero en esta ocasión es posible que le haya salvado la vida.

Laura se había puesto muy pálida otra vez, como si los hechos puros y duros de la muerte de su esposo estuvieran derribando su barricada cuidadosamente construida.

—¿Un poco más de té, Laura? —preguntó Tom con preocupación.

—No, no quiero más,

gracias. Continúa, por favor.

—De acuerdo. Tenemos un testigo ocular, un vecino que vio a alguien saliendo de la casa. —Tom hizo una pausa. Aquello nunca resultaba fácil de decir a una esposa—. Lo siento, pero esto puede ser doloroso. La persona que vio era una mujer. Tenía los cabellos rojizos y llevaba una falda de piel negra y una gran bolsa al hombro. ¿Tienes idea de quién podría ser?

Calló de nuevo y miró a

Laura. Ella echó la cabeza atrás y miró al techo, mordiéndose el labio superior como para evitar que le temblara. Y estaba a punto de ser más difícil.

—Lamento decirte que existen indicios de que el asesinato tuvo una motivación sexual, de modo que es crucial encontrar a la mujer. Sé que para ti es difícil, Laura, pero cualquier sugerencia que tengas puede resultarnos útil.

—Ya conoces las obras

benéficas de mi esposo. Trataba con muchas mujeres, de modo que podría ser cualquiera de ellas. No me suena a nadie que conozca. Lo siento. No te puedo ayudar.

No había sido capaz de mirar a Tom a los ojos mientras respondía, y en cambio bajó la cabeza y miró los montones de carpetas de la mesa. ¿Qué era peor?, se preguntaba él. ¿Saber quién podría ser exactamente y no

sorprenderte? ¿O no tener ni idea, no haberte dado cuenta de que había otras mujeres, o al menos otra mujer, en la vida de tu esposo?

Fue Laura quien rompió el incómodo silencio.

—¿Habéis descubierto cómo murió?

—Todavía no estamos seguros, pero esta mañana sabremos más. Por supuesto, te mantendré informada.

Tom hizo una pausa para valorar cuál era la mejor manera de formular la

siguiente pregunta.

—La invitada de anoche... Si no recuerdo mal, es tu cuñada. ¿Es así?

—Excuñada, para ser exactos. Estuvo casada con mi hermano, pero llevan mucho tiempo divorciados.

—Parecías muy sorprendida y enfadada cuando apareció —dijo Tom.

No era el momento adecuado para preguntas cerradas. Quería algo más que una mera respuesta

monosilábica, pero se dio cuenta de que Laura sopesaba sus palabras con cuidado.

—Imogen y yo fuimos amigas íntimas durante muchos años, pero discutimos cuando ella y mi hermano se divorciaron. Desde entonces no había estado en Ashbury Park, y por tanto era la última persona a la que esperaba ver entrar por la puerta. Vive en Canadá, y no tenía ningún motivo para pensar

que pudiera presentarse en mi casa. Me sorprendió, la verdad.

Tom sabía que había algo más, y no tenía intención de dejarlo correr. Pero quería elegir bien el momento, y desde luego no era aquél. Aún había mucho terreno por cubrir.

—Antes has mencionado las obras de beneficencia de tu marido. Todo lo que puedas contarnos acerca de cualquier aspecto de su vida, y en particular de éste, nos

resultaría muy útil. Hemos localizado a los empleados de la oficina de Egerton Crescent. Hemos hablado con Rosie Dixon y Jessica Armstrong, y uno de mis colegas se encontró con un tal Brian Smedley, que por lo visto es el jefe financiero de la empresa que gestiona las propiedades. Sé que trabaja en las oficinas del este de Londres, pero parece que iba a Egerton Terrace a ver a Hugo un par de veces por semana. Tendremos que

interrogarlos a todos con más detalle, por supuesto, pero sería de gran ayuda que nos hablaras de la beneficencia desde tu punto de vista.

—Me temo que yo no estaba muy involucrada en sus obras de caridad. Al principio de nuestro matrimonio intenté ofrecer mis servicios, pero Hugo prefería que me quedara en casa. No puedo darte más que una idea general.

—Es una lástima que no

estuvieras involucrada — dijo Tom—. Estoy seguro de que habrías sido un fichaje muy valioso.

—Yo también lo creía, pero ya ves. No pudo ser.

—Una idea general está bien —dijo Tom.

—El padre de Hugo fue quien empezó la labor de beneficencia hace muchos años, pero solo a escala local, en Oxfordshire. Al principio, el objetivo era ayudar a chicas que habían tenido que marcharse de

casa por culpa de abusos en la familia y que habían terminado en la calle. Muchachas que veían la prostitución como la única forma de sobrevivir. La organización benéfica se centraba en chicas que teóricamente eran lo bastante mayores como para marcharse de casa con el consentimiento paterno, aunque la mayoría de ellas no lo tenía. Investigaban cada caso, pero si realmente las chicas no podían regresar

a casa, la organización hacía todo lo posible para conseguir el permiso paterno necesario, y no descarto que no mediaran amenazas sutiles cuando los padres abusivos se mostraban reticentes. A continuación, la organización buscaba familias que acogieran a las muchachas, así como empleos, como trabajadoras domésticas o en cafés u hoteles. Esto permitía a las chicas ganar algo de tiempo para recuperarse, y a las

familias que las acogían también se las compensaba económicamente. Más tarde, las jóvenes recibían todo tipo de asistencia para que fueran lo bastante fuertes como para vivir por su cuenta.

»Sin embargo, en los últimos años el trabajo de la fundación ha evolucionado hacia algo de mayor envergadura de la que tenía cuando Hugo me habló de ella por primera vez. Sin duda sabes en qué medida ha

aumentado la prostitución procedente de los países de la Europa del Este.

Tom asintió. Lo sabía por la investigación que había realizado su equipo, pero quería oírse lo contar a Laura. Cuando ésta continuó hablando, se dio cuenta de que el desapego inicial se convertía en un entusiasmo sincero, como si realmente le importara el destino de aquellas chicas.

—Cuando conocí a Hugo, me impresionó

enormemente el trabajo de su fundación, ayudar a las muchachas que no parecían tener a nadie a quien recurrir. Pero, en comparación, aquellas chicas eran afortunadas. Hablaban el idioma y estaban en su propio país. Las chicas a las que la organización presta ahora su ayuda llegan a menudo a Inglaterra contra su voluntad, o con la convicción errónea de que vienen a trabajar como

camareras o doncellas. En algunos casos creen que han conseguido un contrato para trabajar de modelo, y llegan llenas de esperanzas e ilusiones. Entonces, por supuesto, se hace patente que la vida que conocían ha terminado. Las introducen en el país a escondidas, de forma ilegal, y luego las venden para la prostitución. El precio de una chica puede alcanzar las ocho mil libras, lo que proporciona unos beneficios considerables a

los contrabandistas. Pero ellas pueden ganar hasta ochocientas libras al día para las bandas que las compran. A veces tienen que mantener relaciones sexuales con doce, quince o veinte hombres. Cada día de su vida. Es prácticamente imposible que se escapen. En teoría pueden pagar su libertad, pero no existe posibilidad alguna de que reúnan tanto dinero. Les quitan la mayor parte de sus ganancias, si no todas.

Además, normalmente están aquí de forma ilegal, de modo que ¿cómo iban a volver a casa aunque reunieran el dinero? Si consiguen huir de donde las tienen encerradas y se entregan a la Policía, les preocupa su propia seguridad, y muchas de ellas no quieren volver a la vida de la que creían haber escapado. Tienen miedo de las represalias de los contrabandistas de su país de origen, y por si esto fuera

poco tendrían que vivir con la vergüenza de lo que les ha ocurrido. Es una situación realmente terrible.

—¿Y cómo las ayuda la organización? —preguntó Becky.

—Hugo contaba con un equipo de empleados que salían a buscar chicas. Sospecho que se hacían pasar por clientes. Intentaban convencerlas para que acudieran a la Policía, con la ayuda y el apoyo de la fundación. Pero

esto suponía que ellas tenían que estar contentas de regresar a su país de origen, y no solía ser el caso. De modo que, si esto no funcionaba, les ofrecían un lugar seguro y a menudo compraban su libertad a los proxenetas a cambio de unas cantidades exorbitantes de dinero. A mí esto no me parecía bien, porque creía que de este modo solo conseguían que fueran a buscar más chicas. Pero Hugo pensaba que yo no lo

entendía. Decía que no debía preocuparme por ese aspecto, así que en realidad no lo sé. Algo sobre oferta y demanda, por lo visto. Pero las chicas rescatadas se recolocaban con familias, lo mismo que ocurría con aquéllas a las que ayudaba la Fundación Allium en sus orígenes.

—¿A cuántas jóvenes ha ayudado la organización, aproximadamente? — preguntó Tom.

—No a tantas como

habrían querido. Apenas entre cien y ciento cincuenta al año. Lo que se podían permitir con las recogidas de dinero y, por supuesto, con los ingresos que Hugo aportaba de uno de sus fondos.

En aquel momento, uno de los agentes llamó a la puerta y entró.

—Señor, tiene que ir a su cita de las ocho.

Tom se disculpó y dio las gracias de nuevo a Laura por haber acudido tan

temprano para reconocer el cadáver. También le prometió que iría a Oxfordshire en cuanto le fuera posible. Mientras recogía algunos documentos antes de marcharse, Becky siguió con el interrogatorio. El inspector se percató de que estaba conmovida con la situación que había descrito Laura.

—¿Qué les sucede a las chicas al final?

—¿A qué te refieres exactamente?

A Tom le sorprendió el tono seco de Laura en respuesta a una pregunta que parecía totalmente inocua.

—Bueno... Se quedan con las familias durante un tiempo acordado y, si es así, ¿qué es de ellas cuando se van? ¿Reciben ayuda para obtener un permiso de trabajo, un pasaporte y ese tipo de cosas?

—Ah, ya. Bueno, depende de las circunstancias...

Tom no llegó a oír el

resto de la respuesta de Laura mientras salía del despacho, pero en su voz le pareció percibir algo que curiosamente sonó a alivio.

Laura cerró la puerta de golpe al entrar y se dirigió fatigosamente a la cocina, donde Imogen se había preparado un copioso desayuno. La habitación olía a tostadas y a café recién hecho.

—Sírvenme un poco, Imo, por favor. Qué mal rato he pasado.

—¿Cómo ha ido?

Supongo que has identificado el cadáver. ¿Ha sido muy horrible? ¿Por qué no has querido que te acompañara?

Laura la miró y soltó un suspiro largo y lento.

—No hace falta que me acompañes a todas partes, ¿sabes? Estoy bien, no me voy a desmoronar. El cadáver, como dices tú, solo era Hugo. Parecía que estuviera dormido, y ni de lejos ha sido tan traumático como creía. Pero me han

preguntado por la organización benéfica y me he puesto muy nerviosa. Ay, no sé. No sé si debería comportarme como una esposa afligida, como una loca de atar o limitarme a ser yo misma. Sospecho que ahora mismo parezco una mezcla de las tres. Ya no sé ni quién soy.

Laura se sentó a la mesa de pino de la cocina y apoyó la cabeza en las manos unidas.

—No te preocupes —

dijo Imogen—. Nadie espera que seas normal en un momento así, sea lo que sea normal. Se supone que debes estar muerta de pena, así que cualquier cosa que hagas parecerá normal. Creí que volverían contigo. ¿Qué ha ocurrido? ¿Los has asustado?

—Tom tenía que asistir a la autopsia, aunque ha sido lo bastante considerado como para no mencionarlo. Llegarán aquí dentro de un rato, y después irán a ver a

Annabel. A ver qué deducen de la encantadora primera mujer de Hugo. Tú no llegaste a conocerla, ¿verdad? No saben lo que les espera.

Laura agarró la taza que le ofrecía Imogen y bebió con ganas.

—Al menos los policías que han asignado a este caso son agradables. Parecen realmente interesados y la sargento, a la que por cierto han nombrado mi agente de enlace con la familia, ¡lo que

me faltaba!, se ha emocionado cuando le he explicado lo que hacía Allium.

Imogen arqueó las cejas y sonrió a Laura.

—No has mencionado lo guapo que es el inspector jefe... Tom, ¿no es así? Está como un tren, ¿no te parece? ¿No te fijaste anoche en la camiseta tan *sexy* y los vaqueros impecables?

—Por favor, Imo, en ese momento tenía otras cosas en la cabeza, por si no te

acuerdas. De todos modos, hoy estaba completamente distinto; ya lo verás cuando llegue dentro de una hora. Traje elegante..., parecía caro, corbata..., todo. Según Becky, ayer era su día libre y por eso iba vestido de manera informal. Pero seamos realistas: aunque me pareciera el hombre más guapo del mundo, ¿quién se iba a fijar en mí ahora?

Por suerte, Imogen no tuvo que contestar. Unos golpes fuertes sonaron en la

puerta.

—Voy yo —dijo—. Será otra vez la prensa. A ver si nos dejan en paz de una vez. Hay un policía en la verja, pero parece que lo engatusan con toda clase de historias. No deberíamos haberle dado el código de la entrada. Esta mañana nos han entregado más flores de las que te puedas imaginar. Algunas con micrófonos cuidadosamente ocultos, no te quepa duda. Me estoy especializando en mandarlos

a paseo.

Dejó la puerta de la cocina abierta y sujeta con un antiguo tope de bronce y se dirigió a la puerta de entrada, pisando fuerte con los talones sobre las losas de piedra del vestíbulo. De inmediato, la paz y el silencio de la casa se vieron perturbados por la voz aguda de una niña histérica.

—¿Dónde está Laura?
Quiero a Laura.

Estaba claro que Imogen no había tenido tiempo de

contestar, porque a los pocos segundos una niña preciosa apareció en el umbral de la cocina y prácticamente se echó encima de Laura, que abrazó su cuerpo delgado sacudido por el llanto.

Laura se sentía fatal. Alexa no se merecía aquello. La pobre niña adoraba a su padre; prácticamente lo veneraba. Miró hacia el umbral, donde esperaba una mujer de unos treinta años. Tenía los ojos rojos e hinchados, aunque ya no

lloraba. Se miraron fijamente, pero no cruzaron palabra alguna.

—Alexa, cariño. Cuánto lo siento. Lo siento mucho, mucho. Sé cuánto lo querías, y cómo te quería él a ti. Le daría mucha pena verte así.

Laura sabía que no había palabras capaces de calmar a Alexa, así que la abrazó con fuerza y le apartó los cabellos rubios claros de la cara. Con sus doce años, era demasiado pequeña para sufrir tanto.

A los pocos minutos, cuando los sollozos de Alexa se calmaron un poco, aunque seguía abrazándola con fuerza, Laura levantó la cabeza.

—Hannah, ¿qué hacéis aquí? ¿No debería estar Alexa con su madre?

—Annabel ha ido a ver a sus abogados. Ha dicho que estaría fuera casi todo el día y Alexa no quería estar sola. Se ha puesto muy pesada y no sabía qué hacer con ella. Venir aquí ha sido idea suya,

no mía.

Laura había tenido la tentación de cruzarle la cara a Hannah de un bofetón en más de una ocasión, y ahora volvió a sentir lo mismo. Tal vez debía hacerlo y achacarlo a su propia pena.

Imogen se unió a ellas en la cocina cuando vio que Alexa estaba un poco más tranquila.

—¿Lo he entendido bien? —preguntó—. ¡Su madre se ha ido y la ha dejado sola! Cómo es

posible... —Imogen calló al ver que Laura sacudía la cabeza en señal de advertencia. Voy a hacer más café— dijo. —Alexa, cariño, ¿qué quieres tomar tú?

Alexa volvió la cabeza despacio sobre el pecho de Laura.

—¿Quién eres? — preguntó con la habilidad de los niños para ir al grano.

Fue Laura quien respondió.

—Es Imogen. Estuvo

casada con el tío Will. ¿Te acuerdas del tío Will? Lo viste un par de veces cuando eras más pequeña.

—¿No es tu hermano? ¿Se ha ido a alguna parte? ¿Como tú, Laura, cuando te fuiste?

—No, como yo no. Will es ingeniero y trabaja en Kenia. Hace años que vive allí.

—¿Y por qué no se fue ella con él?

—Porque se divorciaron, como tus padres.

Alexa miró a Imogen.

—¿Por qué no te había visto antes?

—He estado viviendo en Canadá, Alexa. Es donde nací. Cuando era pequeña vine a vivir a Inglaterra, pero cuando me divorcié decidí volver a mi país.

Eso no era estrictamente cierto, reflexionó Laura. Imogen se quedó en Inglaterra un par de años después del divorcio, con la vana esperanza de que ella y Will pudieran volver a estar

juntos. De hecho, hasta que Will decidió marcharse a vivir a Kenia. Para entonces Laura e Imogen ya no se hablaban, separadas por los sucesos de una sola noche. A pesar de que no se habían dirigido la palabra en dos años, a Laura le dolió enterarse de que la que había sido su mejor amiga se iba a vivir a Canadá. Siempre había creído que Hugo cedería y que se reconciliarían.

—Lexi, cielo, sabes que

puedes quedarte aquí
conmigo siempre que
quieras. Pero pareces
agotada. ¿Por qué no subes a
echarte un rato? Hannah te
preparará una bebida
caliente y se quedará contigo
hasta que te duermas. Sé que
es de día, pero tanto llorar te
habrá agotado y estoy segura
de que no has dormido
mucho esta noche.

—¿Cómo quieres que lo
duerma? No dejaba de
pensar en el pobre papá.
¿Por qué iban a querer

hacerle daño? Era muy bueno. Lo pasábamos muy bien juntos, y me quería más que a nadie en el mundo. Siempre me decía que nada podría interponerse entre nosotros.

—Lo sé, cielo.

—¿Subirás a verme, Laura? ¿Me contarás cosas de él?

—Pues claro que sí. Venga, subiré enseguida.

Mientras Hannah y Alexa salían de la cocina, Imogen fue a cerrar la

puerta.

—Tenías razón sobre Alexa, Laura. Es un encanto de niña, y las fotos que me enseñaste no le hacen justicia, ni siquiera después de tanto llorar. Entiendo que la quieras tanto. Pobrecilla, le esperan unos días muy tristes. Pero cuesta creer que tenga doce años; es muy poquita cosa. ¿Y qué hay de Hannah? Está claro que no te cae bien.

Laura no contestó. Esperó a que Imogen lo

adivinara, y ésta no tardó mucho en hacerlo.

—¡Ajá! Hannah es la niñera. Esa niñera... Es ella, ¿no?

—Sí. Es ella. Era la marioneta de Hugo, y no ve más allá de sus narices. Sigue viviendo con Annabel, pero Hugo es quien le paga, o le pagaba. —Laura dejó de hablar un momento, pensando en algo—. Mira, esto sí es interesante. Veremos qué será de ella ahora, porque no me

imagino a Annabel pagando a Hannah con su propio dinero, y yo menos todavía. Veremos si Hugo ha dejado algo previsto para ella en su testamento.

—¿Tienes idea de qué ha hecho con el testamento? — preguntó Imogen—. Esto es propiedad de la familia, de modo que imagino que será para Alexa. No se te había ocurrido, ¿no? —Como siempre, Imogen iba directa al grano.

—Tal vez no te hayas

dado cuenta, Imogen, pero en las últimas veinticuatro horas he tenido otras cosas en la cabeza. No he pensado en el testamento ni por un momento. Tratándose de Hugo, sin embargo, siempre es mejor esperar lo inesperado.

Imogen no se dejó impresionar por la respuesta ligeramente cáustica de Laura.

—Ah, hablando de esperar lo inesperado, antes has recibido una llamada.

Era Stella. Viene hacia aquí.

—¡Mierda! Lo último que necesito es a mi madre. Debía ir a visitar a Will ayer por la mañana. ¡Le compré el maldito billete! ¿Cómo es que está todavía en el país?

—Ya sabes cómo es, Laura. Por lo visto, se le metió en la cabeza que pillaría la malaria. Ha estado tomando las pastillas que le recetaron, pero se empeñó en que no lo había hecho durante el tiempo suficiente y quiso retrasar el viaje una

semana para estar más segura. Me ha dicho que le habías comprado un billete abierto, así que no ha tenido ningún problema para cambiar la fecha.

—Dios santo. ¡Por qué no le compraría un billete cerrado! Así la tendría lejos.

Su madre no perdía el tiempo en fingimientos o artificios, y en aquel momento Laura habría preferido no tener que afrontar su forma particular de interferir en la vida de los

demás. Los próximos días iban a resultar muy difíciles, y ya se podía imaginar el interrogatorio a que la sometería su madre cuando se enterara de que había una mujer involucrada en la muerte de Hugo. Laura alcanzó la cafetera y se sirvió otro café, sin importarle si estaba caliente o frío. Se sentó a la mesa y miró a Imogen, que seguía apoyada en la puerta de la cocina.

—¿No te dijo Will nada

de esto cuando hablaste con él ayer? —preguntó Laura.

—Solo dijo que le daría la noticia a tu madre. Probablemente creía que ya sabías que Stella no había tomado el vuelo, y ya sabes cómo es cuando habla conmigo; o tal vez no lo sepas. Es breve, escueto y directo. Dijo que no tenía tiempo para charlar y que ya te comunicaría cuándo podría desplazarse. Lo llamo por teléfono de vez en cuando, por si ha cambiado

de opinión. Pero es una pérdida de tiempo.

Laura sintió compasión por Imogen y pudo percibir la tristeza que se ocultaba bajo la superficie.

—¿Te quedarás hasta que llegue, Imo? ¿No tienes que volver a trabajar?

—Ya he hablado con mi jefe. Llevo conmigo el portátil, y aquí hay conexión inalámbrica. Puedo quedarme todo el tiempo que quieras, o al menos hasta el funeral.

Oh, Dios mío, el funeral, pensó Laura. Otra cosa en la que pensar. Tal vez pudiera delegar esa tarea en su madre; de esta manera la tendría ocupada.

—Pero no tengo ni idea de cuándo se celebrará el funeral. Tratándose de una investigación por asesinato, no sé cuándo nos devolverán el cuerpo. El daño ya está hecho, de todos modos, así que puedes quedarte. — Laura advirtió lo brusca que había sido y cambió de tema

rápidamente. Mira, Imo, si no te importa, subiré un momento con Alexa y luego me daré un baño. Necesito tiempo para pensar.

—¿Tienes más lectura para mí?

—¿Estás segura de que quieres leer más? No tienes por qué hacerlo.

—Puede que no, pero necesito entenderlo. Todo. ¿Te parece bien?

—La verdad es que no, pero supongo que tendrá que ser así. De hecho, la próxima

carta, teniendo en cuenta de quién estamos hablando, es muy importante. Pero Imo, leas lo que leas, pienses lo que pienses, por favor, te lo suplico: no hablemos de ello.

MARZO DE 1998

Querida Imo:

Qué puedo decir aparte de «¡la pesada de mi madre!». Por mucho que la quiera, cuando la vi este fin de semana, ¡la habría estrangulado! Se cree muy perceptiva, pero a veces lo que es, es ofensiva. Y yo te había

llevado una carta, la primera que escribí. Pero por culpa de todo lo que dijo mi madre, no me pareció bien dártela. La emoción se había esfumado. Así que pensé escribirte otra, y sé muy bien cuándo te la daré. Cuando hayas conocido a Hugo ¡y sepas lo ridícula que ha sido mi madre!

Hacia tiempo que no os veía a todos —a ti, a Will, a mamá y a

papá— y me apetecía mucho. Todo parecía perfecto en mi vida, y el maravilloso tiempo — increíble para esta época del año— era el indicado para mi estado de ánimo. Las carreteras estaban vacías y llegué con tiempo. Por supuesto, en cuanto llamé a la puerta empecé a recibir las habituales quejas desenfadadas. ¡Ya la conoces!

—Laura, ¿por qué no entras con la llave? Es tu casa. Pero no, tengo que dejar lo que estaba haciendo por algún extraño principio tuyo.

Pero no estaba enfadada, por supuesto, y me dio un gran abrazo para que lo supiera. Yo se lo devolví y pregunté cómo estaba papá. Me respondió lo que ya esperaba.

—Quién sabe, y

probablemente le importa menos a él que a mí. Pasa y abramos una botella de vino. Ya es hora, ¿no?

No lo era, pero a ninguna de las dos nos importaba.

A pesar del comentario sobre papá, yo estaba segura de que mi madre sabía exactamente cómo estaba, y si él creía que no era porque se engañaba. La vida con

él no ha sido fácil para ella. Eso lo comprendo. Mi padre no destaca precisamente por tener una voluntad fuerte, y tampoco creo que lo haga por poseer ninguna clase de conciencia. Pero sigue siendo un gran padre, y no creo que mi madre esté dispuesta a abandonar su cómoda vida porque a él le falten unas pocas agallas. O eso espero.

Nos sentamos a tomar una copa de vino y hablamos un poco de todo. Digo «un poco» porque había algo que yo estaba dejando para otro momento. Aunque mamá no es idiota. Al contrario.

Charlamos durante un rato acerca de la noche de los premios. Creo que la excitación indirecta del glamour y la sofisticación la animaron mucho.

Entonces me contó vuestras novedades (yo ya las conocía, pero hice como si no), aunque me daba cuenta de que ella me observaba atentamente y a veces me miraba de una forma rara.

—Venga, Laura. Suéltalo. Estás como un gato relamiéndose, y no es solo por ese premio. Estás radiante. Se trata de un hombre, ¿no es así?

¡Típico de ella! Os lo quería contar más tarde, cuando llegarais tú y Will para cenar (aunque sé que ya has adivinado que me sucede algo), pero mamá es demasiado perceptiva. Tenía que responder —no podía elegir—, y no pude disimular una sonrisa de satisfacción.

—Sí, se trata de un hombre. Y esta vez creo que va en serio. ¡Estoy

enamorada!

Mi madre se emocionó mucho por mí. Dijo que hacía años que no tenía relaciones más que con holgazanes (¡encantador!) y que se moría de ganas de conocerlo.

Oh, oh. Ahí sabía que la cosa se complicaría. Intenté explicarle que por el momento no queríamos que nadie supiera que estábamos juntos, de

modo que, aunque tenía permiso para contarlo a mi familia, no estábamos listos para hacerlo público. Por supuesto, eso no le hizo ni pizca de gracia. No era lo bastante claro para ella.

Así que me expliqué.

—¿Sabes qué pasa, mamá? Es un hombre famoso. No hace mucho que salimos, apenas unas semanas, y antes de hacerlo público

tenemos que resolver algunos asuntos, porque la prensa se nos echará encima. —Eso la animó de nuevo.

—¿Es famoso? ¡Guau! ¿Quién es? ¡No me tengas más en vilo!

Intenté esconder una sonrisa de suficiencia.

—Bueno, seguro que has oído hablar de él. —Hice una pausa efectista—. Es Hugo Fletcher. ¿Te suena?

Por la cara que puso estaba claro que sí, pero me temo que no le sonó tan bien como yo hubiera esperado.

—No estarás hablando de sir Hugo Fletcher...

—Pues sí. Sir Hugo Fletcher, el famoso filántropo, el magnate de las inmobiliarias, multimillonario y guapísimo. —No pude resistirme a decirlo, pero cayó en saco roto.

Estaba lanzada.

—Claro que he oído hablar de él, aunque sus millones me importan un comino, y a ti tampoco deberían importarte. Y su título no me impresiona en absoluto. Se lo dieron por sus obras de caridad, ¿no es así? Recuerdo muy bien la cantidad de programas de televisión y de radio dedicados a sus «buenas obras» que

tuvimos que aguantar durante los meses anteriores al anuncio de la lista de honor. Fue una autopromoción descarada, pagada con algunos de esos millones, sin duda. Si la gente hace cosas por beneficencia, debería ser porque realmente les importa, ¡no porque quieran conseguir un título!

¿Entiendes por qué digo que mi madre es

una pesada? Pero las cosas empeoraron todavía más, y acabamos por enzarzarnos en una discusión cruenta.

Yo, por supuesto, me puse a la defensiva.

—¡Ni siquiera lo conoces, pero ya lo has juzgado! Necesita publicidad para la organización benéfica, así es como reúne el dinero. No se está promocionando a sí

mismo.

¡Deberías haber visto su cara, Imo! Tenía los labios apretados y aquella expresión desdeñosa, como si todo lo que yo dijera fueran tonterías. Seguro que sabes a qué me refiero.

—Bueno, tampoco tiene importancia porque, si la memoria no me falla, está casado. ¿Cómo has podido? Con todo lo

que ha sufrido esta familia.

¿Qué podía decir? Todos sabemos que mi padre era un mujeriego en su juventud, pero esto es diferente. Esto no es una aventura sórdida. ¡Hugo me quiere y se va a divorciar! Se lo expliqué con toda la calma de la que fui capaz.

—Dime, señorita. ¿Eres tú la causa de ese

divorcio? ¿Se va a hablar de ti? ¿Te va a dejar cuando llegue el momento y se enamore de una mujer de su mundo?

¿Es que no tiene ninguna fe en mi buen juicio? Lo intenté de nuevo.

—No, se divorcia de Annabel por diferencias irreconciliables. Su madre murió no hace mucho y él quería volver a la casa

familiar. Se trata de una finca ancestral, así que no le queda más remedio. Su madre era hija de un conde o algo parecido y heredó Ashbury Park, en Oxfordshire. La propiedad está en un fideicomiso, de modo que se va transmitiendo de generación en generación, y no tiene más remedio que vivir allí. Pero Annabel se niega. Le ha dado un

ultimátum, pero ella no quiere dar su brazo a torcer.

—Ésa no es razón para divorciarse. La gente busca soluciones. Lo siento, pero a mí me parece un obseso del control. ¡No se ha salido con la suya, de modo que se divorcia de ella!

Entonces hizo ese ruido tan molesto, «puaj», ése que siempre hacía cuando las

excusas de mi padre no la convencían. Seguro que sabes a cuál me refiero.

—Mamá, ¿cómo puedes emitir juicios con tan poca información? Esto es solo un ejemplo. Hace años que no duermen juntos, desde que nació Alexa, su hija.

—Ah, encima tiene hijos. Perfecto. ¿Es que no te he enseñado nada? Te dirá que no

tiene relaciones con su mujer porque sabe que no te gustaría oír lo contrario. Seguro que tampoco le ha contado a su esposa que tiene relaciones contigo. Es lo que hacen siempre, hija. Si ambos siguen viviendo en la misma casa, te apuesto lo que quieras a que duermen en la misma cama.

Aquello iba de mal en peor, y yo estaba a punto de llorar.

—Mamá, de verdad, no lo entiendes. No solo se ha ido de casa y ha vuelto a la residencia de la familia, sino que, para que lo sepas, aunque no sea de tu incumbencia, no hemos hecho el amor todavía, ¡y no tenemos intención de hacerlo hasta que obtenga el divorcio!

Eso la hizo callar.

Unió las manos como si rezara y se las llevó a los labios.

—*Laura, mi amor, ¿me estás diciendo que Hugo, si me permites llamarlo así, se conforma con eso?*

Así que le expliqué que había sido idea suya, no mía. Tiene sus motivos. Todavía está casado, y no quiere que arrastren mi nombre por el fango. Además, cree que si Annabel se enterara de nuestra relación intentaría utilizarla para mejorar

su acuerdo de divorcio, de manera que quiere mantenerme al margen. Personalmente creo que demuestra un gran dominio de sí mismo, pero parece que soy la única que piensa así.

Evidentemente, a mi madre le parecía todo un poco raro. Hizo un ruidito desdeñoso, pero después se recompuso.

*—¿Estás contenta?
—preguntó.*

Bueno, lo cierto es

que no. Pero no pensaba reconocerlo. Me muero de ganas por estar con él, Imo. Estoy deseando hacer el amor con él. Pero respeto su opinión, y no pensaba mostrar ante mi madre la más mínima grieta en mi armadura. De todos modos, no había quien la parara.

—Laura, ¿te has preguntado si esto es normal? No eres precisamente una vestal

virgen que necesite ser protegida de los males del sexo prematrimonial.

¡A veces mi madre me asombra!

—Mira —continuó —, sé perfectamente cuándo tuviste relaciones por primera vez, y con quién. Soy tu madre. Es mi obligación saber esas cosas. No eres una fresca, pero tampoco una santa, y sé que tienes unas

necesidades sexuales normales. La cuestión es si Hugo las tiene también.

—Eso es algo que nunca he intentado ocultarle a Hugo. Me cuesta mantener las manos alejadas de él; por lo tanto, lo sabe.

—No, cariño, no me entiendes —dijo con calma—. He dicho que tú tienes unas necesidades sexuales normales, pero ¿las

tiene Hugo?

De manera que era por eso por lo que estábamos tan calladas durante la cena. No podía contártelo, tampoco te di la carta original, y ahora me siento muy abatida.

Lo siento, Imo, debiste de pensar que estaba de mal humor. Pero no tenía nada que ver contigo. Nada en absoluto.

Con mucho cariño,

Laura

JUNIO DE 1998

Querida Imogen:

*¿Cómo te sentías
antes de casarte? ¡Es
una época tan
emocionante! Imagino
que todas las novias se
sienten como yo.*

*Las cosas se van
resolviendo, aunque*

muy despacio. Hugo ya ha obtenido el divorcio. Lo ha conseguido con bastante rapidez, y ha salido en todos los periódicos. Seguro que lo has visto. De momento, sin embargo, no se ha publicado nada sobre mí, que era lo que él quería. Dice que lo anunciaremos cuando llegue el momento. De modo que debemos seguir escondiéndonos. Quedamos para comer

dos o tres veces por semana, con la excusa de que estoy investigando para un documental sobre su organización benéfica (que en realidad no me permitirá hacer), pero aparte de eso solo hablamos por teléfono.

Apenas lo veo en privado, quizá una media hora de vez en cuando en su despacho (si puede deshacerse de Jessica). Dice que hasta

que anunciemos que estamos juntos, parecería una aventura sórdida si me vieran salir de la casa de madrugada.

¡Y todavía no os conoce! Él no tiene familia a la que deba presentarme, aparte de Alexa, y por ahora está firmemente convencido de que es demasiado pronto para ella. Aunque solo tiene dos años, y no entiendo

cómo puede creer que podría siquiera darse cuenta de algo.

En fin, volviendo a ti, a Will y a mis padres, he intentado una y otra vez buscar una fecha pero, aunque vosotros hayáis dicho que no os importaría venir a Oxfordshire, Hugo insiste en que no tiene tiempo. Volví a intentar organizar un encuentro. Aproveché un momento en que sabía que estaba

*pasando una velada
tranquila en
Oxfordshire y, al final
de una conversación
larga y afectuosa, saqué
el tema.*

*—Hugo, es muy
importante para mí que
conozcas a mi familia.
Quiero que les gustes
tanto como me gustas a
mí.*

*—Te preocupas
demasiado, cariño. ¡Me
adorarán! Seguro que
les encanta que te cases*

conmigo.

Está claro que Hugo no conoce a mis padres, y si espera que mi madre se deje deslumbrar por su posición, se va a llevar una sorpresa. Pero no hubo forma de convencerlo.

—Laura, trabajo todo el día, durante toda la semana. La mayoría de las noches me veo obligado a asistir a algún acto de

promoción, y los fines de semana debo pasarlos con Alexa. Valoro mucho el poco tiempo que saco para mí. De manera que me temo que tu familia tendrá que esperar. Aunque, hablando de Alexa, creo que ha llegado el momento de que la conozcas.

Bueno, la verdad, ¡me enfadé mucho! Pero solo un par de minutos. Entiendo que

Alexa es más importante —no es más que una niña—, y estoy deseando conocerla.

Esperaba que me dijera que fuera a Oxfordshire, porque ¡ni siquiera he visto mi futura casa! Todo tiene que ver con este asunto de pasar desapercibidos, que, la verdad, espero que acabe pronto. Le dije que me conformaría con ir una hora o poco más,

para verla, pero él piensa que es un trayecto demasiado largo para ir y volver. (Esto es absurdo, porque solo se tarda una hora por la M40. Si tanto le preocupa, podría mandarme un coche). Pero entonces dijo que el fin de semana me llevaría a mi restaurante preferido en Londres, a almorzar, por supuesto. Ha decidido que podemos

empezar a mostrarnos juntos como pareja pronto. Si es así la situación empezará a ser más llevadera, estoy segura. Espero que esto signifique que por fin podremos ser una pareja en todos los sentidos. No sé por qué, pero no me atrevo a preguntarlo. Es raro.

Eso sí, Hugo piensa en mí constantemente. Sabe que no puedo permitirme la clase de

ropa que necesitaré cuando empecemos a dejarnos ver en público, sobre todo los trajes para los actos benéficos, de modo que casi cada día llega al trabajo o a casa un paquete para mí, grande o pequeño, pero siempre caro. Unas veces son flores, otras una joya, y en ocasiones ¡ropa! ¿Te imaginas tener un hombre que sale a elegir la ropa

*más divina para ti?
Dice que cuidar de mí
es uno de sus placeres
en la vida. Parece
conocer mi talla exacta
de vestido, mi número
de pie, todo. (De
momento no me ha
comprado ropa interior.
Supongo que, dadas las
circunstancias, no lo
considera apropiado).
Lo más interesante de la
ropa que escoge es que
resulta mucho más
sofisticada de lo que*

*sería si la hubiera
elegido yo. Empiezo a
pensar que tal vez antes
vestía de forma vulgar:
demasiado ceñida,
demasiado escotada,
demasiado atrevida.
¿Tengo razón? La ropa
que elige para mí es
muy sutil y elegante.
¡Va a una casa de
costura donde
confeccionan las
prendas siguiendo sus
instrucciones! Está
claro que sabe lo que se*

hace, así que creo que es mejor dejarlo hacer. Evidentemente, tengo mucho que aprender.

Pero volvamos a Alexa. Le pregunté a Hugo si le había dicho que pensábamos casarnos.

—Primero quiero que Alexa te conozca, y cuando estemos seguros de que le gustas, le diremos que nos vamos a casar. Annabel no se lo contará, porque le he

dicho que no lo haga.

¿Estaba acaso insinuando que no nos casaremos si no le gusto a Alexa? ¿Es imprescindible el permiso de Alexa, una niña de menos de tres años? ¿Y por qué Annabel haría algo que le pidiera su exesposo, o mejor dicho, que le ha dicho que no haga? Creo que simplemente estoy algo irritable. Los nervios de antes de la

boda y todas esas cosas. Hugo es el hombre más atento que he conocido. Es generoso, considerado, tiene unos modales impecables. Es guapísimo. Y me respeta. Siempre llama cuando dice que va a hacerlo, y asegura que el mes que viene me presentará al mundo como su «preciosa futura esposa».

Ahora que voy a conocer a Alexa, pensé

que tal vez podría convencerlo para visitar Oxfordshire. Su respuesta no debería haberme sorprendido, pero lo hizo.

—He estado pensando en ello, cariño. Creo que sería perfecto que no vieras la casa hasta el día de la boda. Celebraremos el enlace allí, por supuesto, pero para mí sería magnífico enseñarte la casa

cuando seas la nueva lady Fletcher.

Yo no tenía ni idea de que íbamos a casarnos en la casa. Habíamos fijado por encima la fecha en septiembre, pero me había pedido que le dejara los preparativos a él. No sabía si se refería a que la ceremonia de la boda en sí se celebraría en la casa (¿tiene su propia capilla?).

—No, por supuesto que no. En el pueblo hay una iglesia encantadora. Es una maravilla. Hablaré con el vicario, claro, porque dado que ya he estado casado habrá algunos obstáculos que tendré que superar. Pero todo es posible, sobre todo si la iglesia necesita un tejado nuevo o algo parecido. Pero creo que estarás de acuerdo en que la recepción

*debería celebrarse aquí,
en Ashbury Park.*

*Por maravilloso que
sonara, no había estado
nunca allí, y mis padres
no podían permitirse
nada demasiado lujoso.
Hugo se rio.*

*—No seas tonta,
cariño. Ashbury Park es
una casa de campo
enorme. Será perfecta
para celebrar la
recepción de la boda e
igual de perfecta para
vivir. Pero tú no tienes*

que hacer nada, y tus padres no tienen por qué preocuparse. Lo organizaré todo en cuanto decidamos una fecha. ¡Lo único que tienes que hacer es aparecer!

No supe qué decir. Es muy considerado, pero quizá me gustaría participar. Y estoy segura de que mis padres querrán colaborar en la boda de su única hija. ¿Cómo

podía decirlo sin herir sus sentimientos?

—Mira, Hugo, te agradezco mucho que quieras hacerlo todo, pero para mí sería un placer participar en los preparativos. Lo podemos hacer juntos, ¿no te parece?

—De ninguna manera. No tienes que preocuparte por nada, cariño. Solo de aparecer guapísima. ¡Será mi sorpresa para

*ti! No se hable más.
Quiero hacer esto para
ti.*

*Yo sabía que la
batalla estaba perdida,
aunque debo reconocer
que tampoco puse
mucho empeño. Está tan
decidido a hacer mi
vida lo más fácil posible
y a dármelo todo... Es
muy tierno, y no debería
enfadarme ni provocar
discusiones absurdas.*

*El caso es que
volvimos al tema de*

Alexa, y decidimos que podría conocerla el fin de semana siguiente. La llevaría a Londres a pasar el día.

Yo deseaba con todas mis fuerzas caerle bien, pero tampoco esperaba enamorarme por segunda vez en seis meses.

Hugo, tan formal como siempre (pero de forma cautivadora), me presentó a su hija.

—Alexa, quiero que

*conozcas a una amiga
mía. Laura.*

*Me agaché delante
de la niña más bonita
que había visto en mi
vida. Es absolutamente
exquisita. Tiene unos
cabellos rubios —casi
blancos— que le caen
en suaves ondas hasta
los hombros, y los ojos
son una mezcla
fascinante de marrón y
verde. Tiene el tipo de
delgadez frágil que
hace que quiera*

levantarla con mucho cuidado y abrazar su cuerpecito con la mayor delicadeza. Me miraba con cierto recelo, y pensé que tenía que romper un poco el hielo.

—Hola, Alexa, te he comprado un regalo. ¿Quieres abrirlo y verlo que hay dentro?

Había encontrado una bonita muñeca de trapo, vestida con una tela de cuadros de color

rosa claro y un sombrero flexible. Es perfecta para una niña pequeña, y la clase de muñeca que puede llevarse a la cama si quiere.

Nunca había visto a un niño desenvolver un regalo como lo hizo ella. Sin rasgar el papel (como hacíamos nosotras y todavía hago si Hugo no está presente, entonces intento

comportarme con más decoro). Desenvolvió el regalo con sumo cuidado y dobló el papel y lo dejó sobre la mesita, delante de ella. Está claro que no es una niña impetuosa. Pero entonces me miró y sonrió. Era la sonrisa de un ángel, y la carita le resplandecía de placer.

*—Gracias, Laura —
dijo, sin que su padre la animara a que lo*

hiciera. ¡Increíble!

Yo estaba cautivada. Fue amor a primera vista, y sé que voy a querer a esa niña el resto de mi vida, como si fuera mía.

Con afecto,

Laura

P. D. Todavía no lo conoces, así que me reservo esta carta. Las leeremos todas juntas cuando la situación se normalice.

Tom asomó la cabeza dentro del despacho abierto de su jefe. Los dos habían asistido a la autopsia, aunque el comisario había tenido que marcharse para asistir a una reunión a mitad del proceso, o eso había asegurado. A nadie le gustan las autopsias.

—¿Tienes un momento, James?

—Pasa, Tom. Ahora es perfecto. Pongámonos al día en los progresos.

James Sinclair empujó una pila de carpetas para hacer sitio en la mesa repleta de cosas. Aquella no era su única investigación, aunque sin duda era la que tenía mayor repercusión pública. Tom se sentó.

—No hay mucho de lo que informar todavía, me temo. Ha venido *lady* Fletcher y ha identificado el cadáver. Nos ha hablado de

la organización benéfica de Hugo; ha sido interesante. Por cierto, insiste en que la tuteemos y nos refiramos a su esposo como Hugo. Espero que no te moleste.

—Ya sabes que no me parece ideal —contestó Sinclair—. Si los tratamos a todos por igual, sospechosos, víctimas y familiares, confundimos las cosas. Y aunque ella no parezca tener las manos sucias, todavía no podemos descartarla por completo.

—Comprendo. Pero ahora está muy vulnerable, y si nos hubiéramos negado a dejar a un lado las formalidades creo que se habría cerrado más aún.

—Mmmm. Bueno. Tú decides. ¿Conocemos ya la causa de la muerte?

—Sí. Acaban de confirmar que se trata de nicotina líquida. Una dosis enorme inyectada en la ingle, de hecho en la vena femoral. Por lo visto, inyectarse en la ingle es muy

habitual en los consumidores de droga. Aquí existe un vínculo evidente, por supuesto. ¿Prostitución más consumo de drogas? Pero no estoy seguro de adónde nos lleva.

—Y seguro que no hay mucha gente que consuma nicotina líquida —dijo el comisario—. ¿De cuánto tiene que ser la dosis para resultar letal?

—Solo sesenta miligramos, y nuestra víctima recibió una dosis

mucho mayor. Dicen que debió de hacer efecto con mucha rapidez.

—¿Dónde se puede encontrar?

—No lo sabemos. Lo he buscado en Google, pensando que sería de donde cualquiera partiría, pero no he encontrado nada útil. He descubierto que se puede diluir en vodka y darlo a beber, pero no es lo que se ha hecho en este caso. Uno de los agentes lo está investigando.

Ligeramente divertido por el hecho de que lo hubiera buscado en Google, el comisario volvió a lo que para él era terreno seguro.

—¿Qué más tenemos? ¿Algo relacionado con los pañuelos?

—No, probablemente ahí estamos en un callejón sin salida. Se compraron en alguna tienda de la cadena Tie Rack, que tiene sucursales en todas las calles principales, en los aeropuertos..., en todas

partes. Van a echar un vistazo a los registros, pero lo cierto es que los venden a miles, de manera que es poco probable que tengamos suerte.

James respiró hondo y soltó el aire entre los labios cerrados.

—De acuerdo, pero, por favor, dime que tenemos algo acerca de la mujer a la que vio el vecino.

Tom hubiera deseado poder informar de algo más positivo. Necesitaba obtener

resultados en el caso.

—Las noticias son contradictorias. Los técnicos han encontrado un cabello rojo en el escenario. Es pelo de verdad, pero están seguros de que pertenecía a una peluca. Parece ser que el pelo de las pelucas se entrelaza en una especie de funda de algodón que se diseña especialmente para el portador, al menos si se trata de una peluca de calidad. Existen indicios de que el cabello se había teñido, con

un ínfimo rastro de la funda a la que estaba unido.

Tom hizo una pausa para respirar, antes de adentrarse en el meollo del asunto.

—Todo esto significa que lo único que sabemos de la mujer que se vio abandonando la casa es que era de estatura media y delgada. Si se trataba de una peluca, no es necesario que busquemos a una pelirroja. Por otro lado, si era una peluca de cabellos reales, podemos dar por supuesto

que era cara y que probablemente se hizo a medida. Podemos investigar a todos los fabricantes de pelucas y ver si sale algo. La verdad, no creo que haya tantos.

—¿Y las huellas? ¿Le has tomado las huellas a *lady* Fletcher esta mañana?

—Sí. Por suerte, Beryl lo había limpiado todo muy a fondo recientemente; lo que ella llama «limpieza de otoño», en oposición a la «limpieza de verano». Por lo

tanto, todo lo que hemos encontrado tiene que ser de los últimos diez días. Pero no hay nada interesante. Hallamos las huellas de Beryl y las de Hugo en el dormitorio, junto con las de Laura, aunque curiosamente las suyas solo estaban en la puerta del dormitorio y en la del vestidor. Sus huellas también estaban en la cocina y en el baño. Tendremos que hablar de esto con ella. Encontramos más en el salón, incluidas las de Laura,

más algunas de Jessica Armstrong, su ayudante personal. Pero nada más.

James Sinclair golpeaba la mesa con la pluma con un ritmo sincopado.

—Sé que apenas lleva muerto veinticuatro horas, pero necesitamos mostrar algún progreso. No tenemos ni un motivo ni un sospechoso claro. No parece que se hayan llevado nada, ¿no?

—Absolutamente nada. Había objetos susceptibles

de ser revendidos en la casa; estoy seguro de que habrían desaparecido si el robo hubiera sido el motivo. Muchos artículos pequeños de plata, por no hablar de algunas pinturas muy valiosas. Tenemos a un par de agentes allí con la mujer de la limpieza, que por lo visto está más animada, y ella no echa nada en falta. Tendremos que asegurarnos con Laura, pero a primera vista no parece que se hayan llevado nada. Dentro de un

rato vamos a hablar con el personal de la organización benéfica, y después iremos a Oxfordshire. También me entrevistaré hoy con la exesposa.

Además, Tom había mandado a un miembro de su equipo a la empresa de seguridad. Entendía que Hugo no quisiera a los guardaespaldas en casa con él, pero ¿qué hacía exactamente para necesitarlos? Podía pensar que estaba de alguna manera

amenazado, pero ¿por
quién?

—¿Qué piensas de los
guardaespaldas, James? Solo
se me ocurre que Hugo
pensaba que necesitaba
protección a causa de su
trabajo en la organización
benéfica. Podría haberse
enfrentado a personas muy
desagradables. Necesitamos
descubrir si había alguien en
concreto que albergara la
suficiente hostilidad hacia él
como para asesinarlo o hacer
que lo mataran. Aunque

dudo que tuviera que ver con sus inmobiliarias. Se mantenía bastante apartado del negocio, y las suyas parecen ser empresas normales que actúan siempre dentro de la ley.

James Sinclair apoyó la barbilla en las manos unidas y mantuvo la mirada perdida durante unos instantes.

—Permíteme que repita lo obvio, Tom, pero sabemos que *sir* Hugo conocía a esa mujer, al menos lo suficiente como

para invitarla a su casa. Parece evidente que había alguna clase de sexo en el programa, porque no hay indicios de que hubiera ningún forcejeo para atarlo. No fue un encuentro casual. De manera que debía de tener una amante, y si la tenía es seguro que alguien lo sabía. ¿Qué hay de la familia? ¿Qué amigos íntimos tenía?

Tom reprimió un suspiro exasperado. No había parado de darle vueltas a eso.

Necesitaba encontrar a la amante, pero nadie parecía saber nada. Rezaba por que alguien en la organización benéfica le diera un nombre, porque no había tantas personas a las que preguntar.

—Aparte de su esposa, su hija y su exesposa, solo parecía tener tratos con la organización benéfica o con sus empresas. No parece que tuviera amigos íntimos. Cuando he hablado con Laura le he insinuado la posibilidad de que hubiera

habido sexo, pero no se le ha ocurrido ningún nombre. Sin embargo, debo decir que tampoco parecía abrumada. Me da la sensación de que sospechaba algo, y eso es algo que tengo en cuenta. En cuanto a la familia, su padre murió hace unos cuarenta años. Su madre falleció en 1997, justo antes de que conociera a Laura, y tiene una hermana, Beatrice, pero nadie tiene ni la más remota idea de dónde está.

—Veamos qué te parece

esta teoría —dijo James—. Una de esas chicas de Europa del Este es localizada por su antiguo proxeneta. A cambio de alguna promesa, él hace que ofrezca sus servicios a Hugo. Es bonita, y él no puede resistirse. Ella hace el trabajo, de acuerdo con el plan, y se marcha a cobrar. ¿Es una posibilidad?

Tom reflexionó un momento.

—Las chicas a las que ayuda son muy jóvenes, y el

testigo dijo concretamente «mujer» en su declaración, pero podemos volver sobre ello. ¿Crees que llevaría a una de esas chicas a su casa? No digo que no cediera a la tentación, pero ¿lo haría allí, con su fama y su reputación? De todos modos, estamos investigando a las chicas por si alguna se hace rica de repente o desaparece de forma inexplicable. Ajay se encarga de eso.

—Perfecto. Última pregunta. ¿Qué piensas de la

cuñada? Todos nos quedamos asombrados ante el recibimiento que tuvo anoche. ¿Merece la pena investigarlo?

—Sin duda —asintió Tom—. Había tanta hostilidad que, como Becky, pensé si no sería ella la amante. Hasta ahora la había descartado debido al color de sus cabellos. Ya le he preguntado a Laura el motivo, y no pienso dejarlo correr. Sé que Imogen Kennedy sigue en Ashbury

Park, así que en cuanto llegue la interrogaré.

Tom había reparado en que la estatura de Imogen era la correcta, y en que con una falda de piel sería de esas mujeres que hacen volver cabezas. El problema era que la estatura media era precisamente eso, media. Casi todas las mujeres relacionadas con el caso que habían conocido se ajustaban a ella, y ahora que el color de los cabellos era irrelevante estaban de nuevo

prácticamente en la casilla de salida. Pero la combinación de la apasionada reacción de Laura ante la llegada de Imogen y su rechazo a hablar del tema por la mañana le daba razones para creer que había algo más, y pensaba descubrir qué era.

—Debo irme, James. Tengo al personal de la organización benéfica esperando, y en cuanto terminemos de hablar con ellos nos encaminaremos a

Oxfordshire. Volveré para la
puesta al día de la noche.
Esperemos que hayamos
hecho algún progreso.

Un cuarto de hora
después Tom y Becky se
encontraban en el coche,
rumbo a Egerton Crescent.
Al menos era domingo; por
muchos coches que
circularan, el tráfico era
fluido. A Becky le parecía
que llevaban muchas horas
trabajando, pero todavía no
había terminado la mañana.
Sin duda irían a Oxfordshire

sobre la hora del almuerzo, y esperaba y rezaba por que Tom quisiera parar a comer algo. No había tenido tiempo de desayunar y se moría de hambre. Tom la miró.

—Iba a proponer que nos separáramos y entrevistáramos a una chica cada uno, pero he cambiado de opinión. Creo que lo mejor será que hables tú con ambas, como si fuera una conversación informal. Otro puede hacer una entrevista formal más tarde y tomarles

declaración. Puede que se sientan más inclinadas a contarte habladurías a ti, y eso es lo que queremos. Yo hablaré con el tipo de finanzas, y uno de los técnicos intentará acceder al ordenador de Hugo. ¿Qué te parece?

A Becky le complació la propuesta. Sabía que tenía mano con las personas, y a menudo las mujeres le contaban cosas que no contarían a un hombre.

—Me parece bien, jefe.

¿Quieres que me centre en algo en particular, o me limito a obtener información general?

A Becky no la sorprendió que él le dijera que debía intentar sacarles información sobre amantes, pasadas o presentes.

—¿Quieres que hable con las dos a la vez o por separado?

—¿Qué te parece a ti? Sabes cómo piensan las mujeres. Si te soy sincero, sois todas un misterio para

mí —dijo Tom.

Becky lo miró de soslayo para comprobar si bromeaba, pero su rostro se mantenía impasible.

—Depende de la relación que tengan entre ellas. Si son buenas amigas, se pincharán la una a la otra para decir cosas que podrían guardarse para sí en caso de que estuvieran solas. Si no lo son, se mostrarán más reservadas una delante de otra. Primero me gustaría evaluar la situación. Tal vez

tener una charla general sobre cómo se trabaja en la oficina, quién hace qué, y entonces lo decidiré. ¿Te parece buena idea?

—Suenan bien. Ya hemos llegado, Becky. A ver si podemos salir de aquí en una hora.

A Becky no le gustó Jessica Armstrong. No sabría decir por qué, pues era muy agradable. Y cuando entraron en el despacho, olía a algo muy apetitoso.

—Sé que los policías soléis estar muy ocupados —dijo Jessica—, y no sabía si habrías tenido tiempo de desayunar. Así que he traído una pequeña selección de estos deliciosos pastelitos. Te prepararé un café con mucho gusto, espresso, capuchino o de filtro; lo que prefieras. O un té, por supuesto.

Becky estaba muy impresionada, y entendía por qué alguien como Jessica era la ayudante personal de un

hombre tan importante. Mientras masticaba el segundo pastelito y charlaba informalmente con las chicas, Becky le dio las gracias a Jessica por el detalle. La respuesta fue algo parecido a una miniconferencia.

—El arte de ser una buena ayudante personal consiste en anticiparse a las necesidades de las personas y actuar antes de que te pidan que lo hagas. La mayoría de la gente cree que

se trata de recibir órdenes y cumplirlas con eficiencia, pero se equivocan. Debes pensar siempre en lo que puede ocurrir antes de que suceda y estar preparada. Era por eso por lo que *sir* Hugo me consideraba insustituible.

Por pedante que fuera, Becky tenía que reconocer que aquella teoría tenía su mérito.

Tras la charla con el café, Jessica decidió hablar con las chicas por separado.

Aparentemente se llevaban bien, pero quedaba bastante claro que Jessica veía a Rosie como una inferior y una cabeza hueca. Rosie llevaba cinco años trabajando para *sir* Hugo, pero Jessica había estado con él más de doce y se consideraba superior en todos los sentidos. Curiosamente, era Rosie la que tenía los ojos enrojecidos, mientras que Jessica parecía inconmovible.

Guiada por el deseo de borrar la expresión algo arrogante del rostro de Jessica, Becky se sintió maliciosamente tentada a entrevistar en primer lugar a Rosie. Pero no podía dejar que sus sentimientos personales interfirieran en el caso, y necesitaba a Jessica de su lado, de modo que pidió que la llevaran a un despacho privado y se sentó allí con ella.

—Me gustaría que me pusieras un poco en

antecedentes, Jessica, intentar entender lo mejor posible *asir* Hugo, su vida y su trabajo. Estoy segura de que después de tantos años las dos estabais muy cerca de él, y espero que puedas darme tu visión personal. Podrías empezar explicándome qué hacías y cómo trabajabas con *sir* Hugo.

—Debo empezar por decir que *sir* Hugo era un hombre realmente excepcional. Era único en

todos los sentidos, y es difícil imaginar la vida sin él. Estoy segura de que te parece que mi falta de demostración emotiva puede significar falta de sentimiento, pero esa sería una presunción falsa. Es mi educación, sargento. Me han educado para no mostrar mis sentimientos. Así que no me verás llorar. No es mi estilo.

Maldita sea, pensó Becky. Por un momento se quedó sin habla. Pero no debía preocuparse, porque

Jessica estaba lanzada.

—Una ayudante personal de alguien tan importante como *sir* Hugo tiene muchos papeles que desempeñar. Soy el enlace con Brian Smedley, de la empresa inmobiliaria, en nombre de *sir* Hugo, aunque eso no me ocupa todo el día porque la mayor parte de ese trabajo se realiza en la sede central. Mi mayor interés consiste en ayudar a *sir* Hugo en el día a día de la organización benéfica.

Cuando recibimos respuestas a anuncios para casas de acogida para las chicas, yo me encargo de la inspección inicial.

Obviamente tenemos a alguien encargado que está formado en asistencia social, pero yo selecciono a las chicas que parecen más apropiadas para las necesidades de la familia, y después asigno la gestión de la relación a un miembro cualificado del equipo. Me aseguro de que se hacen

visitas de seguimiento, confirmo que lleguen los fondos y todo lo demás. También soy la primera persona a quien acudir si hay problemas con las chicas o con las familias. Así que mi trabajo requiere un nivel de capacitación que solo se obtiene con años de experiencia.

Becky tragó otro pedacito de un cruasán de almendras delicioso, preguntándose si realmente era el tercero que comía.

—¿Con qué clase de problemas te sueles encontrar?

—Bueno, algunas de las chicas son muy estúpidas. Les dan una segunda oportunidad en la vida y la tiran por la borda. Muy de vez en cuando tenemos a alguna que roba a la familia, aunque no es habitual, gracias a Dios. Ha habido algún caso de una chica que seduce al marido de la familia. Eso siempre es muy delicado, porque la

fundación se siente responsable de algún modo; la esposa suele desear perpetuar el mito de que el marido es totalmente inocente. Y algunas vuelven a la calle porque creen que pueden ganar más dinero. Otras simplemente dejan una nota y se van. Quién sabe dónde. Y luego están las que son localizadas en la calle por alguna de las bandas de las que creían haber escapado. Resulta muy difícil encontrarlas si están

encerradas. De modo que mi trabajo no es fácil. En realidad, es muy complicado.

Consciente de que Tom pensaba que alguna de aquellas chicas podía ser relevante en el crimen, Becky creyó que debía insistir en aquel punto.

—¿Ha desaparecido recientemente alguna de las chicas, Jessica?

—Ah, sí, una tontita que debería haber tenido más juicio. Hace un par de

semanas.

—¿Y?

—¿Disculpa? Ah, te refieres a qué fue de ella. Una ridiculez, teniendo en cuenta su historial. Vivía con una familia estupenda y trabajaba de camarera en una cafetería. Conoció a un hombre que iba cada día y la colmaba de halagos. Ya sabes lo fácil que es seducir a algunas mujeres con un par de palabras amables. Es triste, la verdad. En fin, por lo visto el hombre le pidió

que se fuera a vivir con él, y ella aceptó. Supongo que pensó que era su oportunidad de llevar una vida normal. —Jessica soltó una risa despectiva—. Le dio vergüenza decírselo a la familia, porque creyó que querrían impedírselo. Estoy segura de que te imaginas el resto. El hombre era un proxeneta. En cuanto la tuvo en su poder, se vio indefensa. No tenía adónde ir, o creía que no lo tenía. La localizamos gracias a

nuestros informadores en la calle, y el dueño de la cafetería tampoco era del todo inocente. No tendremos más tratos con él. Se le ha dado a la chica otra oportunidad, con una familia nueva; la primera no quiso volver a acogerla. Es comprensible. Pero, por lo que a mí respecta, esta es su última oportunidad.

—¿Y antes de ella?

—Recientemente no.

Creo que han pasado al menos dos meses desde que

alguna de ellas decidió volver a la calle. Algunas personas no merecen nuestra ayuda.

Becky se guardó su opinión sobre la comprensiva actitud de Jessica y siguió preguntando.

—¿Qué te parecía trabajar con *sir* Hugo?

—Maravilloso. No le podía encontrar ningún fallo. Siempre era educado, incluso cuando estaba claro que no estaba contento, o

cuando estaba con alguno de sus humores raros.

—¿No era feliz? ¿Crees que era infeliz en su matrimonio?

Jessica apretó un poco los labios y se miró las manos. Becky supo sin ninguna duda que algún comentario elegantemente velado, pero aun así despreciativo, estaba a punto de salir de ellos. Había conocido a otras mujeres como ella, aunque generalmente sin el disfraz

superficial que ofrecen el dinero y la educación. Pero una bruja era una bruja, llevara prendas de diseño o ropa de segunda mano.

—Debo reconocer que me asombró cuando supe que *sir* Hugo iba a casarse con Laura; estaba claro que no era la mujer adecuada para él. Él necesitaba a alguien con clase, de buena familia. Alguien que lo comprendiera. Un espíritu afín. No me pareció que fuera una buena elección.

»Sin embargo, desde el día que la conoció hasta que se casó con ella estuvo en un estado de gran expectación. Ilusionado, diría yo. Los ojos le brillaban literalmente. No se puede competir con eso, ¿no?

—Así que crees que era un matrimonio feliz —apuntó Becky, pensando que «competir» era una palabra curiosa.

—No te sabría decir —repuso Jessica, adoptando de nuevo aquella expresión

maliciosa—. Pero cuando volvió de la luna de miel, el brillo había desaparecido, como si algo no hubiera colmado sus expectativas.

—¿Sospechaste alguna vez que *sir* Hugo tuviera una amante, Jessica? ¿O se te ocurre alguna mujer con la que pudiera haber tenido una relación?

—*Sir* Hugo era un hombre muy masculino. Había tomado dos decisiones equivocadas, a mi parecer, en su elección de

pareja. Creo que necesitaba a alguien que pudiera entenderlo, vivir en su mundo, darle todas las comodidades que merecía. Y no creo que haya encontrado nada de eso con ninguna de sus dos esposas. Hubo ocasiones a lo largo de los años en que su raro estado de ánimo, aquella mezcla de euforia y agitación, volvió a aflorar. Esto fue especialmente evidente en las últimas semanas, pero no tengo ni idea de si tenía o no

una aventura. Aunque si era así no lo culpo.

¿Aquello era adoración u obsesión? Resultaba evidente que Jessica pensaba que Hugo debía haberla elegido a ella. Por tanto, de haber sabido de alguna aventura, ¿hablaría o no de ella? ¿No aprovecharía la oportunidad de apuñalar a otra que tampoco era la adecuada? A menos, por supuesto, que fuera ella la que tenía una aventura con él. Eso tendría lógica.

Becky le dio las gracias a Jessica por hablar con ella y, tomando nota de que debía comprobar si en su declaración formal incluía información sobre su paradero en el momento del asesinato, se concedió un par de minutos para pensar en la siguiente entrevista. Rosie parecía simpática. Un poco atolondrada, quizá, pero normal. Era evidente que procedía de una buena familia, a juzgar por su acento; mucho mejor sin

duda que el de Becky. Saltaba a la vista que Hugo solo contrataba empleados que se expresaban como era debido. Sin embargo, Rosie no era como Jessica, que hablaba desde un plano de superioridad tan elevado que parecía correr el peligro de hacerse daño si caía.

Rosie tenía los ojos enrojecidos cuando cruzó la puerta, aunque su largo flequillo rubio casi se los tapaba; Becky no se podía imaginar cómo conseguía

ver algo. Se había vestido para un domingo, y no para un día de trabajo en la oficina, con unos vaqueros ceñidos que parecían muy caros, botas altas de piel y un suéter de un verde intenso. Becky se sintió de repente muy mayor con su traje negro habitual y sus zapatos planos, y tuvo que hacer un esfuerzo para centrarse en las preguntas.

—Bueno, Rosie. Me gustaría que habláramos un poco, que me explicaras lo

que haces aquí, qué relación cotidiana tenías con *sir* Hugo, etcétera. Puedes empezar por resumirme en qué consiste tu trabajo, si te parece.

—Es posible que mis funciones no te parezcan nada del otro mundo, pero exigen mucha gestión. Reservo todos sus viajes, coordino a los guardaespaldas cuando los necesita, pongo al día los compromisos de su organización benéfica y

mantengo su agenda completamente actualizada. También me ocupo de la gestión del despacho, de pedir material, de contestar al teléfono, todo eso. Siempre estoy ocupada, por mucho que Jessica piense que soy una inútil.

—¿No te llevas bien con ella?

—Más o menos. Pero para mi gusto es un poco estirada.

—¿Te gustaba trabajar con *sir* Hugo?

—Oh, estaba bien, en serio. Él también era un poco estirado, pero a mí me encantaba decirle a la gente que trabajaba con un «sir», y era sorprendentemente magnánimo cuando se me iba el santo al cielo en Harvey Nichols y no volvía a tiempo después de almorzar. Siempre que compensara las horas, claro. Sin duda era mejor que Jessica. Ella se enfada mucho si se acaban los clips o lo que sea. ¡Cualquiera

diría que es el fin del mundo!

—Háblame de su agenda, Rosie. ¿Apuntaba cosas personales, o solo compromisos de trabajo?

—Tengo que decir que con la agenda era muy pesado. Se negaba a tener un organizador personal. Traté de que usara una BlackBerry, pero no hubo manera. Le gustan las cosas que se pueden tocar... o le gustaban, supongo que debería decir. Así que yo

gestionaba su agenda en mi ordenador, y luego debía copiarlo todo, palabra por palabra, lo que resultaba pesadísimo, en su agenda de sobremesa, que era enorme. Un cuaderno de piel monstruoso. Tenía uno para cada año, con una gran página por día. En cada una de ellas había muy pocas líneas, únicamente sus compromisos. Pero usó esas agendas durante años.

»En fin, mi tarea es asegurarme de que las dos

agendas coinciden, y luego tengo que elaborar a diario otra versión: un itinerario de sus movimientos del día, con todos los números de teléfono, las direcciones, los horarios y la clase de compromiso. Únicamente recurría a la tecnología cuando no le quedaba más remedio. ¿Ordenador? “Apártate de mí, Satán”, solía decir, ¡y sonreía al hacerlo! Tenía un teléfono móvil, eso sí, y nunca salía sin él, pero yo tenía que

programarle los números que podía necesitar, que eran sobre todo de la oficina, de su casa y de un servicio de choferes, si he de ser sincera.

—¿Un móvil? ¿Dónde lo guardaba, Rosie? No lo hemos encontrado.

—*Sir* Hugo poseía una cartera de documentos de piel. En su interior guardaba el itinerario, las notas de las reuniones y el móvil. Nunca se lo metía en el bolsillo para no arruinar el corte del

traje, ¡faltaría más!

Becky sabía que habían encontrado la cartera de documentos de Hugo, aunque en el itinerario solo constaban las citas del día anterior a su asesinato. Se estaban comprobando y no parecían sospechosas. Pero no había ningún móvil.

—¿Sabías algo acerca de *sir* Hugo que te hiciera sospechar que tuviera una aventura, Rosie?

—Bueno... Hay algo que me parece un poco

raro..., podría ser eso, pero no lo sé. Puede ser que lo esté malinterpretando.

—Adelante.

—De vez en cuando hay una entrada curiosa en su agenda de sobremesa. Solo dice LMF. A veces es solo por un día, a veces dos, en ocasiones toda una noche. Nunca me dice con quién ha quedado, pero jamás las cambia. Por nada del mundo. Cuando le pregunto qué significa LMF, sonrío y dice que significa «Libérame

por el momento de la formalidad». Pero no me lo creo ni por un minuto, porque incluso yo sé que así no se habla. Él diría más bien «por favor, comunícales que no estoy disponible en este momento», o algo por el estilo.

—¿Podría ser la F de Fletcher? Tal vez vaya a ver a alguien de la familia con esas iniciales.

—Es posible, aunque no es nadie a quien yo conozca.

Pero no significa nada. Tampoco me lo dijo. Al principio pensaba que la L correspondía a «Laura», pero a veces reservo vuelos para ella y sé que no tiene segundo nombre.

—¿Cómo era su relación con Jessica? ¿Era buena?

—Ella besa el suelo que pisa *sir* Hugo. Pero, por desgracia para ella, él no la trata más que como su ayudante personal. Nunca se me pasó por la cabeza que se sintiera atraído por ella.

Becky reflexionó unos instantes. Si tenían una relación, Hugo podía haber sido mejor actor que Jessica. Pero aquellas iniciales —LMF— también parecían prometedoras.

—¿Conocía Jessica el significado de esas citas? Ella se precia de saberlo todo acerca de *sir* Hugo — preguntó Becky, incapaz de resistirse a lanzar esa pequeña pulla.

—Le he preguntado, y ella tampoco tiene ni idea.

Siempre pensé que se trataba de otra mujer, pero Jessica afirma que no es asunto nuestro. Quizá si nos hubiéramos preocupado de que lo fuera, ahora podríamos ayudarte más. Tenía sus rarezas, pero desde luego no merecía morir.

Presintiendo la llegada inminente de más lágrimas, Becky decidió dar por terminada la entrevista.

—De acuerdo; gracias, Rosie. Por favor, si se te

ocurre algo más, llámame.
Por insignificante que te
parezca, comunícamelo.
¿Entendido?

Becky le contó ambas conversaciones a Tom durante el trayecto de Londres a Oxfordshire. Durante el viaje, cuando no se estaba quejando de los conductores domingueros, Tom había escuchado con atención. Becky había asegurado que no le importaba conducir, pero por alguna razón él había

insistido en sentarse al volante.

—Buen trabajo —dijo—. Es interesante que la única chica que parece haber desaparecido en las dos últimas semanas haya sido recuperada. Tal vez esto descarte alguna hipótesis, pero no necesariamente. Ahora acabemos de una vez con el interrogatorio de Laura. Luego tengo que hablar también con Imogen, y más tarde podemos visitar a la exesposa, que por lo que

dicen todos no es una persona muy simpática.

—No sé por qué, pero Jessica no me gusta. Tiene algo que no me inspira confianza; no deberíamos ignorarla. Por lo que parece, se pegaba a Hugo como una lapa. Debemos asegurarnos de que no era su amante.

Tom asintió, pero en aquel momento ya cruzaban la verja de Ashbury Park y subían por el paseo. Ambos observaron el lúgubre edificio gris a través de los

arbustos todavía más sombríos. El largo camino hasta la casa estaba bordeado de árboles altos que desaparecían en densas arboledas plantadas a lo largo del paseo, con grandes rododendros que en flor estarían preciosos pero que, en aquella época, octubre, no añadían más que oscuridad y monotonía al trayecto. Becky se estremeció y vio que Tom la miraba.

—¿Sabes, Becky? Esta

casa me da escalofríos. Debería ser una maravilla, pero está todo muy oscuro. Los árboles resultan casi amenazadores y las ventanas no tienen vida alguna, como si dentro estuviera todo vacío. No tiene alma.

Tom tenía razón. Aquella no era una casa feliz, y Becky no podía entender por qué Laura no había hecho algo para conseguir que resultara más acogedora.

La chica se despertó de repente en medio de una duermevela agitada. Tenía miedo de dormirse de verdad, de que le ocurriera algo mientras dormía, algo que no podría controlar. Sin saber qué la había despertado, abrió los ojos aterrada. ¿Había venido? ¿Estaba él allí, en la habitación? ¿O había entrado y salido mientras

ella dormitaba?

Pero allí no había nadie. Ninguna señal de que hubiera habido alguien. No había más comida, ni más agua, y la cama estaba intacta. Estaba segura de que las sábanas estarían arrugadas si él hubiera estado allí.

Entonces oyó un ruido. Un golpecito, procedente de la ventana de atrás. Intentó volver la cabeza, pero se dio cuenta de que tenía el cuello

inmovilizado. Se moría por girar la cabeza. Tal vez alguien intentaba entrar. Quizá alguien la había encontrado. ¿Qué le pasaba a su cuello?

Se llevó las manos a la garganta y la sintió. Era la cadena. Mientras dormía había retorcido el cuerpo, y este era el resultado. El golpeteo cesó antes de que pudiera girar la cabeza. Gritó de frustración. Por fin se deshizo de la cadena y pudo volverse hacia la

ventana. Pero no vio nada.

Se tapó la cara con las manos, luchando por contener las lágrimas. Entonces volvió a oírlo. La inundó una oleada de alivio y se destapó los ojos.

Pero no era más que un herrerillo, posado en el alféizar, que picoteaba contra la ventana.

Se dejó llevar por la desesperación, y tan alejada estaba de la realidad que ni siquiera se paró a pensar

*que ninguna mano humana
podría haber llegado a tocar
una ventana tan alta.*

Imogen asomó la cabeza por la puerta del cuarto de baño. Laura seguía en la bañera, perdida en sus pensamientos. Miró a su amiga y se entristeció al comprobar cómo había adelgazado Laura con los años. Todavía tenía buen tipo —sin duda, muchos dirían que estaba mejor que antes—, pero a Imogen le

parecía que las curvas del pasado se adaptaban mejor a su carácter animado. Aunque tal vez el nuevo cuerpo casaba mejor con la nueva personalidad. ¿Volvería a ser la antigua Laura algún día?

—Eh, Laura —dijo suavemente—. No quería molestarte, cielo, pero la Policía está aquí. Puedo distraerlos un rato, sobre todo al inspector jefe, pero sé que quieren hablar contigo. ¿Cuánto tardarás?

Laura parecía aliviada de que la sacaran de sus pensamientos.

—Tardaré unos diez minutos. ¿Te las arreglarás hasta entonces, Imo? ¿Alexa sigue durmiendo?

—Sí y sí. No te preocupes tanto, Laura. Sé lo que puedo y no puedo decir. Hannah la horrible ha salido a dar un paseo, y Alexa duerme como un tronco. Esperemos que la pobre siga durmiendo hasta que la Policía se marche.

Imogen bajó al salón, donde la esperaban los policías.

—Laura bajará enseguida. ¿Quieren beber algo?

—En realidad, señora Kennedy, nos gustaría aprovechar la oportunidad para hacerle algunas preguntas, si no le molesta.

Imogen notó un ligero temblor en el estómago y se preguntó si la gente se sentiría así cuando se sometía a un interrogatorio.

Les hizo un gesto para que se sentaran en el sofá y ella se acomodó con las piernas dobladas, en una postura que intentaba parecer relajada, en un sillón de orejas junto a la chimenea.

—Haré lo que pueda, inspector jefe, aunque no estoy segura de poder ayudarle mucho.

Tom sonrió, y ella no pudo evitar pensar en lo atractivo que le parecía. Aunque no fuera su tipo; ella solo tenía un tipo, y era un

idiota insolente, difícil y cargado de principios en la salvaje Kenia.

—No sabemos mucho de usted, señora Kennedy. Solo que estuvo casada con el hermano de *lady* Fletcher y que no fue recibida precisamente con los brazos abiertos cuando llegó. ¿Puede explicarnos la razón de ese recibimiento, por favor?

Imogen se sintió aliviada de que le hicieran una pregunta tan fácil de

responder con sinceridad.

—Cuando el hermano de Laura y yo nos divorciamos, se consideró que lo mejor sería que no volviera a ver a Laura.

La joven policía, que si no recordaba mal se llamaba Becky, decidió intervenir.

—Esta mañana he hablado con *lady* Fletcher y ha mencionado de pasada que usted y ella se conocían desde niñas. ¿Tan hostil fue su divorcio que no pudo mantener el contacto con su

vieja amiga?

Imogen sonrió.

—Sospecho que es usted demasiado joven como para haberse divorciado. Bueno, para que lo sepa, resulta muy difícil para todos, la familia o los amigos, seguir en contacto con ambas partes. Si no se trata de un divorcio totalmente amistoso, la gente siente la obligación de tomar partido, y es natural que la familia se ponga del lado de la familia. Siempre hay uno que, con

razón o sin ella, se percibe como el malo, y en este caso ese papel me tocó a mí.

Imogen notó una sonrisa irónica en la expresión de Tom, lo que le resultó a un tiempo interesante y revelador.

—¿Y cómo era su relación con *sir* Hugo, señora Kennedy? — preguntó el inspector—. ¿Pensaba él que era conveniente que rompiera la comunicación con su esposa?

Imogen casi se echó a reír.

—Creo que pensaba que era lo mejor, así es.

—¿Qué opinión tenía de *sir* Hugo? ¿Le gustaba?

—No lo conocí mucho. No nos lo presentaron, ni a mí ni al resto de familia y amigos, hasta el día de la boda. Probablemente coincidí con él en un par de ocasiones más, y entonces Will y yo nos separamos.

Imogen reparó en que Tom Douglas la observaba

atentamente. Estaba claro que era un hombre inteligente, y pensó que si le mentía él se daría cuenta.

—No ha respondido a mi pregunta, señora Kennedy. ¿Le gustaba?

En un intento por desarmarlo, Imogen le dirigió una sonrisa.

—Por favor, llámame Imogen. Sé que Laura os ha pedido que os olvidéis de las formalidades. Por lo que respecta a Hugo: no me volvía precisamente loca, si

he de ser sincera.

—¿Puede decirme por qué?

Imogen hizo una pausa para dar la impresión de que dedicaba un tiempo apropiado a reflexionar sobre su respuesta.

—No me parecía divertido. Era muy serio, y daba la impresión de que quería a Laura para él solo. Ella tenía muchos amigos y estaba llena de vida, y me pareció que a la larga la acabaría sofocando.

—¿Y lo hizo?

—Para mí es difícil decirlo, la verdad. Como he dicho, poco después Will y yo nos separamos, y nunca regresé a esta casa.

—¿Perdió realmente todo contacto, señora Kennedy? Me cuesta creer que volviera corriendo con una persona que no había visto en años solo porque se enterara de que su marido había muerto. Entonces ni siquiera sabíamos que se trataría de un asesinato. ¿Por

qué vino exactamente?

Imogen respiró hondo, advirtiendo que el inspector continuaba tratándola de usted. Aquello no estaba yendo tan bien como ella esperaba.

—Me encontraba en el aeropuerto cuando me enteré. Iba a tomar un vuelo rumbo a Canadá, y estaba viendo las noticias en la sala para ejecutivos de British Airways del aeropuerto de Heathrow. Era una noticia de última hora. Heathrow

está muy cerca de aquí, de modo que busqué un taxi y le pagué el doble al taxista para que me trajera lo más rápidamente posible. Fue una decisión impulsiva, pero durante todos estos años había echado mucho de menos a Laura. Pensé que podía ayudarla.

—Dice que estaba usted de paso y que se dirigía a Canadá. ¿Desde dónde? ¿Puede decirme dónde se encontraba exactamente el sábado por la mañana?

—Sí —respondió

Imogen sin perder el tono ligero—. Había estado en Cannes, en una exposición. Trabajo para una empresa de animación en Canadá, y estaba en Francia promocionando nuestros servicios. Era un acto importante para nosotros.

—He estado en Cannes —dijo Tom—. Es un lugar precioso. Supongo que la exposición se celebraba en el Palais des Festivals. ¿En qué hotel se alojó?

Imogen sabía que el inspector no lo preguntaba por simple curiosidad.

—En el Majestic. A mucha gente le gusta más el Martinique, pero a mí me resulta un poco ruidoso y prefiero dormir a gusto. El Majestic es un hotel excelente, no tan abrumadoramente elegante como el Carlton, y está muy cerca del Palais. Partí de Cannes hacia media mañana del viernes y viajé en coche a París. Llegué a Heathrow

el sábado por la tarde.

Imogen era consciente de que quizá estaba dando más información de la estrictamente necesaria.

—¿Dónde pasó la noche del viernes? —preguntó Becky.

—Había alquilado un coche en Cannes, así que me paseé por Francia y me quedé en un hotelito al sur de París, en algún lugar entre Bourges y Orléans, creo.

—¿Tiene el nombre del

hotel?

—No, lo siento, fue una decisión del momento; no estaba planificado.

—¿No tiene la factura?
—preguntó Becky.

—No. No estoy segura de por qué necesita saber tantos detalles, pero pagué en metálico al llegar. Quería deshacerme de los euros. Supongo que dejé la factura en la habitación.

—¿No va a presentarla como gasto en su empresa?

No parecía que Becky

fuera a ceder en este punto. Imogen intentó disimular su irritación.

—No. Fue decisión mía pasar una noche más en Francia. Por si quiere saberlo, Will y yo estuvimos en esa parte del país años atrás, así que aproveché para conducir por la zona y recordar un poco aquellos días. —En ese momento la puerta del salón se abrió e Imogen sintió un gran alivio —. Ah, mira, Laura. ¿Desea preguntarme algo más?

Tom sonrió con tanta amabilidad que la hizo sentir aún más vulnerable.

—No, gracias, pero ha sido de gran ayuda. Becky, ¿querías preguntar algo más?

—Una sola cosa. ¿A qué hora devolvió el coche alquilado?

—Era temprano. Me metí en la cama en cuanto llegué al hotel. Supongo que estaba cansada de conducir, de modo que me levanté al amanecer. Ya había pagado

la factura, así que decidí marcharme; apenas tardé un par de horas en llegar a París. Una vez allí eché los documentos y las llaves en un buzón, ya sabe de qué le hablo. Era una empresa de alquiler barata, y no hay un recepcionista las veinticuatro horas del día. Puedo darle el nombre de la empresa, si quiere.

—Sería muy útil.

Gracias.

Imogen soltó aire lentamente. Esperando haber

terminado, se volvió agradecida a mirar a Laura, que tenía mucho mejor aspecto. Se había quitado aquella horrible ropa de mujer mayor y se había puesto unos vaqueros y un jersey azul oscuro bastante pasable. Todo le quedaba un poco holgado, pero era evidente que apenas había tenido tiempo de pasarse un poco el secador por los cabellos sin recoger que le caían a ambos lados de la cara. También había

desaparecido algo de la palidez de las mejillas, y parecía una persona diferente. Imogen advirtió que el cambio no le pasaba desapercibido al inspector jefe.

—Siento haberos hecho esperar. Pero ¿podéis decirme por qué interrogáis a Imogen? —preguntó Laura con un tono casi beligerante.

—Es mera cuestión de rutina, Laura —contestó Tom con una sonrisa—. Debemos interrogar a todas

las personas de edad suficiente que conozcamos que tengan unos antecedentes y alguna relación con Hugo.

—Imogen no tenía ninguna relación con Hugo, como ya os habrá explicado ella. Hacía diez años que ni se veían ni se hablaban.

Imogen pensó que debía aligerar un poco el ambiente.

—No te preocupes, Laura. Les estaba contando lo de la exposición y mi viaje a través de Francia. No

me importa. Y ya saben que no había visto a Hugo. Deja que prepare té para todos mientras habláis.

Tom miró cómo se cerraba la puerta detrás de Imogen. Interesante, pensó. En general parecía que decía la verdad, pero había detectado que mentía en un par de ocasiones. Sus ojos se movieron en una dirección diferente; un gesto delator. Era evidente que había estado en Cannes, lo que era fácil de comprobar, y

también sabía que podían verificar su historia del vuelo desde París. Entonces, ¿por qué había soltado un par de mentiras inconsecuentes? Estaba seguro de que lo del coche de alquiler sería un callejón sin salida, pero había querido ponerla nerviosa para ver si se le escapaba algo más.

Miró a Laura y pudo ver un vestigio de la persona de las fotografías de hacía años que había visto. Se fijó por

primera vez en sus ojos. El día anterior estaban enrojecidos a causa del llanto, y cuando había ido a identificar el cadáver esa mañana llevaba unas gafas ligeramente oscuras y poco atractivas. Por casualidad o por decisión propia había conseguido disimular en parte lo que parecía ser su mejor rasgo. Tenían un color gris encantador, y eran muy grandes. Sospechó que eran la clase de ojos que cambian de color dependiendo de lo

que se lleve puesto o del estado de ánimo.

—Laura, lamento tener que molestarte de nuevo, pero debemos hacerte un interrogatorio formal. ¿Te parece bien?

—Por supuesto — contestó ella.

Tom presintió cierta hostilidad latente, y no era ese el ambiente que deseaba. Tendría que actuar con cautela.

—Si no es demasiado doloroso, ¿puedes decirme,

por favor, cuándo fue la última vez que hablaste con tu esposo?

—Sí. Lo llamé el jueves por la mañana para confirmarle que pensaba regresar el sábado y que estaba a punto de reservar el vuelo. Él se encontraba en la oficina; respondió Rosie.

—¿No volviste a hablar con él entre ese día y la tarde en que regresaste desde Italia?

—Intenté contactar con él el sábado para decirle a

qué hora llegaría a casa. Lo llamé aquí, porque Alexa tenía que venir a pasar el fin de semana. Pero nadie descolgó el teléfono, de modo que dejé un mensaje.

—Y esa llamada la hiciste desde tu casa de Italia, ¿no es así?

Laura volvió a asentir. Tom no tenía que decirle a Becky que necesitarían obtener los registros telefónicos, aunque sabía que ya había tenido tratos con Telecom Italia, y estaba

seguro de que no le apetecía nada la idea de volver a tratar con ellos.

—¿Sabes si el mensaje sigue en tu contestador?

—Yo no lo he borrado. Desde que Imogen filtra las llamadas, no he vuelto a contestar al teléfono. Pero no creo que haya borrado nada sin preguntarme primero, de manera que debería seguir allí.

—De acuerdo —dijo Tom—. Lo comprobaremos más tarde. Ahora nos

gustaría ver la agenda y el ordenador de tu marido, si es posible.

—Adelante —dijo Laura con una sonrisa—, pero tendréis un problema con el ordenador, porque tiene contraseña. El otro día intenté usarlo para reservar un vuelo porque mi portátil fallaba, pero me pidió la contraseña.

Becky levantó la cabeza del cuaderno.

—¿No le pediste la contraseña a tu marido?

La risa de Laura no fue precisamente de alegría.

—Hugo jamás me habría dado la contraseña de su ordenador. Era un hombre muy reservado, y creía que todos tenemos derecho a nuestros secretos.

Tom sabía que estaba yendo un poco lejos, pero de algún modo Laura había abierto una puerta ofreciendo una perspectiva de su relación.

—¿Y tú estabas de acuerdo con eso?

Laura se encogió de hombros.

—Cada uno es como es, Tom. Él tenía muchas cosas buenas, como sin duda sabes, así que resultaba fácil perdonarle las cosas pequeñas. De todos modos, él apenas usaba su ordenador. No creo que supiera mucho más aparte de cómo encenderlo.

Tom la miró reflexivamente. No tenía ninguna intención de subestimar la relación de *sir*

Hugo y *lady* Fletcher.

—Haremos venir a un especialista en informática, con tu permiso. Becky, ¿puedes encargarte de eso en cuanto terminemos? —Tom volvió a dirigirse a Laura—. ¿Utilizas a veces el piso de Egerton Crescent, Laura?

El inspector estaba seguro de conocer la respuesta. El hecho de que no hubiera ningún artículo personal de mujer indicaba que no se quedaba en la casa largos períodos. Sin

embargo, quedaba por explicar lo de sus huellas dactilares.

—Hace años que no me quedo allí. Antes iba en ocasiones, cuando estaba en Londres, y quizá subía al salón o a la cocina. Pero hace seis años que no me quedo a pasar la noche.

—¿No era práctico quedarse allí cuando ibas a Londres, al teatro o a alguno de los actos de la organización?

—Hace bastante tiempo

que no asisto a ningún acto. Hugo creía que eran demasiado tediosos para mí, y con sus frenéticos horarios no teníamos muchas oportunidades de ir al teatro.

Pero antes ibas a las cenas benéficas, pensó Tom. Había visto las fotos. ¿Qué había cambiado?

—¿Cuándo fue la última vez que estuviste allí? —preguntó.

—La semana pasada, antes de irme a Italia. Hugo necesitaba un esmoquin y le

dije que se lo llevaría yo misma. Lo colgué en el armario del dormitorio. Si lo que buscas son huellas, no creo que tocara nada más allí. Pero fui al baño. Luego entré en la cocina y me preparé un té que me llevé al salón.

Aquello suponía una explicación para todas las huellas que habían encontrado, sobre todo las del dormitorio, que resultaban un tanto extrañas porque solo estaban en un

lugar. No tenía sentido continuar interrogándola sobre eso, de manera que Tom pasó a otra cosa.

—¿Qué puedes decirme de los guardaespaldas? Sé que tu marido empleaba los servicios de una agencia de seguridad, pero que lo hacía de forma esporádica. Lo hemos comprobado con la agencia, y está claro que los había mandado a casa para el fin de semana.

—Hugo pensaba estar en casa con Alexa ese fin de

semana. El edificio cuenta con un buen sistema de seguridad, y no era probable que saliera. No tengo ni idea de por qué acabó en la ciudad. La verdad es que apenas hace un par de años que tiene guardaespaldas, y creo que los utilizaba un poco para dar la nota, para hacer ver que su organización benéfica lo ponía de alguna manera en peligro. Creo que pensaba que le hacía parecer más importante.

Laura calló. A Tom no le pasó desapercibido el tono ligeramente sarcástico. Tuvo una visión de Laura burlándose de Hugo en el pasado y, dados los sucesos de los dos últimos días, arrepintiéndose ahora. Pero quizá solo estaba atribuyendo el tono mordaz propio de su exesposa a Laura, quien tal vez había tratado las debilidades de su marido con mayor comprensión.

Fuera como fuese, no

estaba dispuesto a dejar el tema.

—Sin duda, si los dejaba sin trabajo, esos tipos..., los proxenetas, quiero decir, sentirían una enorme antipatía hacia él. Siempre he oído decir que pisaba una línea muy peligrosa.

Laura sonrió con tristeza.

—Lo siento, ahora mi escepticismo parece absurdo. Por supuesto que corría peligro, y que era muy valiente en el trabajo que

hacía. Es solo que a veces parecía que viviéramos en una mala película de Hollywood. Solía ir acompañado de guardaespaldas cuando asistía a un acto al que se le daba mucha publicidad. Ésos eran los momentos que se consideraban más peligrosos.

En aquel momento, Imogen abrió la puerta sin ceremonias de una patada y entró cargando una bandeja con té, café y galletas. Tom

decidió que era un buen momento para interrumpir el interrogatorio.

—Antes de que nos sirvamos, ¿crees que podríamos escuchar el mensaje del contestador? Es pura rutina, pero nos servirá para confirmar la fecha, la hora, etcétera.

—Claro. Os enseñaré dónde está el teléfono.

Dejaron a Imogen sirviendo té y café para todos, cruzaron el austero recibidor y entraron por la

puerta opuesta al salón.

—Éste es el estudio de Hugo. Era su dominio privado, y yo casi nunca entraba. Mirad todo lo que queráis. Creo que los archivadores están cerrados y me temo que no sé dónde están las llaves, pero podéis buscarlas o romper las cerraduras si queréis. Probad a encender el ordenador, tal vez tengáis más suerte que yo. —Señaló el teléfono—. Ahí está.

Tom miró la luz

indicadora de los mensajes y luego a Laura.

—Dice que hay cuatro mensajes. ¿No te importa que los oigamos todos?

Laura pareció ligeramente sorprendida con la información, pero no preocupada, y se limitó a asentir. Tom pulsó la tecla de reproducción después de cerciorarse de que la hora del aparato era la correcta. A menos que lo hubieran manipulado, las horas de los mensajes serían precisas.

El primer mensaje era de Laura, del sábado, exactamente como había dicho.

«Hugo, cariño, soy yo. Pensaba que estarías en casa esta mañana. Viene Alexa, ¿no? ¿Le dirás que mi vuelo llega por la tarde, pero que no se acueste hasta que llegue? Estaré en casa sobre las ocho. Espero que todo vaya bien. Pronto saldré hacia el aeropuerto, así que no hace falta que me llames. Me las he arreglado para

recoger las aceitunas, así que tendremos varios litros de aceite delicioso dentro de poco. Muchos besos».

Tom se fijó en que el mensaje se había grabado poco después del mediodía, y se dio cuenta de que cuando Laura había hecho la llamada Hugo ya estaba muerto.

—¿Aceitunas? —
preguntó, pensando que el mensaje podía haber angustiado a Laura y así intentar aligerar el ambiente.

—Sí, tenemos unos veinte olivos. No es mucho, pero recoger las aceitunas me resulta terapéutico. Acabé el viernes por la tarde... Oh, Dios mío. Olvidé llamar para que las recogieran esta mañana y las llevaran a la prensa. ¡Si no me llego a acordar se habrían echado a perder!

Tom, que nunca en su vida había recogido aceitunas, se podía imaginar que sería un pasatiempo agradable, ya que sin duda el

sol seguía brillando en el centro de Italia. Pero no podía entender que unos pocos litros de aceite fueran tan importantes vistos en perspectiva.

Quedaban tres mensajes y, aunque ya había oído el que le interesaba, decidió reproducir el resto. Se oyó la voz de una niña.

«Papá, estoy muy enfadada. ¿Por qué has anulado el fin de semana? Me apetecía mucho, y me prometiste que hablaríamos

de comprarme un poni nuevo. Y dijiste que tendríamos nuestro tiempo especial antes de que llegara Laura. ¿Me llamarás en cuanto escuches el mensaje? Estoy muy enfadada y te costará mucho que se me pase».

Tom reconoció el poder negociador de una hija decepcionada con su padre, pero miró a Laura para que se lo confirmara.

—¿Alexa? —preguntó.
Laura asintió—. ¿Sabías que

había anulado el fin de semana?

Laura se encogió de hombros.

—No tenía ni idea. Ya has visto que esperaba verla aquí.

Tom apretó la tecla para pasar al mensaje siguiente y vio que Laura había perdido interés y daba la espalda a la habitación, mirando al exterior frío y sombrío de octubre.

«¿*Sir* Hugo? Soy Peter Gregson. Le pido disculpas

por llamarle a casa; sé que no debería. El problema es Danika. ¿Se acuerda de Danika Bojin? Ha desaparecido. La semana pasada me dijo que quería hablar con usted. Que quería hablar de algo con usted, pero no quiso decirme qué. Insistió en que solo podía hablar con usted. Y entonces desapareció. Hace días que se ha ido, y estamos muy preocupados. ¿Podría telefonarme, por favor? Es evidente que había algo que

la preocupaba».

El señor Gregson tardó un poco en colgar.

Tom sintió una punzada de emoción y miró a Laura, que todavía estaba de espaldas a la puerta.

—¿Laura?

Sin volverse, Laura respondió en voz baja.

—Será una de las chicas rescatadas. Lo siento, pero no sé nada de ellas. Tendrá que preguntar en la oficina.

Tom tomó nota del número. ¿Podría ser la

exprostituta desaparecida sobre la que habían estado formulando hipótesis por la mañana? El momento era perfecto, y en cuanto terminara allí pondría a alguien a investigar.

Apretó la tecla para reproducir el último mensaje, pero no estaba preparado para la explosión de sonido que emergió del aparato.

«¡Hugo, cabrón! He recibido la carta de tus abogados explicando la

trastada que me has hecho. Eres un mezquino cabrón, y no creas que no sé cómo devolvértela. Una vez compraste mi silencio, pero el precio acaba de subir. Y si me amenazas otra vez con dejarme fuera del testamento, me aseguraré de que te mueras antes de que puedas cruzar la verja. Y no creas que no soy capaz de hacerlo, porque te aseguro que lo soy. Cabrón».

El mensaje terminaba con el ruido de un teléfono

que se colgaba bruscamente. No cabía duda de que se trataba de la exesposa de Hugo. Tom miró a Laura.

—Lo siento pero, si me disculpáis, no me encuentro muy bien —dijo ella en voz baja, todavía de espaldas.

—¡Mierda, mierda, mierda!

Laura se paseaba por la habitación con las manos en la cabeza. Imogen permanecía junto a la puerta, como si hiciera guardia.

—¿Cómo no me he dado cuenta? ¿Cómo no lo he sabido? Por Dios, qué estúpida soy.

—Cálmate, Laura, y baja

la voz o te van a oír. No es culpa tuya. Entonces no podías hacer nada, y ahora es demasiado tarde para hacer algo.

—No seas estúpida, Imo. No hice todo lo que pude. Lo intenté. Dios sabe que lo intenté. Pero era como gritar al viento. El sonido se esfuma casi antes de que salga de tus labios, y nadie te oye por mucho que grites. Creí que ahora...

—Sí, sé lo que creías, pero está claro que te

equivocabas. Oye, hiciste lo que pudiste.

—¿Y si no se lo digo a ellos? ¿Entonces qué? ¿Con qué más tendré que vivir el resto de mi vida?

Laura se dejó caer con pesadez en el borde de la cama. Qué desastre.

—¿Qué crees exactamente que puedes decirles? —insistió Imogen —. No sabes nada. ¿No era eso lo que tenía que ser nuestra pequeña aventura? Y, en vista de lo sucedido,

solo puedo presuponer que todavía no sabes nada. De modo que... ¿qué vas a decirles exactamente?

—No lo sé. Pero mi conciencia me dice que debo hacer algo.

Imogen se acercó a la cama y se arrodilló, tomando la mano de Laura.

—Mira... Hugo está muerto. Lo siento, pero es un hecho. Está muerto. Nada de lo que digas o hagas puede cambiar nada. ¿Y qué me dices de Alexa? Creía

que querías protegerla.

—Por supuesto que quiero. Necesito pensar. La lógica dice que nada de lo que diga o haga ahora cambiará nada. Lo hecho, hecho está. Pero emocionalmente siento una obligación con otras personas aparte de mí. Oh, Imo. Si tú supieras. Debería habértelo contado todo enseguida. Lo siento, lo siento mucho.

Cinco minutos después, Imogen se alegró de ver que

Laura se había calmado. Suerte que ella estaba allí; si no, todo se habría salido de madre. Deseaba con todo su corazón que Will estuviera allí aunque, si era sincera, no sabía qué habría pensado de la situación.

Llamaron suavemente a la puerta de la habitación de Laura, donde ella había llevado a Imogen a rastras después de oír el mensaje inesperado. Imogen se levantó para abrir y encontró a Becky en la puerta.

—¿Cómo está? —

preguntó Becky,
sinceramente preocupada.

—Ahora está bien. Las últimas veinticuatro horas han sido difíciles. Creo que de vez en cuando se siente superada.

Becky parecía avergonzada.

—Lo lamento, pero tenemos que hacerle algunas preguntas más, y son delicadas.

Laura habló por detrás de Imogen.

—No pasa nada, Becky. Estoy bien. Acabemos de una vez.

Laura apareció en la puerta de la habitación y simplemente señaló con la cabeza la escalera.

—Me gustaría que Imogen estuviera conmigo, si es posible —pidió—. Estoy bien, pero me siento un poco floja y creo que su presencia me ayudaría, si no os importa.

—Claro que no. ¿Necesitas algo antes de que

empecemos?

Laura hizo una pausa, como si se le acabara de ocurrir algo.

—No necesito nada, Becky, gracias, pero sí me gustaría ver si Alexa está bien. Imogen, antes de reunirte con nosotros, ¿podrías ir a buscar a Hannah, por favor? Ya habrá vuelto de su paseo, y creo que debería convencer a Alexa para que se bañe o se duche después de la siesta; luego puede ver algún DVD

en la salita. Dile que en cuanto termine iré con ella. Necesito pasar un rato a su lado. —Laura se volvió para dirigirse a Becky—. ¿Necesitaréis hablar con Alexa? Había olvidado deciros que se ha presentado hace un rato.

—Por ahora creo que no. Pero sería útil saber si su padre la llamó el sábado y, en caso de que lo hiciera, si le dijo si iba a reunirse con alguien, o por qué había anulado el fin de semana.

¿Podría ir yo con la señora Kennedy mientras tú vas al salón para hablar con Tom?

A Imogen no le hacía mucha gracia la idea de separarse de Laura, porque no sabía qué podía llegar a decir su amiga. Tenía que solucionar lo de Alexa y Hannah cuanto antes.

Tom observó a Laura mientras bajaba y le complació ver que ya no estaba tan pálida.

—Gracias por dejarnos escuchar todos los mensajes,

Laura. Siento que la llamada de la exesposa de tu marido te haya angustiado. Parecía realmente furiosa. En cuanto termine aquí iré a hablar con ella. Entre nosotros, ¿crees que la anterior *lady* Fletcher podría estar involucrada de algún modo en la muerte de tu esposo?

—La verdad es que no puedo responderte a eso. Era muy exigente y tendía a utilizar a Alexa como moneda de cambio, pero si sería capaz de matarlo o no,

francamente, no lo sé.

Tom tuvo la fuerte sensación de que ella evitaba la pregunta, pero no insistió.

—Mientras estábamos en el estudio, hemos hallado la agenda de sobremesa de tu marido. Sabemos que tenía otra en la oficina. ¿Sabías cómo las actualizaban?

—Solía traer la agenda de la oficina a casa una vez a la semana y actualizaba la de aquí. Rosie quería que tuviera una agenda

electrónica, pero a él le gustaban las agendas de piel, y cuanto más grandes mejor. Tenía que haber una aquí para que yo pudiera saber dónde estaba. Eso no habría sido posible si lo hubiera tenido todo en una BlackBerry.

—Tenemos la agenda del despacho. ¿Te importa que nos llevemos ésta, con el fin de cotejarlas? —Laura aceptó con un movimiento de cabeza—. Otra cosa... Sabemos que tenía un móvil,

pero nadie lo ha encontrado.
¿Tienes idea de dónde puede estar?

—Siempre lo llevaba consigo. Quizá lo perdió —
respondió Laura encogiéndose de hombros.

Tom se preguntó para sí por qué Laura había decidido llamar a su marido al teléfono fijo y dejarle un mensaje si Hugo llevaba siempre el móvil encima. Pero en ese preciso momento Imogen y Becky se reunieron con ellos. Esto

contrarió un poco a Tom; creía que Laura podía mostrarse más abierta en una conversación entre los dos. Pero, aunque mandara a Becky a hacer algo, estaba seguro de que Imogen permanecería en la habitación.

—Tom, Alexa dice que su padre no la llamó el sábado, así que no puede ayudarnos en nada.

El inspector jefe asintió e hizo una ínfima inclinación de cabeza. Era la

señal para que Becky reanudara el interrogatorio.

—La próxima parte de esta conversación puede resultar difícil para ti, Laura. Tom te ha dicho que creemos que el asesino puede ser una mujer, y que su muerte puede haber tenido motivos sexuales. Lo que no te hemos contado es que a tu marido lo encontraron en una postura que sugería que estaba teniendo lugar un acto sexual, o que ya se había

consumado. Necesitamos saber si crees que tu marido tenía una aventura, aunque no sepas con quién.

Tom había estado observando a Laura mientras Becky hablaba. Aunque le habían preguntado antes por otras mujeres, no habían dejado tan claro que habían encontrado a Hugo con los pantalones bajados. O sin ellos, en este caso. Pero Laura no parecía afectada. Aunque la infidelidad no tuviera el poder de herirla,

habría esperado cierta indignación a causa de la humillación.

—Lo siento.

Sinceramente, no sé si Hugo tenía una aventura.

—Me imagino cómo te sientes —dijo Becky—. Pero si tienes la más mínima sospecha, nos sería muy útil.

Laura parecía estar apretando los dientes, como si se estuviera preparando para lo que estaba a punto de decir.

—Estoy segura de que

sabéis que en los últimos años he pasado un período considerable en una clínica. Hugo consiguió que no se enterara casi nadie hasta que alguien me tomó una foto por casualidad, pero en una ocasión estuve allí casi dos años. Tal vez durante ese tiempo Hugo conoció a otra mujer. Sería comprensible.

La expresión de Becky era la viva imagen de la indignación reprimida. No le parecía tan comprensible como a Laura.

—¿Puedo preguntar si notaste algún cambio en su comportamiento hacia ti? La mayoría de las mujeres creen que saben cuándo sus maridos tienen una aventura.

En cambio, pensó Tom tristemente, la mayoría de los hombres no se enteran de nada.

Antes de que Laura pudiera contestar, Imogen la interrumpió.

—Lo siento, pero esa es una pregunta estúpida. Estaba drogada hasta las

cejas, y apenas sabía con quién estaba hablando. De modo que ¿cómo iba a reconocer ningún cambio en Hugo? Maldita sea...

Tom miró pensativamente a Imogen.

—¿Y usted cómo sabía exactamente que estaba drogada hasta las cejas, señora Kennedy, si no la veía?

Inesperadamente, la respuesta llegó desde el umbral.

—Lo sabe porque se lo

dije yo.

Una mujer alta y con buena figura, de unos sesenta y cinco años, acababa de entrar en el salón. Vestía unos elegantes pantalones negros y una chaqueta corta de color beis.

Tom observó con interés a Imogen saltar del sillón y recibir a la recién llegada con un abrazo. Imaginando que era la madre de Laura, tomó nota de que, en contra de lo que había asegurado Imogen en la conversación

anterior, estaba claro que no todos los miembros de la familia se habían visto obligados a tomar partido en el asunto de su divorcio.

Laura apenas miró a su madre desde donde estaba sentada y sonrió a su manera, triste.

—Gracias por venir, mamá, pero no era necesario, de verdad.

La madre de Laura se acercó al sillón de su hija, le dio un afectuoso apretón en los hombros y se agachó

para besarla en la cabeza.

—Laura, hija, cómo no iba a venir. No sabes cómo me alegro de no haberme ido todavía con Will. ¿Cómo lo llevas?

Tom interceptó una mirada entre Imogen y la madre de Laura. Imogen se limitó a sacudir la cabeza, y Laura no respondió. Se levantó y le ofreció la mano.

—Inspector jefe Tom Douglas, y mi colega es la sargento Becky Robinson. Dirijo la investigación del

asesinato de su yerno.
Lamento que nos
conozcamos en
circunstancias tan difíciles.

Ella se quitó un guante de piel y le estrechó la mano con firmeza.

—Soy Stella Kennedy. Siento aparecer sin avisar, pero Alexa me ha visto llegar por la ventana y me ha abierto la puerta. Pobrecilla, está destrozada.

Laura volvió a hablar.

—No te esperábamos tan pronto, mamá. No han

pasado más de tres horas desde que hablaste con Imo. ¿Cómo has venido tan rápido?

Stella parecía bastante satisfecha consigo misma.

—No soy más que una jubilada pero, a pesar de mi reticencia, tu hermano ha insistido en llevarme al siglo XXI y me ha comprado un móvil. Antes, cuando he llamado, estaba en el tren.

—Entonces te apetecerá un té —dijo Imogen—. Acomódate; yo me encargo

de prepararlo.

Tom empezaba a dudar de que pudiera reconducir la entrevista sin resultar grosero, pero Stella le ahorró el esfuerzo.

—La verdad es que también tengo hambre. No había bar en el tren, porque era domingo o algo parecido. Si a Laura le parece bien, iré a prepararme un bocadillo. Llevo horas sentada, y probablemente es mejor que te deje con los agentes para que terminen

con sus preguntas. Prepararé una bandeja por si alguien más tiene hambre. ¿Te importa, Laura?

Tom miró a Laura atentamente cuando respondió a su madre. Estaba molesto por la interrupción, y veía que la situación la superaba. Por si fuera poco, había perdido el hilo.

Stella salió de la habitación. Tom miró a Becky, y enseguida comprendió que ésta le

había entendido de inmediato.

—Iré a echarle una mano. Necesito hacer algo —dijo.

Tom volvió a centrarse en las dos mujeres que tenía delante. Imogen se había sentado al lado de Laura, y ambas parecían sacar fuerzas una de otra tocándose las manos brevemente.

—Creo que hemos establecido que no sabías si tu marido tenía una aventura o no. Aun así, me gustaría

que lo pensaras y que nos dijeras las mujeres que se te ocurran con las que podía tener alguna relación si le hubiera apetecido. —Tom hizo una pausa para sopesar las palabras que iba a pronunciar a continuación —. Volvamos un momento a las agendas, Laura. No hemos tenido tiempo de cotejarlas con detalle, pero cuando Becky ha hablado con Rosie esta mañana nos ha dicho que Hugo tenía citas anotadas en lápiz con

las letras LMF. No hemos encontrado ninguna referencia a esas iniciales en la versión doméstica de la agenda. ¿Nos puedes aclarar este punto?

Laura habló con un tono ligeramente exasperado.

—Tom, yo no solía mirar la agenda de mi marido con mucha atención, más que cuando necesitaba hablar con él. Tenía que comprobar en ella si era posible interrumpirlo o no.

—¿Qué quieres decir

con «interrumpirlo»?

—Si estaba en un acto y pasaba la noche fuera, Hugo prefería que no me pusiera en contacto con él. Decía que le distraía.

—¿Cómo? ¿Ni siquiera a las tres de la madrugada, si querías hablar con él?

Laura le sonrió de una manera que no transmitía ninguna alegría.

—Si hubiera llamado a mi marido a cualquier hora después de medianoche, no le habría gustado nada.

—Entonces, ¿tienes alguna idea de lo que podrían significar las iniciales LMF? —volvió a preguntar Tom.

Laura lo miró a los ojos.

—Lo siento, pero no tengo ni idea.

Tom estaba seguro de que Laura decía la verdad. Y estaba igualmente seguro de que aquellas iniciales no eran nuevas para ella.

Becky estaba teniendo más suerte sacando información a Stella

Kennedy en la cocina aunque, por interesante que fuera, solo el tiempo diría si era útil.

—Señora Kennedy, sé que es un momento difícil para usted, pero nos ayuda mucho conocer los antecedentes de una víctima de asesinato. Cualquier cosa que pueda decirnos acerca de Hugo nos será de valiosa ayuda.

—Llámame Stella; no soy muy partidaria de los formalismos. De todas

formas, si te he de ser sincera, no es un momento difícil para mí, aunque entiendo que lo sea para Laura. —Stella calló y arrugó la nariz, como si estuviera disgustada—. Es mejor que sea franca con esto, porque no os costará mucho averiguarlo. Hugo no me gustaba. Desde el momento en que lo conocí en la boda pensé que no era el hombre adecuado para ella.

Stella tomó una barra de

pan y empezó a partirlo.

—¿Sabía Laura que no te gustaba su marido?

—Por desgracia, cometí el grave error de decirle lo que pensaba, y probablemente estropeé mi relación con ella de forma irreparable. Desde el principio vi que algo no marchaba bien, pero cuando le preguntaba ella se cerraba en banda. Lo intenté de nuevo cuando llevaban dos años casados. Había cambiado tanto que me

rompía el corazón. Pensé que podía utilizar mi experiencia como una forma de romper el hielo, hablándole de mi propio matrimonio con su padre.

Stella mantenía la cabeza baja, concentrada en el pan, pero Becky pudo advertir por su tono de voz que estaba realmente triste.

—Laura conocía las infidelidades de su padre —continuó Stella—, no era ningún secreto. Pero ella no era consciente de que yo le

había perdido todo el respeto. Pensé que contándole mi propia infelicidad resultaría más fácil para ella hablarme de la suya, pero también eso fue un error. Los hijos merecen creer que sus padres son felices, supongo. Erigí una barrera que nunca he logrado derribar del todo desde entonces. —Stella sacudió la cabeza con tristeza—. Ahora él, el padre de Laura, está muerto. Falleció unos años después

de que ella se casara. Me alegro de que no esté aquí ahora. Independientemente de cómo fuese, David era un padre que amaba a su hija, y ver a Laura en el estado de los últimos cuatro o cinco años le habría matado de no haberlo hecho antes su corazón.

Con el fin de sacar a Stella de aquella vía de autorrecriminación y reflexión, Becky volvió a un comentario previo.

—Has dicho que no

conociste a Hugo hasta el día de la boda. ¿No es un poco extraño?

Stella se rio sin ninguna alegría. Sacudió la cabeza y empezó a untar mantequilla en las rebanadas de pan que había cortado.

—Lo intentamos, vaya si lo hicimos. Nos ofrecimos a venir a Londres; lo invitamos a pasar unos días con nosotros en Manchester; dijimos que no nos importaba viajar a Oxford, encontrarnos a medio

camino..., lo que fuera, vaya. Pero no recibimos más que excusa tras excusa. Laura estaba enamorada, pero a mí todo me parecía muy raro. ¿Sabías que ella ni siquiera había visto esta casa antes de casarse? Hugo planificó la boda como «una sorpresa» para ella. Estaba deslumbrante, eso sí. Como una princesa, en mi opinión. Él era un hombre afortunado, pero tengo la sospecha de que creía que la afortunada era ella. Creo que

se consideraba un gran partido. Era un arrogante y un hombre pomposo.

Vaya por Dios, pensó Becky. Está claro que Hugo no le caía bien.

Mientras preparaba tazas, leche, azúcar y todo lo necesario para servir el té y el café, Becky dejó que Stella se desahogara hablando acerca de la boda, de lo que pensaba de la casa nueva de Laura y de toda una letanía de cosas que le desagradaban de Hugo. Sin

embargo, nada de ello le aclaró la relación de Laura con su marido.

—Dices que ha cambiado, pero ¿crees que, a su manera, era feliz con Hugo?

—¿Sinceramente? No. En absoluto, aunque ella no lo reconociera. Laura no es de las que aceptan la derrota. Nunca ha sido así. Si hay algo en lo que quiere triunfar, lo intentará hasta que lo consiga. Cuando era feliz se mostraba siempre

efervescente. En muchos sentidos era como una adolescente; el entusiasmo la desbordaba.

Stella se volvió para mirar a Becky mientras hablaba, con una sonrisa de madre orgullosa que le iluminaba la cara. Era difícil relacionar aquella imagen de Laura con la persona que en esos momentos estaba sentada en el salón. Cuando siguió hablando, la sonrisa de Stella se esfumó.

—Incluso antes de que

se casara vi que Laura intentaba reprimir sus excesos naturales. Yo todavía no conocía a Hugo, de manera que no sabía si atribuir el cambio a los nervios de la boda o si tenía algo que ver con el trabajo. En cuanto lo vi allí de pie, esperando en el altar, estuve segura de que él era el responsable. Pero ¿qué podía hacer? ¿Levantarme en la iglesia cuando dicen aquello de «si alguien conoce un motivo que

impida...», o lo que sea que digan, y soltar que ese hombre no me gustaba nada?

Stella empezó a cortar queso con auténtica agresividad, como si fuera parte de la anatomía de Hugo lo que atacaba con el cuchillo afilado. Estaba lanzada, y Becky dejó que continuara. El té había reposado demasiado, pero ya lo tiraría discretamente y prepararía otra tetera.

—Tampoco me gustó

nada su discurso. Se puso a hablar de su maravillosa madre, y dijo que Alexa era el amor de su vida. Todos sentimos lo mismo por nuestros hijos, pero en el día de tu boda... ¡qué quieres que te diga! Apenas si mencionó a Laura. En fin, se fueron de luna de miel, y sé que ella estaba encantada con el destino que había elegido él. Cuando regresaron, decidí venir para ver cómo estaba Laura. Las cosas claras, el matrimonio

no es solo enamoramiento y a veces se tarda un poco en reconocerlo. Me pareció que estaba algo desanimada, y pensé que necesitaría compañía, porque ya no tenía a sus compañeros de trabajo.

Stella levantó la mirada del queso y blandió el cuchillo para puntuar sus pensamientos.

—Ésa es otra: hizo que dejara su trabajo. Supongo que él pensaba que no era apropiado que la mujer de

un hombre tan importante trabajara. Cuando la vi me quedé de piedra, la verdad. Estaba más delgada, no mucho, pero es mi hija y enseguida advertí que había adelgazado. Y su sonrisa parecía forzada, y tenía ojeras. Le pregunté qué sucedía. Por supuesto, ella dijo que todo iba bien. Habían tenido unas vacaciones fabulosas, y ahora la vida volvía a la normalidad. Luego dijo algo que me pareció extraño.

Stella dejó el cuchillo y se apoyó en la encimera con los brazos doblados.

—Le pregunté si tenía fotografías. Dijo «Sí, claro, creo que las he dejado en mi habitación». Bueno, decir «mi» en lugar de «nuestra» podía haber sido un lapsus, pero estaba claro que no lo fue porque después de decirlo se aturulló un poco. Le pregunté si podía enseñarme la casa, porque solo había visto la planta baja el día de la boda. No

fue muy delicado por mi parte, pero me temo que la sutileza no es mi punto fuerte. En fin, se negó. Pretextó que no quería que la viera hasta que vinieran los decoradores, y desde entonces nunca he estado arriba.

Becky estaba desconcertada.

—Y cuando viene, ¿dónde duerme?

—Lo cierto es que apenas he venido. Pero en las pocas ocasiones en que

les he impuesto mi presencia, me han instalado en la casa de invitados que hay fuera. Por lo visto, Hugo deseaba que yo tuviera intimidad. Pero, en realidad, me tenían fuera de la casa hasta que Hugo decidía que podía entrar cada mañana. Yo presentía que algo andaba mal, y se lo pregunté directamente a mi hija. «¿Eres feliz con Hugo?», dije. «Lo digo porque en la boda vi que no tiene un carácter fácil». «¿A qué te

refieres, mamá?»), me respondió indignada. «Es un hombre maravilloso, y lo siento si no merece tu aprobación. Tal vez no deberías aprovecharte de su hospitalidad, si es eso lo que piensas de él». A la defensiva, vamos. Nunca la había visto así. Por tanto, no insistí.

Aunque se moría de ganas por seguir explorando la opinión de Stella acerca de Hugo, Becky pensó que era el momento de cambiar

de tema.

—Stella, sé que es difícil para ti, pero ¿podrías darme alguna idea de la vida de Laura y de la razón por la que la mandaron dos veces a una clínica?

—¡Por supuesto que te la daré! Hugo la encerró, o quizá debería decir que «la internó», que es como creo que se dice ahora. —Los ojos de Stella brillaban de rabia. Cuando dijo que no le gustaba Hugo, sin duda había sido el eufemismo del

siglo—. La primera vez fue por depresión aguda, y permaneció allí dos años enteros. Luego Hugo afirmó que mostraba un comportamiento psicótico, o algo por el estilo, y que era un peligro para sí misma. Siempre conseguía que los demás apoyaran su opinión. La segunda vez fue uno de vuestros comisarios jefes. ¿Te lo puedes creer? Estoy segura de que Hugo intentó que tiraran la llave, pero en aquella ocasión Laura solo

estuvo encerrada algo más de un año.

Tragándose la sorpresa ante la mención de un policía de tan alto grado, Becky hizo la pregunta evidente.

—Dices que Hugo siempre encontraba a alguien que lo apoyara. ¿Quién fue la primera vez?

—Alguien menos impactante que el comisario, pero igualmente relevante. Fue esa horrible niñera de Alexa: Hannah. Y Laura

dice que sonreía con suficiencia cuando se la llevaron. Tal vez pensó que, con Laura fuera del mapa, tendría la oportunidad de ocupar su puesto.

—Vamos, Laura. Ya puedes calmarte. El detective guapo se ha ido, a la sargento la ha neutralizado tu madre en la cocina con su charla y yo voy a dar un paseo. Necesito respirar algo de aire fresco. ¿Me acompañas?

Laura miró a Imogen y sacudió la cabeza.

—Gracias, pero me

sentará bien media hora de soledad, si no te importa. ¿Has leído todo lo que te di?

—Sí, cariño. —Imogen miró a Laura con tristeza—. Lo he hecho. Me gustaría leer más, pero solo si tú quieres que lo haga. Sé que te dije que quería entenderlo todo y llenar las lagunas, pero soy consciente de que estás desnudando tu alma. Tiene que ser doloroso.

—Lo es. No fingiré que quiero hacerlo, pero me doy cuenta de que te lo debo. Ve

a dar una vuelta y mientras tanto me lo pensaré.

Laura se alegraba de disponer de un rato de soledad. Aunque Tom Douglas empezaba a caerle bien por la delicadeza con que la estaba tratando, se alegraba de que se hubiera ido. Había dejado a Becky en la casa —«para que te atienda», había dicho él—, pero la chica seguía secuestrada en la cocina con Stella. Laura no tenía ni idea de lo que estaban hablando,

pero debía de ser algo importante, porque había sacado a Tom del salón para hablar un momento con él.

Alguien del equipo de Tom había localizado por fin a Annabel y la había conminado a ir a su casa de inmediato o a pasar por comisaría. En cualquier caso, le había dicho que el inspector jefe Douglas se entrevistaría con ella dentro de una hora. Annabel había elegido la primera opción, y Tom se había ofrecido

amablemente a llevar a la todavía angustiada Alexa con su madre. Por mucho que Laura tuviera una muy mala opinión de Annabel y peor aún de su capacidad como madre, Tom sabía que ella estaba demasiado distraída como para darle a Alexa el amor y la tranquilidad que necesitaba en aquel momento.

Se habían despedido con muchas lágrimas, abrazos y besos, y Laura le había prometido a Alexa que la

llamaría todos los días y que quedaría con su madre para que pudieran verse pronto. Aunque solo fuera la madrastra de Alexa, sabía que a Annabel no le importaría que la niña estuviera con ella. Cualquier cosa que la dejara libre para ir de compras, someterse a tratamientos de belleza y disfrutar de los demás pasatiempos que se permitía constantemente. Si la preocupación de Annabel por los cambios propuestos

por Hugo en el testamento estaba justificada, en el futuro tendría que recortar drásticamente algunas de sus actividades.

A Laura no le importaba lo más mínimo lo que Hugo hubiera hecho con su riqueza. Tenía preocupaciones mucho más importantes que el testamento de Hugo y, gracias a algunas inversiones cuidadosas, ahora tenía su propio dinero. En comparación con la inmensa

riqueza de Hugo no era nada, pero sí lo suficiente como para comprar una casa normal. No había ocultado el hecho de que había acumulado dinero, pero Hugo lo consideraba una cifra tan insignificante que, cuando se lo mencionó, él se había referido a sus ahorros despectivamente como «dinero de bolsillo».

Por el momento, necesitaba resolver algunas cuestiones prácticas. Todas necesitaban un lugar donde

dormir. La noche anterior Imogen había acabado haciéndolo en el sofá, mientras Laura pasaba la noche en un sillón, básicamente mirando a la nada. Decidió llamar a la señora Bennett, su ama de llaves, y pedirle que fuera a preparar la casa de invitados para su madre, como siempre. Solía estar ventilada, porque Hannah la usaba cuando Alexa pasaba unos días con ellos. Aunque por supuesto Alexa dormía

en la casa, Hugo no quería en el piso de arriba ni a la leal Hannah.

También sabía que Imogen no dormiría ni loca en la casa de invitados. Para ella conservaba los peores recuerdos, de modo que podría ocupar una habitación en la casa. Y, por supuesto, Hugo no estaba allí para impedirlo.

La Policía ya había registrado la habitación de Hugo a conciencia, buscando pistas de esa «otra

mujer», pero no había encontrado nada. Era evidente que a Tom Douglas no se le había escapado que Laura no compartía habitación con Hugo, por mucho que ella hubiera dado una explicación poco convincente acerca de la otra habitación en la que se había instalado cuando se puso enferma.

—Hugo se acostumbró a dormir solo y yo tampoco dormía demasiado bien, de modo que era la mejor

solución para los dos.

Tom había asentido, pero en sus ojos se habían deslizado un gesto de compasión y una chispa de comprensión que ella habría preferido no advertir.

Con un suspiro, Laura se apoyó en la silla. Solo necesitaba un momento de paz.

No podía evitar que sus pensamientos volaran a los días anteriores a su matrimonio, cuando debería haberse dado cuenta de que

las cosas no serían como ella esperaba. Había leído la siguiente carta las suficientes veces como para saber que cualquier idiota habría visto lo ingenua que había sido, y Laura no sabía si podría soportar ver la expresión de Imogen cuando ella también se diera cuenta.

Solo quedaba una cosa por hacer. Ahora tendría que entregarle a Imogen todas las cartas. No quería saber cuántas había leído, ni tampoco intentar evaluar su

reacción. Cuando otras personas son testigos de ello, se hace intolerable.

AGOSTO DE 1998.

¡SOLO FALTAN DOS SEMANAS!

Querida Imogen:

Hace siglos que no te escribo. Es un poco absurdo, la verdad, porque redacto estas cartas tan largas y luego no te las mando. Quiero contártelo todo. Pero todavía no.

Los últimos meses he estado muy ocupada porque de repente me he dado cuenta de que tengo mucho que aprender. En cuanto «salimos a la luz», Hugo me llevó de compras varias veces. Fue toda una experiencia, te lo juro, y me confirmó mis temores sobre mi falta de gusto. Me daba la sensación de que las dependientas se

burlaban de mí cuando elegía algo totalmente inapropiado (aunque me gustaría saber por qué lo tienen en la tienda si está tan fuera de lugar).

De todos modos, Hugo se portó muy bien conmigo. Me dejaba escoger los colores y los estilos que me gustaban, y después hablaba con las dependientas, que corrían a las profundidades del

almacén para volver con algo parecido, pero quizá un poco más exquisito. Por supuesto, esto pasaba en las tiendas normales. ¡Ir a una tienda de alta costura fue una experiencia totalmente diferente!

Ahora tengo un guardarropa fabuloso, así que mereció la pena pasar un poco de vergüenza. Aprendo rápidamente, y espero

no repetir los mismos errores.

Salir en público con Hugo fue otra revelación. Conoce a muchas personas realmente importantes y famosas, desde actores a políticos. ¡Incluso se tutea con el primer ministro! Conocer a estas personas tan ambiciosas en las cenas de beneficencia es tan emocionante como abrumador. ¡Es tanto el

protocolo! No tenía ni idea de cómo dirigirme a un miembro menor de la familia real cuando me sentaron a su lado en una cena; Hugo tuvo que echarme una mano en más de una ocasión. Hemos desarrollado una especie de lenguaje privado. Si meto la pata —como ponerme la servilleta yo misma sobre las rodillas y no esperar a que lo haga el camarero—, Hugo

aprieta los labios y menea ligeramente la cabeza. En cuanto lo veo, me fijo en las otras mujeres para ver qué han hecho ellas. Creí que le iba a dar un ataque de apoplejía cuando (yo creí que muy discretamente) me senté sobre mi pañuelo. ¡No sabía dónde ponerlo! No tenía bolsillos o mangas para esconderlo. Y la sopa de pimiento rojo me hacía

moquear. Lo gracioso es que, después de tantas cenas, ¡no he visto a ninguna persona sonándose! ¿Cómo lo hacen? En fin, es todo muy revelador, y he estado estudiando los libros de etiqueta y toda clase de cosas para que Hugo no tenga que avergonzarse de mí.

Pero hay algo que me preocupa: el sexo, o más bien la falta de sexo. Fue a principios

de julio cuando nos dejamos ver en público, e inmediatamente después Hugo tuvo que irse a no sé qué viaje de recogida de fondos. Mientras él estuvo fuera, me sometí a toda clase de tratamientos especiales.

Exfoliaciones corporales, mucha depilación dolorosa a la cera, pedicuras fantásticas..., todo para tener el cuerpo en

perfectas condiciones para él. También me compré una ropa interior maravillosa. Nada demasiado atrevido —no creía que eso le gustara, teniendo en cuenta las cosas que había elegido para mí —, pero sí sutilmente sexy.

Me moría de ganas de que volviera pero, por supuesto, debí haber pensado que, después del viaje,

estaría cansado un par de días. Cuando salimos a cenar unas noches después le propuse volver con él a Egerton Crescent para pasar la noche. Hugo tenía otra idea.

—Laura, querida, nada me gustaría más. Sabes cuánto te deseo. Pero acabamos de anunciar a la prensa que estamos juntos. Si se te ve saliendo de mi apartamento tan pronto,

¿no crees que parecerá un poco vulgar?

No se me había ocurrido, pero estaba preparada para defender mi caso.

—Hugo, hoy día todo el mundo tiene relaciones sexuales. ¡Nadie lo juzgará!

Entonces soltó su declaración de principios.

—Laura, esta relación es mucho más que sexo. Al menos, eso

espero. Me preocupa que el hecho de que nos centremos en la actividad sexual vaya en detrimento de la construcción de una relación sólida. Sabemos que somos compatibles. Es posible que no hayamos tenido relaciones sexuales, pero a nuestra manera hemos hecho el amor.

¿Qué manera es ésa, Hugo? Ninguna que yo conozca.

No lo dije, claro. No quería discutir. Pero él siguió.

—Nos besamos, apasionadamente. Nos abrazamos y nos tocamos. Es maravilloso. Nos casamos dentro de dos meses. Creo que debemos continuar así. Aprendiendo cosas el uno del otro. Comprendiéndonos mejor. Aumentando la intensidad de nuestro

deseo. Imagínate lo fuertes que nos hará como pareja.

No sé qué pensar. Quería preguntártelo, pero me daba vergüenza. No que no hayamos tenido relaciones sexuales, sino que ya no sé lo que está bien y lo que está mal. Lo quiero tanto... Pero hizo que pareciera tan excitante, como una larga seducción. Y cuando finalmente

*estemos juntos... Bueno,
pero no me atrevo ni a
pensarlo! Siguió
tratando de
convencerme, pero yo
me estaba
desanimando.*

*—En otros tiempos
nadie tenía relaciones
sexuales antes del
matrimonio. Y tengo
entendido que los
matrimonios que
funcionan mejor son
aquéllos en los que
ambos llegan vírgenes.*

No me atreví a comentar que ese no era precisamente nuestro caso. Y no tenía ni idea de dónde había sacado esa estadística; es capaz de haberla inventado porque le convenía. Pero también es admirable encontrar un hombre que está claro que me desea pero está dispuesto a contenerse para mostrarme respeto. ¿No te parece?

Ahora solo faltan dos semanas para la boda, ¡y el cuerpo de mi futuro marido sigue siendo un misterio para mí! Como lo es el formato de la boda, otra de las sorpresas de Hugo. Habrá muchos invitados, eso sí lo sé. Toda clase de caras conocidas, personas de sus organizaciones benéficas, dignatarios locales, gente así. No tiene familia, ahora que

su madre ha fallecido. Me da un poco de pena, la verdad. Parece que estaba muy unido a su madre, aunque ella estuvo muchos años confinada en la cama. No me deja ver fotos de ella, porque dice que todavía no soporta recordarla.

Y creo que detestaba a su padre. No lo entiendo, pero quizá no le perdona que se suicidara. No

*recuerdo si te lo
expliqué. Debió de ser
terrible para Hugo. Es
una lástima que su
hermana se marchara,
porque todos
necesitamos a la
familia, ¿no es así? Yo
no sé qué haría sin la
mía. En fin, ahora no
tiene a nadie más que a
Alexa. Y a mí, claro.*

*Como él no tiene
parientes cercanos, me
pidió que redujéramos
mi extensa familia al*

mínimo. Dijo que parecería extraño que hubiera muchos invitados de mi lado y ninguno del suyo. Esto lo entiendo (aunque mamá no está muy complacida, como ya te habrá dicho). He invitado a Simon y a su última novia del trabajo, pero a nadie más. Decidimos que, si no podía invitarlos a todos, no estaría bien elegir a unos sí y a

*otros no, así que solo
vendrá el jefe. Y
algunos inversores. Por
lo visto, siempre son
útiles.*

*Hablando del
trabajo, lo dejo. No sé
cómo me siento
respecto a esto. Mi
trabajo me ocupa
muchas horas, sobre
todo cuando el
calendario de rodaje se
retrasa, lo cual, según
mi experiencia, es
inevitable. De manera*

que, dada la posición de Hugo y todo eso, si yo siguiera en el mismo puesto no nos veríamos nunca. Y tampoco podría garantizar que pudiera acompañarlo a las cenas importantes a las que tiene que asistir. Espero tener mucho que hacer llevando la casa. Y también espero poder ayudar como voluntaria en su organización benéfica. Hemos hablado de ello, pero

Hugo cree que probablemente sea mejor para mí que me acostumbre antes a mi nueva vida; luego ya decidiremos. Es siempre tan considerado... La cuestión es que no necesito trabajar. El dinero no es problema, por supuesto. Y me gustaría pasar todo el tiempo posible con Alexa. Necesito conocerla mejor. Y quién sabe, el año que

viene, por estas fechas, si somos afortunados ¡podría haber otro pequeño a quien cuidar! No obstante, conservaré mis acciones de la empresa. Simon me ha soplado que es posible que se venda a uno de los grandes grupos pronto. Si es así, podría ganar mucho dinero.

Estoy emocionada, nerviosa y crispada. No solo por «el gran día», sino por ser la esposa

de un personaje tan famoso. He aprendido muchas cosas, pero ¿será suficiente?

Mi traje de boda es maravilloso. Hugo me llevó a una mujer increíble que confecciona trajes magníficos. Le dije que él no debería verlo hasta el día de la boda, pero me dijo que eso era una estupidez. Creo que quería asegurarse de que no elegía nada

*demasiado escotado.
Dice que hay ciertas
partes de mi cuerpo que
cree que deben
reservarse para su
deleite privado.*

Estoy impaciente.

*Mucho amor y
muchos besos,*

Laura

SEPTIEMBRE DE 1998

Querida Imogen:

Hoy es el día después de mi boda. Y nada es como yo esperaba.

Para empezar, no creía que fuera a tener tiempo para escribirte antes de que acabara mi luna de miel. ¡Y ni

*siquiera ha empezado!
Tal vez si lo escribo le
encuentre el sentido.*

*Sé que la mañana de
mi boda amaneció
cubierto, pero al menos
no llovía. Yo estaba más
excitada de lo que lo he
estado en mi vida, casi
temblaba de puro
nerviosismo, y no podía
esperar a ver mi futuro
hogar. Y a Hugo. Lo
quiero tanto.*

*¿Te acuerdas
cuando los coches*

nupciales se detuvieron en la calle principal frente al hotel? Todos los empleados en fila para verme salir del brazo de mi padre. ¿No fue encantador? Lo que siento es no haber podido pedirte que fueras mi dama de honor. Yo lo deseaba, pero Hugo pensaba que una dama de honor adulta —y encima casada— era algo un tanto extraño. Dijo que

*lo comprenderías.
Espero que tenga razón.*

La iglesia estaba maravillosa, y las flores eran asombrosas. Lo había organizado todo el «equipo» de Hugo, como lo llama él, para que fuera una auténtica sorpresa para mí. Me preocupaba mucho que adornaran la iglesia con lirios. No los soporto; el olor me pone enferma. No me atreví a decírselo, por si

ya los había elegido. Pero, por suerte, estaba todo decorado con rosas de color marfil y hojas de aspidistra brillantes y oscuras. Hugo estaba imponente. Con el frac negro y un chaleco gris de seda, parecía el héroe deslumbrante de una película romántica.

Me enorgullecí de mí misma. ¿Te diste cuenta de que no tartamudeé? Tampoco

llore (aunque estuve a punto más de una vez). Ni siquiera mi madre lo hizo, aunque a mi padre casi se le saltan las lágrimas cuando me vio con el vestido.

Y entonces fuimos a Ashbury Park. No sé lo que pensaste cuando viste la casa, Imo. Pero yo estaba tan impaciente por ver mi nuevo hogar como por la boda en sí. Cuando el coche cruzó la verja,

todavía no pude ver la casa. Era casi como si estuviera escondida para que no la viera. Me había imaginado que sería como Le Manoir aux Quat'Saisons, el famoso restaurante de Raymond Blanc. Pero estaba equivocada. El estrecho paseo parecía haberse rendido por completo a los matorrales y a los árboles que lo bordeaban. Parecía que

fuera de noche cuando nos acercábamos. Esperaba que el paseo acabara en un estallido de luz, pero cuando doblamos la esquina y vi la casa me horroriza decir que sentí un escalofrío de desánimo. Los grandes árboles se balanceaban con el viento, las largas ramas golpeaban las ventanas del primer piso y la densa vegetación se abría dando paso a un

patio *pequeñísimo,*
totalmente *oscurecido*
por el baldaquín de los
árboles. Seguro que la
casa es un estupendo
ejemplo de arquitectura
medieval, con los muros
de piedra gris y el
tejado almenado. Pero
está todo pintado de
negro, y mis ojos se
fueron *hacia* *las*
ventanas con parteluz,
que parecían vacías y
sin vida.

La casa —la misma

desde la que te escribo — es tan severa que casi se palpa la hostilidad. ¿Tú también la sentiste?

Yo no sabía qué decir. Hugo se volvió hacia mí con aires de propietario.

—Tu nuevo hogar, Laura. ¿No te parece magnífico?

Yo estaba sin habla. Afortunadamente, Hugo lo interpretó como una señal positiva y

murmuró algo acerca de que entendía que estuviera abrumada. Jamás en la vida habría creído que tendría el deseo irrefrenable de comprarme una motosierra, pero talar parte de ese bosque debería ser una prioridad. La casa es enorme, ¡ya la has visto! Está construida a una escala que no me podía imaginar, y entre el tamaño y su lúgubre

*austeridad me sentí
temblorosa y crispada.
Pero soy una optimista,
y sonreí a mi guapo
marido. Me gusta
decirlo, a pesar de todo
lo sucedido desde
entonces.*

*Sin embargo, mi
optimismo no duró
mucho. El interior de la
casa era todavía más
opresivo que el exterior.
Es cierto que el amplio
recibidor tiene una
hermosa escalera*

curva, que sube majestuosamente desde el lado derecho. Debería ser espectacular. El suelo de piedra es maravilloso (aunque esté un poco deteriorado), como la enorme alfombra verde de Aubusson que cubre prácticamente toda la zona. Pero está todo oscuro y dejado, como si saliera de una película de terror,

francamente. Esas paredes apagadas — todas de un color beis sucio—, ¡y los deprimentes retratos de los antepasados! Pero lo peor de todo son las cabezas de venado y las vitrinas llenas de animales disecados. ¡Y aquel armiño repugnante! ¿Te fijaste?

Me quedé quieta mirándolo todo. Hugo me observaba con una expresión indescifrable.

Lo miré nerviosa. Me daba cuenta de que, por extraño que parezca, él esperaba que yo estuviera fascinada. Y entonces hice algo imperdonable. Creo que fue por culpa de la tensión del día. Me reí.

Me recuperé enseguida, pero inmediatamente empeoré las cosas.

—Lo siento, Hugo. Es un lugar increíble y tiene un gran potencial.

Seguro que a tu madre le encantaba así; lo pasaremos en grande convirtiendo esta casa en un hogar que se adapte más a nosotros, ¿no? Será estupendo.

Por Dios, me estaba hundiendo más y más. Sentí que Hugo se tensaba.

—Ya hablaremos de tus ideas sobre mi casa más tarde, Laura —dijo con bastante frialdad—. Ahora debemos atender

a los invitados. Espero que el resto de la casa y los preparativos que he hecho sean más de tu gusto de lo que está claro que es el gran recibidor.

Me sentí como si me estuviera regañando. Hugo nunca me había hablado en ese tono. Pero decidí que eran imaginaciones mías; él tenía un gusto impecable y no era posible que creyera que

aquel recibidor era magnífico.

—Querido, estoy segura de que todo lo que has organizado será perfecto. Y me muero de ganas por explorar la casa y hacer planes. Será muy divertido, ya verás.

Yo pensaba que si repetía la palabra «divertido» generaría un poco de entusiasmo. Pero no fue así.

Entonces vi a mis

padres en la puerta. Todavía no les había presentado oficialmente a Hugo, de modo que me volví e intenté con todas mis fuerzas recuperar el terreno perdido.

—Mamá, papá, pasad. Estábamos hablando de esta casa fabulosa. ¿No os parece que será un gran hogar familiar? ¡Qué afortunada soy!

Por la expresión de

mi madre pude ver que sus pensamientos eran parecidos a los míos. Seguí hablando sin parar, ignorando la cara de estupor de mi madre.

—Debemos encontrar un momento para que habléis con Hugo y lo conozcáis mejor. ¿Quizá entre la cena y el baile? ¿Qué te parece, Hugo?

Hugo no estaba dispuesto a comportarse

delante de mis padres, y se mostró un poco pomposo, aunque me fastidie decirlo. No fue un buen comienzo para nuestra relación.

—Claro que me gustará pasar un rato con tus padres, Laura. Después del banquete de boda, como sugieres. Pero no habrá baile. No hace ni un año que mi madre falleció en esta casa y, dadas las circunstancias, bailar

resultaría inapropiado.

Me llevé una gran desilusión, porque me encanta bailar y estaba segura de haberlo dicho cuando hablamos de los planes para la boda. Pero supongo que no venía a cuento. Está claro que un año de luto es lo mínimo.

En fin, el banquete fue absolutamente exquisito, y la Galería Larga estaba tan maravillosa con todas

esas flores que me olvidé de lo feo que era el recibidor. Solo podía pensar que Hugo había hecho eso por mí.

El día terminó demasiado pronto, porque todos se marcharon educadamente después de comer. Yo esperaba que te quedaras un poco más, pero creo que Hugo dejó claro que aquello no era lo que se esperaba. Tú y Will

fuisteis los últimos en marcharos, y cuando te fuiste a buscar tus cosas Will me dio uno de sus maravillosos abrazos de oso.

No había tenido tiempo de conocer a Hugo a fondo, de modo que nos hizo una sugerencia.

—Quedemos pronto, ¿de acuerdo? Cuando regreséis de la luna de miel, si os parece bien.

—Seguro que

*encontraremos un
momento. Os
llamaremos.*

La respuesta de Hugo resultó un poco displicente, como el final de una entrevista de trabajo, pero estoy segura de que no pretendía que sonara tan mal. Fue entonces cuando te acercaste por detrás y me susurraste que te parecía guapísimo (estoy tan contenta de que te

gustara), y después dijiste que «fuera a ensuciarme las manos».

No pude evitar reírme. Me alegro de haber reunido finalmente el coraje para contarte lo de nuestro voto de castidad ayer por la mañana. Fue un poco raro contar eso mientras me colocaban el velo. Sé que lo pinté con unos colores más positivos de lo que lo veo en

realidad, pero aun así me alegro de habértelo dicho.

Cuando os marchasteis, agarré a Hugo del brazo y le dije que estaba muy contenta y que todo lo que había hecho era asombroso. Pero él se mostró frío conmigo.

—No me han gustado nada tus cuchicheos con Imogen. Es de mala educación. No creo que sea una

buena influencia para ti, Laura. Y tus demostraciones de afecto con tu hermano me han parecido excesivas.

Antes de que pudiera responder, oí una tosecilla detrás de nosotros. Era Hannah, la niñera de Alexa. No me cae nada bien. Parece maliciosa, como el Uriah Heep de Dickens en femenino. Y mira a Hugo como si

fuera *Dios*
todopoderoso.

—*Me voy a mi habitación, sir Hugo. Alexa ya se ha bañado y está a punto para acostarse. Se encuentra en la cocina.*

Por mucho que quiera a Alexa, no me esperaba aquello. Creía que Hannah se la había llevado hacía horas. Hugo se explicó, y tuvo el detalle de disculparse por no haberlo

mencionado. Por lo visto, Annabel —su exesposa (que ya empieza a cargarme)— había dicho que Alexa no iría a la boda si no se podía quedar a dormir. Ella no pensaba organizar su vida para acomodarse a la de Hugo, etcétera etcétera, así que Alexa se quedaba a pasar la noche. Nuestra luna de miel tendría que retrasarse un día. Pero

eso no tenía importancia. Pensé que probablemente era mejor, porque si nos hubiéramos marchado al final de la recepción tendría que haberme cambiado, después deberíamos viajar y probablemente estaríamos demasiado cansados para nuestra primera noche. Al menos fue eso lo que pensé.

—No te preocupes

—dije—. Se dormirá
enseguida. Estoy
deseando ver nuestra
habitación. ¡La subimos
y mientras tú la
acuestas yo me quito el
vestido!

Intentaba ser
provocativa, pero no
pareció tener ningún
efecto. Hugo me miró.

—Iré a buscar a
Alexa y después te
enseñaré el piso de
arriba. No tardaré.

Volvió cargado con

Alexa, sin pronunciar palabra — probablemente para no despertar a la niña—, y empezó a subir la elegante escalera. Recogí la larga cola de mi vestido de novia y lo seguí, intentando no estremecerme cuando pasaba junto a los asquerosos animales disecados. Cuando llegamos arriba, Hugo se detuvo.

—Espera aquí un

momento, Laura. Voy a acostar a Alexa.

Dicho esto, Hugo desapareció tras una puerta doble. Miré a mi alrededor y esperé. Las paredes estaban cubiertas de pinturas oscuras y lúgubres. Para mí, todo en esa parte de la casa habla de muerte. Me pregunté cómo sería la planta baja cuando retiraran toda la decoración de la boda, pero no tuve

mucho tiempo para reflexionar porque Hugo volvió enseguida.

—Por aquí —dijo simplemente.

Aferré su mano y la apreté con fuerza mientras caminábamos por el pasillo. Él se soltó con suavidad y me tomó por el codo. A la tercera puerta se detuvo.

—Ésta es tu habitación, Laura. Espero que te guste.

Miré dentro de la habitación. Vi que estaba recién decorada con papel pintado de color lavanda, una alfombra verde manzana claro y unos muebles bonitos, incluida una chaiselongue de color crema, algo que siempre había deseado. A través de una puerta abierta entreví lo que parecía un cuarto de baño moderno. Pero

nada de aquello tenía ningún significado para mí en comparación con el impacto que me provocaron las palabras de Hugo. Sentí como si una bola dura obstruyera mi pecho y estuviera a punto de ahogarme.

—¿Qué significa eso, Hugo? ¿No deberías decir «nuestra» habitación? —pregunté, aunque estaba claro para mí

que aquélla no era, ni había sido nunca, una habitación masculina.

—Prefiero que tengamos habitaciones separadas, Laura. La idea de dormir toda la noche con otra persona me desagrada, y por supuesto no creo que compartir el cuarto de baño conduzca a establecer una relación matrimonial feliz y activa.

Por primera vez ese

día, mi optimismo me abandonó. El nudo que tenía en el pecho no paraba de crecer. Me presionaba las costillas y la garganta, y las lágrimas me escocían a punto de salir. Tenía que reaccionar, y por una vez dejé que supiera exactamente lo que pensaba.

—Bueno, para que lo sepas, sir Hugo, personalmente creo que compartir una cama es

una parte muy importante para una relación íntima y estrecha. Te cedo toda la privacidad que quieras en el baño, pero quiero que durmamos en la misma cama.

—Algunas noches dormiremos parte de la noche en la misma cama, por supuesto. Habrás notado que esta es la tercera puerta del pasillo. Entre nuestras habitaciones hay un

dormitorio que podemos compartir cuando nos convenga.

—¿Y quién decide exactamente cuándo nos conviene? ¿Qué pasa si me apetece hacer el amor por la mañana? ¿Debo llamar a tu puerta y pedirte que vayas a «la habitación del sexo», que es lo que parece ser?

—No seas infantil, Laura. Ha sido un día agitado y agotador para

los dos, y he decidido que esta noche no es una ocasión adecuada. Además, debemos pensar en Alexa.

—¿Y dónde duerme Alexa exactamente?

—No te molestará. Yo me encargaré de ella si pasa una mala noche después de tantas emociones. Esta noche más que nunca necesita sentirse segura. Te sugiero que duermas un poco. Mañana nos

*iremos de luna de miel,
y entonces estaremos
solos.*

*Y entonces se
marchó. Sin más. Ni
siquiera me dio un beso
de buenas noches.
Estaba claro que estaba
enfadado conmigo por
alguna razón, pero no
tengo ni idea de cuál
podría ser. ¿Tal vez
porque me había
mostrado algo
desdeñosa con la casa?
¿Quizá porque tú y yo*

*habíamos cuchicheado?
No lo sé, en serio. Pero,
fuera lo que fuese, me
sentí completamente
desolada. No es una
palabra que utilice
mucho, pero entonces
entendí exactamente lo
que significaba.*

*Creo que estaba
estupefacta; demasiado
como para hacer nada.
No sabía si presentarme
en su habitación hecha
una furia y exigir que
durmiera conmigo o*

hacer las maletas y marcharme. Pero no hice nada.

Había esperado tanto y con tanta paciencia aquella noche... Pero, en realidad, la increíble decepción de una noche de bodas fallida palidecía y resultaba insignificante en comparación con las consecuencias a largo plazo de las palabras de Hugo. ¿No dormiríamos

*juntos? No
compartiríamos la
cama, noche tras noche,
escuchando la
respiración del otro
mientras dormía,
sintiendo el calor que
emanaba de nuestros
cuerpos. No poder
darme la vuelta y tocar
a mi esposo cuando no
pudiera conciliar el
sueño o cuando tuviera
una pesadilla, o cuando
me doliera el estómago
y necesitara una mano*

*cálida y consoladora
para aliviar el dolor.*

*No me había dado
cuenta de que las
lágrimas resbalaban
por mis mejillas hasta
que vi las manchas
delatoras en mi
precioso vestido de
novia. Miré mi reflejo
en el espejo de cuerpo
entero y vi algo que no
debería haber visto
jamás. Una novia
preciosa total y
completamente*

desolada.

Poco a poco me desabroché el vestido y lo colgué con cuidado en el armario. Tal vez haberlo hecho jirones me habría ayudado a calmar mi frustración, pero sabía que a la larga lo lamentaría.

Decidí prepararme para meterme en la cama; quizá Hugo se diera cuenta de lo cruel que había sido y viniera a reunirse conmigo.

Pero los lujosos aceites y lociones que había comprado con tanta ilusión permanecieron sin abrirse en mi bolsa. Sabía que su delicioso perfume no serviría más que para intensificar mi tristeza. Me metí en la cama, encogí las rodillas cuanto pude y me enrollé como una bola, tratando de retener el dolor en mi interior. Y esperé.

Y así me desperté

por la mañana. Había dormido algo; supongo que el agotamiento me venció. Pero la bola de tristeza seguía pesándome en el pecho.

Sabía que lo que hiciera a continuación sería crucial. Deseaba mucho que aquel matrimonio funcionara. Debía pensar qué era lo mejor para tener éxito. Mi instinto natural se inclinaba por discutir. Decirle lo que quería.

Obligarlo a tener en cuenta mi punto de vista.

Esto tiene su gracia. ¿Por qué he necesitado una crisis para ver lo que hacía meses que tenía delante de las narices? ¿Alguna vez ha tenido Hugo en cuenta mi punto de vista? ¿Se le ha ocurrido pensar siquiera por un momento que pueda estar equivocado?

Todo lo que hace parece que lo haga por mí. Pero ¿no lo hace simplemente para mantener el control? ¿O es la persona generosa y considerada que siempre me ha parecido, intentando constantemente hacerme la vida más fácil? Viene conmigo a comprar ropa, dice que conoce los mejores sitios y paga la cuenta. En los restaurantes

siempre pide por los dos, porque dice que sabe lo mejor que ofrece cada uno. Incluso organizó la boda como un regalo especial para mí.

Francamente, no sé. ¿Qué es? ¿Un obseso del control (como, si no recuerdo mal, sugirió mi madre) o un hombre bueno, considerado y atento? Mi mente daba vueltas en círculos, y me quedé sentada en la

*cama con la cabeza
apoyada en las manos.
No pude evitar un
estallido de
desesperación.*

*—Oh, Dios santo.
¡Qué desastre!*

*En ese momento, un
ruidito me alertó de que
no estaba sola.*

*—¿Estás bien,
Laura? ¿Con quién
hablas?*

*Cuando aparté las
manos, vi la
encantadora expresión*

preocupada de Alexa. Iba vestida de arriba abajo con varios tonos de su color rosa favorito —sin duda ropa elegida por ella—, lo que me hizo parpadear un poco. Pero nada podía disimular la belleza de aquella niña.

—Papá me ha mandado a buscarte. Dice que deberías estar levantada. ¿Estás bien? —repitió. Esforzándome

*por contener las
lágrimas, asentí—.
¿Quieres un abrazo?
Papá dice que un
abrazo siempre ayuda, y
a él le encantan los
míos.*

*Alargué los brazos y
estreché el cuerpecito
de Alexa, deseando con
todo mi corazón que
Hugo me hubiera
ofrecido uno a mí. Solo
eso ya habría sido
importante.*

—Gracias, Alexa.

Me hacía falta —dije, separándome de ella. Dile a papá que voy a darme una ducha y que bajaré en media hora. ¿Te acordarás?

Alexa me miró con desdén, como si para ella los mensajes no tuvieran secretos, fueran o no complejos. Después se acercó más y me besó en la mejilla.

—Me alegro de que estés aquí, Laura. Me gustas.

Después sonrió y salió alegremente de la habitación. Ahora Alexa se añadía a mi confusión. Me esforcé por levantarme y me di una ducha con el agua tan caliente como pude soportar. Debía analizar la situación de manera racional. Hugo y yo somos muy diferentes; mucho. Nos educaron con valores distintos, y quizá dormir en habitaciones

separadas es la norma para las personas de su mundo.

No debo pensar que mi marido ha tomado las decisiones pensando solo en sí mismo. Debo reconocer su generosidad y consideración por lo que sin duda son. He exagerado. Sí, es cierto que las cosas no son como las había imaginado, de modo que tengo que hacer lo

posible para que cambien. Debo demostrarle que no puede dormir sin mí. Pero no habrá forma de convencerlo. Con Hugo, la única estrategia válida es parecer obediente. Discutir no servirá de nada. Debo encontrar otro modo de que se dé cuenta de lo que se está perdiendo.

Así que aquí estoy, al final del primer día de mi matrimonio, en

*teoría descansando
antes de salir de viaje
esta noche. Todavía no
sé adónde vamos. Otra
de las sorpresas de
Hugo, aunque dice que
me encantará. Y lo creo.*

*Después de ese
comienzo horrible, en
que me sentía como si
hubiera llegado el fin
del mundo, me
encuentro mucho más
positiva. He conocido a
la señora Bennett, el
ama de llaves, una*

mujer encantadora que insiste en llamarme «señoría» a pesar de que le he dicho que me llame Laura. Hugo dice que puedo elegir yo misma el personal que necesito, siempre que no vivan en casa. No le gusta (aunque nos sobran más de un par de habitaciones, eso seguro). En fin, siempre he dicho que quería cocinar para él, de modo que no

*necesitamos cocinero.
Lo ablandaré, ¡solo
necesito tiempo!*

*Solo ha habido un
momento difícil. Creo
que tendré que
acostumbrarme a
sentirme como una
forastera con Hugo y
Alexa. Se tienen el uno
al otro desde que Alexa
nació, así que no es
extraño que pueda
parecer que me estoy
entrometiendo;
sospecho que es algo*

que sienten todos los padrastros. El caso es que cuando al fin he bajado esta mañana — sin señales de lágrimas, me complace decir—, ellos estaban en la habitación del desayuno. Alexa se reía, y Hugo hablaba en un tono que se entendía que le decía cosas para hacerla reír. He hecho esfuerzos por sonreír.

—Papá me está contando una cosa muy

*tonta —ha gritado
Alexa—. Venga, papá,
acaba.*

*Siempre me
maravilla la capacidad
de esta niña para
hablar con claridad,
aunque por lo visto
Annabel paga para que
reciba clases de
conversación varias
veces a la semana.
Probablemente es más
fácil que hablar con
ella.*

Pero Hugo se ha

negado a terminar la historia, y he sentido que había interrumpido un momento especial.

—Ahora no, Alexa. Seguro que a Laura no le interesan mis tonterías.

—Por supuesto que sí, Hugo. Me encantaría oírlas —he dicho yo con una sonrisa. No puede imaginar lo dolida que estoy por lo de anoche.

—Se acabaron las historias, Alexa,

*termina el desayuno,
por favor.*

*Por un momento mi
decisión se ha
tambaleado, pero Hugo
me ha sorprendido
levantándose de la silla
con una sonrisa y un
ademán caballeroso y
retirando la silla de la
mesa para mí. He
sentido un alivio
enorme. Todo saldrá
bien. Tengo a mi
marido, y estoy segura
de que me ama. Solo*

*necesitamos
acostumbrarnos el uno
al otro. Nos
marcharemos dentro de
un par de horas. Y
vuelvo a estar
emocionada. Solo estoy
«descansando» en mi
precioso dormitorio.
Porque es precioso.
Está claro que le ha
dedicado mucho tiempo.
Quería ver la otra
habitación de la que me
habló, la que llamé
«habitación del sexo»*

sin reflexionar. Pero él no llevaba la llave consigo, así que tendrá que esperar. Tal vez después de la luna de miel ya sea totalmente innecesaria, porque habremos resuelto todas estas tonterías.

Con mucho cariño,

Laura

Tom Douglas agradeció el tiempo para pensar que le proporcionaba el trayecto hasta la casa de la exesposa de Hugo. Intentó darle conversación a Alexa, pero la pequeña estaba destrozada, y la niñera no abría la boca, de modo que las dejó tranquilas. Necesitaba hablar con Hannah, en vista de lo que

Stella le había contado a Becky, pero no quería hacerlo en presencia de la niña.

Sin embargo, los comentarios de Becky sobre Laura eran interesantes. «¡Parecía más preocupada por las malditas aceitunas que por si su marido tenía una aventura!», había observado con mordacidad. «Estás siendo muy delicado con ella, pero es como intentar extraerle sangre a una piedra. Hay algo en esto

que no cuadra. No sé lo que es, pero sin duda hay algo».

Tom estaba seguro de que Becky no entendía su forma de trabajar, porque en esa clase de situaciones siempre le había parecido más útil establecer una relación con la persona entrevistada. Normalmente, la gente revelaba más de lo que quería en esa fase de la investigación si no percibía un conflicto. Se había mostrado más inflexible con Imogen porque había

presentido su inquietud, pero sabía que su coartada se confirmaría. Era demasiado lista como para mentir acerca de algo que se podía verificar.

En cuanto a las chicas de la organización benéfica, era otro asunto. Aunque no suscribiera necesariamente la teoría de que todos los policías tenían «instinto», lo cierto era que el suyo se despertaba cada vez que se mencionaba a esas chicas. Esperaba tener noticias de la

joven desaparecida, Danika Bojin, al final del día.

Por fin, el chofer que la Policía Local había puesto a disposición de Tom durante todo el día detuvo el vehículo frente a una casa señorial georgiana no muy grande, pero hermosa. Era el hogar en el que vivían Annabel Fletcher, su hija y la niñera, además, por lo que sabía, de una serie de jóvenes totalmente inapropiados que cambiaban de forma constante. La

propiedad, pintada de color crema claro con los marcos de las ventanas blancos, estaba rodeada de jardines bien cuidados. El conductor paró frente a la residencia, en un amplio círculo rodeado por un parterre curvo con una fuentecita en el centro. En opinión de Tom, la casa era bastante más pequeña, pero infinitamente más bella que Ashbury Park.

Tom abrió la puerta para que salieran Hannah y la

abatida Alexa, por la que sintió compasión. Él mismo todavía estaba superando la muerte de su hermano mayor hacía poco más de un año, y aunque Jack fuera el único responsable del lujoso estilo de vida actual de Tom, él habría vivido encantado en una habitación de alquiler a cambio de recuperar a su hermano.

Tom no podría precisar cómo había imaginado que sería la antigua *lady* Fletcher, pero sin duda no se

parecía nada a la persona que abrió la puerta. Sabía que tenía casi cincuenta años, y esperaba que estuviera bien conservada, pero la mujer que lo recibió parecía reunir—incluso para un ojo poco avezado como el suyo—todo lo malo de la cirugía estética. Era delgada hasta la desesperación, y tenía unos pechos voluminosos que no armonizaban con el resto de su cuerpo. Llevaba unos vaqueros ceñidos de color

rosa, unas sandalias de tacón a juego y una camiseta negra corta. Tom no pudo evitar pensar que para vestirse así a finales de octubre tenía que tener la casa muy caldeada.

Su rostro estaba muy maquillado —con pestañas postizas incluidas—, y sobre su cabeza se apoyaban unas gafas de sol enormes. Era un estilo que a Tom siempre le había hecho gracia, un aspecto que resultaba absurdo en un día cubierto de otoño en Oxfordshire, y

más aún en el interior de una casa. La mujer sonrió y ladeó la cabeza con coquetería, si bien Tom advirtió que la sonrisa no se extendía a ninguna otra parte del rostro que no fuera la boca. Pensó que tal vez se tratara de su forma de ser, pero era más probable que fuese efecto del Botox.

—¿*Lady* Fletcher? Soy el inspector jefe Tom Douglas. Lamento molestarla, pero necesito hablar con usted. No sé

hasta qué punto se relacionaba con su exesposo, pero me gustaría darle el pésame por su pérdida.

—Inspector jefe, encantada de conocerlo. Pase, por favor, y esté tranquilo porque Hugo no es ninguna pérdida para mí ni, en mi opinión, para el resto del mundo.

Tom trató de permanecer inexpresivo, pero lo cierto era que le habían entrado unas ganas enormes de entrevistar a Annabel

Fletcher.

La mujer lo guio hasta el fondo de la casa, a una sala que era casi por entero de cristal.

—Qué invernadero tan bonito —dijo Tom mirando las exuberantes plantas.

—En realidad, inspector jefe, es una *orangerie*. La palabra «invernadero» siempre evoca una de esas cosas repugnantes de plástico que se tienen detrás de las casas pequeñas, como tubérculos demasiado

crecidos. ¿No le parece?

—Discúlpeme, *lady*
Fletcher.

Estaba claro que la antigua *lady* Fletcher no tenía clase en absoluto, pero que estaba ansiosa por dar la impresión de que procedía de una buena familia y que poseía las peculiaridades que ello comportaba. La mujer tomó asiento en un sofá de mimbre, y él se acomodó en una butaca frente a ella.

—Como sabe, estamos seguros de que su exesposo

fue asesinado. Sospechamos que el asesinato fue cometido por una mujer, pero no sabemos más. Me gustaría saber todo lo posible sobre *sir* Hugo y su vida, con el fin de que nos ayude a identificar a alguien que quisiera matarlo.

—Bueno, yo lo habría matado encantada, pero no lo hice. Era un hombrecillo pomposo, creído y depravado, inspector jefe.

Tom podía aceptar que una exesposa describiera a

su antiguo marido como pomposo y creído, pero lo de depravado le parecía un poco fuerte. La mujer extrajo un cigarrillo de un paquete que descansaba en la mesita auxiliar y lo encendió con un elegante mechero de plata.

—Dice que lo habría matado encantada. Siento tener que preguntarlo, pero es una pregunta de rutina. ¿Puede decirme dónde estuvo el sábado entre las once y las doce y media de

la mañana, por favor?

Ella soltó una larga bocanada de humo e intentó sonreír todo lo que sus músculos paralizados le permitían.

—Sabía que iba a preguntarme eso. Estuve aquí, por supuesto. Y, antes de que haga la siguiente pregunta inevitable, estaba sola. Hannah había llevado a Alexa al club para que nadara un poco en la piscina. Todavía no tenemos piscina interior propia; Hugo era

demasiado tacaño como para hacer construir una.

—En resumen, estuvo aquí toda la mañana y no vio ni habló con nadie.

—Es correcto. Pero le aseguro, inspector jefe, que he deseado matar a Hugo muchas veces, y si lo hubiera hecho habría sido mucho tiempo atrás. No lamento que esté muerto, pero tampoco me habría ensuciado las manos matándolo.

Annabel sacudió la

ceniza de la punta del cigarrillo y volvió la cara desafiante para mirar a Tom.

Siendo sincero, a Tom le costaba creer que Hugo se hubiera desnudado y tumbado en la cama —ni mucho menos que se hubiera dejado atar— con aquella mujer en la habitación. Era tan evidente que lo odiaba que no parecía creíble que él se hubiera planteado tener alguna relación sexual con ella. Aunque cosas más raras se veían.

—*Lady* Fletcher,

mientras estábamos en Ashbury Park esta mañana hemos escuchado algunos mensajes en el contestador, y entre ellos había uno de usted. Parecía insinuar que *sir* Hugo le había jugado una mala pasada y que estaba pensando cambiar el testamento. ¿Puede explicarlo, por favor?

—Vaya por Dios. De haber sabido que el cabrón se dejaría matar, no habría grabado ese mensaje, por

supuesto. Afortunadamente, no creo que tuviera tiempo de cambiar el testamento, o al menos eso es lo que me ha asegurado mi abogado esta mañana. Ha dicho que cualquier cambio, codicilo, o lo que sea tendría que ser antes mecanografiado, y después probablemente habría que mandarlo a Hugo para que lo firmara en presencia de testigos. Así que, por suerte, una persona sensata nos ha hecho un favor a todos y se ha

deshecho de él antes de que pudiera hacer más daño. — La mujer dio una fuerte calada al cigarrillo y hundió las mejillas de una forma que le dio un aspecto aún más demacrado. Me la podría haber jugado bien, ¿sabe? Cuando Hugo y yo nos divorciamos, me quedé esta casa y le pedí que me comprara también algo en Portugal. Era la clase de sitio que él detestaba, pero yo quería una buena casa con piscina y prefería estar

rodeada de ingleses, de clase alta, por supuesto, así que, aunque no me guste el deporte, elegí una casa en una urbanización muy exclusiva que cuenta con dos campos de golf.

Tom estaba deseando que apagara el cigarrillo, o al menos que abriera una ventana. El humo parecía dirigirse hacia él como si tuviera un imán de humo invisible. Por suerte, ella eligió ese momento para levantarse e ir hacia la

puerta de la cocina, aunque estaba claro que no había terminado.

—Solo Dios sabe por qué quería Laura la finca que se compraron en Italia. He visto fotos que trajo Alexa y está en medio de la nada, rodeada de italianos, por Dios. —Se detuvo para respirar—. Oiga, antes de seguir, ¿puedo ofrecerle una copa? Yo tomaré vodka con tónica. ¿Le apetece uno?

—No, gracias, *lady* Fletcher. Adelante, tómese

su copa. Yo tengo todavía algunas preguntas, y después debo volver a Londres.

Tom observó la manera en como Annabel se balanceaba en sus altos tacones hacia la parte principal de la casa para prepararse la copa. Era incapaz de entender por qué se había casado Hugo con ella. Tal vez había sido una belleza de joven, porque estaba claro que no procedía de la clase de familia que sería de esperar. La propia

Laura tampoco venía de una familia rica o con títulos, y aun así daba la impresión de tener clase y de saber comportarse. Annabel, en cambio, no tenía nada que ver.

Tardó poco en prepararse una copa bien cargada. Tom sospechó que la proporción de vodka y tónica no era la habitual, pero a él le daba igual. Con suerte le soltaría la lengua.

—*Lady* Fletcher,

¿podríamos volver a lo que

hizo *sir* Hugo para sacarla de sus casillas, por favor?

—Sí, claro. Estaba hablando de la casa de Portugal, ¿no? Bueno, cuando nos divorciamos, el acuerdo era que yo me quedaba esta casa y la de Portugal, y un millón al año hasta que Alexa cumpla los dieciocho. Hugo paga su colegio directamente, así como el sueldo de Hannah. Es una chica horrible, horrible de verdad, pero no me dejan opinar sobre el

asunto. Cuando Alexa se marche de casa, mi asignación se reducirá a tres cuartos de millón hasta que muera, aumentando con el coste de la vida, por supuesto, porque soy una mujer joven.

Tom sabía que ni de lejos era tan joven como pretendía aparentar pero, teniendo en cuenta que la casa donde estaban debía de costar tres millones como poco y que parecía que la de Portugal también valdría un

par de millones, sin duda se podía decir que era una mujer de mediana edad rica.

—Le sorprenderá, pero con un millón no se llega muy lejos cuando se deben cumplir unos mínimos, de modo que no tengo lo que se puede considerar un capital. Decidí que quería reunir una cantidad de dinero poniendo la casa de Portugal como garantía. Su compra la había organizado la inmobiliaria de Hugo, porque tiene más poder de negociación. Lo

que yo no sabía era que la propiedad de Portugal era mía solo en usufructo. Debido a una redacción ingeniosa del acuerdo de divorcio, y debido también a mi especialmente estúpido abogado, Hugo aceptó «proporcionar una casa de vacaciones en un lugar de mi elección por valor de dos millones de libras», o algo por el estilo. Esto fue hace diez años, claro, así que ahora su valor ha aumentado mucho. Pero esto no

significa que yo posea la casa. Fue cuando intenté reunir algo de dinero cuando descubrí lo que había hecho. Ya le he dicho que era un cabrón.

Tomó un largo sorbo de su copa. Tom todavía no entendía qué tenía que ver aquello con el testamento, y así lo dijo.

—Ya, es que esto no es todo —prosiguió Annabel—. Evidentemente, cuando me di cuenta del problema contraté un nuevo abogado

de inmediato y lo puse a investigar el asunto. Parece que su testamento está redactado de tal forma que yo podría no seguir recibiendo la misma manutención en caso de que Hugo muriera. Yo había entendido que todo estaba depositado en un fondo para que yo estuviera protegida, pero me equivocaba. Como en tantas de las cosas que creía de ese hombre abominable.

Annabel, con una fuerza

innecesaria, apagó el cigarrillo a medio fumar en un gran cenicero de cristal repleto de ceniza y colillas manchadas de carmín.

Tom disimuló una tos. No entendía bien los entresijos de los fondos, pero anotó los detalles para poder estudiarlos con precisión. En cualquier caso, creía que era posible vender aquella casa y vivir muy cómodamente con los intereses sin ninguna asignación. Pero, sin duda,

su señoría tenía un punto de vista diferente de lo que era «vivir cómodamente», y no pudo evitar pensar qué le sucedería en la cara si interrumpía su tratamiento con Botox.

—¿En qué momento la amenazó su exesposo con eliminarla del testamento?

—Mi nuevo abogado estaba intentando resolverlo, pero los progresos eran lentos. Me temo que llamé a Hugo la semana pasada y recurrí a algunas amenazas

personales. Me colgó. Dos días después recibí un mensaje de su abogado a través del mío en el que decía que, en vista de que yo no valoraba su generosidad, revisaría los términos del testamento y consideraría sus opciones en relación con el fondo. Fue entonces cuando dejé el mensaje que usted escuchó.

Tom sabía por experiencia que los testamentos podían ser engañosos. Sin embargo,

parecía que Annabel Fletcher —por descontenta que estuviera— estaba en mejor situación con Hugo vivo que muerto. Aunque cambiara el testamento él solo tenía cincuenta y pocos años, con lo que ella aún disfrutaría de muchos años de generosa pensión para la hija y, además, tendría tiempo para hacerle cambiar de idea y modificar el testamento a su favor. Consultó su cuaderno.

—*Lady Fletcher*, ¿podría

explicarme por qué dijo «una vez compraste mi silencio, pero el precio acaba de subir» en el mensaje que dejó en el contestador de *sir* Hugo?

Por primera vez, Annabel pareció incómoda.

—Oh, bueno, no fue nada. Cosas entre Hugo y yo. Prefiero dejarlo así, si no le importa.

—Lo siento, pero no puedo dejarlo así. Necesito saber por qué lo dijo.

Annabel suspiró. Saltaba

a la vista que no le apetecía nada contarlo.

—Hugo y yo nos conocimos cuando yo trabajaba para su madre, y había ciertos aspectos de la personalidad de Hugo, ciertas... rarezas, si puede decirse así, que descubrí casi por casualidad. Cosas que a Hugo no le habría gustado que fueran del dominio público. Mi primer precio fue un arreglo personal general; unos toques aquí y allá de cirugía para mejorar

mi aspecto, nada del otro mundo. Pero entonces decidí que me atraía la idea de ser *lady* Fletcher, y le pedí que se casara conmigo. En realidad, no le quedó más remedio.

La arrogancia de Annabel empezaba a crisar a Tom. ¿Por qué querría alguien casarse con una persona que lo hace porque no tiene más remedio? ¿Y qué demonios había hecho Hugo para ponerse en una posición tan ingrata?

—Pero claro, vivir con Hugo fue algo completamente diferente. De hecho, fue insoportable. Cuando nos divorciamos, estaba segura de que él no querría que Laura supiera los desagradables detalles que yo había prometido guardar en secreto, así que mi precio fue esta casa. Y, antes de que diga nada, no fue un chantaje. Me limité a decirle lo que quería que sucediera, y él me complació. Cuando lo llamé

por teléfono la semana pasada, sabía que era un poco tarde para amenazarlo con contárselo a Laura. Ella conoce ya sin duda todos sus asquerosos secretitos, de manera que lo amenacé sutilmente con exponerlos ante la prensa más sórdida, algo que dañaría su reputación blanca e inmaculada; no sé si me explico.

—¿Está diciendo que no era blanco inmaculado?

Annabel echó la cabeza

hacia atrás y río, aunque sin dar muestras de una alegría sincera.

—¡No, por Dios! Quiero decir, sí, digo que no era blanco inmaculado. ¡Ni siquiera gris pálido! Era un hombre muy raro, inspector jefe. Tenía deseos peculiares en los que preferiría no profundizar. En mi opinión, la culpa la tiene la bruja de su madre.

—Si su exmarido era tan raro, ¿por qué no le importaba que su hija pasara

tanto tiempo con él?

Annabel se indignó.

—Alexa también es su hija y él la mantiene, así que no tenía más remedio. Además, Hannah siempre va con ella. Vamos, Hugo también paga por ella, y ella está enamorada como una boba, o sea que no sé si eso es una ayuda o un estorbo.

Lo dijo con tal aire de indiferencia que a Tom le costó no decir nada; él, que también tenía una hija. Aun así, tal vez los «deseos

peculiares» de Hugo eran pertinentes, dadas las circunstancias de la muerte.

—He de decirle que necesito que profundice un poco más sobre su exmarido y sus tendencias sexuales, por muy incómodo que le resulte. No se trata de curiosidad. Teniendo en cuenta que a su exesposo lo asesinó casi con certeza una mujer, y que la forma de la muerte sugiere algún tipo de actividad sexual, me temo que tendrá que contarme

todo lo que sepa.

Annabel Fletcher se recostó en el sofá, tomó un sorbo largo de la copa, encendió otro cigarrillo y respondió con una mueca de asco.

—Mire, se lo contaré. Supongo que no tengo elección. Pero no es agradable. ¿Está seguro de que no quiere una copa?

Tom había rechazado la copa, pero mientras regresaba al centro de Londres para la puesta al día

se preguntó seriamente si no habría sido un error, sobre todo teniendo en cuenta que había ido hasta allí con un chofer para que Becky pudiera quedarse con el coche en Oxfordshire. Lo que había oído no lo había escandalizado; hacía demasiado tiempo que era policía, y creía haber visto todas las profundidades en las que se podían hundir los seres humanos. Aun así, estaba sorprendido.

No podía determinar

cuánto de lo que había escuchado era una exageración o una invención de una esposa despechada. Quizá fuera más sensato por el momento no compartir esa información con nadie más que con el comisario. También tenía que pedirle a James que investigara qué comisario se había involucrado en el internamiento de Laura Fletcher, y cuál había sido exactamente su papel. Becky había sido muy hábil

sonsaando esa información a Stella Kennedy.

Miró la noche oscura y húmeda de otoño, sin ver nada en realidad, simplemente reflexionando sobre los sucesos del día e intentando unirlos en un rompecabezas que parecía crecer en complejidad y profundidad a cada momento.

La chica se levantó de la cama y se acercó fatigosamente a la ventana para su vigilancia nocturna. A pesar de su miedo, necesitaba que viniera y que lo hiciera pronto. Si solo pudiera abrir la ventana y llamar la atención de algún transeúnte... No parecía que pasara nadie nunca, pero al menos le habría dado alguna esperanza. Tal vez

un hombre que paseara con su perro por aquellos caminos encantadores, sin miedo a lo que pudiera ocultarse en la noche.

Pero las ventanas tenían unos vidrios muy gruesos y estaban cerradas a cal y canto. Él se lo había dejado bien claro. Y por mucho que encontrara algo con que romper el cristal, la rejilla interior de acero le impedía llegar a él.

Miró el viejo colchón

manchado en el suelo y la mesa de plástico a su lado. Sabía que ninguna de las dos cosas le serviría para romper el cristal, y los otros muebles de la habitación estaban fuera de su alcance. En el mismo momento en que él abrió la puerta de la habitación y la empujó dentro, se murió de miedo. No sabía qué había hecho para que se enfadara con ella, pero este era su castigo. Pero lo que más miedo le daba era que la

habitación estuviera allí, preparada, como si la esperara.

Miró la cadena que rodeaba su tobillo y la siguió con la mirada hasta la gruesa viga de roble del techo donde estaba firmemente atornillada. No la alcanzaría jamás, aunque tuviera algo para desatornillarla. Y debía tener cuidado cuando durmiera; no podía volver a estrangularse.

Mientras escrutaba el paisaje buscando alguna señal de un vehículo reflexionó que, si fuera un animal —quizá una liebre o un zorro—, se roería la pata para liberarse de la trampa. Pero ella jamás podría hacer eso. Al menos, no se creía capaz.

De todos modos, estaba segura de que él volvería. Cuando creyera que ella ya había sufrido bastante.

Tom llegó a la oficina a tiempo para escuchar el final de la puesta al día nocturna por parte de dos agentes de Operación Maxim, el equipo de tráfico de personas de la Policía Metropolitana. Le entregaron un papel que los identificaba como la inspectora Cheryl Langley y el inspector jefe Clive Horner. Juntos hicieron

sonreír a Tom: ella era baja, rechoncha y sonriente, y él era alto y desgarbado, con una cara larga y lúgubre. Cheryl estaba resumiendo sus hallazgos para el caso de *sir* Hugo.

—Realizó un trabajo estupendo, en circunstancias muy difíciles. El tráfico de personas es un problema importante, como estoy segura de que sabrá. En cuanto las chicas llegan aquí, se dan cuenta de que no tienen escapatoria. Les

dan a entender que la única forma de alcanzar la libertad es comprándola, lo que resulta imposible porque las bandas les quitan el ochenta por ciento de lo que ganan y luego exigen más de veinte mil libras por cada una de ellas, a veces incluso cuarenta mil.

Tom tardó apenas un segundo en deducir que incluso si la Fundación Allium pagaba el «precio de compra» bajo, debía desembolsar un mínimo de

dos millones de libras solo para comprar la libertad de las chicas y sacarlas de sus miserables vidas como prostitutas a la fuerza. Y después, por supuesto, estaban todos los costes relacionados con el funcionamiento de la organización.

Cheryl hizo un gesto con la cabeza a su colega, que tomó la palabra. Su tono de voz ligeramente agudo contrastaba con su aspecto.

—*Sir* Hugo hacía mucho

más que limitarse a comprar la libertad de las chicas y encontrarles un hogar. La organización tenía una serie de centros con varios empleados e incluso casas seguras. Las jóvenes que no estaban encerradas bajo llave podían ir a pedir ayuda voluntariamente, aunque a menudo el miedo a las repercusiones hacía que no se atrevieran a correr ese riesgo. Había varias campañas en marcha dirigidas a desanimar a los

hombres que querían utilizar a las chicas, aunque nadie creía que tuvieran muchas garantías de éxito en ese punto en particular.

La conversación había atraído el interés de todos en la oficina, y uno de los nuevos reclutas planteó una pregunta a Clive.

—Supongo que soy el único que no lo sabe, pero ¿cómo introducen a las chicas de Europa del Este en el Reino Unido?

La seguridad de Clive en

sí mismo iba en aumento; se apoyó en el borde de la mesa y sonrió.

—No es una mala pregunta. Se podría pensar que existen numerosos puntos en los que se las podría interceptar. Pero, hace unos años, muchos países de Europa firmaron lo que se denominó el Tratado de Schengen. En la práctica abrió las fronteras entre los países miembros, sin necesidad de utilizar pasaporte. Sin controles

fronterizos, solo tienen que sacarlas a escondidas de sus países de origen y cruzar libremente Francia, Italia, Alemania y otras partes del continente. A algunas las introducen en Italia por barco, a otras por tierra. Y entonces solo queda cruzar a Inglaterra. Por mucho que queramos cerrar nuestras fronteras, la realidad es que es imposible registrar todos los camiones o contenedores que entran en el país. Dependemos de una mezcla

de inteligencia y suerte para encontrarlos cuando llegan.

Por interesante que fuera la explicación, Tom tenía un asesinato por resolver.

—En su opinión — preguntó—, ¿creen que esas bandas tendrían algún interés en asesinar a Hugo Fletcher?

Fue la inspectora quien respondió.

—Sinceramente, nos parece poco probable. Se ha hablado mucho del peligro que corría, pero no nos lo

creemos. No me malinterpreten pero, por mucho que admire el trabajo que realizaba, creo que el elemento de riesgo no era más que buena publicidad. Pagas bien a las bandas por las chicas, las compras. Ellos ponen el precio y él lo acepta, de modo que no es probable que tengan ningún motivo para matarlo. Incluso sus campañas para convencer a los hombres de que no utilicen los servicios de las chicas pueden ser

vistas por las bandas como
publicidad gratuita. Para
ellos sirve aquello tan
antiguo de que ninguna
publicidad es mala
publicidad.

A Tom le sorprendió
esta respuesta. Como todos,
se había tragado la
exageración y creía que
Hugo arriesgaba su
seguridad personal por las
chicas.

Le habría gustado tener
tiempo para escuchar la
sesión de preguntas y

respuestas, pero no lo tenía. Necesitaba contarle a James Sinclair lo que había averiguado durante su charla con Annabel. Debía guardar alguna relación con el asesinato, aunque no tuviera ni la más remota idea de cuál.

Tom repitió su conversación con la exesposa de Hugo casi al pie de la letra al comisario, que escuchó atentamente y en silencio.

—Bueno —dijo Tom

cuando terminó—, ¿qué te parece? No podemos ignorar la relación entre lo que ella afirma haber visto y lo que encontramos en el escenario del crimen, pero ella solo podría haberlo sabido de haber estado allí y haberlo contemplado con sus propios ojos, porque de momento es información confidencial. No lo habría descrito con tanto detalle de haber sido la asesina, ¿no? —Tom no esperó una respuesta antes de seguir hablando—. Sí me

dijo que quería muerto a Hugo, pero también que jamás se habría ensuciado sus manos perfectamente arregladas, o algo por el estilo. Si he de ser sincero, no la veo como asesina. Pero, por supuesto, es posible que no fuera la única que estaba enterada de las aficiones de Hugo. Podría haber otra persona que también le hiciera chantaje, y siempre existe la posibilidad de que Annabel le contara a alguien los

gustos insólitos de Hugo, por mucho que ella jure no haberlo hecho.

James Sinclair sacudió la cabeza con preocupación.

—Pero no nos da ninguna pista de quién puede ser, ¿no es así? Dale vueltas, Tom, y mañana lo discutimos. Te hace falta despejar la cabeza.

—Creo que es mejor que de momento nadie más se entere de esto; no quiero que la gente se distraiga con el escándalo. Solo les contaré

los hechos: se llamaba Tina Stibbons, era la enfermera de la madre de Hugo y se cambió el nombre de pila cuando se casó, porque por lo visto pensaba que Tina no tenía clase.

—Como quieras, Tom —dijo James, e hizo una de sus muecas—. Me da la sensación de que tenemos todas las piezas del rompecabezas, pero no sabemos cómo juntarlas.

Tom asintió, consciente de que era su trabajo unir las

piezas, pero de momento desconocía cómo sería la imagen final.

—Una última cosa y me voy. Esta noche he tenido la impresión de que nadie cree que Hugo corriera peligro; incluso su mujer se ha mostrado burlona sobre ese punto. ¿Para qué tenía entonces los guardaespaldas? ¿Era realmente una mera cuestión de relaciones públicas, o era consciente de un peligro que nadie más conocía?

Fue un gran alivio para Tom introducir la llave en la cerradura y abrir la puerta de su acogedor piso. Cuando apretó un interruptor, todas las luces de la habitación se encendieron, y manteniéndolo pulsado hizo que la intensidad disminuyera a la mitad, creando el ambiente tranquilo y apaciguador que buscaba. Seleccionó un disco de Natalie Merchant en el equipo de música y lo programó para que se

escuchara en todas las estancias del piso. Fue de habitación en habitación, se desnudó en el dormitorio y entró en el baño para darse una ducha rápida. Todo lo que había oído aquel día le había hecho sentir sucio, y la ducha se convirtió en un diluvio del agua más caliente que fue capaz de tolerar. Se puso unos pantalones cortos negros de deporte, viejos pero muy cómodos, y una camiseta blanca. Luego fue a la

cocina para prepararse una cena sencilla.

Se sirvió una copa de Pinot Noir, puso un cazo de agua a hervir y echó un chorro de aceite de oliva en una cazuela. Sacó un paquete de panceta de la nevera y lo vació en el aceite caliente, donde la dejó chisporroteando. Partió varios tomates cherry, arrancó media docena de hojas de albahaca y añadió pasta al cazo de agua hirviendo.

No estaba del todo seguro de que fuera capaz de comer, pero sabía por experiencia que no hacerlo no servía para nada. Al menos eso era rápido y sencillo. Mientras esperaba a que se cociera la pasta, se sentó con la copa de vino entre las manos y reflexionó. ¿Quién era Hugo Fletcher? ¿El parangón de virtudes que todos habían creído siempre? ¿O el hombre que había descrito Annabel? Y si lo era, ¿qué impacto había

tenido en la vida de Laura? Nada encajaba. Era como si estuvieran contemplando a dos hombres completamente diferentes.

Sonó el temporizador, y Tom se levantó para añadir los tomates a la panceta los dos últimos minutos. De forma mecánica, añadió un par de vueltas de pimienta negra molida, y a continuación la pasta escurrida a la cazuela con un poco más de aceite y la albahaca triturada. Lo echó

directamente en un plato, ralló un poco de parmesano, relleno la copa de vino y se sentó, sin haber avanzado nada en sus deducciones aparte de lo que ya sabía cuando entró por la puerta.

Acababa de meterse el primer bocado de la sencilla pero deliciosa comida en la boca cuando lo interrumpió el timbre del interfono. Desde el taburete alto donde estaba sentado en la cocina veía la imagen de vídeo de la pantalla, y le preocupó ver

que era Kate. Corrió a descolgar el receptor, olvidándose por completo de la comida.

—Kate, ¿qué haces aquí? ¿Le ha pasado algo a Lucy?

—No, Lucy está bien. Está con una canguro. ¿Puedo subir? Tengo que hablar contigo.

Aliviado al saber que Lucy estaba bien, y bastante molesto por el hecho de que su exmujer interrumpiera su cena si no tenía nada que ver

con Lucy, apretó el botón de la puerta y abrió el pestillo de la puerta. Después fue a sentarse para seguir comiendo. No había olvidado la forma en como le había hablado ella el día anterior.

La miró cuando entró en la cocina e intentó disimular su sorpresa. Su belleza exótica estaba realzada por un maquillaje cuidadoso, y en lugar de su habitual coleta informal, sus largos cabellos oscuros caían

suelos y brillantes por debajo del hombro. Resistió el impulso de hacer un comentario y señaló la nevera.

—Hay vino blanco en el frigorífico, si aún sigue gustándote. Las copas están allí. —Tom indicó un armario en la pared junto a la nevera—. Espero que no te importe que termine de cenar, pero llevo horas pensando en esto.

—Siempre fuiste mejor cocinero que yo. Es una de

las cosas que echo de menos.

Tom no levantó la cabeza, pero pensó que era muy raro. Kate nunca le había dado ninguna indicación de que él tuviera alguna característica que lo redimiera, al menos desde que nació Lucy.

Kate se sirvió una copa de vino y se sentó en un taburete frente a él, al otro lado de la barra. Miró alrededor con una media sonrisa.

—Qué piso tan bonito.
Te ha ido muy bien, Tom.

Tom podía imaginar que a ojos de Kate aquello era el colmo del lujo urbano. El piso tenía todo lo que se podía desear, menos alma. Él no había elegido nada, venía completo. Los sofás de piel marrón oscuro, la pantalla plana enorme y la cocina blanca y reluciente eran de la mejor calidad, era cierto. Pero no decía nada de él, aparte de los libros y los discos compactos

amontonados en el suelo. Por lo visto no se esperaba que el hombre moderno leyera, porque no se habían previsto estanterías.

Todavía muy desconfiado con aquella visita de última hora, Tom respondió sin calor.

—Los dos sabemos que mi sueldo como inspector jefe no da para esto. ¿A qué viene la visita sorpresa? No estuviste muy amistosa la última vez que hablamos, que yo recuerde.

—Perdona. No fui muy educado. Es que me están pasando muchas cosas, y estoy un poco distraída. No pretendía ser tan desagradable.

Para Tom solo había una respuesta posible a eso, pero se calló. Kate suspiró y continuó.

—Debo decirte algo. — Tom levantó un momento la cabeza, sin dejar de llevarse el tenedor a la boca—. Quería que supieras por mí que Declan y yo nos

separamos. No ha funcionado, y ha llegado el momento de terminar. Perdona si ayer estuve antipática por teléfono, pero eso era parte del problema.

Tom se quedó sinceramente sorprendido. Era la primera noticia que tenía de que las cosas no iban bien entre ellos, aunque la verdad era que no se había interesado nunca. Lucy siempre parecía contenta, y esta era su mayor preocupación.

—¿Qué ha pasado?

Kate tragó saliva.

Parecía nerviosa.

—Te dejé por muchas razones, Tom. Sabes que me volvía loca con tus horarios y que Declan era muy atento. Tú siempre estabas distraído y pensando en tu último asesinato o en lo que fuera.

Tom recogió su plato y echó las sobras en el cubo de la basura. Había perdido el apetito. Ya había oído eso mil veces, y no entendía por

qué lo sacaba de nuevo a colación.

—Oh, no me mires así. Para mí fue muy difícil. Declan también trabaja mucho, pero tiene un horario normal, así que sabía lo que podía esperar. No me importa que se levante temprano por la mañana para llegar a la oficina antes de que amanezca, porque yo también tengo que preparar a Lucy para la escuela. Y aunque vuelva tarde a casa, al menos es previsible y

siempre lo hace.

Kate dejó de hablar. Tom veía que le estaba costando, pero no tenía ninguna intención de echarle una mano.

—Por desgracia — continuó ella—, su carácter atento no ha pasado desapercibido a una de sus colegas, y recientemente ha tenido muchas salidas de trabajo. Fue por pura casualidad por lo que descubrí que sus salidas de trabajo eran siempre con una

sola colega. Él asegura que la relación ha terminado y que no fue más que una tontería, pero yo no quiero saberlo. No estamos casados, y no estoy dispuesta a quedarme con él y arriesgarme a que vuelva a ocurrir dentro de unos años. Tendré que buscar un lugar donde vivir y mudarme.

Tom estaba estupefacto. Le habían pintado a Declan como una especie de santo, y aunque se vieran cuando recogía a Lucy y cuando la

llevaba de vuelta, durante mucho tiempo Tom no había querido saber nada de él. En realidad, era lo máximo que podía hacer para no romperle los dientes. Pero aquella ira hacía tiempo que se había esfumado.

—Lo siento si te ha hecho daño, Kate. Sé por experiencia cómo duele cuando crees que tu pareja prefiere a otra persona.

Sabía que estaba siendo mezquino pero, después de la facilidad con la que ella lo

había apartado de su lado para irse con el maravilloso Declan, le costaba mostrarse comprensivo.

—Eso no era necesario, Tom. Pero siento mucho haber sido tan insensible. Debería haber apreciado tus cualidades y no dejarme seducir simplemente por las atenciones y los cumplidos. Ahora sé que, con diferencia, tú eres mucho mejor hombre.

Aquellas palabras no conmovieron a Tom lo más

mínimo, porque él sabía que Kate se había sentido muy atraída también por los ingresos de seis cifras de Declan, por no hablar de su enorme bonificación anual. No estaba seguro de lo que pretendía Kate, pero sabía que no le gustaba. Una cosa le preocupaba más que ninguna otra.

—¿Dónde piensas vivir, Kate? Acabo de mudarme aquí para estar cerca de Lucy. No llevo ni cinco minutos y ya me hablas de

mudarte. ¿Adónde?

—Oh, para ya. Sabes que te encanta tener tu trabajo aquí. Es el puesto de tus sueños, de modo que no me voy a sentir mal por haber hecho que te mudaras al sur, por mucho que sea posible que yo no me quede.

Tom no podía creer lo que estaba escuchando. Desde que Kate lo había dejado habían sucedido muchas cosas, todas desagradables. Y por fin estaba empezando a poner

orden en su vida. Cuando se marchó, ella se había llevado a Lucy a la otra punta del país sin preocuparse lo más mínimo por él. A Tom no le resultaba fácil conseguir tener los fines de semana libres, y viajar a Londres lo había arruinado en una época en que apenas se lo podía permitir. El divorcio era un proceso muy caro, y para Tom era importante que fuera él, y no Declan, quien mantuviera a Lucy.

Después murió su

hermano Jack. De esta manera había perdido a su esposa y a su hermano y, de no haber encontrado ese empleo, prácticamente habría perdido también a su hija. Lucy habría crecido viéndolo apenas un fin de semana de vez en cuando, y él no estaba dispuesto a aceptarlo.

—¿Adónde piensas ir, Kate? ¿Y por qué te planteas marcharte? Ahora Lucy tiene amigos, y parecía que a ti te gustaba esta vida.

—Es muy sencillo: no puedo permitirme vivir aquí, al menos no con el nivel con el que he vivido hasta ahora, y no quiero que el nivel de vida de Lucy cambie.

Ah, vaya, conque era eso, pensó Tom. Estaba claro que cuando lo había dejado Kate había pensado que el sueldo de Declan era una opción mejor. Pero luego Jack había muerto y le había dejado todo a Tom en herencia, una cantidad de dinero extraordinaria porque

su hermano acababa de vender su próspera empresa. No hacía falta pensar mucho para deducir qué era lo que buscaba Kate.

—Te compraré una casa, Kate. ¿Qué te parece? Te compraré una casa decente, en un barrio decente, y te mantendré sin protestar hasta que encuentres a otro hombre, lo que no tardarás mucho en hacer. Sabes que Lucy no tiene por qué preocuparse, eso está resuelto. ¿Te quedarás?

—Tom, no he venido por eso.

Él resistió la tentación de reírse pero, cuando la siguiente canción de Natalie Merchant resultó ser «My beloved wife», una de sus preferidas, la ironía lo hizo sonreír. Sin embargo, el ambiente que había intentado crear estaba arruinado, y fue a apagar la música. Se quedó rígido cuando sintió a Kate detrás de él. Ella le rodeó la cintura con los brazos, y él sintió

sus grandes pechos
apretándose contra su
espalda a través de la fina
tela de la camiseta.

—Tom, mírame.

Tom se volvió con cierta
aprensión. Kate levantó los
brazos y le rodeó el cuello.
Contempló sus ojos
marrones, aquéllos que lo
habían cautivado hacía años.
Vio súplica en ellos, y se dio
cuenta de que Kate no era el
tipo de mujer que se siente
completa sin un hombre. En
ese momento él era

probablemente la mejor opción, si no la única.

—Lo siento, no sabes cuánto lamento lo que hice hace dos años. Fue un error tremendo, y nunca me he arrepentido tanto en mi vida.

—Kate, tuviste una aventura. Me dejaste. Prácticamente me destruiste. Pero ahora estoy bien, y no pienso volver a pasar por lo mismo.

Después de descubrir que Kate tenía una aventura, Tom se había atormentado

con la culpa. Tardó mucho tiempo en darse cuenta de que el problema era el deseo de su esposa de buscar emociones. Su amor constante y sin complicaciones no había sido suficiente. Pero ella nunca lo había visto así.

—Venga. Sabes que no es tan sencillo. No pude resistirme. Sé que suena manido, pero me sentía sola y él me prestó mucha atención. No sabes lo que es, Tom. A ti nunca te ha

ocurrido.

Tom le agarró los brazos y se la quitó de encima. Luego fue hasta la otra punta de la habitación, donde ya no podía tocarlo. Se daba cuenta de que, después de tanto tiempo, aún estaba enfadado con ella.

—¿De verdad piensas que nunca tuve la oportunidad o el deseo de dormir con otra mujer? ¿Crees que eres la única a la que le ha ocurrido? ¿Que no sé lo que es sentir ese latido

de excitación cuando alguien entra en la habitación, y sabes que te desea tanto como tú la deseas a ella?

—Oh, vamos, Tom. Eres policía. No puedes tener una aventura con una de tus agentes, porque no quieres arriesgar tu empleo. Y nunca ves a nadie más.

Tom mantenía a raya como podía su ira y su frustración. Kate siempre había creído que las cosas le ocurrían a ella y que estaban fuera de su control. No

entendía que era responsable de sus propios actos.

—Dos cosas, Kate. Primera, veo a montones de personas en mi trabajo, como sabrías de haber mostrado el más mínimo interés. Y segunda y más importante, no me resistiría para conservar mi trabajo: me resistiría para conservar mi matrimonio. Si piensas que era posible para mí resistir por miedo a perder mi trabajo, ¿por qué no te era posible a ti resistir por

miedo a perder a tu marido?

Kate, que no pensaba dejarse desanimar, lo siguió al otro extremo de la habitación. Le puso las manos en los hombros. Tom sintió que se ponía tenso. Kate era una belleza. Su cuerpo estaba reaccionando, pero su mente le gritaba que no. No se movió, ni para rechazarla ni para responder.

—Cometí un error, Tom. Me equivoqué. Soy humana, y no tengo tu fortaleza de carácter. Pero no quiero

vivir en una casa bonita de un barrio bonito sola con Lucy. Al menos en Manchester tenemos amigos, aquí no tengo a nadie. A nadie excepto a ti, claro.

Kate se acercó para besarlo. Hacía dos años, Tom habría dado el brazo derecho por ese momento. Le puso las manos en la cintura y la mantuvo a distancia. Ninguno de los dos habló, y ninguno sabía qué sucedería a continuación. No podía

permitir que lo besara, pero mirando esos labios suaves y rosados habría sido muy fácil rendirse.

Kate rompió el silencio.

—¿Por qué no podemos volver a ser una familia? ¿Tú, yo y Lucy? A ella le encantaría, y a mí también. Me avergüenzo de mi comportamiento, y te prometo por la vida de Lucy que nunca volveré a hacer una cosa así. ¿Qué me dices? Fuimos felices, podríamos volver a

intentarlo. Por Lucy.

Ahora estaba jugando el as de la baraja, por supuesto. La idea de vivir con Lucy cada día y verla cada noche era enormemente tentadora. Pero, sin percatarse de ello, Kate había roto el hechizo. El sentido común se había impuesto, y él sabía exactamente cuál era su juego. Se dio cuenta de que su belleza no merecía la pena: era superficial, nada más. No era mala persona, pero era superficial. No se le

había ocurrido antes, pero comprendió que Kate no tomaba decisiones proactivas; se limitaba a reaccionar a los sucesos. Apartó las manos de la cintura de Kate y le quitó los brazos de sus hombros.

—Me encantaría ver a Lucy cada día. Pero tú y yo... hemos pasado el punto de no retorno. Por ahora permíteme que te encuentre un lugar donde vivir, para que puedas dejar a Declan, y después ya veremos.

—¿Eso es un no definitivo o un «quizá volveremos a estar juntos»?

Tom le agarró las manos, en parte para asegurarse de que no volvería a tocarlo, y en parte porque sabía que la estaba ofendiendo.

—Digamos que necesitamos tiempo para que se pose el polvo. Luego hablaremos de cuál es la mejor solución.

Tom sabía que un no definitivo sería la señal para que Kate tomara el primer

tren a Manchester. Necesitaba darle un poco de esperanza, aunque él creyera que no podía volver con ella ni siquiera por Lucy, sabiendo que su dinero era su principal atractivo. Por ahora, sin embargo, tenía que mantener las cosas como estaban.

Kate parecía creer que había hecho algún progreso. Sonrió y le apretó las manos.

—¿Por qué no buscamos un sitio que no esté muy lejos? Podría empezar a

mirar mañana. Así podrías ver a Lucy siempre que quisieras, y si solo alquilamos la mudanza será más fácil cuando estés listo. ¿Qué te parece?

—Echa un vistazo, dime de qué mal he de morir, pero no te comprometas a nada. De todos modos tendré que firmar yo el contrato de alquiler, así que prométeme que solo mirarás hasta que hables conmigo. Si necesitas dejar a Declan urgentemente, instálate en

un hotel. Yo pagaré la factura.

Kate le sonrió, y él vio un atisbo de victoria en sus ojos. No tuvo valor para destruir sus sueños todavía.

—Sabía que lo solucionaríamos. Te llamaré mañana cuando haya encontrado algo.

Le besó con suavidad la mejilla sin afeitarse, sonrió y salió triunfalmente por la puerta.

Ahora Tom tenía dos cosas en las que pensar: el

caso y su exmujer. No le parecía probable que disfrutara de la noche de descanso que se había prometido a sí mismo.

Todas habían estado muy apagadas durante la cena, cada una perdida en sus propios pensamientos. Stella había tratado de aligerar un poco el ambiente, pero sus intentos de conversación neutral habían caído en saco roto. Finalmente, Imogen se había refugiado en su habitación tras una conversación apresurada con

Laura mientras Stella preparaba el café en la cocina.

—Oye, Laura, si no quieres que lea más cartas, no lo haré. Sé que insistí, porque me dijiste que no entendía nada. Pero no fui muy educado; puedo dejar de leer si lo deseas.

Laura sonrió con tristeza.

—Al principio detestaba la idea de que lo hicieras, pero ahora creo que necesito que sigas leyendo. Necesito

que al menos una persona lo entienda, y no se me ocurre nadie mejor que tú. En cierto modo, será un gran alivio para mí. Escribí las cartas porque quería contártelo todo, pero no podía. Una vez estuve a punto de hacerlo, ¿te acuerdas? Pero perdimos la oportunidad. Mientras escribía, siempre estabas en mi pensamiento. Era como si te encontraras en la habitación y yo pudiera contártelo todo. Pero la realidad era que me

avergonzaba de mi estupidez y de mi debilidad. Eso sí, en cuanto las hayas leído deshazte de ellas. No quiero verlas ni pensar en ellas nunca más.

—¿Estás segura? En ese caso, creo que no tomaré café y subiré a mi habitación. Si en algún momento quieres que pare, no tienes más que decírmelo.

Y allí estaba, frente a la pila menguante de cartas, junto a la trituradora de papel del despacho de Hugo

que empleaba para destruir las a medida que las leía. Tomando un sorbo del whisky que había preferido beber en lugar del café, empujó con decisión las primeras hojas hacia ella.

SEPTIEMBRE DE 1998

Mi querida Imogen:

Hoy he decidido que nunca leerás estas cartas. ¿Por qué las

*escribo, entonces?, te
preguntarás. Pues
verás, Imo, hacerlo me
apacigua, si no es una
palabra demasiado
ridícula. Siento que
estoy hablando contigo
y que en cierto modo
anticipo lo que me
responderás. Pero no
tengo que pasar por la
vergüenza de contarte
todo esto a la cara. ¿Me
entiendes? Porque estoy
avergonzada. Aunque
no sé por qué debería*

ser yo la que se siente humillada. ¿Puedes explicar por qué la gente siente constantemente vergüenza de los actos de las personas cercanas? En fin, creo que estoy divagando.

En este momento estoy en Sorrento, contemplando la bahía de Nápoles, que es una maravilla. Es algo que hacía años que quería ver, pero nunca hubiera

esperado estar ante esta espléndida vista y sentirme como me siento. Ni siquiera este panorama puede aliviar mi sufrimiento.

Hugo no está conmigo. Se ha quedado en el hotel para hacer unas llamadas. Yo necesitaba estar sola. Tiempo para pensar. Quería alquilar un coche, pero Hugo ha insistido en que fuera en un vehículo con chofer.

Eso no me ha gustado, porque soy perfectamente capaz de conducir. Pero al tomar las curvas y ver los abruptos precipicios que se abren a cada lado, y cuando he visto que los conductores italianos adelantan en curvas sin ninguna visibilidad, me he dado cuenta de que Hugo tenía razón.

Porque, por lo visto, siempre la tiene.

El problema es que no sé si me estoy comportando de una forma absurda. No paro de darle vueltas, y no puedo evitar pensar que mis sueños románticos estaban muy lejos de ser realistas. Pero esto es lo que pasó, y me gustaría saber qué opinas de ello. Aunque no creo que te lo pregunte.

El día después de la boda, partimos de viaje

de luna de miel. A pesar de mi determinación por ver las cosas desde la perspectiva de Hugo, sentía aquella angustia interior que me entra cuando oculto mi infelicidad. Creo que conseguí disimularla bien; sabía que si decía algo podía provocar una pelea, y eso era algo que no quería. Creo que puedo solucionarlo, ¿sabes?

Empecé a sentirme

mejor cuando llegamos al aeropuerto. Un coche con chofer nos había recogido para llevarnos a Heathrow, y yo todavía no sabía adónde íbamos. Hugo me había ayudado a elegir la ropa para la luna de miel y, cualquiera que fuese el destino, estaba claro que era de esperar que hiciera más calor que en Inglaterra, y que fuera bastante

glamuroso si estaba en consonancia con mis trajes nuevos. No me decepcionó.

Al llegar a Heathrow, nos acompañaron a las salas de espera de primera. Hugo se inclinó y me dijo algo al oído: «Venecia». Eso era más propio de mi Hugo. Sonrió y me besó afectuosamente en la mejilla. Fuera lo que fuese lo que le había

*picado el día anterior,
volvía a ser el hombre
romántico de mis
sueños, y él sabe que
Venecia es el lugar que
más me gusta del
mundo. Solo he estado
una vez, curiosamente
para asistir a una
conferencia y no de
vacaciones,
¿recuerdas? Pero saqué
tiempo para subir a un
vaporetto en el Gran
Canal y tomar un
Bellini en el Harry's*

Bar, que fue bastante decepcionante. Siempre había querido volver, preferiblemente con un hombre a quien amara para poder pasear en góndola con él. Es una cursilería, lo sé, pero es muy romántico. Y ahora Hugo me estaba llevando allí.

Pero aquello no fue lo único excitante. Cuando le pregunté dónde nos alojaríamos, me dio la respuesta

perfecta.

—*En el Cipriani, ¿dónde si no? —dijo Hugo con un brillo en los ojos—. No es mi preferido, pero pensé que te gustaría.*

Me emocioné. Era evidente que yo había sacado las cosas de quicio y que todo volvía a estar bien.

—*¿Cuánto tiempo nos quedaremos?*

—*Solo cinco días.*
—*Hugo sonrió—.*

Entonces volaremos a Nápoles, y luego a Positano cinco días más.

No me lo podía creer. ¡La Costa Amalfitana! Realmente, había pensado en todo.

Viajábamos en primera. En cuanto subimos a bordo, una azafata me sonrió y me ofreció una copa de champán. Podría acostumbrarme fácilmente a estos

placeres, aunque está claro que en la vida hay mucho más que los lujos que brinda la riqueza.

Cuando nos registramos en el hotel llegué a pensar que todo sería perfecto, porque cuando le preguntaron a Hugo si deseaba hacer una reserva para cenar, respondió lo que yo quería oír.

—Gracias, pero creo que querremos

*cenar en la suite. Quizá
podría consultar la
carta con el chef. De
momento, les
agradecería que
mandaran una botella
de Cristal a la
habitación.*

*Una vez en la suite,
mi alegría se enfrió
cuando vi que había dos
dormitorios y que
estaba claro que a mí
me tocaba dormir en
uno y que Hugo se
quedaría en el otro.*

Pero yo había decidido que tendría que trabajar en esto y que enfadándose no conseguiría nada. Por lo visto, lo que es raro para mí no lo es para Hugo.

—Querida, ¿por qué no te das un baño y luego te vistes para cenar? —dijo Hugo.

Yo le rodeé la cintura con los brazos y le susurré al oído:

—¿Que me vista, mi

amor? ¿Estás seguro de que es eso lo que quieres?

Hugo me apartó las manos suavemente y me sonrió, con esa sonrisa maravillosa que le brilla en los ojos.

—Estoy seguro de que me gustaría más verte sentada delante de mí en este maravilloso escenario con uno de tus preciosos vestidos que en bata. Hazme ese favor.

Me pareció bien, y me tomé cierto tiempo para arreglarme. Quería hacerlo bien. De modo que me di un buen baño y me quedé un rato entre las burbujas. Me apetecía tanto el resto de la velada... y, por supuesto, la noche.

Me vestí cuidadosamente con un vestido de seda de un color verde azulado muy bonito. Conjuntaba a la perfección con mis

cabellos pelirrojos, que sé que a Hugo le encantan. Aunque el escote era modesto, la espalda en forma de V me llegaba a la cintura y el vestido se adaptaba a mi cuerpo de un modo maravilloso, ni demasiado pegado ni demasiado suelto. Sabía que era uno de los preferidos de Hugo.

La cena que pidió fue soberbia. Un delicioso salmón

marinado con jengibre, seguido de unos delicados ñoquis de berenjena con salsa de queso pecorino y, para completar el menú, el filete de ternera más tierno que había probado en mi vida servido con una salsa antibesa. No podía ni pensar en el postre, pero Hugo me sirvió una cucharada del sorbete de pera especiado, y realmente

*creí estar en el cielo.
Miré a mi elegante y
sofisticado marido al
otro lado de la mesa.
Estaba tan guapo:
elegante pero informal,
con unos pantalones
negros de corte clásico
y una americana de hilo
de color caramelo claro
con camisa blanca
abierta al cuello. No
pude evitar fijarme en el
vello oscuro que
asomaba por la parte
abierta de la camisa;*

me moría de ganas de desabrochársela más y besarle la base del cuello. Te lo cuento tal como fue. Así era como me sentía.

Decidí no beber mucho, así que solo tomé un par de copas de vino. Hugo tomó grappa después de cenar, pero yo quería tener la cabeza despejada. Salimos a nuestra terraza privada y contemplamos la

laguna. Era el paraíso. Presentí que no sería buena idea tocar a Hugo. Le gusta estar al mando, de modo que me controlé. Mientras mirábamos el agua, él me pasó un brazo por los hombros. Reaccioné apoyándome ligeramente en él, pero sin mostrarme demasiado anhelante. Entonces dijo lo que esperaba oír.

—Soy consciente de

que ayer no empezamos con buen pie, Laura, y lo siento si te sorprendí con las dos habitaciones. Estoy seguro de que pronto apreciarás lo razonable que es, pero entiendo que en tu mundo no sea esta la norma. Debería haberlo planteado de una manera más comprensiva. Pero esta es nuestra noche de bodas. ¿Vamos a tu habitación?

Ignoré el comentario sobre nuestros antecedentes, porque en realidad tiene razón. Estaba bastante nerviosa. El día anterior había estado muy segura de mí misma pero, después de las decepciones, sentía que debía ser muy cuidadosa para no estropearlo todo de nuevo. Deseaba decirle cuánto lo amaba y lo importante que era para

mí. Pero no quería romper el frágil momento de intimidad. Decidí que probablemente preferiría los elogios a la emoción.

—Hugo, no sabes cuánto te agradezco estas soberbias vacaciones. Lo has planeado todo con tanto cuidado que solo deseo hacerte locamente feliz.

Lo sé, Imo, suena un poco forzado, pero era

lo apropiado en ese momento. Hugo parecía complacido.

Entramos aferrados del brazo en mi dormitorio, una habitación realmente magnífica decorada en tonos plateados y dorados.

El corazón me latía con fuerza, ¡no sé si de pasión o de miedo al rechazo! Me volví y rodeé la cintura de Hugo con mis brazos,

alzando la cara para que me besara. Lo miré a los ojos y en ellos vi auténtico deseo. Me besó. Al principio con suavidad, luego con más pasión. Puse las manos entre los dos para empezar a desabrocharle la camisa, pero él me las apartó. Me dije a mí misma que debía ir más despacio. Entonces apoyó mi cabeza en su hombro y me acarició

los cabellos, levantando los largos mechones para llenarlos de besos. Estaba desesperada por avanzar, pero me obligué a contenerme.

Entonces me apartó un poco —siempre con suavidad— y me puso las manos sobre los hombros.

—Querida. Eres exquisita y te quiero muchísimo. Pero deseo disfrutarlo, y no debemos precipitarnos.

Por favor, ponte allí y deja que te mire.

Se alejó de mí y se sentó en el sillón, mirándome. No me gustó; yo quería que me abrazara.

—No sé lo que quieres, Hugo. ¿Solo deseas que me quede aquí?

—Un momento, sí. Tus preciosos cabellos rojizos se reflejan en la luz de la lámpara. Quiero contemplarte en

toda tu perfección y recordar esta noche.

Yo me sentía un poco estúpida, aunque fuera agradable saber que él pensaba que yo era bonita, o que al menos mi pelo lo era. Pero yo quería estar entre sus brazos. Me sentía muy aislada en el otro extremo de la habitación.

Entonces se reclinó en el sillón y volvió a sonreírme con esa

sonrisa maravillosa.

—Quiero que empieces a quitarte la ropa.

Fruncí el ceño. Tuve que preguntarle a qué se refería, aunque estuviera muy claro.

—Es una petición sencilla, Laura. No te quites los zapatos, por favor, pero deseo que te quites toda la ropa, mientras yo miro y te admiro.

Me di cuenta de que

quería que me desnudara delante de él. ¡Oh, no! No, eso no, por favor. Sería la primera vez que me viera desnuda, y no quería que fuera así. En el futuro, si eso le divierte, no creo que me importe. Pero esa noche era para la ternura y la pasión. ¿No deberíamos descubrir nuestros cuerpos con dedos, manos y labios? No quería hacer una

actuación. Intenté explicárselo de una forma que no resultara hostil.

—No te estoy pidiendo que actúes como una puta — contestó. Quiero ver cómo te quitas cada prenda, una por una. Sigue hasta que estés totalmente desnuda, por favor. ¿Te parece raro que desee admirar tu cuerpo?

¿Qué podía decir

yo? Conseguía hacer que sonara como un cumplido, pero a mí no me parecía natural, sino frío y cínico. Lo intenté de nuevo.

—¿Debo hacerlo, Hugo? Yo solo quiero tocarte y abrazarte. Por favor, querido. — Intenté que no pareciera que estaba suplicando, pero no creo que tuviera mucho éxito.

—Piensa en ti como

mi regalo. Me gustaría ver cómo te desenvuelves muy lentamente. Nunca creí que fueras tan puritana, Laura. No hagas un mundo de una petición tan sencilla.

Hugo hace que todo parezca tan razonable... Consigue hacer que piense que todo es culpa mía por ser tan difícil. Tal vez tenga razón. ¿Soy yo? En el contexto adecuado, nunca he

tenido problemas con la desnudez. Pero estaba claro que aquello sería solo para su placer, porque no tendría nada que ver conmigo.

Entonces me tranquilicé. Decidí que estaba exagerando. ¿Y qué si quería que me desnudara? Tampoco es que sea un crimen. Me convencí a mí misma y me puse a ello siguiendo sus instrucciones al pie de

la letra. Suerte que no llevo medias, fue lo único que se me ocurrió pensar. Y casi me hizo reír. Aunque no mucho rato.

Lo peor de todo era que el ambiente no era el adecuado. Si estuviéramos acostumbrados al cuerpo del otro, podría imaginarme haciendo un striptease en broma, bailando con alguna música sensual mientras

Hugo permanecía tumbado en la cama riendo pero con los ojos llenos de deseo. O quizá en el futuro podría ordenarle que se quedara quieto y no me tocara —que solo mirara—, como si intentara seducirlo. Pero la situación no se parecía a nada de esto, y quizá era por culpa mía. Es lo que no comprendo. Podría haberlo aprovechado

mucho más. Lo único que hice fue quedarme quieta e intentar parecer sexy.

Empecé por bajar la cremallera del vestido. Por suerte era muy sencilla, y el vestido cayó a mis pies. No sé cómo me las habría arreglado para que quedara bien de haber tenido que quitármelo por encima de la cabeza. Se quedó un momento parado sobre

mis pechos, y luego se deslizó hasta el suelo. En ningún momento dejé de sentirme algo ridícula.

Los ojos de Hugo estaban fijos en los míos, y después bajaron por mi cuerpo. Prácticamente los sentía sobre mi piel.

Estaba a punto de continuar con la siguiente prenda — aunque tampoco es que hubiera muchas, para

ser sincera— cuando Hugo levantó la mano. Supe que esa era la señal para que parara.

—¿No llevas sujetador habitualmente, Laura?

—Creí que hoy te gustaría, ya que estamos solos.

—Tengo mis preferencias en cuanto a ropa interior, pero podemos hablarlo en otro momento. Sigue, por favor.

Tragándome la respuesta que tenía en la punta de la lengua, continué. Toda la excitación que sentía después de cenar se había esfumado ante la mirada fría y casi analítica de Hugo. Aparte de los zapatos, solo me quedaban unas bragas muy pequeñas para quitarme, así que me incliné y me las bajé muy despacio.

En este punto puedo

dejar de fingir que todo iba bien y que solo parecía un poco raro. He tratado de describir con precisión cómo me sentía en ese momento, intentando dejar a un lado el impacto de lo que sucedió a continuación.

Ya sin las bragas, levanté la cabeza para mirar a Hugo a los ojos e intenté parecer lo más deseable posible. Pero la expresión de sus ojos

no era de deseo: era una mirada fría y despiadada. Se levantó, fue hasta la ventana que había detrás de mí y se quedó allí contemplando la laguna. Sus palabras, que pronunció sin volverse, fueron insoportables.

—Laura, estoy profundamente decepcionado. Vístete.

Yo no sabía qué había hecho mal.

Aunque temblaba por una variedad de emociones reprimidas, intenté mantener la hostilidad alejada de mi voz cuando le pedí que se explicara. Él se giró de golpe.

—Eres un fraude. Nada más que un fraude barato. No te creía capaz de este nivel de engaño.

Su cara expresaba puro desdén, y yo me sentía expuesta y

*vulnerable, desnuda,
solo con unas sandalias
absurdamente altas.
Crucé los brazos, como
para defenderme de un
ataque físico.*

*Lo único que se me
ocurrió pensar fue que
mi cuerpo lo había
decepcionado. Sé que
no es perfecto y que
quizá resulta
ligeramente más
generoso de lo que está
de moda, ¡pero no está
tan mal! Sin embargo,*

él parecía asqueado. Se me oprimió el pecho. No entendía absolutamente nada. Sus siguientes palabras me golpearon como un puñetazo.

—Me has engañado y repito: estoy profundamente decepcionado.

Se volvió de nuevo hacia la ventana, como si no hubiera más que hablar.

Sé que, visto en

perspectiva, quizá parecería natural que estuviera enfadada, pero no te sientes así cuando la persona que amas te hace pensar que le has fallado. Te sientes desolada. Al menos así era como me sentía yo. Nunca había sido desagradable conmigo desde el día en que nos conocimos, y yo solo quería arrodillarme a sus pies y suplicarle que me

explicara qué había hecho mal.

Pero también está el orgullo. Mientras la montaña rusa de emociones seguía su camino, el orgullo se impuso. ¿Por qué debía sentirme así? ¿No se daba cuenta de que me ofendía? ¿Acaso no le importaba? Todos estos pensamientos chocaban con la desilusión y la angustia, y la montaña rusa alcanzó la cima y

cayó de nuevo al abismo; aquél en el que la razón se convierte en polvo y la emoción pasa al primer plano. Al borde de las lágrimas, le supliqué que se explicara.

—Hugo, no tengo ni idea de lo que ocurre, pero has de saber que me estás angustiando. ¿Qué es lo que he hecho mal?

Permaneció un momento más dándome

la espalda, y por fin se volvió.

—¡Eso! —dijo, señalando de forma bastante grotesca mi zona púbica.

En otro giro de mis emociones confrontadas, el sarcasmo y la rabia asomaron la nariz, aunque fuera por un momento.

—¿Y qué esperabas? ¿Un pene? —Probablemente no

debería haber dicho esto.

—Eres pelirroja.

Me quedé totalmente despistada. ¿A qué diablos se refería? Miré hacia abajo, y de repente me di cuenta de que era mi vello púbico negro lo que inexplicablemente era un problema para él. Estaba perpleja.

—Sí, ahora soy pelirroja, pero también he sido rubia, aunque

*tenga los cabellos
castaños. Me tiño, como
el cincuenta por ciento
de las mujeres. O quizá
más. ¿Qué problema
hay?*

*—Por lo que veo, no
lo entiendes. En parte
me casé contigo por tus
preciosos cabellos, y
ahora descubro que no
son reales.*

*Era tan trivial que
todas las emociones
anteriores se
evaporaron en el aire,*

dejando apenas un residuo de una vaga sensación de perplejidad porque algo tan insignificante pudiera ser tan importante para él.

—Pero ¿qué más da? No me casé contigo por ninguna razón que no sea que te quiero. Hugo, no sé nada de tu cuerpo, pero no me importa en absoluto. ¿Por qué debería importarme? Quiero

*explorar tu cuerpo y
conocerlo, con sus
perfecciones y sus
imperfecciones. ¡Es a ti
a quien quiero!*

*Volvió a darme la
espalda, como si mis
palabras no
significaran nada.*

*El dolor sordo de un
rechazo más seguía allí,
pero empezaba a
exasperarme porque,
francamente, aquello
era una tontería. No
obstante, si íbamos a*

pelearnos, lo que parecía muy probable, no pensaba hacerlo estando desnuda. Me quité las sandalias de tacón y me puse un albornoz que estaba doblado con mucho esmero a los pies de la cama. Empecé a sentirme bastante menos vulnerable. Si quería pelea, la tendría.

—Mira, Hugo, creo que tenemos varias opciones. Número uno,

nos divorciamos. El matrimonio no se ha consumado, por mucho que me duela reconocerlo. Número dos, podría comprarme un tinte rojo, pero no hasta mañana, cuando abran las tiendas. Número tres, podrías ponerte siempre una venda en los ojos. O número cuatro, podrías dejar de hacer el imbécil de una puta vez. Tú decides.

Después de todos mis esfuerzos por complacer los deseos de Hugo, mi enfado produjo un cierto efecto, porque al menos Hugo respondió, aunque fuera con frialdad.

—A pesar de que no me guste tu tono de voz, Laura, ni de que pueda aprobar esa clase de lenguaje, me doy cuenta de que mi reacción puede haberte parecido

exagerada.

Me mordí la lengua para no responder y dejé que continuara.

—Está claro que no valoras lo que significa para mí, pero te lo explicaré y espero que lo comprendas. Me casé contigo porque creía que eras como alguien que era muy querido por mí. De hecho, se trataba de la persona más maravillosa que he conocido. Tenía unos

*cabellos rojos
preciosos, y hasta que
te conocí a ti no había
encontrado a nadie que
se le pareciera.
Estábamos muy unidos,
y tú te pareces mucho a
ella, por tu fuerza, tu
cuerpo, pero en
particular por tus
cabellos.*

*Yo no esperaba que
nada más pudiera
herirme esa noche, pero
aquello fue como un
puñetazo en el pecho.*

Me tragué la respuesta y le pregunté por qué no se había casado con ella, si tan maravillosa era.

—No fue posible. Y ahora está muerta. Creí que podrías sustituirla.

Me entraron ganas de vomitar. Todos estos meses ha estado conmigo no por mí, sino porque soy como otra. Probablemente como alguna mujer casada que había vuelto con su

marido. Pero tenía que saberlo.

—Hugo, ¿tú me quieres? Dejando aparte las similitudes entre esa mujer y yo, ¿quieres continuar casado conmigo?

—Dado que no estoy dispuesto a sufrir la ignominia de un segundo matrimonio fallido, Laura, tendremos que encontrar la manera de superar mi desilusión.

*De modo que sí, quiero
continuar casado
contigo.*

*Cuando escribo
esto, no siento más que
pena. Porque no dijo
que me quería, porque
se ha casado conmigo
para sustituir a esa otra
mujer y porque me
había dejado convencer
de que no debíamos
tener relaciones
sexuales antes de
casarnos. No siento
ningún remordimiento*

*por el color de mi
cabello. Creo que Hugo
es totalmente absurdo.*

*En aquel momento,
sin embargo, no sentí
otra cosa que alivio;
alivio por que mi
matrimonio no hubiera
acabado y por que aún
tuviéramos la
oportunidad de arreglar
lo que no marchaba
bien. Me resulta difícil
entender por qué me
sentí así. Habría
esperado indignación,*

enfado..., toda clase de emociones negativas. Pero lo único que quería era arreglar nuestro matrimonio. Así que respiré hondo, me acerqué a donde estaba él en la ventana y le rodeé la cintura con los brazos. Apoyé la cabeza en la parte de atrás de su hombro.

—Siento no haberte dicho que este no era mi color natural —dije en un susurro—. Si

hubieras venido a casa de mis padres lo habrías sabido, porque tienen muchas fotos de mí. De todos modos, no puede ser para tanto. Lo llevaré pelirrojo mientras tú quieras. Ven a la cama, mi amor. Lo superaremos.

Hugo se volvió y me puso las manos en los hombros.

—Métete en la cama; yo iré dentro de un momento.

Estaba claro que no tendría el placer de desnudarlo, pero al menos no nos estábamos yendo directos al tribunal de divorcios. Decidí tontamente que sería bueno aligerar el ambiente, y cuando Hugo se volvía para marcharse lo llamé.

—Nunca se sabe, Hugo. Quizá esa otra mujer también se lo teñía.

*Hugo no se detuvo,
y yo quizá debería
haber anticipado su
respuesta.*

*—No lo hacía. Lo
sé.*

*Hugo cerró la
puerta al salir.*

*No quiero
extenderme demasiado
en lo que sucedió a
continuación. La
consumación de mi
matrimonio. Pero te lo
contaré.*

Cuando volvió a mi

habitación, llevaba una toalla anudada a la cintura. Apagó la luz antes de quitársela y luego se metió en la cama. Le susurré que me gustaría tener la luz encendida, porque quería explorar su cuerpo, desde los pliegues de detrás de las rodillas hasta el hueco de la base de su cuello, o algo así. Quería que entendiera hasta qué punto lo

adoraba. Y, si te soy sincera, la verdad es que deseaba ver desnudo a mi marido. ¡No creo que sea tan raro!

Sin embargo, Hugo tenía otra idea. Desoyó mi petición sobre la luz y tiró de mí hacia él, besándome en el cuello, pero no en los labios. Para mí los besos siempre han sido el centro del erotismo, y no hay nada que me

excite más. Pero cada vez que yo intentaba acercar mis labios a los suyos se las arreglaba para maniobrar y alejarse de mí. Cuando mis manos empezaron a pasearse por su cuerpo, me las agarró con fuerza. Pensé que quizá era una especie de juego preliminar, que tal vez quisiera que yo resistiera mi deseo de tocarlo el máximo tiempo posible, así que

le seguí el juego. Con Hugo, esta siempre parece ser la mejor opción. De repente, me dio la vuelta y literalmente se puso encima de mí, apenas después de dos minutos de besos en el cuello. No sé si seré capaz de escribir lo siguiente. ¿De verdad quiero contártelo?

Sentí que metía la mano derecha entre nuestros cuerpos y se

guiaba dentro de mí. Le costó, porque apenas estaba erecto. Intenté sugerir que fuéramos más despacio. Que disfrutáramos el uno del otro un poco más. Me ignoró, y lo que siguió fue francamente desagradable. Sin mostrar ningún interés por lo que pudiera sentir yo, se introdujo dentro de mí, con la clara intención de estimularse, hasta que,

con un pequeño gruñido, salió y se tumbó boca arriba.

Yo no era capaz de articular palabra. Las lágrimas me resbalaban por las mejillas, y me alegré de que la luz estuviera apagada. No quería que supiera hasta qué punto me había decepcionado. Me tragué un sollozo, pero no tenía que haberme preocupado por disimular que

estaba llorando. Sentí un movimiento, y me di cuenta de que Hugo se estaba levantando de la cama.

—Buenas noches, Laura.

Y eso fue todo. Sin una palabra más, se marchó.

Al día siguiente me desperté sola, otra vez. Nada de hacer el amor por la mañana, o de entrelazar las piernas y abrazarse para dar la

*bienvenida al día.
Recuerdo que me sentía
totalmente vacía, como
si me hubieran extraído
las entrañas mientras
dormía. Por un
momento no comprendí
por qué me sentía así.
Es raro: algunas
personas dicen que
cuando les sucede algo
malo a menudo se
despiertan sintiéndose
perfectamente hasta que
la realidad los golpea.
En mi experiencia es*

exactamente lo contrario. Te despiertas sintiendo el dolor, pero tardas un rato en recordar qué lo ha causado.

Allí estaba yo, dos días después de la boda, y ya sabía que mi marido se había casado conmigo porque le recordaba a otra mujer, que tendremos habitaciones separadas y que nuestras relaciones sexuales —al

menos por ahora— no son el encuentro apasionado entre dos personas que había esperado.

Desde entonces han sucedido más cosas, porque todo eso ocurrió hace siete días. Pero no me veo con ánimo de escribir más, al menos por ahora.

Ojalá pudiera contártelo, hacerlo de verdad. No sé qué hacer, Imo. Estoy

*confundida y me siento
desgraciada. Pero debo
ser positiva. Así que
pediré una copa de vino
blanco bien frío e
intentaré concentrarme
en pensamientos
positivos antes de
volver al hotel. Con
Hugo.*

Besos,

Laura

19

El lunes por la mañana amaneció claro y fresco, la clase de día de otoño que a Tom normalmente le gustaba. Después de que Kate se marchara la noche anterior había sentido la tentación vengativa de abrir una estupenda botella de whisky de malta que guardaba en la despensa, pero ahora se alegraba de no

haberlo hecho. El vino era suficiente, y de esta manera empezaba el día con la cabeza despejada. Bueno, al menos despejada de alcohol. En un día cualquiera la tenía nublada de confusión, con un millón de pensamientos distintos y sin aparente relación que pugnaban por alcanzar la supremacía en su mente.

—¡Gracias, Kate! —
murmuró Tom para sí mismo. Lo último que necesitaba en ese momento

eran problemas personales. Tenía que centrarse en el trabajo.

La primera parada fue la comisaría, pero quería volver a Oxfordshire en cuanto le fuera posible. Como Becky, percibía la tensión bajo la superficie, pero a diferencia de ella deseaba entender cuál era el origen.

Apenas eran las siete de la mañana, pero encontró a varios miembros de su equipo al pie del cañón.

Eran un puñado de entusiastas, así que los convocó a todos para una puesta al día rápida sobre los progresos alcanzados en las once horas transcurridas desde que se había ido a la supuesta paz de su apartamento. Se apoyó en una mesa al fondo de la habitación y los demás sacaron sillas o se sentaron sobre las mesas alrededor de él. Ajay siempre se mostraba deseoso de hablar el primero, y aquella mañana

no fue una excepción.

—Hemos encontrado información sobre Tina Stibbons, señor. Tiene antecedentes. Trabajaba de enfermera para un anciano cerca de Cromer, y la hija del hombre la acusó de robar unos sellos valiosos. Sus huellas estaban por todo el álbum; ella lo justificó afirmando que había estado admirando los sellos con el permiso del anciano. Él no recordaba si se lo había dado o no. La hija estaba

empeñada en meter a Tina en la cárcel, pero dos días antes del juicio se retiraron los cargos. Los sellos no aparecieron. Tina se fue de Cromer y no se habló más del asunto. La Policía Local estaba indignada pero, teniendo en cuenta que el anciano estaba moribundo, no les pareció correcto acusarlo de hacerles perder el tiempo. Sospecharon de alguna clase de chantaje, pero no se pudo demostrar nada. De repente, la hija

parecía ansiosa por esconderlo todo debajo de la alfombra. Sabe Dios qué descubrió Tina.

En vista de lo que Tina —alias Annabel— le había contado el día anterior, Tom empezó a vislumbrar una pauta.

—Buen trabajo. ¿Habéis encontrado alguna foto de Tina?

—Por supuesto, y no es una visión agradable, se lo aseguro. ¿En qué estaría pensando Hugo? —dijo

Ajay, que era el tipo de hombre que nunca lleva un pelo fuera de lugar y estaba muy orgulloso de sus regulares facciones asiáticas. Era un comentario típico de él.

—El físico no lo es todo. Cuidaba a su madre, y quizá él vio una faceta diferente de ella. ¿Dónde está la foto?

—En el tablón que hay detrás de usted, jefe. Arriba a la derecha.

Tom se volvió a mirar el tablón magnético, e incluso

él se quedó asombrado cuando vio la foto. Resultaba casi imposible reconocer a Tina Stibbons y Annabel Fletcher como la misma persona. El día anterior le había dicho que parte del trato había consistido en «unos arreglos», y no mentía.

Una de las chicas le llevó un café, que Tom agradeció enormemente, y luego le señaló una de las fotos.

—Ésta de *lady* Annabel

la tomaron justo después de la boda. Fue un bombazo, a pesar de que Hugo quiso mantenerla en privado y gran parte se celebró a puerta cerrada. Pero, dado que era una celebridad, los fotógrafos de prensa se esmeraron con sus teleobjetivos. ¿Alguien ha visto esos programas norteamericanos de la tele sobre arreglos de cirugía estética? —Los hombres se miraron inexpresivamente, pero las chicas del equipo

sonrieron y asintieron—. Seleccionan a la chica más fea y la someten a cirugía estética por todas partes. Realmente consiguen convertir patitos feos en cisnes a base de rinoplastias, cambios de barbilla, ensanchamientos de ojos, liposucciones de abdomen, implantes de mamas, toda clase de fundas en los dientes... Prácticamente les arrancan la piel para que les crezca una nueva. Depilación con láser de todo

el pelo que crece donde no debe, implantes de cabellos si no tienen suficientes... Y cuando terminan de crear un espécimen físico completamente diferente, empiezan con la peluquería y el maquillaje. Es extraordinario, excepto por el hecho de que todas acaban pareciéndose. Bueno, pues ella parece un producto de uno de esos programas y, según mis cálculos, su nuevo aspecto debió de costarle alrededor de medio millón

de libras.

—¿A alguien le resulta extraño que convirtiera a un patito feo en cisne con su primera mujer y que hiciera exactamente lo contrario con la segunda? —preguntó Ajay, volviendo a su tema preferido del físico. Casi todos asintieron, pero Tom sintió un extraño impulso de defender a Laura.

—Imagino que todos sabéis que ha estado enferma —dijo—, y es evidente que la depresión o

lo que fuera ha tenido un impacto en ella. Pero no la daría por perdida. Tiene algo.

Tom sonrió mientras duraron los silbidos y comentarios procaces que eran de esperar. Estaba bien bajar un poco la tensión, aunque fuera a su costa.

—Venga, qué más tenemos.

Bebió un poco de café mientras miraba alrededor, y una agente joven —Tom recordó a tiempo que se

llamaba Alice— levantó la mano.

—Hemos comprobado los vuelos, tanto de Laura Fletcher como de Imogen Kennedy. Todos concuerdan. Lo único que no sabemos es dónde estuvo exactamente la señora Kennedy la noche anterior. Dado el intervalo temporal, pensé que estaría bien comprobar los vuelos de todos los aeropuertos de Londres a París, por si había venido, lo había hecho y

después había vuelto para regresar de nuevo. Pero no he encontrado nada.

—Bien pensado, Alice. Buen trabajo. No tenemos motivos para sospechar de Imogen Kennedy, y ella afirma que llevaba años sin ver a Hugo. Sin embargo, cuando le pregunté qué pensaba de él, detecté una mentira. Parecía vagamente evasiva. Dijo que no era muy divertido, o algo por el estilo. Algo en su indiferencia me hizo

sospechar que ésta era calculada. Por otro lado, Laura ha pasado de ver a Imogen como adversaria a considerarla su apoyo incondicional. Con coartada o sin ella, no quiero que se descarte a Imogen Kennedy. Alice, encárgate de investigar todo lo que puedas acerca de ella, sus visitas al Reino Unido en los últimos dos años, de hecho cualquier viaje, y veamos si algo la relaciona con Hugo.

Tom echó otro vistazo a

la habitación.

—Vamos. Qué más. ¿Tenemos alguna novedad de Danika Bojin, la chica desaparecida?

—No, jefe, no hemos encontrado rastro de ella. Fuimos a visitar a los Gregson, la familia con la que vivía, y siguen sin saber nada de ella. Aseguraron que era una chica encantadora y que le estaba muy agradecida a *sir* Hugo. Hace dos años que está con ellos, desde los dieciséis. No creen

que pueda estar implicada en esto de ningún modo.

—¿Aportaron alguna información útil? — preguntó Tom.

—Dijeron que muchas de las chicas desaparecían. Las bandas las localizan y se las llevan otra vez, cuando ya han cobrado por ellas, claro. Para impedir que esto ocurra, cuando una chica es colocada en una casa hacen lo posible para que no mantenga contacto con las demás. La idea es que el

rastro se enfría si las mantienen separadas, y ellas se integran mejor en la vida de la familia, que tampoco debe saber nada de las otras familias. Por lo visto, todo está relacionado con la seguridad. Gregson dijo que no tenía muy clara esta lógica, y algunos de los empleados de la organización están de acuerdo con él. Pero *sir* Hugo insiste en ello, y es él quien paga...

»En fin, según Peter

Gregson, Danika rompió esta norma. Cuando empezó a vivir con ellos hace dos años, mantenía el contacto con dos chicas. —Ajay consultó sus notas—. Mirela Tinescy y Alina Cozma. Las muchachas acordaron que no se dirían dónde vivían, pero se citaban cada mes durante una hora. Peter lo descubrió porque Alina Cozma desapareció durante los primeros seis meses, y Danika le pidió ayuda.

Primero se esfuma la tal

Alina, y ahora lo hace Danika Bojin... Tom recordó que Jessica se había mostrado dura con algunas de las jóvenes por tirar por la borda la posibilidad de emprender una nueva vida, pero estas dos no parecían ajustarse a aquella idea. Apuntó los nombres en su cuaderno, con una grafía aproximada.

—¿Por qué estaba preocupada Danika?

—Alina había faltado a dos citas y, aunque las otras

no podían ponerse en contacto con ella, estaban seguras de que se lo habría comunicado de haberse trasladado. Creo que habían visto demasiadas películas de James Bond, porque habían establecido un «lugar de entrega». —Ajay sonrió—. Quedaron en que si algo cambiaba escribirían una nota y la pegarían debajo de una papelería de Green Park, cerca de donde solían encontrarse. Pero allí no había nada. Por supuesto, la

nota podría haberse despegado, pero Danika estaba muy preocupada. Hacía casi tres meses que no veía a su amiga, y por eso decidió hablar con la organización. Fue a Egerton Crescent, acompañada de su amiga Mirela Tinescy. Hablaron con Jessica Armstrong y le preguntaron si sabía qué había sido de Alina. Jessica no pudo o no quiso ayudarlas. Se limitó a regañarlas por haber quebrantado las normas; dijo

que se habían metido en un buen lío. Hugo no estaba presente.

Ahora todos en la sala estaban pendientes de Ajay. Nadie se movió, y él continuó hablando.

—Danika decidió que le daba igual haberse metido en un lío. Lo único que le importaba era su amiga. De modo que un par de días después decidió intentar localizar a Hugo en su casa de Oxfordshire. Mirela no fue tan valiente y no la

acompañó, así que Danika fue sola. Después de tomarse tantas molestias, no encontró a Hugo en casa. Le explicó el asunto a *lady* Fletcher, que según Danika se mostró muy comprensiva y dispuesta a colaborar. Dijo que lo investigaría. Pero solo tuvo noticias de Laura una vez, dos semanas después. Danika estaba muy decepcionada, pero no fue mucho después de esto cuando mandaron a Laura de nuevo a la clínica. Debió de

ser justo antes de Navidad, hace un par de años.

Tom estaba perplejo. Si Laura había conocido a Danika, ¿por qué no había dicho nada el día anterior, cuando escucharon el mensaje del contestador? Parecía distante, y de hecho había asegurado que no sabía nada de las chicas. ¿Por qué habría mentido?

—Ajay, ¿cómo sabemos todo esto si Danika continúa desaparecida? —preguntó Tom.

—Le contó toda la historia a Peter Gregson, porque creía que había abusado de su confianza. Él está bastante seguro de que desde entonces se ha ceñido a las normas. Es decir, hasta que desapareció el miércoles.

Tom seguía atónito por la falta de reacción de Laura. Entonces se le ocurrió una idea. Había dado por supuesto que Laura se había angustiado a causa del mensaje de Annabel, pero

quizá lo había malinterpretado por completo. Tal vez fue la noticia de que Danika había desaparecido el motivo de su preocupación. Aunque hubieran pasado dos años, no creía que Laura no pudiera reconocer el nombre de Danika.

—¿Habéis comprobado... —Tom consultó sus notas—, lo de Alina Cozma con Jessica Armstrong? Becky dice que ella es la responsable del

seguimiento de las chicas desaparecidas.

—No. Iremos a hablar con ella a la oficina esta mañana, cuando abran. Intentaremos descubrir si a Alina le sucedió algo, o si simplemente se escapó. También tenemos que hablar con la otra joven, Mirela Tinescy, para ver si puede arrojar algo de luz sobre el paradero de Danika.

—Bien. Y recopilad detalles acerca de cualquier chica que haya

desaparecido, pongamos... en los últimos doce meses. Cualquiera de ellas puede ser sospechosa. A ver qué descubrás. ¿Qué más? Veamos. ¿Algo sobre los guardaespaldas?

La habitación se había ido llenando poco a poco, y Tom advirtió que el comisario había llegado y escuchaba desde el fondo. Alice volvió a levantar la mano, un poco más cautelosamente esta vez. Miró por encima del hombro

la habitación llena de gente, y Tom pensó que parecía demasiado tímida para ser policía. Era muy lista, que era precisamente lo que él necesitaba, pero sus mejillas se ruborizaron ligeramente cuando empezó a hablar.

—Sí, jefe. Ayer hablé con la empresa que normalmente se ocupa de *sir* Hugo. Aseguran que este fin de semana les dijo específicamente que no quería verlos. Afirmó que tenía asuntos privados y que

no pensaba asistir a ningún acto. Corroboran lo que dijo *lady* Fletcher: normalmente él solicitaba sus servicios cuando debía ir a algún acto público y nunca hubo ningún indicio de problemas, de modo que no entendían para qué los necesitaba.

—¿Les preguntaste si, según su experiencia, Hugo tenía una amante o si alguna otra mujer lo acompañaba a alguna parte?

—Sí, lo hicimos. Pero

todos ellos, los tres que habitualmente se le asignaban, afirman que nunca han visto ni rastro de otra mujer.

Tom se metió las manos en los bolsillos. Otro callejón sin salida.

—De acuerdo. ¿Qué hay de las pelucas? —preguntó, sin demasiada esperanza. Uno de los detectives más mayores, pero más queridos, se levantó.

—Ayer no pudimos avanzar mucho porque

estaba todo cerrado, pero hoy volveremos sobre ello. No obstante, hay otra cosa, jefe. Investigué un poco para saber qué problemas había tenido *lady* Fletcher. Aunque los médicos no hayan confirmado nada, cuando se publicó esa foto de ella la gente empezó a escarbar toda la porquería que pudo, sin duda pagando por la información. La versión es que sufría delirios, lo que corrobora lo que la madre de *lady*

Fletcher le contó a Becky. Al menos esto fue cuando la ingresaron por segunda vez. No estaba seguro de lo que significaba y lo busqué en Wikipedia, y para los zopencos que me escuchan lo he resumido en un par de frases. —El policía miró una hoja que tenía en la mano. Tosió teatralmente. «La persona que sufre trastornos delirantes tiene uno o más delirios extraños. Pueden ser funcionales y no mostrar comportamientos curiosos o

extravagantes, excepto como resultado de su idea ilusoria».

Aparte de unos abucheos como reacción a su comentario sobre «los zopencos», la definición fue escuchada en silencio. Solo Tom tenía una pregunta.

—¿Qué se consideraría un delirio no extraño?

—Creo que es cuando el delirio es plausible, aunque sea absolutamente inventado. Un delirio extraño sería el hecho de que

yo creyera que en esta habitación todos tienen la cara azul, o que los marcianos han invadido mi salón. Un delirio no extraño sería creer que cada vez que salgo de una habitación todos se ríen de mí, o creer que mi esposa tiene una aventura con el lechero, aunque las pruebas demuestren con contundencia que el lechero es gay. La persona que sufre delirios cree que está en lo cierto, y no hay forma de

razonar con ella.

La explicación provocó numerosas carcajadas y burlas, tal como sin duda pretendía el detective. Tom sabía que al menos durante veinticuatro horas, hasta que todos se cansaran, cada vez que este detective saliera de la habitación se oirían risas fuertes pero falsas, y que las bromas sobre lecheros estarían a la orden del día. Esto ayudaba a mantener el buen ambiente, aunque todos trabajaran con ahínco,

y también sabía que era difícil que a partir de entonces alguien olvidara la definición.

—Ayer nos enteramos de que un comisario había estado involucrado en el internamiento de Laura. El comisario Sinclair ha aceptado amablemente investigarlo. ¿Alguna novedad, señor? —preguntó Tom, mostrando la debida deferencia hacia su jefe frente al resto del equipo.

El comisario se puso en

pie.

—Sí y no. Resulta que el comisario en cuestión es Theo Hodder. —Tom no pudo evitar notar las miradas que se cruzaron por la habitación. Incluso habiendo trabajado en Manchester había oído hablar de Theo Hodder. Aunque no formara parte de la Policía Metropolitana, había sido objeto de varios rumores sin confirmar dentro del cuerpo. Nunca se demostró nada contra él—.

Desgraciadamente —siguió James Sinclair—, en este momento el señor Hodder está disfrutando de unas exóticas vacaciones en el Amazonas o en algún lugar donde no se le puede localizar. Uno pensaría que ya vive suficientes emociones con su trabajo, pero por lo visto está decidido a descubrir unas tribus caníbales ocultas. Probablemente le habríamos podido encontrar algo parecido por aquí, de

habérmoslo pedido. De modo que parece que tendremos que esperar, o bien preguntar a *lady* Fletcher. Pero buen trabajo, todos. Tenéis mucha información, teniendo en cuenta que ayer fue domingo.

James siempre tan buen compañero, pensó Tom. Siempre dando ánimos.

Muy consciente de que andaban cortos de sospechosos plausibles, Tom decidió que, de todos modos, debían repasar las

opciones y hacer una tormenta de ideas.

—Veamos. Alice, por favor, ¿puedes hacer de escriba? —La chica se levantó con rapidez y se dirigió al tablón. Primero apartó las fotos y los demás documentos pegados con imanes; luego tomó el rotulador rojo—. Elaboremos una lista de todos los sospechosos, empezando por la más obvia: Laura Fletcher. De momento no he encontrado

ningún motivo concreto, excepto el hecho de que Hugo parece haber sido el responsable de sus internamientos hospitalarios. Eso ocurrió hace ya algún tiempo, pero dicen que la venganza es un plato que se sirve frío. Había algo raro en su relación que todavía no he entendido bien. ¿Algún comentario?

Como de costumbre, Ajay fue el primero en responder.

—Sí, jefe. El tipo que

vio salir a la mujer, si se trata de la mujer que buscamos, dijo que parecía *sexy*. ¿Se podría decir esto de Laura Fletcher?

—La primera vez que la vimos, Becky dijo que Laura parecía una mujer que se había rendido. Creo que esa fue la impresión. Pero una ropa menos anodina, un poco de maquillaje... creo que tendrían un impacto significativo en nuestra percepción de *lady* Fletcher. De todos modos, dado que

parece irrefutable que se encontraba en un avión en ese momento, ¿alguien cree que merece la pena seguir investigándola?

Como había esperado Tom, nadie lo creía.

—Siguiente: Annabel, la exesposa, conocida también como Tina. Buen motivo; ella creía que él estaba a punto de cambiar el testamento, aunque sospecho que ella estaría mejor económicamente con él vivo que muerto. No tiene

coartada, así que en teoría es posible. Pero es muy esquelética, y no me imagino que le siente bien una falda de piel. Sus piernas son como palillos. Y no olvidemos que Hugo permitió que esa persona lo atara a la cama, porque no había señales de lucha. También hizo falta cierto grado de inteligencia. No quiero descartarla, pero realmente no creo que lo haya hecho ella personalmente. Tendría que

habérselo encargado a alguien, y no conozco a muchas sicarias.

El nombre de Annabel se añadió a la lista, con una flecha que apuntaba a su foto.

—En la misma casa — continuó Tom—: Hannah Jacobs, la niñera. Por lo visto se le caía la baba por Hugo, y según Stella Kennedy colaboró para que internaran a Laura la primera vez. Sin embargo, parece que estaba en

Oxfordshire con Alexa, en la piscina. Tenemos que comprobarlo, asegurarnos de que no dejó a Alexa con otra niñera.

Tom había empezado a pasear con la cabeza baja, centrado en todo lo que había averiguado en los dos últimos días.

—Después tenemos a Imogen Kennedy. Estaba en Francia, pero existen lagunas en su cronología. De todos modos, ningún motivo a la vista y ningún indicio de

que estuviera en Egerton Crescent. Lo que es seguro es que algo raro pasa, y hay que tenerlo en cuenta.

»Jessica Armstrong, ayudante personal de Hugo, y gran admiradora de su jefe, o eso dice ella. Edad adecuada, cuerpo adecuado, fácil acceso al piso. Se han encontrado sus huellas en algunos lugares de la casa, pero pueden estar justificadas. No ha proporcionado coartada. No encontramos motivo, como

no sea una posible obsesión con él, aunque no parece ser una mujer muy expresiva. Debemos investigar a fondo y ver qué descubrimos. Becky cree que es la candidata a amante más probable.

Alice apuntó el nombre de Jessica en el tablero.

—Prostitutas de Europa del Este, chicas rescatadas. Al menos una, si no más, está desaparecida. Podrían haberlo hecho juntas. No sabemos qué motivo podrían

tener, pero podrían haberlas obligado a hacerlo. Operación Maxim lo cree poco probable. Bien. ¿Ideas?

Bob, uno de los detectives más experimentados, intervino.

—Teniendo en cuenta que tenía numerosos tratos con prostitutas, tanto en activo como retiradas, y que una de ellas ha desaparecido, ¿podría ser que la chica desaparecida fuera la amante de Hugo? Como Laura estaba encerrada, podría

haber recurrido a una de sus propias prostitutas. Tal vez estaba cambiando la actual por un modelo nuevo, o algo por el estilo, y la despedida no estaba muy contenta.

Tom asintió.

—Bien pensado, Bob. Necesitamos investigar esta línea en cuanto abran la oficina. La única persona que podría saberlo es Jessica, así que no tengáis compasión. Llamadme en cuanto tengáis algo. Y hablando de Jessica,

¿alguien cree que Rosie podría estar involucrada? Para los que todavía no la conocen, es la secretaria social, la que nos ayudó a localizar a Laura.

De nuevo fue Bob el primero en responder.

—Sinceramente, no. Estuve presente el sábado cuando le comunicaron la muerte de Hugo, y por su reacción diría que es poco probable. La localizamos en Harvey Nichols unas tres horas después del asesinato.

Según la amiga con la que estaba, llevaban allí al menos dos horas. Hay que ser muy frío para irse de compras una hora después de haber cometido un asesinato.

Por lo que había visto, y por lo que había contado Becky, Rosie no encajaba en esa categoría ni de lejos.

—Veamos —resumió Tom—, las primeras clasificadas son las chicas rescatadas o una amante que todavía nos es desconocida.

Alice está siguiendo los movimientos de Imogen Kennedy en los dos últimos años, por si la cazamos en una mentira respecto a Hugo. Jessica es una de las competidoras, así que tenemos que investigarla desde todos los ángulos: dinero, novios, vida social, lo que tenga en el ordenador, etcétera. También

necesitamos preguntarle si sabía algo de las visitas que Danika Bojin le hizo a Hugo hace un par de años, y según

Peter Gregson, de nuevo la semana pasada. Después está la entrada misteriosa en su agenda, que no figuraba en la agenda de casa. ¿Cómo era?

—LMF, jefe —dijo Ajay—. Todavía no sabemos qué significa. Hemos revisado todos los nombres y direcciones una y otra vez en el ordenador para ver si se relaciona con alguna persona o algún lugar, pero no encontramos nada. Los técnicos tienen el ordenador,

pero de momento no han hallado nada importante.

—Bien. Seguid buscando. Preguntad a todas las personas que entrevistéis, a ver si alguien está inspirado. ¿Alguien ha averiguado algo acerca de la nicotina líquida?

Bob levantó otra vez la mano.

—Sí. La historia de siempre, me temo. Si buscas en Internet, con un poco de paciencia encuentras explicaciones sobre cómo

prepararla. Además, es bastante fácil. Existen otras posibilidades, como conseguirla a través de alguien que trabaje en alguna de las empresas que fabrican parches de nicotina, pero lo más probable y más seguro es fabricarla uno mismo.

—Gracias, Bob. ¿Hoy día no hay nada sagrado? De acuerdo, chicos, pongámonos a trabajar con lo que tenemos y nos reuniremos de nuevo esta

noche para ver qué frutos ha dado nuestro esfuerzo. Dentro de un rato vuelvo a Oxfordshire para ver qué más descubro de la vida de Hugo. Llamadme para ponerme al día sobre las chicas desaparecidas, por favor. Por mi parte, preguntaré a *lady* Fletcher sobre el día en que Danika fue a visitarla.

E intentaría descubrir por qué no había mencionado que la conocía, pensó para sus adentros.

Imogen se despertó muy temprano, tras una noche de sueño agitado. Había dejado de leer después de la triste primera noche de Laura con Hugo. Deseaba mucho continuar leyendo, pero pensaba que necesitaba digerir la carta anterior y tomárselo con calma. El dilema de Laura era claro para Imogen, así como su

pena y su desilusión.

Sabía que nadie se habría levantado aún, de manera que se recostó en los almohadones y acercó las cartas.

*¡TODAVÍA SEPTIEMBRE
DE 1998!*

Mi querida amiga:

*Éste es el último día
de nuestra luna de miel.
Nos marchamos de*

Positano dentro de dos horas. Hugo está leyendo el periódico y yo me he escapado a «la playa». En este hotel no hay exactamente una playa, sino un maravilloso acantilado rocoso con escalones que descienden hasta el mar. Para llegar al agua tienes que bajar por el acantilado. El verano ya queda lejos, pero el sol brilla y

*pienso que al menos
puedo regresar
bronceada. Todavía
quiero mantener la
impresión de que ha
sido una luna de miel
estupenda. Lo más triste
de todo es que en cierto
modo ha sido perfecta.
Hugo ha estado
encantador y atento, y
ha elegido los lugares
solo para complacerme,
pero no puedo olvidar
la desilusión de nuestra
vida sexual.*

Al menos es imposible que Hugo me interrumpa aquí. Se quedó consternado al oír que quería aventurarme en una zona pública cuando podía disfrutar de la terraza de nuestra suite, por lo que estoy segura de que no me seguirá. En este hotel todo es lujoso, y el esnobismo de Hugo me garantiza que estoy segura para escribirte. Lo siento, ha

*sido un comentario
innecesariamente
resentido, pero me temo
que es un poco esnob.*

*De todos modos,
volveré al primer día
completo de nuestra
luna de miel y te lo
contaré todo. Por mal
que me sintiera aquella
mañana —después de la
noche anterior—, me
obligué a levantarme y
vestirme, aunque ni así
desapareció por
completo la sensación*

de decepción.

Pero estábamos en Venecia, la ciudad del amor. «La Serenissima».

Para mí es la ciudad más romántica del mundo, con sus magníficas vistas, los asombrosos palacios antiguos y la imponente plaza de San Marcos. Es un lugar famoso por las aventuras amorosas y los amantes célebres; una ciudad llena de

contradicciones, desde lugares repletos de turistas a calles estrechas que bordean canales silenciosos y desaparecen al doblar una esquina. Sé que no has estado nunca aquí, pero cuando te alejas de las multitudes oyes risas, gritos y cantos que salen de las ventanas abiertas y por detrás de las persianas cerradas; olores de cocina —ajo, hierbas y

tomates— se escapan de las casas y se mezclan con el olor a tierra húmeda del agua. El lugar transmite una alegría persistente. ¿Sabías que en Venecia, el amante de una mujer casada (un cicisbeo, lo llamaban) solía acompañar a la mujer con el permiso del marido a los acontecimientos públicos e incluso a la iglesia?

Es un lugar donde siempre se ha celebrado el amor carnal. Y Hugo decidió traerme aquí. Tiene que significar algo.

Lo que sucedió la primera noche tuvo que ser una aberración. Cansancio por culpa de la boda, o rechazo provocado por la discusión que tuvimos. Pudo ser por cualquier cosa, y no conozco lo suficiente a Hugo como

para saberlo. ¡Me duele reconocerlo! Pero preguntar sería señal de crítica, y sé que proyectar dudas sobre el rendimiento sexual de un hombre es un camino seguro hacia el desastre.

Así que he intentado recordar que ha sido él quien ha organizado esta luna de miel perfecta, y pensando en esto he decidido que tengo la obligación de

hacerlo feliz. A lo mejor nunca ha tenido una verdadera relación de amor; él y Annabel no eran felices, eso está claro. Y no hay nada que no pueda arreglarse. «No existen los problemas, solo las soluciones». Es algo que yo solía decir en el trabajo. Para el resto de nuestra estancia en Venecia, estaba decidida a hacer lo que fuera necesario para

hacerlo sentir bien y darle la seguridad de mi amor. Estaba segura de poder cambiarlo.

De manera que esa mañana salí a nuestra terraza privada, donde nos habían servido un delicioso desayuno, y saludé a Hugo con una agradable sonrisa. Me incliné para besarlo afectuosamente en la cabeza.

—Buenos días, querido. Espero que

*hayas dormido bien.
¿Has pensado lo que
quieres que hagamos
hoy?*

*Hugo parecía haber
recuperado su humor
afable, si bien un poco
reprimido. Si le
sorprendió verme
aparentemente
contenta, lo disimuló
bien.*

*—Pues sí, he
pensado un itinerario.
He estado varias veces
en la ciudad a lo largo*

de los años, y sería un placer mostrarte sus mejores sitios. Echa un vistazo y dime lo que te parece.

Aparté el plato de fruta y acerqué la guía con las páginas marcadas. Vi que Hugo había escrito con su pulcra letra una lista de las cosas que podíamos hacer cada día de nuestra estancia en Venecia. Se me encogió el corazón cuando vi los

monumentos que figuraban en su lista de prioridades. Sabes que me gusta ir a ver una galería de arte de vez en cuando, pero también me encanta sentarme en la terraza de una cafetería y ver la vida pasar. Quería relajarme en la plaza de San Marcos y escuchar todas las pequeñas orquestas que compiten entre ellas por atraer clientes. Quería que nos

subiéramos a un vaporetto y buscáramos un local tranquilo lleno de venecianos para almorzar.

Pero si algo había aprendido era que la forma de tener éxito era no señalar ni un solo fallo en cualquier cosa que Hugo hubiera planeado. Era nuestro primer día, y no podíamos estresarnos en absoluto. Lo más fácil sería aceptar lo

que él quería y luego, si era posible, sugerir algún cambio cuando estuviera de un humor condescendiente.

—Es estupendo, cariño. Creo que me pondré zapatos planos, porque parece que vamos a tener que caminar mucho.

Hugo dejó el cuchillo con el que estaba untando una tostada de mantequilla y me miró.

—¿No te parece bien?

—Sí, claro que sí. Solo intentaba recordar qué he traído. Después de desayunar iré a ver. Me ayudaste a preparar el equipaje, de modo que seguro que encuentro algo.

El tono de nuestros días quedó establecido, así como el de nuestra relación. Cada día íbamos de un monumento famoso a

una galería de arte menos conocida. Probé varias tácticas para tratar de desviarlo de su itinerario, pero no tuve mucho éxito que digamos, y encima tuve que ser sutil para no provocar ningún disgusto que estropeará nuestra luna de miel.

En una ocasión pasamos junto a una parada de vaporetto cuando uno de ellos se detenía.

—Oh, mira, Hugo, ¿por qué no subimos un rato, solo para ver adónde nos lleva?

—¡Laura, es un autobús! —dijo—. Por Dios, querida, no tengo costumbre de subirme a los autobuses, por mucho que floten y estén en la ciudad más hermosa del mundo. Si tanto deseas ir por el agua, alquilaremos una lancha; puedes dar una vuelta después de

*almorzar, yo
aprovecharé para leer
los periódicos. ¿Qué te
parece?*

Respiré hondo.

*—Muy bien.
Gracias, Hugo, es una
idea excelente.*

*Hugo me sonrió con
afecto y me tomó del
brazo. Me sentí muy
complacida conmigo
misma por haber
creado ese armonioso
momento.*

Sé lo que estarás

pensando. Me imagino lo que me dirías. Pero, Imo, no quiero estar discutiendo todo el rato. Tiene que haber un modo mejor de hacerlo, por fuerza.

Mi otro intento de hacer algo que no estuviera en el itinerario de Hugo se dio cuando cruzábamos la plaza de San Marcos camino de no sé qué museo. Era nuestro último día en Venecia.

—¿Sabes qué, Hugo? Me apetece un capuchino. ¿Nos sentamos en una de estas mesas y escuchamos un rato la orquesta? Solo cinco minutos.

Hugo me sonrió y me pasó el brazo por los hombros.

—Si te apetece un café, lo tendrás. Pero no aquí. Estas palomas son asquerosas y transmiten

enfermedades. El Danieli está a cuatro pasos. Vamos a tomar un café en un entorno civilizado.

Aunque tomar algo en un hotel tan lujoso sería un placer para muchos, a mí me gusta observar a la gente. Y no me refiero a la clase de clientela que atrae el Danieli, por elegante y refinada que sea. Pero Hugo, con gran delicadeza, había

modificado su itinerario por mí, de modo que aquello era un avance y decidí considerarlo un paso adelante positivo.

En fin, nuestros días juntos pasaron en relativa armonía. Hugo hacía los planes, y yo vi todos los monumentos importantes de Venecia. Disfrutamos de unas comidas espléndidas y hablamos, probablemente más de lo que lo habíamos

hecho nunca. Creía de verdad que estábamos intimando.

Y él se mostraba afectuoso, tanto con palabras cariñosas como con la forma como me aferró la mano cuando subí a bordo de la lancha que tomamos desde nuestro hotel hasta la plaza de San Marcos, o cuando me sujetaba el codo para guiarme por una callejuela. Si

encontrábamos una joyería o una tienda que vendía exquisitos pañuelos de seda, se detenía a observar el escaparate conmigo y me preguntaba si quería entrar a comprar algo. Y en el restaurante siempre me retiraba la silla, me acariciaba los cabellos o me daba un beso en la mejilla. Hasta aquí era perfecto.

Pero, por desgracia, las noches eran un poco

decepcionantes. Hugo no propuso volver a mi dormitorio. La segunda noche lo intenté yo. Con toda la calma que pude, le pregunté si vendría a la cama conmigo.

Él se limitó a sonreír y sacudió la cabeza.

—Esta noche no, querida. Ha sido un día muy ajetreado y ambos estamos cansados. Ya te avisaré cuando crea que es oportuno.

Enredó los dedos en mis cabellos y tiró suavemente de mí para darme un beso de buenas noches.

Dios mío, qué frustrante. Sé que si armo jaleo no ganaré, y al día siguiente será una pesadilla. Me di cuenta de que lo único que podía hacer era intentar que nuestros días juntos pasaran lo más agradablemente posible, que aparte de

los museos y las galerías de arte no fue tan difícil, si te soy sincera. Pero aspiraba a la perfección para que quisiera estar conmigo por la noche.

Esperé hasta la última noche. Durante la cena estuve lo más divertida y provocativa de lo que fui capaz; le hice reír y lo toqué ligeramente mientras hablaba. Había decidido que cenáramos

en el restaurante del hotel. Dijo que quería que todo el mundo viera a su preciosa esposa, y había elegido para mí un vestido de seda gris pálido que, según él, hacía que mis cabellos resaltarán de una forma sensacional. Como te puedes imaginar, yo estaba bastante sensible con los comentarios acerca de mis cabellos, pero respiré hondo y traté de calmarme.

*Cuando
regresábamos a nuestra
suite, lo tomé del brazo
y apoyé la cabeza en su
hombro. Conteniendo la
respiración para no
meter la pata, intenté
hacerle un cumplido.*

*—Solo quería
decirte que estos días
han sido maravillosos,
Hugo. No podía
imaginar un lugar más
bonito para una luna de
miel, y te quiero dar las
gracias por hacer que*

fuera tan especial.

*Hugo me apretó el
brazo.*

*—Ha sido
maravilloso, ¿a que sí?
Espero que te hayas
dado cuenta de que
para mí lo más
importante es lo que tú
deseas. Por lo general
sé qué es lo mejor,
aunque a ti no te lo
parezca. He cumplido tu
sueño de pasar unos
días en Positano, pero
ahora podemos volver a*

casa, donde empezará realmente nuestra vida juntos. Ahora todo será diferente.

No supe qué deducir de esto, pero estaba claro que mi duro trabajo de los últimos días había dado sus frutos. Decidí arriesgarme e intentar ganar el primer premio.

Al entrar en nuestra suite, tiré de Hugo hacia mí y me apreté contra él. Levanté la

cabeza y lo besé con toda la ternura de la que fui capaz. Hugo empezó a responder. Comenzó a mostrarse realmente apasionado, y tuve que esforzarme mucho por dominarme. Lo lograría. Lo sabía.

Metí las manos por debajo de la americana y le rodeé el cuerpo con mis brazos. Poco a poco subí las manos hacia su nuca. Apreté mis pechos contra él, algo que

sabía que le gustaba antes de que nos casáramos.

—Hugo, ¿vamos a mi habitación? — pregunté en voz baja. Sentí que su cuerpo se tensaba. Sus palabras sonaron ásperas.

—Pretendía sugerirlo yo mismo, Laura. ¿No te parece fuera de lugar que una mujer tome la iniciativa?

No, no me lo

parecía. Ni remotamente. ¿Y a ti? Pero menudo error. Después de tanto esfuerzo, voy y meto la pata como una colegiala. Sé que le gusta mandar. Me disculpé enseguida, pero estaba confusa y no sabía lo que decía. De nuevo.

—Lo siento, Hugo. No sabía que pensabas así, pero en todas las relaciones que he tenido

antes esto nunca había sido un problema. Veo que tú no lo crees así, y debo aprender. Perdóname, por favor.

¡Estaba empeorando las cosas!

—Te agradezco las disculpas, pero la verdad es que no quiero saber nada de las relaciones de puta que hayas tenido antes de mí.

Hace tan solo unos días habría reaccionado

a su arrogancia con irritación o ira, pero entonces lo único que sentí fue una absoluta sensación de fracaso. El frágil vínculo que tanto me había costado construir parecía haberse hecho añicos.

—Querido, no era una puta. De verdad que no. Te lo conté todo antes de casarnos. Como la mayoría de las chicas de mi generación, he tenido

varias relaciones. Pero sabes que eres el primer hombre al que he amado, y el primero con el que he querido casarme y pasar el resto de mi vida. —Me horrorizó notar que me temblaba la voz, pero no podía parar de disculparme—. Lo siento tanto... Solo quería que hiciéramos el amor, y la verdad es que no entiendo qué he hecho mal.

Hugo suavizó su expresión y me agarró las manos con ternura.

—Creo que tienes mucho que aprender sobre el matrimonio y sobre la manera de pensar de los hombres. No pretendía decir que hubieras sido una puta, y me disculpo. Pero hay una gran diferencia entre una relación casual y otra para toda la vida. Necesito respetarte, Laura. Y

cuando suplicas sexo es un poco humillante. ¿No lo entiendes?

Quería gritar que no, no, no, con todas mis fuerzas. Pero no lo hice. Esforzándome por no llorar, me fui a la cama. Esperaba que Hugo cambiara de opinión y viniera, pero como ya me temía no apareció. Mis actos habían destruido lo que debería haber sido un momento hermoso.

Tardé mucho en dormirme esa noche. Pasé las últimas horas de mi tan deseada idílica luna de miel en Venecia dándole vueltas a nuestra relación.

Estaba muy confundida. Todavía lo estoy. ¿Crees que es culpa de su edad? Quizá es su clase social. ¿A ti qué te parece, Imo?

Necesito recordar que él ha planeado la

boda y la luna de miel para que fueran perfectas para mí. Ha sido amable y atento, y me ha comprado muchos regalos. ¿Estoy exagerando cosas que realmente son triviales? Qué más da si no quiere subirse a un vaporetto y si me he quedado sin mi anhelado paseo en góndola (por lo visto es vulgar). Y tal vez interpretó mis intentos de llevarlo a la cama

como una insinuación de que no me estaba complaciendo. ¿Quizá, a pesar de la evidencia de lo contrario, tiene también sus inseguridades? ¿Crees que esta es la respuesta? Tal vez solo tenga que seguir intentándolo.

Sin embargo, a la mañana siguiente, mientras nos preparábamos para ir a Positano, no se

mencionaron para nada los sucesos de la noche anterior. Me había apetecido mucho esa parte del viaje, pero ahora me sentía cansada y desanimada. Lo único en lo que podía pensar era en que llevaba casi una semana casada y que solo habíamos tenido un intento deprimente de hacer el amor.

A pesar de esta sensación persistente de

tristeza, el viaje a Positano ha sido la mejor parte de las vacaciones, aunque me sienta culpable escribiendo esto. La verdad es que a Hugo no le interesa esta parte de Italia. Ni siquiera se ha planteado ir a Pompeya —que considera un engañabobos para turistas—, y no me atreví a proponer que subiéramos al Vesubio.

Pero le parecía bien que me fuera en el coche con chofer mientras él se entretenía con los periódicos y el teléfono, y siempre estaba contento de verme cuando regresaba. Creo que debía de ordenar al chofer que lo avisara cuando estábamos a punto de llegar al hotel, porque siempre me servían una copa de vino frío justo cuando

entraba por la puerta.

Pero, en cierto modo, fue un alivio no tener que pasar todo el día intentando complacerlo. Tuve un poco de tiempo para mí. Quizá no esté hecha para el matrimonio. ¿Al principio fue difícil para ti? No lo creo; que yo recuerde, estabais radiantes de felicidad.

Sin embargo, ¡ha habido una ligera mejoría en nuestra vida

*sexual! Estoy
aprendiendo. Debo
dejarle claro que estoy
receptiva pero no
insinuarme. Anoche lo
intenté, y vino a mi
habitación. La mejora
fue que quiso intentarlo,
pero lamento decir que
el sexo en sí tampoco
fue bueno. No. Estoy
siendo educada. Fue
espantoso. Otro
momento breve de casi
violenta penetración,
que no me dio ni el más*

remoto placer.

Sé que ni loca puedo insinuar que no me satisface, pero curiosamente él sacó el tema al día siguiente.

—Laura, me he dado cuenta de que te cuesta disfrutar del sexo. Cualquier inhibición que sufras estoy seguro de que desaparecerá cuando volvamos a Oxfordshire. Haré todo lo que esté en mis

manos para que superes cualquier dificultad.

Dicho esto, tomó mi mano y la besó.

Mira, hasta entonces ni siquiera se me había pasado por la cabeza que Hugo creyera sinceramente que, si es que había algún problema, ¡este fuera mío! ¿Puede ser que sea yo? Casi salté en mi defensa, una reacción automática. Pero Hugo parecía tan

preocupado que me limité a asentir y a decirle que estaba segura de que, con el tiempo, lo podríamos arreglar.

Así terminó la luna de miel. He aprendido mucho sobre Hugo, y sobre mí misma. Nunca pensé que yo fuera una persona arrogante, pero está claro que ahora me parece que todo es culpa de Hugo, cuando de hecho lo único que

*pretende es
complacerme. En
cuanto a él, no soporta
la menor crítica, sea
clara o implícita. No sé
si será algo que venga
de su infancia.
Normalmente es así,
creo.*

*Con cariño y un
poco de tristeza,*

Besos,

L.

Stella estaba sentada en la cocina, la única estancia de la casa que le parecía mínimamente cómoda. Apenas había amanecido, pero ella había entrado por la puerta trasera, de la que tenía llave. Era la primera vez que le permitían ir y venir a su antojo, y quería estar allí cuando Laura se despertara. Sus dos hijos

habían sufrido en sus matrimonios, por una u otra razón, y no podía evitar pensar que la razón se debía a lo que habían vivido en casa. Tendría que haber ocultado mejor su aflicción. Y, ya puestos, David debería haber tenido un poco más de conciencia. ¿Qué sentido tiene estar casada si tu marido solo te da disgustos?

A diferencia de las frías y austeras habitaciones del resto de la casa, la cocina era agradable a su modo

anticuado. Los electrodomésticos eran relativamente nuevos, pero los armarios parecían de antes de la guerra, y con los años se habían cubierto con muchas capas de pintura. Parecía que la cocina hubiera cambiado muy poco con el paso del tiempo, y Stella no pudo evitar pensar casi soñadoramente en la cantidad de comidas que se habrían servido en la enorme mesa de pino y en las alegrías que habría

presenciado.

No había dormido bien esa noche, y no se sorprendió cuando Imogen abrió la puerta con un aspecto igualmente exhausto.

—Buenos días, cariño — dijo Stella—. ¿Por qué te levantas tan temprano?

Señaló la tetera frente a ella y empujó una taza blanca de porcelana a lo largo de la mesa hacia Imogen. Sabía que prefería café, pero no tenía ánimos

para levantarse y prepararlo.

Imogen apenas se encogió de hombros y, con una sonrisa distraída y poco convincente, se sentó.

—Buenos días —
murmuró.

Stella advirtió que Imogen tenía la cabeza en otra parte, pero necesitaba hablar. Quizá ella entendía lo que había pasado en la vida de Laura en los últimos años. Ella había intentado por todos los medios acercarse a su hija, pero

siempre había tenido la sensación de que Hugo hacía de barrera. Y ahora ya no estaba.

Laura era obstinada, y no le gustaba admitir el fracaso. Siempre había sido así. Stella la recordaba con diez años intentando trepar por una cuerda que Will había colgado de un árbol en el jardín. No era capaz de hacerlo, pero no dejó de intentarlo, día tras día, cayendo de espaldas cada cinco minutos, con las

manos heridas por la cuerda y las piernas más o menos igual. Por mucho que la desanimara Stella, ella seguía insistiendo. Estaba empeñada y finalmente, al cabo de una semana, se salió con la suya. Llegó hasta arriba una vez, y nunca más volvió a intentarlo. Había superado todas las previsiones; para ella era suficiente.

Stella esperaba que Imogen arrojara algo de luz sobre el motivo por el cual

su hija se había distanciado del mundo.

—Sé que no la has visto desde que tú y Will os separasteis, Imogen, pero Laura no era feliz con Hugo, y lo sabes. Desde los primeros días, su matrimonio fue un ir más y más hacia abajo. Conmigo no quería hablar y, con vosotras dos incomunicadas, ella no tenía a nadie más. Sin ti estaba perdida.

—Lo sé, Stella. Yo también lo estaba sin ella.

Stella sabía que era verdad. Había deseado con todo su ser ayudar a sus dos hijas, porque Imogen era como una hija para ella. Y Will también lo estaba pasando mal. El divorcio siempre era difícil, pero Laura seguía casada, por Dios. A pesar de ello, Stella había visto cómo se hundía más y más en una especie de desesperanza desdichada, y eso le rompía el corazón. Las dos amigas se necesitaban más que nunca,

y no deberían haber permitido que una discusión las separara. Stella estaba harta de que las dos la dejaran de lado. Y Will hacía lo mismo.

—¿No va siendo hora de que alguien me explique qué pasó hace tantos años? ¿Qué pudo ser tan grave, no solo para que Will y tú os divorciarais sino para que Laura dejara de hablar contigo? ¿Y por qué nadie me dice la verdad? Se ve a la legua que la historia que me

contasteis fue un invento.

Imogen cerró los ojos y se mordió el labio superior, una costumbre infantil que indicaba que estaba estresada. Se inclinó sobre la mesa para aferrar una de las manos de Stella.

—Dios mío, Stella, no sabes cuánto lo siento. Tienes razón, no te contamos la verdad. Will no quería que supieras lo mala persona que soy, y yo deseaba que siguieras queriéndome.

Stella advirtió que Imogen se esforzaba por contener las lágrimas, pero resistió la tentación de levantarse y darle un abrazo. De hacerlo, nunca se enteraría de la verdad. Le apretó la mano cariñosamente, y no dijo nada hasta que Imogen estuvo lista para continuar hablando.

—Creo que de algún modo Laura se sentía culpable, ya que parecía que en aquella época se culpaba

de todo. Yo te lo habría dicho hace años, pero aún esperaba que Will entrara en razón. Te lo contaré ahora, pero primero me prepararé un café. Necesito una dosis de cafeína.

Stella no quería que nada distrajera a Imogen y, por cansada que estuviera, la posibilidad de llegar al fondo del asunto que la había mortificado durante años merecía el esfuerzo de levantarse de la silla.

—Tú habla, Imogen. Yo

prepararé café y tostadas para las dos.

Mientras alcanzaba el hervidor, oyó que Imogen aspiraba con fuerza y soltaba el aire lentamente. Empezó a hablar en voz baja, como si la vergüenza de todos aquellos años la abrumara.

—¿Recuerdas que, antes de separarnos, Will tenía la ilusión de trabajar en algún proyecto benéfico? Creía que podía ayudar, y yo estaba encantada de ir donde él quisiera, como voluntaria.

Había un proyecto en el que le interesaba trabajar especialmente. Tanto, de hecho, que le pidió a Laura que hablara con Hugo para que se planteara hacer una donación a la organización benéfica en cuestión. Will creía que si conseguía algo de dinero para ellos le costaría menos entrar en el equipo.

»Seguíamos esperando a que Laura nos dijera algo cuando un día recibimos una llamada inesperada de Hugo.

Nos invitó a pasar el fin de semana y nos dijo que le gustaría que conociéramos a un antiguo compañero de escuela que estaría por la zona. Nos quedamos atónitos. Hugo no había hecho nada para animarnos a visitarlos en los pocos meses que ellos llevaban casados, y yo solo había visto a Laura brevemente un par de veces, las dos en la casa de Londres, no aquí, y nunca a solas.

Stella colocó una taza de

café frente a Imogen, que parecía estar muy lejos, sin duda reviviendo cada segundo de aquella época.

—Aquella invitación surgió completamente de la nada, y la aceptamos encantados. Creímos que Hugo había asumido que éramos una parte importante de la vida de Laura. El día antes de la partida, Will recibió una llamada de la empresa que gestionaba el proyecto desde Irlanda. Estaban buscando un

ingeniero, y le preguntaron a Will si sería posible que fuera a verlos para una reunión el sábado por la mañana. A ninguno de los dos nos pareció raro que fuera en sábado, porque con esta clase de proyectos la gente se adapta a lo que se presenta. Will se planteó incluso que tal vez Hugo había sacado la cartera y había hecho una donación. Visto en perspectiva, resulta gracioso.

»Por supuesto tenía que

ir, pero era un poco tarde para anular la invitación a la cena, sobre todo si Hugo había hecho posible la entrevista, de modo que decidí venir sola. La empresa en Irlanda organizó todos los preparativos para Will y le comunicó que tenía un billete reservado en Heathrow para el vuelo del viernes por la noche. Así que me acompañó aquí y luego se fue al aeropuerto.

Imogen tenía la taza apretada entre las manos,

como si necesitara extraer la fuerza de ella para continuar. Stella dejó un plato de tostadas en el centro de la mesa y se sentó a escuchar en silencio, preguntándose adónde iría a parar todo aquello.

—Hugo había encargado una cena muy elegante, con traje de gala obligatorio. Su amigo Sebastian era encantador, pero un poco adulator para mi gusto. El caso es que Hugo no paraba de llenarnos las copas, y

resultó ser una velada sorprendentemente agradable.

»Tras despedir a los camareros, Hugo sacó el coñac. Yo no quería beber más, como tampoco Laura, pero Hugo insistió en que lo probara. Intenté rechazarlo, pero se indignó, y dijo que como anfitrión se ofendería profundamente si no aceptaba una de las bebidas que había seleccionado especialmente para la ocasión. No me lo creí ni por

un momento, pero nunca había visto a Hugo tan amable y acabé aceptando; Laura hizo lo mismo. Estábamos las dos un poco alegres, pero no borrachas, de ninguna manera. Se estaba haciendo tarde, era más de medianoche, porque no habíamos empezado a cenar hasta las nueve y media por lo menos. Hugo nos sirvió personalmente unas copas muy generosas. Estaba claro que Laura y yo tuvimos la misma idea: era

mejor beber que hacer enfadar a su señoría.

Imogen apartó la taza de café y apoyó la cabeza en las manos. Habló sin mirar a Stella. Tenía los ojos fijos en la mesa. Stella empezó a notar una sensación de pánico en el pecho. Sabía que aquello iba a ser peor de lo que se había imaginado, y de repente deseó no haber abierto la caja de Pandora. Apenas consiguió descifrar las palabras de Imogen, que había empezado a sollozar.

—Esto es lo último que recuerdo hasta el día siguiente. Cuando me desperté, estaba en la cama de la casita de invitados. Y no estaba sola. Sebastian estaba tumbado sobre las mantas. Estaba desnudo... y yo también. —Imogen levantó la cara angustiada y miró a Stella, que sintió una punzada de terror—. Por Dios, Stella, tienes que creerme, fue el peor momento de mi vida. Lo que me despertó fue un portazo y

el ruido de unas pisadas que subían corriendo. Cuando me volví a mirar hacia la puerta del dormitorio, Will estaba en el umbral con las manos apoyadas en las caderas. Nunca olvidaré la expresión de su rostro, Stella. Podría haber esperado ira, pero era una expresión de desesperación tal que me rompió el corazón. Me arrastré sobre la cama hacia él, estaba demasiado débil para levantarme, pero él se volvió

y se marchó.

Imogen apoyó la cabeza en los brazos cruzados y sollozó casi sin hacer ruido. Stella estaba consternada, y el corazón se le rompía pensando en lo que debía de haber representado aquello para su hijo, que estaba tan enamorado de su esposa. Recordó el dolor abrumador que experimentó cuando se enteró de las primeras infidelidades de David; todo se le vino encima, y sintió el sufrimiento de su hijo como

si fuera propio. ¿Por qué no le había hablado nunca de ello? Pero sabía la respuesta. Vergüenza. Pobre chico. En ese momento, Imogen le daba asco.

—¿Me estás diciendo, señorita, que te emborrachaste tanto que dejaste entrar a ese hombre, un desconocido, en tu cama? ¿Cómo es posible, Imogen? ¿Cómo es posible?

—No. ¡No! Stella, debes creerme. No lo hice. Al principio pensé que eso era

lo que había ocurrido pero, aunque sí recordaba que estaba un poco alegre, no recordaba en absoluto haberme emborrachado. Laura y yo estábamos riéndonos como tontas, y de repente ¡pam! No recordaba nada. Cuando pude hablar con Laura, dijo que a ella le había pasado lo mismo, y que Hugo la había metido en la cama. Le había dicho que lo habíamos avergonzado.

Imogen se levantó y cortó un poco de papel de

cocina para secarse la cara y sonarse. No sollozaba, pero las lágrimas aún resbalaban por sus mejillas. Stella se mantenía escéptica y se esforzaba por dominar su enfado.

—¿Qué hacía Will allí, Imogen? Está claro que no lo esperabas hasta el día siguiente. De otro modo, tal vez te habrías comportado un poco mejor y no habrías destrozado el corazón de mi hijo.

—¿Crees que era eso lo

que yo quería? Will dijo que había tomado el vuelo a Dublín el viernes por la noche, pero que cuando llegó encontró un mensaje diciendo que la reunión se había anulado y que tenía un vuelo reservado para el día siguiente a primera hora. No llevaba equipaje, de modo que llegó a las ocho. Más tarde le pregunté qué razón le había dado la empresa, pero él no se había molestado en averiguarlo. Dijo que no era una de sus

prioridades.

»Sebastian se marchó inmediatamente, y nunca he vuelto a hablar con él. Por lo visto, Laura ni siquiera sabía que existía hasta aquella noche, y me contó que jamás volvió a oír hablar de él. Cuando le preguntó a Hugo, él afirmó que estaba demasiado avergonzado como para invitarlo otra vez.

Imogen volvió a su asiento frente a Stella y se secó la cara con el papel de cocina. Stella, todavía

indignada, la miró.

—Sé lo que estás pensando —dijo Imogen—. Pero te ruego que me escuches antes de juzgarme. Después de aquella noche, Hugo le dijo a Laura que yo era una borracha que había roto el corazón de su hermano. Dijo que lo había dejado en evidencia con Sebastian, aunque no entiendo por qué era yo más culpable que su supuesto amigo; el caso es que no me quería más en la casa. Will,

por supuesto, sería bienvenido. Le exigíó que no volviera a verme nunca más.

»Yo no tenía ni idea de lo que había ocurrido, pero sabía que había algo que no era normal. Amo a Will. En fin, seis meses después yo estaba investigando si la moda de Internet era relevante para nuestra empresa cuando encontré un artículo en la BBC sobre algo denominado Rohypnol. Hoy día todo el mundo ha oído

hablar de las llamadas “drogas de la violación”, pero entonces eran una novedad. El Rohypnol se había utilizado en algunos casos de violación en Estados Unidos, pero era la primera vez que se veía en Gran Bretaña. Me convencí de que aquella noche nos habían puesto Rohypnol en la bebida a Laura y a mí.

Stella había escuchado tal como le había pedido, pero seguía poco convencida.

—¿Para qué querría drogaros Hugo a Laura y a ti? ¿Y de dónde iba a sacar el fármaco?

—¿No te he dicho que Sebastian era estadounidense? En Estados Unidos era fácil conseguirlo porque no era ilegal en México, así que me imagino que lo trajo Sebastian. Hugo debió de ponerse de acuerdo con él. El plan era hacerme quedar mal, para poder prohibirle a Laura que volviera a verme.

—Mujer, no entiendo por qué querría Hugo algo así, pero ya volveremos sobre ello más tarde. ¿Cómo sabían que Will volvería antes de tiempo?

—Al principio pensé que había sido una cuestión de pura mala suerte. Pero todo me parecía demasiado bien planificado, de manera que llamé a la empresa de Irlanda. No sabían nada del hombre que había telefoneado a Will. Llamé a British Airways para intentar

averiguar quién había pagado los billetes, pero allí tampoco conseguí descubrir nada. Hugo sabía lo que aquella oportunidad de trabajo significaba para Will. La coordinación fue perfecta.

Stella empezaba a creer que aquello podía contener alguna pizca de verdad, pero eso significaba que su yerno era más diabólico de lo que se había imaginado. Tomó un pedazo de tostada del plato y empezó a untarlo

generosamente con mermelada. Pero no llegó a comerlo, sino que apartó el plato.

—Lo siento, Imogen, pero todo parece un poco pillado por los pelos. ¿Por qué haría una cosa así? ¿Y qué pensaba Laura de esta insólita hipótesis?

—Laura estaba demasiado dominada por él y no quiso creer lo del Rohypnol. Me dijo que no volviera a llamarla, y yo me deprimí tanto que no lo hice.

Intenté por todos los medios que Will lo comprendiera pero, como a ti, no logré convencerlo. Para entonces yo ya me había dado cuenta de qué era lo que había desencadenado aquella cadena de sucesos. Unos días antes de que recibiéramos la invitación para cenar de Hugo, estuve hablando por teléfono con Laura. Ella se echó a llorar; bueno, en realidad a sollozar. Dijo que había algo que necesitaba contarme

cuanto antes. Le pedí que me dijera cuál era el problema, pero respondió que no podía hacerlo por teléfono. Le dije que iría a verla inmediatamente, pero me suplicó que esperara a que Hugo se fuera; en unas semanas tendría que viajar a París. Entonces me lo contaría todo, pero también dijo que había cosas que quería enseñarme, así que tenía que ir a Oxfordshire. Estábamos ultimando los detalles de nuestra cita

cuando oí que Laura contenía la respiración. «¡Calla! Tengo que colgar», susurró. «No, por Dios, que no me haya oído», añadió, y luego colgó. La cena se celebró antes de que tuviéramos ocasión de vernos, y no estuvimos solas ni un minuto desde el momento en que llegué para pasar el fin de semana.

Stella no pudo disimular la duda en su voz:

—De manera que crees que Hugo os oyó hablar y

que no le gustó la idea de que Laura quisiera decirte algo, o que ella tuviera a alguien íntimo con quien hablar. ¿Crees que planeó esa trama tan elaborada solo para destruir vuestra amistad?

—Sí, Stella, lo creo. Y funcionó.

—¿Y qué es lo que cree Laura ahora?

Ninguna de las dos mujeres había oído que Laura había entrado en la habitación y que había

escuchado durante los últimos minutos.

—Es verdad, mamá. Todo. No tienes ni idea de lo que era capaz Hugo. Éste fue el menor de sus crímenes.

Becky se detuvo de golpe en el pasillo al oír estas palabras. Unos minutos antes había encontrado a la señora Bennett de rodillas fregando los escalones de la entrada. Para no hacer que se pusiera de pie, le había dicho que entraría sola e iría

a la cocina a ver si ya estaban levantadas.

La entrada trasera de la casa estaba abierta, sujeta con un viejo paragüero, y Laura había hablado desde la puerta de la cocina, que se cerró tras ella después de soltar la afirmación que había fascinado a Becky. Ahora las voces de las mujeres se oían apagadas y, aunque no le gustara espiar, recordó que era una agente de policía. Se acercó a la puerta. Hablaban en un tono

ligeramente alto, de modo que no costaba distinguir lo que decían. Reconoció todas las voces del día anterior; Stella fue la primera que habló.

—Laura, ya sabes que nunca me gustó que te casaras con él. Pero tú no querías hablar conmigo. No has querido decir nada contra Hugo en todos estos años. Así que ahora quiero saber qué diablos ha sucedido. ¿A qué te refieres exactamente cuando dices

que este es el menor de sus crímenes?

—Ahora no quiero hablar de eso, mamá. Sé que Hugo nunca te cayó bien, y aunque pueda representar el papel de viuda desconsolada ante el resto del mundo, no lo haré delante de ti. —En ese momento Becky oyó que alguien empezaba a decir algo—. No, Imo, no me interrumpas. Es mi madre y tiene que saber que estoy muy contenta de que Hugo haya muerto. No hace falta

que nos regodeemos en el pasado, y no tengo ninguna intención de hacerlo. Quitémonos esto de encima de una vez.

La voz más grave de Stella llegó alta y clara a través de la puerta; Becky pensó que estaría de cara a ella.

—¿Eso es lo único que tienes que decir? ¿Qué pensabas contarle a Imogen para que Hugo hiciera lo que hizo? ¿Tenías noticia de lo que planeó? ¿Por qué no se

lo dijiste a tu hermano? No sé qué pensar.

—Lo que pensaba contarle a Imogen no importa. Es agua pasada, y no tengo intención de repetirlo. Cuando Imogen me llamó y me habló del Rohypnol, no quise creerla. No podía. ¿Qué hubiera tenido que pensar de mi marido? Pero sospecho que después volvió a utilizarlo conmigo varias veces. Eso u otras drogas. No, no me mires así. No lo hizo para

violarme, sino cuando necesitaba que fuera dócil en otros sentidos. Tardé mucho en darme cuenta de que Imogen tenía razón. Ella sabe lo culpable que me sentí, pero para entonces era demasiado tarde.

—¿Y cómo sabe exactamente Imogen cómo te sientes si no la has visto ni has hablado con ella desde aquel día? Ayer no creo que tuvierais tiempo, y además hubo interrupciones constantes. ¿Se puede saber

qué me estoy perdiendo?

Hubo un silencio. Becky temió que si se movía se delataría. Fue Imogen quien respondió a la pregunta.

—Perdona, Stella. Te hemos mentado. Laura y yo hemos estado en contacto durante los últimos dieciocho meses más o menos, desde que internaron a Laura en aquel horrible lugar por segunda vez. No queríamos que lo supiera nadie por temor a que a alguien se le escapara y

Hugo se enterara. Estábamos en contacto a través de Internet, que le permitían utilizar en la clínica. Habían bloqueado las cuentas de correo, pero la comunicación por medio de las redes sociales ha hecho que de algún modo estas queden obsoletas.

Advirtiéndole que Stella la miraba como si también ella se hubiera quedado obsoleta, Imogen siguió sin dar más explicaciones.

—Yo estaba segura de

que a Laura no le pasaba nada, pero ella se había rendido. Quería devolverle su antiguo espíritu de batalla. Quería recuperar a la persona que aquel cabrón había intentado destruir.

Las palabras se pronunciaron con tanta rabia que a continuación se hizo un silencio absoluto y profundo. Entonces Stella soltó su bomba.

—Imogen, quiero una respuesta sincera. ¿Mataste tú a Hugo?

—No, Stella —
respondió Imogen tras una
pausa ínfima—. Puedo
decirte con absoluta
sinceridad que, aunque no
creyera que mereciera vivir,
no lo maté.

En aquel momento
Becky percibió un
movimiento detrás de ella y
miró hacia el pasillo. La
señora Bennett había entrado
por la puerta principal y se
acercaba hacia ella. Por
suerte, el pasillo donde
estaba Becky se encontraba

a oscuras, pero sabía que de todos modos la descubrirían enseguida. Se puso a canturrear, abrió la puerta de la cocina y fingió sorpresa al verla llena de gente.

—¡Vaya, qué madrugadoras! Espero que no os importe que me haya abierto la señora Bennett. ¿Habéis podido dormir algo?

Tres pares de ojos se volvieron hacia Becky mientras ella parloteaba para llenar los primeros segundos. Todas parecían un

poco atónitas, pero ella fingió no darse cuenta. La señora Bennett no estaba lejos detrás de ella.

—Buenos días, *lady* Fletcher, señora Kennedy y señora Kennedy —dijo la señora Bennett—. Ah, sargento, veo que todavía no se ha preparado su té. Siéntese, que yo se lo hago. ¿Alguien más quiere una taza mientras preparo el desayuno?

Becky reparó en la expresión sorprendida de

Stella. Era obvio que no se le había pasado por alto el hecho de que era imposible que Becky, desde que había entrado en la cocina, hubiera tenido tiempo de poner agua a hervir, y menos aún de prepararse un té. Lo único que esperaba era que no le pidiera explicaciones.

Tras una taza de té y otra ronda de tostadas, que tomaron en relativo silencio, y en vista de que nadie era capaz de comer nada más, cada una de ellas se fue

disculpando para salir de la cocina. Lo que fuera, pensó Becky, con tal de no permanecer en aquel ambiente enrarecido. Estaba segura de que Stella no había terminado de interrogar a su hija y a su nuera, pero Imogen dijo que iba a tomar un baño y Becky sospechó que lo alargaría tanto como pudiera. Por íntimas que fueran, no creía que Stella siguiera a Imogen hasta el cuarto de baño.

Con una expresión de

desánimo, Stella había vuelto a la casa de invitados para vestirse. Le había pedido a Laura que la acompañara para poder quedarse a solas, pero ella había rehusado educadamente aduciendo que tenía que hablar con Becky.

Cuando la puerta se cerró detrás de Stella, Laura sonrió a Becky con tristeza.

—Perdona, Becky, en realidad no quiero hablar contigo. Es solo que mi

madre está decidida a sacarme cada detalle de mi vida en los últimos diez años. No contribuirá para nada a la investigación. Para lo único que sirve es para satisfacer su curiosidad. Prefiero leer los periódicos, si a ti no te importa. Imagino que ya me habrías comunicado novedades si las tuvieras.

Becky observó la retirada de Laura con desconcierto. Había una capa de engaño y

subterfugio en ella. Le costaba esfuerzo comprender el enfoque «suave suave» de Tom con aquellas mujeres. Él era de la firme opinión de que, sin pruebas claras, un interrogatorio duro solo hacía que se levantaran barreras y que nunca llegara a saberse la verdad. Le gustaba recoger sus pequeñas «perlas» y guardarlas hasta que podía utilizarlas con la máxima eficacia. En cambio, Becky

era más proactiva y, pensando que Tom iría a Oxfordshire más tarde, decidió pedirle que le trajera algo.

Sacó el móvil del bolso y se alejó de la casa para asegurarse de que nadie podía escucharla.

—Tom, esta mañana he oído una conversación interesante. Tengo mucha información, pero se me acaba de ocurrir algo. Sabemos que Imogen Kennedy voló desde París, y

hemos comprobado que no lo hizo desde Londres el mismo día. Pero ¿alguien ha mirado la lista de pasajeros del Eurostar? Solo tarda un par de horas. Le habría dado tiempo.

Becky escuchó complacida el tono de respeto en la voz de Tom cuando le respondió, pero evidentemente él no creyó que esta idea hubiera surgido de la nada.

—¿Qué? —exclamó Becky—. No, no tengo

razones concretas para sospechar de ella, y por supuesto no le he oído admitir nada. De hecho, precisamente lo contrario. Stella se lo ha preguntado directamente y ella lo ha negado con rotundidad. Pero solo he podido escuchar la última parte de la conversación, y no sé qué se había dicho antes para que Stella creyera que Imogen podía haberlo hecho. Si consigues la lista de pasajeros, yo misma puedo

cotejarla. La verdad es que todas ellas me evitan y no tengo a nadie con quien hablar, así que necesito algo para estar ocupada. Tengo el portátil y la tarjeta 3G, de modo que puedo investigar a ratos. Y quiero profundizar en el Rohypnol y averiguar cómo se podía acceder a él en los años noventa. — Becky calló un momento mientras Tom hacía la pregunta inevitable—. Te lo explicaré cuando nos veamos —respondió—. Pero

te gustará saber que Imogen y Laura han estado en contacto en secreto durante los últimos dieciocho meses; quizá deberías sacarlo a colación cuando hables con Laura. Es más dura de lo que crees, Tom.

Era débil. Muy débil. Y se estaba volviendo loca. Demasiado tiempo para pensar, ese era el problema. Había empezado a cuestionarse su comprensión de la realidad, a preguntarse si aquello le estaba sucediendo de verdad a ella o si solo era un sueño horrible, una pesadilla tan clara que pudiera estar segura de poder despertarse

en cualquier momento. Quizá fuera uno de esos despertares sobresaltados: cuando sientes como si cayeras por un precipicio y te despiertas con la sensación de haber recibido un batacazo en el corazón. Tal vez el terror estaba aumentando hasta el punto de que la hiciera despertar. Esperaba que fuera así.

Pero tanto si estaba despierta como dormida, ahora sabía lo que se sentía al estar encerrada e

incomunicada. ¿Cómo lo llamaban? Lo había oído en alguna parte. La tortura invisible, eso es. Nadie ve las marcas, pero vuelve locas a las personas.

Intentó pensar en estrategias para mantenerse cuerda. Una vez había visto una película en la que alguien hacía ejercicio cada día en su celda de la prisión. Pero ella no podía. Estaba demasiado débil, y además le podía provocar sed. Eso sería un desastre. Incluso

había intentado lamer sus propias lágrimas, pero no estaba segura de que le siguieran brotando si no tenía agua para beber.

Y su cabeza no paraba de divagar. Necesitaba centrarse; de otro modo, cuando fuera a por ella, porque seguro que iría, ya no la querría. Y si no la quería, no sabía qué haría con ella.

Así que lo mejor que podía hacer era pensar en

cosas buenas. Recordar las cosas buenas en su vida.

Buscó en su memoria un día en que hubiera estado contenta de estar viva. Por fuerza tendría que haber alguno. Había tenido sus sueños: el sueño de salir de la pobreza; el de ser una modelo famosa; el de una vida llena de amor y risas. Pero todos los sueños que tuvo se habían hecho añicos.

Imogen se había encerrado en el baño y pensaba estar un buen rato sumergida en el agua caliente. Se había llevado las cartas, pero decidió esperar un poco. Necesitaba prepararse, porque leerlas le resultaba muy doloroso.

Laura se había citado más tarde con los albaceas del testamento, pero para

alivio de Imogen no parecía preocupada en absoluto por su contenido. Estaba segura de que Hugo no habría sido bueno con ella. Nunca lo era.

Las señales habían estado ahí para Laura desde el día que lo conoció, pero la astuta manipulación de él y el deseo de ella de doblegarse a su voluntad habían sentado las bases para su futuro. Imogen veía que Laura se culpaba de su falta de fortaleza y valor

para reconocer la telaraña en la que él la había enredado poco a poco. Y era casi insoportable ser testigo de la magnitud de su vergüenza.

Tomó la carta siguiente y empezó a leer.

JUNIO DE 1999

Querida Imogen:

Hace meses que no escribo ninguna de estas cartas absurdas e

inútiles. Desde el último día de mi luna de miel. La verdad es que me he dado cuenta de lo ridículas que eran. Sin embargo, necesito abrirle mi corazón a alguien aunque sea todo un fingimiento.

Mi vida ha cambiado. Ya no trabajo, y Hugo no quiere que colabore en la organización. Quería redecorar la casa, pero también esto se ha

quedado en nada.

¡Y ahora ni siquiera te tengo a ti! He perdido a mi mejor amiga y te echo de menos desesperadamente. Ayer intentaste llamarme, pero no pude escuchar tus mentiras. Porque tienen que ser mentiras. Me está destrozando, Imo, ¿mi marido, o mi mejor amiga? Nadie debería tener que elegir así.

La última vez que te escribí estábamos a punto de volver a Inglaterra, donde Hugo prometió que la vida — o al menos el sexo— sería mejor. Parecía creer que yo necesitaba entender mejor los deseos de un hombre en la alcoba; parecía creer que podía hallar la forma de darme más placer.

*Se equivocaba.
Cómo se equivocaba,*

Dios mío. Y quería decírtelo. ¡Iba a decírtelo!

La vida no está mal. Asistimos a muchos actos juntos, y Hugo se muestra atento conmigo. Continúa insistiendo en que compre ropa nueva para todos los eventos, y sigue ayudándome a perfeccionar la forma en cómo me comporto en los círculos en los que se mueve. Todavía

hago las cosas mal, no obstante, sobre todo cuando decido salir a comprar sola. Hugo nunca se enfada conmigo cuando elijo algo inadecuado. Se limita a arquear un poco la ceja cuando aparezco vestida y a punto para salir. De esta manera sé que no le gusta. Cuando sí le agrada, siempre hace algo maravilloso. La otra noche entré en la

habitación, preparada para salir, y me recibió con una sonrisa magnífica y se levantó del sofá para besarme la mano. Me dijo que sería la sensación del baile. Otra noche desapareció y volvió a la habitación con una caja; dentro había unos pendientes de esmeraldas preciosos. No me los puedo quedar, porque forman parte de la herencia

familiar y deben transmitirse, pero fue un detalle por su parte pensar en mí.

Pero ya sabes lo tozuda que puedo ser. Más de una vez he decidido ignorar su evidente desagrado y me he puesto algo que no le gusta. Pero no merece la pena. Veo que no le agrada y se vuelve distante conmigo e inmediatamente me arrepiento. No grita, ni

dice ninguna palabra desagradable.

Simplemente me habla lo menos posible, sin parecer totalmente grosero, y me estropea la velada. Obviamente también malogra la suya, así que en realidad es más fácil dejarse llevar. Empiezo a detestar esos actos donde está casi garantizado que meta la pata. Casi preferiría que me dijera lo que

piensa; así al menos tendría la oportunidad de ofrecer mi punto de vista. En cambio, el silencio no se puede combatir.

No discutimos, lo que supongo que es bueno. Algunas veces me he sentido frustrada con algo y he hablado con un tono irritado. Pero si levanto la voz o me muestro enfadada, Hugo se levanta y abandona la habitación.

La primera vez que sucedió, no me habló durante dos días. Al final tuve que preguntarle por qué. Supongo que podría haber previsto su respuesta.

—Espero una disculpa, Laura. Tu comportamiento del otro día fue inaceptable. A mí no se me puede gritar.

Yo respondí algo como:

—Por el amor de Dios, Hugo. No seas tan despótico, maldita sea. ¡Yo también soy una persona, y tengo derecho a tener mi opinión!

Entonces volvió a salir, preparó una maleta y se fue a Egerton Crescent hasta que no pude soportarlo más. Lo llamé y me disculpé, por supuesto. Pero sé que todos los matrimonios tienen sus

cosas, y todavía nos estamos conociendo. La alegría de mi vida es Alexa. Soy feliz los fines de semana que viene a pasar con nosotros. Llega el viernes y se queda hasta el domingo; más durante las vacaciones escolares. Pasa mucho rato conmigo en la cocina y le encargo tareas fáciles. Nos divertimos mucho preparando pizzas que

*puede decorar ella sola,
o preparando pasteles
con pinchos, como un
erizo, para que le
coloque los botones de
chocolate. Nosotras lo
hacíamos, ¿te
acuerdas? Claro que
Alexa y yo solo
cocinamos cuando
Hugo no está en casa.
No creo que le gustara
que Alexa comiera
pizza. ¡Ni le parecería
bien verla manchada de
chocolate!*

Me invento todas las excusas posibles para poder echar a esa horrible niñera de la casa. No sé cómo soporta Annabel que viva con ella. Me da la sensación de que me vigila e informa a Hugo. Así que intento darle el día libre o mandarla a hacer todos los recados que puedo. No siempre lo consigo.

Pero he evitado hablar del tema

importante. Esto es lo que quería decirte.

Todo empezó cuando llevábamos una semana en casa. Yo había decidido que mi prioridad número uno sería hacer algo para animar esta especie de mausoleo, y pedí que me enviaran muestras de moqueta, telas para cortinas y cartas de colores de pintura. Mi plan era hacer varios proyectos, distintas

alternativas para que Hugo pudiera elegir. También había empezado a elaborar un presupuesto, aunque al final me di cuenta de que eso era lo de menos; pero de esto ya hablaré. En fin, que me mantenía ocupada durante el día.

Pero ¿y las noches? Seguíamos durmiendo en habitaciones separadas, y no quería destruir la frágil paz

*con exigencias.
Entonces, una noche
dijo que tenía una
«sorpresa especial para
mí».*

*—Laura, como te
comenté en nuestra luna
de miel, sé que el sexo
dentro del matrimonio
te ha resultado difícil.
Creo que verás que hoy
es diferente. —Me
sonrió y sus ojos
brillaron con excitación
reprimida—. Puedo
sugerirte que vayas a*

*ducharte. Verás que he
dejado varios artículos
sobre tu cama. Me
gustaría que te los
pusieras y que cuando
estés preparada vengas
a buscarme. ¿Con una
hora tendrás suficiente?*

*Si aquella era la
idea de Hugo de hacer
las cosas más
excitantes, te puedo
asegurar que yo no la
compartía. No deseaba
un horario; deseaba
espontaneidad. Y no*

quería sexo. Quería amor. Estaba claro que verbalizar estas opiniones no era posible.

Subí con bastante desánimo a mi habitación. No tenía ni idea de lo que quería Hugo que me pusiera, y me sentí aliviada cuando no encontré nada más aterrador que un juego de ropa interior y un négligé.

El sujetador era

bastante bonito, en seda de color crema con un encaje de un tono ligeramente más oscuro alrededor. Pero el juego incluía un liguero y unas bragas que solo podrían describirse como un culote muy grande. También era de seda, me llegaba casi a la cintura y me bajaba seis centímetros por el muslo. No era de mi gusto, pero supongo que podía imaginar que a

alguien le pusiera caliente. Disfrazarse, como desnudarse, no es precisamente un pecado mortal. Lo que me deprimía era que fuese todo tan frío y premeditado. Pero bueno, podría haber sido peor; podría haberme pedido que me vistiera con látex negro, y eso sí me habría preocupado. Cuando me acabé de vestir con unas medias color

crema claro, me miré al espejo. Me sentí ligeramente ridícula y, curiosamente, muy triste. Me imaginaba que querría que me desnudara otra vez y esa perspectiva no me entusiasmaba, pero si eso era lo que se necesitaba para que consintiera en hacer el amor...

Me puse el négligé a juego y me dirigí con bastante aprensión al

dormitorio intermedio. Llamé a la puerta con cierta vacilación, sin saber muy bien qué se suponía que tenía que hacer. Cuando por fin oí que me daba permiso para entrar, la visión que me recibió me pilló totalmente por sorpresa. Estaba echado en una cama enorme con dosel y estaba completamente desnudo, exceptuando una sábana fina

doblada que le tapaba desde debajo del ombligo hasta el inicio de los muslos. Era la primera vez que podía ver el cuerpo de Hugo con detalle, ya que nuestros encuentros previos se habían producido en la oscuridad, pero aquel día la habitación estaba iluminada. Veía que Hugo ya estaba excitado. (Me da un poco de vergüenza

contarte esto).

*Caminé hacia la
cama.*

*—Para. No me
toques. No estoy a
punto.*

*A pesar de las luces,
las pupilas de Hugo
estaban totalmente
dilatadas y sus ojos
parecían negros. Señaló
una pila de lo que
parecían pañuelos de
seda en varios colores
brillantes junto a la
cama.*

—Quiero que me
ates. Las manos y las
piernas a los postes de
la cama. No, no te
quites el négligé. No
quiero verte.

¿Por qué no
podemos hacer las
cosas normales? Ya sé
que la gente hace estas
cosas. Lo sé. ¿Soy yo la
rara? Puede que lo sea.
Estaba demasiado
atónita por todo aquello
como para preguntar
por qué tenía que

ponerme aquella ropa concreta si no quería verme. Sé que ya lo he dicho, pero no soy una puritana. Ya lo sabes. Ni mucho menos. Aunque por lo siguiente que dijo estaba claro que le había fallado.

—Esta noche, Laura, te enseñaré cómo complacer a un hombre.

No dije nada. Me limité a acercarme más y a coger los pañuelos.

—No te sientes en la cama, no me toques. Yo meteré las manos y los pies por los lazos que he preparado y luego tú me atas a la cama.

Continué sin decir palabra. No podía. Obedecí sus instrucciones... como una zombi.

—Más fuerte, está demasiado flojo. Mira, me puedo mover. No debería poder hacerlo. Eso es muy importante.

Lo até más fuerte. Empezaba a sentirme asqueada. Hugo cerró los ojos y me alivió no seguir viendo sus oscuras profundidades.

—Ahora quítate el négligé. Lo demás déjate.

Debió de oír el siseo de la tela al caer al suelo, porque habló inmediatamente.

—Ahora aparta la sábana y ¡disfruta de mí!

¿Cómo quería que disfrutara? Aquello no era algo que hubiéramos hecho juntos. No había nada para mí. Era un juego diseñado con las reglas de Hugo, y me sentía como una prostituta. No como una esposa amada.

—¿A qué esperas, Laura? ¡Te he dicho que apartaras la sábana y disfrutaras de mí! Debes aprender a tomar

el control. Hazlo.

Había deseado tanto tocar y sentir su cuerpo a mi lado... Pensé que quizá todavía podía hacer que funcionara. Así que aparté con cuidado la sábana y por fin vi a mi marido completamente desnudo. No entendía que pudiera sentir una excitación tan intensa. Lo que yo quería hacer era besarlo y lamerlo entero, y después

llevármelo a la boca para guiarlo a la cima de la excitación. Quería que reaccionara a mí, pero no así.

Me arrodillé cautelosamente a su lado en la cama y empecé a acariciarle suavemente la parte interior del muslo. Mi cabeza iba a cien por hora, y mi plan era inclinarme y empezar a besarlo con ternura en el estómago mientras

acercaba la mano y la boca poco a poco.

Pero no era eso lo que quería Hugo. Estaba claro.

—¡Para! No te he pedido que me des placer. Te he dicho que te dieras placer conmigo.

Estaba bastante claro lo que esperaba de mí. Hazlo y ya está, pensé. Podría ser mejor de lo que crees.

No lo fue.

Me coloqué lenta y cuidadosamente encima de él. Pensé de nuevo que podría seducirlo para que cambiara de opinión, así que en lugar de guiarlo dentro de mí, me incliné, frotándole el pecho con el satén del sujetador y rozando mi pelvis contra él. Hugo se encogió.

—Así no. Tienes que aprender que tu placer es mi placer.

—Pero Hugo, esto es mi placer, tocarte, besarte.

—Hazlo, Laura.
¡Hazlo de una vez!

Quizá debería haberme marchado. No me resulta fácil explicarte por qué no lo hice. Lo único que puedo decir es que llevaba menos de tres semanas casada y deseaba que mi matrimonio funcionara más que nada en el

mundo. Una no tira la toalla después de tan poco tiempo, ¿no? Para entonces ya conocía lo suficiente a Hugo como para saber que las cosas debían hacerse a su manera; en caso contrario, las repercusiones podían llegar a ser intolerables. Tendría que cambiar a Hugo con el tiempo. No estaba preparada para asumir las

*consecuencias que
entrañaría defender mi
punto de vista, de modo
que hice lo que me
pedía.*

*Gracias a la
anchura de las perneras
de las bragas, ni
siquiera necesité
quitármelas para
introducirlo dentro de
mí. Sabía que la
posibilidad de un
orgasmo por mi parte
estaba totalmente
descartada, y no estaba*

segura de si Hugo lo esperaba o no. Pero mantuvo los ojos cerrados con determinación, así que no tuve problemas para fingir. Dios sabe que he tenido bastantes de los de verdad en mi vida. La única incógnita era saber cuánto tiempo esperaba él que me demorara. Decidí acabar con ello cuanto antes; siempre podía aducir que llevaba

*mucho tiempo
esperándolo. No entraré
en detalles de mi
interpretación —sería
ofrecer demasiada
información—, pero fue
bastante convincente.
No sabía qué esperaba
que hiciera a
continuación.*

—¡Putá!

¡Desátame, puta!

*Apostaría mi vida a
que era imposible que él
supiera que yo estaba
fingiendo. No tenía ni*

idea de qué había hecho mal, pero corrí alrededor de la cama, desatándolo lo más rápidamente posible, primero las piernas y después las manos. Y entonces abrió los ojos. Habría querido ver deseo en los ojos de mi marido, pero aquello no era más que lujuria salvaje. Se echó encima de mí y pensé que iba a pegarme. Quizá habría sido mejor.

Me agarró por un brazo y me puso boca abajo en la cama. Y entonces me tomó de una forma que no te describiré jamás. Solo te diré que fue brutal.

Grité. No pude evitarlo. Pero no me oyó, o no le importó. Lo único bueno fue que eyaculó en menos de un minuto, lo que demuestra la intensidad de su excitación. Y no dijo ni una palabra

más. Me quedé tumbada en la cama sollozando. Oí cómo se cerraba la puerta detrás de mí.

No sé cuánto tiempo estuve allí. Puede que fueran minutos o que fuera una hora. En cuanto pude me serené, me puse la bata y me la apreté fuerte, casi como una protección, y volví a la seguridad de mi dormitorio propio. Me quité aquella ropa interior asquerosa y la

hice pedazos con unas tijeras. Y después me metí bajo la ducha, con el agua tan caliente como pude soportar. Permanecí allí mucho tiempo, pero las marcas de las manos donde Hugo me había estrujado los pechos desde atrás todavía eran visibles cuando al fin me sequé el cuerpo dolorido.

A la mañana siguiente decidí que,

pasara lo que pasara, tenía que hablar de esto con él. Bajé a desayunar; él estaba leyendo el periódico. La señora Bennett estaba con nosotros, pero le pedí que se retirara. Cuando Hugo me vio, me miró con una sonrisa de placer. Se levantó, me retiró la silla y se inclinó para darme un beso en la mejilla.

—¿Cómo estás esta

mañana, querida?

—Hugo, tengo que hablar contigo. Sobre lo de anoche. —Me temblaba la voz, lo notaba.

—Por supuesto —respondió sin dejar de sonreír—. Pero quizá no durante el desayuno. Hablaremos después, si no te importa. De todos modos, hay algo que sí quería decirte. Quiero darte las gracias por ser tan buena con

Alexa. La vida con su madre y conmigo era difícil, pero ella era demasiado pequeña para entenderlo. Estoy muy contento de poder ofrecerle un hogar estable ahora que está creciendo, al menos los días que pasa con nosotros. No podría haber deseado una madrastra mejor.

Y ya está. Me ilusionó tanto que pensara que era buena

con Alexa que me pareció una pena estropear el momento. Así que no llegué a plantear la conversación. El momento pasó, y de algún modo aquello selló mi aceptación de todo lo sucedido. Pero ahora ya no entro nunca en mi habitación sin una inmensa sensación de temor. El miedo a encontrar un obsequio de Hugo sobre

*la cama y todo lo que
ello comporta llena mis
días de malos presagios
y mis noches de terror.*

*Y no tengo con
quién hablar. Para
saber qué debo hacer.
Al menos no te tengo a
ti.*

*Aunque no pienso
rendirme. Debo
encontrar la manera de
mejorar la situación,
pero no me siento capaz
de abandonar.
Imagínate lo que*

supondría para Alexa si todo se fuera al traste.

La cuestión es que era esto lo que quería preguntarte. Te llamé. Después de las primeras veces no, porque estaba espantosamente avergonzada, pero cuando hacía meses que duraba, y en vista de que las cosas no mejoraban, sí. Hugo estaba muy complacido consigo mismo. Intenté

sacar el tema de nuevo, pero ¡resultó que él creía que yo disfrutaba! Intenté explicarle lo que prefería cuando hacía el amor, pero me preguntó si lo estaba criticando y, por supuesto, no pude decir que sí. Sugerí que quizá yo tenía cosas que aprender, pero que podíamos probar otras formas. Él se limitó a doblar el periódico con un suspiro y dijo algo

como «Laura, tienes que confiar en mí. No somos adolescentes, y necesitas avanzar. Necesitas entender cómo es el sexo adulto. Te prometo que con el tiempo me lo agradecerás». Ni en sueños. Pero se muestra tan convencido de todo... Es por esto por lo que quería hablar contigo. Esperé hasta que creí que Hugo estaba ocupado en el

estudio, y entonces te llamé desde el dormitorio. Sé que fui incoherente, pero me resultaba muy difícil hablar de ello, aunque fuera contigo. Necesitaba verte, y quería mostrarte la ropa interior. Me asusté un momento al pensar que Hugo nos había oído hablar. Me quedé realmente aterrorizada. Pero no es posible. No os habría invitado a

cenar si fuera así, y nunca lo ha mencionado. No tuvimos tiempo de hablar antes de la cena, pero pensé que al día siguiente podríamos pasar una hora al menos las dos solas.

Y entonces sucedió esa cosa horrible entre tú y Sebastian. ¿Cómo pudiste hacerlo, Imogen? Pobre Will, pobre. Está completamente

desolado. No puedo culpar a Hugo por prohibirte la entrada en casa. Pero es una gran pérdida para mí. Y Will está destrozado.

Y encima tú me llamas para decirme que Hugo nos drogó. ¡Imogen, tienes que estar equivocada! ¿Para qué diablos querría Hugo hacer una cosa así? No tendría ninguna razón para desear separaros a ti y

a Will, ¿no te parece? Y él sabía que eras mi mejor amiga. No puedo, no creeré algo así de mi marido. Es una absoluta locura.

Desde esa noche horrible me he sentido muy sola. Lo único que me quedaba en medio de toda esa infelicidad era planear la redecoración de la casa. Estuve trabajando muchísimo en la planificación, y

entonces le presenté a Hugo cuatro opciones. Apenas las miró antes de decirme que se trataba de la casa de su madre y que no se podía cambiar nada.

Pero yo no estaba dispuesta a ceder. Decidí que redecoraría la casa de Egerton Crescent como una sorpresa. Mi antigua empresa se ha vendido—seguramente no te has enterado— y he

ganado bastante dinero con las acciones. De modo que decidí gastar un poco en un regalo para Hugo. Cambiaría el estilo del piso, para demostrarle de lo que soy capaz. Esperé a que estuviera fuera. Todo estaba encargado y a punto. Fuera los muebles viejos y pesados; adelante algo más contemporáneo y elegante. La horrible moqueta verde

estampada que cubría todo el piso se arrancó, y en su lugar se colocó una algo más gruesa de color albaricoque. Las paredes se pintaron de un crema intenso. Estaba precioso, y me moría de ganas de enseñárselo a Hugo.

No le gustó.

—Laura, te agradezco el detalle y la dedicación. Pero habría pensado que en los últimos meses habías

*entendido que todavía
necesitas trabajar
mucho en tu gusto.
¿Dónde están los viejos
muebles?*

*Tuve que reconocer
que los había guardado
en uno de los edificios
anexos de Oxfordshire,
pero la espantosa
moqueta se había
quemado. Con un
suspiro, Hugo dio
instrucciones a Jessica
—que había sido testigo
de la inmensa*

*humillación— de que
organizara la
devolución de todos los
muebles nuevos a las
tiendas, y que
dispusiera el retorno de
los muebles viejos de
Oxfordshire. La
moqueta podía
quedarse.*

*Me siento estúpida y
te echo de menos.*

Besos,

L.

—¡Imo, has llorado! Lo siento. No debería haberte pedido que las leyeras. Debería habértelo contado yo misma.

Laura había ido en busca de Imogen y la había encontrado sentada en la cama, secándose los ojos con una toalla. La avergonzaba que Imogen tuviera que dormir en ese

cuarto oscuro y lúgubre, pero era la mejor habitación de invitados disponible en aquella casa inmensa.

—Tranquila. Me alegro de haberlas leído. Cariño, cuánto lo siento. Debió de ser horrible. Pero ¡eres una persona tan fuerte! No logro comprender cómo permitiste que te sucediera algo así.

Laura sonrió sin alegría.

—No sé cómo explicarlo. Al principio, lo único que pensaba era que deseaba que mi matrimonio

funcionara. —Se sentó sobre la colcha verde oscuro afelpada, al lado de Imogen, y apoyó la cabeza en el hombro de su amiga—. Debes entender cómo es vivir con alguien que necesita mantener el control. Son listos. No sé si planifican todo lo que hacen o si simplemente les sale de forma natural. En el caso de Hugo, nunca gritaba, no me insultaba ni me pegaba. Si alguien te encierra en un sótano durante días sin agua,

o te deja un ojo morado de vez en cuando, sabes sin ninguna duda que estás siendo maltratada. Pero cuando alguien parece considerado, no levanta jamás la voz y parece pensar solo en tus intereses, ¿cómo puede considerarse que existan malos tratos?

Imogen pasó el brazo por el hombro de Laura y le dio un apretón.

—Pero eras muy desgraciada. No es posible que te pareciera normal.

—Era infeliz, pero no entendía exactamente por qué. Dejando a un lado sus preferencias sexuales más bien raras, no había nada que pudiera identificar. Ojalá pudiera describirte cómo me sentía.

Laura dejó de hablar y miró un cuadro de la caza de un ciervo que estaba colgado en la pared junto al tocador. Su cabeza empezó a divagar. ¿A quién se le habría ocurrido poner un cuadro así en un dormitorio? De todos

modos, era perfecto para su estado de ánimo.

Se esforzó por volver a pensar en la pregunta de Imogen. No tenía palabras, solo pensamientos, imágenes y sentimientos. La sensación de vacío que experimentaba cuando sabía, sin que él pronunciara palabra alguna, que Hugo estaba descontento, y la alegría desproporcionada que sentía cuando le sonreía con cierto afecto. Actos y actitudes que parecerían normales en la

mayoría de las relaciones adquirirían un significado de importancia monumental y la inundaban de esperanza. Pero el maestro marionetista sabía cuándo ella había alcanzado el punto álgido de desesperación, y siempre la recompensaba con una palabra amable o un beso afectuoso. Y con el tiempo, por supuesto, esos momentos se hicieron más escasos y en consecuencia más valiosos.

—No puedo describir lo

que sentía, ni siquiera a ti. Reconozco que al principio fui tozuda, pero era fuerte, o eso creía. No estaba dispuesta a rendirme y reconocer que mi idílico matrimonio había fracasado en menos de un año. Nadie se rinde tan fácilmente. Así que debía darle tiempo y tener paciencia. El problema fue que en aquellos primeros meses me debilité mucho, y mi autoestima se fue erosionando gradualmente. Quizá él sabía mejor que yo

cómo debía comportarse la gente. Tal vez yo estaba exagerando con cosas que eran perfectamente normales, solo porque no eran las que yo quería. El problema era la falta de algo tangible. Siempre se las arreglaba para que pareciera que yo era su prioridad, pero lo que hacía en realidad era minar cualquier idea que yo tuviera. Yo no tenía a nadie. Ya no trabajaba, tú y yo no nos hablábamos. Will estaba lejos y yo no era capaz de

hablar con mi madre. De modo que solo me contemplaba a mí misma a través de los ojos de Hugo, y la persona que veía era un fracaso.

Laura no había expresado antes esos sentimientos en voz alta, y sintió una profunda sensación de vergüenza. Oía las ramas de un árbol golpeando la ventana, y el ruido le recordó las numerosas noches que había pasado despierta,

preguntándose qué estaba haciendo mal. Entonces estaba condicionada para creer que todos sus problemas eran consecuencia de sus defectos.

—Pero ¿qué me dices del sexo? —preguntó Imogen—. Perdona que saque el tema, pero acabo de leer sobre tu primera noche en aquella habitación. ¡A mí me suena prácticamente a violación!

Laura se echó en la cama

con las manos detrás de la cabeza y fijó la mirada en la elaborada rosa del techo. Nunca le había costado hablar de sexo, cuando era divertido. Ahora le resultaba increíblemente difícil.

—Lo sé. Ése era el asunto concreto que se podría calificar de malos tratos. Pero ¿lo era? No era lo que yo quería, pero ¿estaba mal? Le gustaba que lo ataran. ¿Era realmente raro o me estaba volviendo puritana? ¿Le gustaba el

sexo duro? Pero lo que para mí era brutal, él lo calificaba de pasión. Me convencí de que yo tenía un concepto idealizado del sexo romántico que hace que la tierra se mueva bajo tus pies. Leí mucho sobre el tema, y me asombró lo habitual que es el fetichismo, y cuántas personas disfrutaban ejerciendo el poder y el control durante el sexo. Era suficientemente ignorante como para creer que todas las parejas casadas hacen el

amor y experimentan intimidad y alegría. Cuando descubrí que estaba lejos de ser la única que se sentía insatisfecha cuando hacía el amor (si se puede llamar así a lo que hacíamos), encontré la excusa. Quizá era la única forma que él había conocido, y tendría que ayudarlo a asimilar una idea más afectuosa del sexo. Me hacía ilusiones constantemente y me engañaba creyendo que conseguiría transformarlo. En cierto modo, creía que

podía cambiar las cosas gracias a mi fortaleza y mi autoestima. No es tan raro en una mujer, ¿no crees?

—¿No te rebelaste nunca, ni un poquito?

—Hubo una ocasión, cuando llevábamos casados un par de años. Hugo no estaba y aproveché para salir a almorzar con Simon, mi antiguo jefe. Solo aquel cambio de escenario durante dos horas me devolvió pequeños fragmentos de mi autoestima. La noche que

Hugo regresaba teníamos que ir a un acto benéfico en el hotel Dorchester, y yo había quedado con él allí. Decidí mostrar un poco de carácter, probablemente el último pedacito que me quedaba, no poniéndome lo que él había elegido para mí. Yo creía que ya no era la mujer de la que él se había enamorado. Así que me fui de compras sola y encontré un vestido absolutamente maravilloso. Era azul, azul oscuro, y del terciopelo más

suave que te puedas imaginar. Tenía un corpiño sin tirantes que se ajustaba a la perfección a mi tipo y terminaba justo en la cadera; todavía tenía caderas entonces. La falda era de la misma tela pero recta hasta el suelo, con un corte hasta la rodilla. Me puse una sencilla tira de plata al cuello, y me teñí los cabellos otra vez de mi color natural, olvidándome del rojo. Volvía a ser una morena normal y corriente, pero me

sentaba de maravilla con el vestido, y de repente volví a sentirme como yo misma.

»Debía encontrarme con Hugo allí, así que tomé un taxi; tenía pensado llegar un par de minutos tarde para hacer una entrada espectacular. Y la hice. Caminé entre las mesas hacia Hugo, que estaba sentado con algunas de esas personas importantes que conocía a través de la organización. Todos los hombres se levantaron

inmediatamente de la mesa, e incluso las mujeres me sonrieron. Yo sabía que estaba fabulosa.

Laura recordaba haber buscado admiración en los ojos de Hugo, y al no hallarla sintió preocupación. Había llegado a convencerse de que se enamoraría de ella de nuevo.

—Como era habitual en estos actos, Hugo y yo no estábamos sentados uno al lado del otro, pero él se levantó inmediatamente y se

acercó para retirar mi silla. Cuando me senté, se inclinó para murmurar algo a mi oído. Creyendo que me estaba susurrando un cumplido, todos sonreían. Pero lo que en realidad me dijo fue «pareces una puta de mierda». Fue la única vez que le oí decir palabras malsonantes. Tuve que aguantar toda la comida sonriendo y siendo educada, cuando por dentro me estaba muriendo.

Imogen miraba a Laura

con compasión.

—¿Por qué? ¿Por qué no hablaste con nadie?

—Porque para entonces me sentía muy avergonzada, y no sabía qué había hecho mal. Aquella noche dejé escapar la oportunidad de huir. Creía sinceramente que todo era culpa mía. Me disculpé con Hugo por haber sido tan tonta. Él me perdonó, y yo me conformé con ser una buena esposa y una buena madrastra para Alexa, lo que no

representaba ninguna dificultad. Pero no volví a teñirme los cabellos de rojo, ni volví a tratar de parecer *sexy* o atractiva. Cultivé el aspecto de una mujer a la que ya le da igual ser o no guapa. Pensé que quizá así me dejaría en paz.

Laura se levantó de la cama y fue hasta la ventana. No soportaba ver la compasión en los ojos de Imogen.

Y omitió contarle a Imogen que, a partir de

aquel día, un elemento aún más alarmante se añadió a los que solía encontrar sobre su cama.

Los intentos de Tom por regresar a Oxfordshire se vieron obstaculizados por una serie de asuntos que parecían a punto de ofrecer alguna pista prometedora.

Un dibujo de la mujer que se había visto saliendo de la casa de Hugo Fletcher se había publicado en varios periódicos, y ya habían recibido varias llamadas. La

que parecía más fiable era la de alguien que había visto a una mujer que se ajustaba a la descripción alejándose de Egerton Crescent. Se dirigía a la estación de metro de South Kensington. Por desgracia, desde allí podía haber tomado, en cualquier dirección, las líneas de Piccadilly, District o Circle. Pero la hora coincidía, y ahora intentaban cotejar la información con otras pistas y con grabaciones de cámaras de seguridad para

tratar de dilucidar hacia dónde se había dirigido. Por supuesto podía haber cambiado de metro varias veces, pero nunca se sabía.

Un par de miembros del equipo estaban estudiando a fondo la organización benéfica de Hugo, y Tom estaba deseando recibir su informe. Algo se les escapaba. Lo sabía. Mientras tanto, Ajay estaba encargado de localizar a la chica desaparecida, Danika Bojin, y acababa de darle a Tom la

buena noticia de que había conseguido la dirección de la amiga de Danika, Mirela Tinescy, cuando esa información se hizo superflua. Recordaba que Ajay había hablado con Peter Gregson, el hombre que había dejado el mensaje en el contestador de Laura. Por lo visto, el señor Gregson se había presentado inesperadamente y aguardaba en recepción para hablar con el oficial encargado del caso.

Tom le pidió a Ajay que fuera a buscar a Gregson y que lo llevara a una sala de interrogatorios y le ofreciera algo de beber; él iría enseguida. Todavía no había podido hablar con Laura de la visita de Danika, ni comprobar si la chica desaparecida originalmente, Alina Cozma, había reaparecido. Por el momento, no obstante, necesitaba escuchar qué tenía que decir el señor Gregson. Danika era una de

las sospechosas principales.

Abrió la puerta de la sala de interrogatorios y le sorprendió ver que Peter Gregson no se encontraba solo. Lo acompañaba una muchacha, tan menuda que parecía no tener más de catorce años. Gregson se levantó para estrechar la mano de Tom.

—Inspector jefe Douglas, siento presentarme así pero, como puede ver, Danika ha vuelto a casa, y creo que usted deseará oír lo

que tiene que decir.

Tom se quedó bastante sorprendido de que la chica que estaba con Peter Gregson fuera Danika Bojin, que por lo que sabía tenía casi diecinueve años.

—Me alegro de ver que estás bien, Danika —dijo Tom—. Nos tenías un poco preocupados.

—Tal vez sea mejor que le explique la situación —dijo Peter Gregson—. El otro día, cuando hablé con su compañero, le expliqué la

norma estricta de *sir* Hugo de que las chicas no tengan ningún contacto entre ellas. ¿Está enterado de esto? — Tom asintió—. Bueno, lo cierto es que Danika se saltó esa norma. Fue así como ella y Mirela Tinescy se dieron cuenta de que Alina Cozma había desaparecido, porque no se presentó a sus encuentros regulares. *Sir* Hugo se enfureció cuando se enteró de que las chicas habían estado citándose, y a pesar de que nunca

descubrieron qué había sido de Alina, Danika prometió que no volvería a desobedecerlo. Y ha cumplido su palabra, hasta ahora: por desgracia, acaba de descubrir que Mirela ha desaparecido también. Creo que es mejor que lo explique ella.

Cuando Danika empezó a hablar, Tom sintió una subida de adrenalina.

Como habían prometido, ella y Mirela no mantuvieron el contacto; la

chica creía que le debía la vida a *sir* Hugo y, por muy doloroso que le resultara, sabía que debía acatar las reglas. Pero ahora todo había cambiado.

—El jueves voy al parque y oigo a una chica que hablaba en rumano con un niño. Le hablo y dice que es una chica de Allium. Vive con una buena familia, pero solo porque la última chica de Allium se marchó para volver a ser una profesional. Dice, en rumano, por

supuesto, «Gracias, Mirela. Malo para ti, bueno para mí». Le hago más preguntas, claro, y es mi Mirela. Lo sé. Me dice que Mirela se fue hace ocho semanas. Deja una nota. Dice que tiene una oportunidad de ser una chica de alterne de lujo y ganar mucho dinero. No hago bien saliendo a buscarla sin decírselo a Peter, pero si sabe lo que pienso hacer, me lo habría impedido. Cuando vuelvo hoy, Peter dice que debemos venir aquí y hablar

con usted.

Tom miró con simpatía a la chica que parecía tan preocupada por su amiga.

—¿Por qué intentaste encontrarla, Danika?

—Porque no creo que Mirela hacer una cosa así. Estaba..., como dicen aquí, asqueada. Sí, asqueada de su vida de prostituta. —Nadie le corrigió el lenguaje, porque el significado estaba perfectamente claro—. Siempre lloraba y decía que los hombres le hacían daño.

Decía que no quería hacerlo nunca más. Solo para marido o hombre bueno que la cuidara bien y le demostrara amor. No creo que haya vuelto a trabajar en eso. Así que intento encontrarla. Tenía que intentarlo, Peter. ¿Lo entiendes?

Danika volvió su cara angustiada hacia Peter, obviamente apenada por haber traicionado su confianza otra vez. Tom se dirigió amablemente a la chica, que al fin y al cabo

solo pensaba en el bien de su amiga.

—¿Adónde fuiste, Danika? ¿Cómo intentaste encontrarla?

—Primero intenté encontrar a *sir* Hugo. No podía ir a oficina, porque la chica de allí no fue muy simpática conmigo la última vez. Espero que llegue, pero no lo veo, e intento otra cosa. Intento descubrir cómo encontrar trabajo como prostituta de lujo, como dice Mirela. No creo que sea fea.

Los hombres siempre dicen que le gusta mi cuerpo, y hablo inglés. Bien no, pero lo hablo.

Desgraciadamente, Tom sabía que para algunos hombres su cuerpo delgado e infantil resultaba muy atractivo.

—Pues me dicen que no. Que nunca podré ser de lujo. Dicen que todos saben que somos sucias, y que nadie nos quiere tocar. No consiguen dinero a lo grande con chicas del Este.

—¿Por qué dicen que sois sucias, Danika?

Danika miró al suelo y se ruborizó.

—Permitían que los hombres estuvieran con nosotras sin protección. Decían que les gustaba más así. No lo queríamos, pero no podíamos escoger. Pero yo me he hecho todos los análisis. Peter me ha llevado. No estoy sucia, de verdad.

Tom sintió una inmensa vergüenza de que hubiera

hombres —tal vez algunos conocidos— que trataran a una chica tan dulce con semejante crueldad.

Tampoco pudo evitar sentir cierta decepción. Hasta que la había conocido, ella había estado entre los primeros puestos de la lista de sospechosos. Hugo muere, chica desaparece... Parecía demasiada casualidad.

—Estoy seguro de que no estás sucia, Danika, pero ¿significa esto que no encontraste ni rastro de

Mirela?

—No, no encontré. Fui incluso a buscarla donde solíamos estar, pero tenía mucho miedo de que volvieran a pillarme. Por suerte la ropa que Grace me ha comprado era buena. Nadie supo que antes era prostituta.

Tom supuso que Grace sería la esposa de Peter Gregson; al menos había ocurrido algo bueno en la vida de aquella chica. Pero si pensaban que la mujer que

habían visto salir de la casa en Londres de Hugo era la asesina, no era posible que fuera Danika. Aunque se pusiera una tonelada de maquillaje, nunca tendría el aspecto de una mujer. Tenía los brazos delgados de una niña y no parecía pesar mucho más que su hija Lucy, que contaba cinco años.

Al cabo de un rato la dejó a cargo de uno de sus colegas para que la interrogara. Danika no

encajaba con el perfil de la sospechosa, pero era posible que Mirela, la otra chica, sí lo hiciera.

De momento, necesitaba volver a Oxfordshire. Cada vez había más preguntas que hacerle a Laura. Sabía que en Ashbury Park esperaban a Brian Smedley, director ejecutivo de la inmobiliaria de Hugo y uno de sus albaceas. Tom estaba deseando conocer los detalles del testamento, y quería estar cerca para

observar la reacción de Laura ante los últimos deseos de Hugo.

Eran cerca de las dos y media cuando el coche paró por fin en el sombrío patio de Ashbury Park y Tom subió los escalones hasta la imponente puerta principal. De camino había avisado de su llegada a Becky, quien le abrió la puerta antes de que tuviera tiempo de llamar al timbre.

—¿Me has traído las listas de pasajeros? Me

muerdo de aburrimiento.

—Hola, Tom, me alegro de verte —dijo él en tono burlón. Sí, tengo las listas. Dado el número de pasajeros que hubo durante el período que nos interesa, pronto estarás aún más aburrida. ¿Ha pasado algo por aquí?

—Nada desde esta mañana. Hemos almorzado juntas, pero ha sido Stella la que ha llevado el peso de la conversación. Parecía que Imogen había llorado, en realidad. Nadie habla

conmigo. O se encierran en su habitación o van de dos en dos, no sé si me entiendes. Muchas miradas de complicidad, pero nada que pueda concretar. ¿Y tú?

Tom la puso al día de lo que se había hablado en la comisaría. No podía dejar de pensar que no era mucho.

—¿Crees que Danika ha tenido algo que ver? — preguntó Becky.

—Estoy seguro de que no, pero Mirela Tinescy ha desaparecido, y es posible

que ella sí tenga alguna relación con el caso. Creo que deberíamos entrevistarnos con todas, al menos con las que Hugo ayudó en los últimos doce meses. Y con todos los empleados de la organización, por si alguno de ellos alberga algún rencor. Por lo visto, todas las chicas juran querer a Hugo, pero todas lo han pasado mal; es posible que una de ellas se haya sentido tentada por una buena paga. Se ha

formado un equipo para llevar a cabo los interrogatorios, y tenemos que averiguar todo lo posible sobre Mirela Tinescy. Ajay está en ello.

—¿Crees que Hugo se acostaría con una de sus prostitutas?

—Bueno, muchos hombres lo hacen, aunque yo personalmente no lo incluya en uno de los objetivos de mi vida. Puede que para Hugo fuera una de las ventajas de su trabajo.

—Tom, eso es asqueroso y despreciable. No puedo creer que seas tan cínico.

Tom observó la nariz respingona de Becky, arrugada de disgusto. Si supiera lo que sabía él sobre las tendencias perversas de Hugo, pensaría que acostarse con las prostitutas de la organización era casi normal. Lo sucedido la noche anterior con Kate le había hecho olvidar temporalmente la conversación con Annabel,

pero en ese momento regresó a su mente de improviso. Estaba seguro de que era importante.

Becky acompañó a Tom al comedor, donde había montado un despacho provisional con permiso de Laura. La sala estaba empapelada en relieve en tonos de barro, y una de las paredes estaba casi cubierta por un enorme tapiz descolorido; Tom pensó que podía haber sido bonito si se le hubiera prestado un poco

de atención. En el centro de la estancia estaba la mesa de comedor más grande que había visto en su vida, en la que podrían sentarse cómodamente hasta treinta personas. Aparte de la gran chimenea de piedra y de las gruesas cortinas de terciopelo, no había más muebles. Otra habitación poco acogedora.

—¡Por Dios, Becky!
¿No podías haber escogido un lugar un poco más alegre? ¿Y por qué te has

sentado al otro extremo de la mesa? ¡Está a tres kilómetros de la puerta!

—Precisamente. Así, tenga lo que tenga en la pantalla, tengo tiempo de sobra para ocultarlo antes de que lleguen a mi lado. No me fío de ellas, Tom. Me caen bien pero, aunque sean inocentes del asesinato de Hugo, ocultan algo. Sobre todo Imogen. Sabe mucho más de lo que dice. Lo veo en sus ojos.

Tenía razón, claro, y

Tom lo sabía. Ese día Becky tenía esa expresión de bulldog que mostraba a veces, cuando su bonito rostro expresaba determinación e impaciencia. Tom sabía que ella pensaba que él trabajaba demasiado despacio. Pero no tenían donde agarrarse, y menos aún algo concreto que implicara a Laura o a Imogen. Ni siquiera se trataba de un caso de pruebas circunstanciales; no había ninguna prueba en

absoluto.

—Si te soy sincero, no le encuentro sentido —dijo—. Tengo que meterme un poco más bajo su piel. Aquí hace un frío que pela. ¿No hay calefacción?

Tom se había quitado la americana para conducir, y rápidamente se la volvió a poner. No solía llevar traje, pero era parte del trabajo y en ese momento agradecía el calor que le proporcionaba.

—Te acostumbrarás. Creía que los del norte erais

más resistentes. —Becky sonrió—. Bueno, mientras estaba aquí enloqueciendo de aburrimiento he buscado algo de información acerca del Rohypnol. Debido a mi tierna edad pensaba que siempre había circulado, pero la primera referencia que he podido encontrar en Internet es de 1999. Por lo visto ya estaba disponible mucho antes como fármaco, pero fue en esa fecha cuando se identificó como una droga que se empleaba en casos de

violación. Richard Baker, el violador en serie, fue el primero de quien se tuvo constancia de que la utilizara en este país. Se le localizó tras una llamada de colaboración en el programa de televisión *Crime Watch*. En fin, es el nombre comercial del flunitrazepam, y es diez veces más potente que el Valium. En la calle lo llaman «rufi». Según Internet, y es mejor que lea, es «una droga hipnótica muy potente que actúa como un

fuerte relajante muscular y posee propiedades sedantes, ansiolíticas, sea lo que sea esto, y amnésicas». Laura dijo que creía que también lo había utilizado con ella, pero no para violarla. Tienes que aclarar este punto, Tom.

—Lo haré cuando crea que va a decirme la verdad. Es muy hábil esquivando preguntas, y bombardearla no servirá para nada.

Becky lo miró indignada. Sabía que era impaciente, pero estaba

deseando encarar el caso como hacía frente a un embotellamiento: sin limitaciones y sin miedo a fastidiar a alguien por el camino. Él estaba convencido de que aquello no serviría con Laura. No se dejaría embaucar; tenía que ganarse su confianza.

—Cuéntame qué has oído exactamente esta mañana —dijo Tom—. A ver si me das algo sólido que pueda preguntarles luego.

Becky tomó el cuaderno

de la mesa y recitó.

—Lo he apuntado todo, palabra por palabra, hasta donde recordaba. Pero deberías haberlas oído: se podía cortar el aire con un cuchillo. —Becky se inclinó entusiasmada sobre sus notas y leyó los retazos de conversación que había podido escuchar—. Tom..., no eran solo las palabras. Deberías haber oído el tono de voz de Laura. Era tan frío... Me ha quedado totalmente claro que odiaba

a Hugo. Casi tanto como Imogen.

La conversación sobre drogas y odios cesó bruscamente cuando sonó el timbre de la puerta, anunciando la llegada de Brian Smedley y un abogado. Becky se llevó sus listas a su despacho improvisado en el extremo más alejado de la mesa y Tom salió al recibidor, donde Laura estaba saludando a los recién llegados. Notó que Laura

tenía mejor aspecto. Llevaba unos vaqueros negros y un jersey de color fresa bastante escotado cuyo alegre tono contrastaba como un faro con el beis sucio de las paredes.

Se volvió hacia él y se sobresaltó al verlo.

—¿Tom? Perdona, no sabía que habías llegado. ¿Te han ofrecido un té o un café?

Algo que en aquella casa no parecía faltar era un suministro constante de

bebidas calientes, pero Tom sabía que eso era bastante normal en los hogares golpeados por una tragedia; al menos les daba algo que hacer.

—Perdona, Laura, debería haberte dicho que estaba aquí. Becky me ha abierto la puerta y no quería molestarte. ¿Te importa que me quede y escuche los términos del testamento? Me sería útil para la investigación.

Tom observó a Laura

con atención. Se había dejado el pelo suelto y ondulado otra vez. Veía las raíces oscuras, y se preguntó por qué se teñiría alguien el pelo con un tono tan ratonil. También mostraba algo más de color en las mejillas, y en apariencia la confianza en sí misma había aumentado. Sin embargo, parecía crispada; sin duda estaba pensando en las sorpresas que podía contener el testamento de Hugo. Teniendo en cuenta lo que había oído acerca de él

en las últimas horas, a Tom no le extrañaba nada.

Ignorando el escrutinio de Tom, Laura los guio al salón y pidió a la señora Bennett que preparase té para todos; también ofreció una copa de una bebida más fuerte si lo preferían. Solo el abogado aceptó; Tom advirtió que parecía necesitarlo.

Cuando por fin se sentaron y llegaron las bebidas, Brian tosió con nerviosismo. Como albacea

había sacado la pajita más corta y le tocaba dar la noticia. Laura sonrió sin energía.

—Tranquilo, Brian. Conocía muy bien a Hugo, y nada de lo que haya incluido en el testamento me puede sorprender. Hazme un resumen; no necesito más.

—Gracias, Laura — respondió Brian—. Como sabes, Hugo era inmensamente rico, pero tuvo la previsión de invertir la mayoría de sus bienes en

distintos fondos. Estos fondos le proporcionaban cerca de un millón de libras anuales para sus gastos personales, aunque por supuesto un gran porcentaje se iba en impuestos. Pero dado que Ashbury Park está vinculado a un fondo, este asume todos los gastos de mantenimiento y servicios de esta casa y de la propiedad de Egerton Crescent, de modo que lo que quedaba era básicamente para vuestros

gastos.

Tom no pudo evitar preguntarse cómo se las habían arreglado para gastar centenares de miles de libras al año, especialmente si no tenían que pagar facturas. Por la cara que puso, Laura parecía estar pensando lo mismo.

—¿Y todo ese dinero se gastaba cada año o se ahorraba una parte? — preguntó.

—Los gastos mensuales eran de unas treinta mil

libras al mes. Ropa, comida, viajes, mantenimiento de la casa en Italia... Y, por supuesto, las veinte mil libras en efectivo que *sir* Hugo retiraba cada mes.

—¿Veinte mil en efectivo al mes? ¿Estás seguro de que era tanto? — Tom observó inquisitivamente a Laura, pero ella los miraba con expresión desconcertada—. ¿Y la pensión para Alexa y Annabel? —preguntó Laura—. ¿Se pagaba con eso?

—No. Cuando Hugo se divorció de Annabel, creó algunos fondos para que uno de ellos mantuviera a Alexa el resto de su vida, y otro para pagar la pensión de Annabel. —Laura aún parecía perpleja, pero permaneció en silencio—. Veamos; en cuanto al testamento, había hecho algunas provisiones para ti, aunque las condiciones son algo complejas. Básicamente, se te permite vivir aquí hasta que Alexa

cumpla veintiún años, momento en el que ella pasa a ser la residente legal de Ashbury Park. Si permaneces aquí hasta entonces, la propiedad de Italia pasa a ser tuya; de momento está a nombre de Hugo y se transferirá a la empresa hasta esa fecha. En ese momento puedes venderla para comprarte una casa en Inglaterra o quedarte a vivir allí. Si decides irte de esta casa antes de que Alexa cumpla los veintiuno,

pierdes el derecho a la casa de Italia y se te prohíbe tener contacto con Alexa. En este caso, Annabel debería atenerse estrictamente a los deseos de Hugo sobre este punto. Si no lo hace, también perderá una considerable porción de su herencia. Por lo que sé de la exesposa de Hugo, supongo que será rigurosa en el cumplimiento de estos términos. Mientras tanto, deberás pasar al menos diez meses al año en esta casa y

procurar que esté en condiciones para Alexa cuando llegue la hora.

Tom estaba observando la expresión de Laura con atención. Había elegido expresamente un sillón en un lado que le permitía seguir sus reacciones sin ser visto. Pero, aparte de su reacción a las retiradas mensuales de dinero en efectivo, los restrictivos términos del testamento no parecían sorprenderla ni angustiarse. Que no era el

testamento considerado de un esposo afectuoso era algo que resultaba evidente para cualquiera de los presentes.

—El fondo se hará cargo de todos los gastos de la casa y tú recibirás una pensión adicional de cincuenta mil libras anuales para tus gastos, que subirá con la inflación, siempre que te ciñas a las condiciones mencionadas con anterioridad. Si abandonarás la casa antes de la fecha del vigésimo primer cumpleaños

de Alexa, perderías también tu pensión anual. Las condiciones del fondo son específicas. La pensión anual solo puede gastarse en comida, ropa y algún viaje. Con permiso de los administradores del fondo, puedes recibir sumas adicionales de dinero para compras concretas; por ejemplo, si necesitas un coche nuevo.

—¿Hay dinero destinado a redecorar la propiedad o arreglar el jardín? —

preguntó Laura, como si estuviera considerando la posibilidad de vivir en aquel mausoleo durante los próximos diez años.

—El fondo se encargará de eso; tiene instrucciones concretas de que cualquier reforma debe limitarse a reparar y renovar la propiedad siguiendo los criterios y el estilo actual del lugar.

Laura se mostró horrorizada ante esta perspectiva, y Tom no podía

culparla; para convertir aquella casa en un hogar del siglo XXI se necesitaba una reforma integral.

—¿Hay algo que me impida utilizar mi propio dinero para cambiar el aspecto de la casa? — preguntó Laura, echándose hacia delante con ansiedad. Brian Smedley se mostró aún más incómodo.

—No sé si lo comprendes, Laura. El único dinero que tienes es el que paga el fondo, y solo puedes

gastarlo en lo que Hugo ha especificado.

—Pero ¿y si tuviera mi propio dinero, Brian? ¿Dinero que poseía antes de casarme con Hugo?

Una expresión esperanzada le iluminó la cara, y la máscara controlada que Tom estaba seguro que había estado cultivando desde la autopsia desapareció. No pudo evitar pensar que estaba encantadora.

Brian miró al abogado,

que hasta el momento no había dicho nada, aparte de pedir un whisky al llegar.

—¿Tenía *sir* Hugo conocimiento de la existencia de ese dinero, *lady* Fletcher? —preguntó.

—Se lo dije cuando vendí mis acciones de la empresa donde había trabajado, pero no le interesó porque para él era una cantidad insignificante. Desde entonces no lo volví a mencionar y lo invertí. No tenía casi nada mejor que

hacer y me volví muy experta en compra y venta de acciones. Ahora tengo sin duda dinero suficiente para redecorar la casa, varias veces en realidad. ¿Me estaría permitido?

El abogado revisó sus notas.

—Se trata de un testamento largo y muy completo, *lady* Fletcher. Revisaré con atención los términos, así como las condiciones del fondo que ostenta la propiedad de la

casa. Sin duda, la intención de sir Hugo era que no se cambiara nada; de eso estoy seguro. Pero está claro que no tenía ni idea, o sencillamente lo había olvidado, de que usted poseía su propio dinero. También debo mencionar que cualquier matrimonio o cohabitación posteriores están sujetos a las mismas condiciones: abandona la casa, pierde la propiedad de Italia y se le prohíbe cualquier contacto en el

futuro con Alexa.

La crueldad innata de Hugo debía resultar tan evidente para todos los presentes en la habitación como lo era para Tom. Sintió una inmensa simpatía por Laura, pero vio que ella sonreía con ironía. El abogado no había terminado.

—¿Cree que cumplirá sus deseos, *lady* Fletcher?

—No me queda más remedio —respondió ella.

—*Sir* Hugo estaba convencido de que la casa de

Italia lo garantizaría.

—Pues es una pena que él no esté aquí —dijo Laura, recostándose en el sillón—, porque me habría encantado decirle que no tiene nada que ver con la casa. No me quedo por eso. Lo hago por Alexa.

Tom estaba asombrado con la compostura de Laura, y pensaba que Hugo había resultado ser un cabrón que no tenía nada que ver con la imagen pública que todos admiraban y respetaban. La

máscara de Laura volvió a ocupar su lugar mientras escuchaba el resto de las condiciones.

Después de conocer a Annabel, Tom entendía el deseo de Laura de proteger a Alexa. Pero dictarle que no podía casarse ni cohabitar con un hombre durante al menos diez años, momento en el que ya habría sobrepasado casi la edad de tener hijos, era de una extrema crueldad.

El abogado empezó a

hablar de otros aspectos del testamento. Estaba claro que quería restar importancia a algunos de los legados menores; en vista de que Laura no insistía, suspiró aliviado y pasó a las condiciones relacionadas con Annabel. Pero, en opinión de Tom, saltaba a la vista que había algo que incomodaba al abogado. Tenía que conseguir una copia del testamento. Tal vez alguien más se beneficiaba, pero si Laura

siguiera siendo sospechosa, estaba claro que no lo había matado por su dinero.

Annabel tampoco estaría contenta. Para recibir su más que generosa pensión tenía que aceptar que Alexa viviera con Laura en Ashbury Park al menos tres meses al año que podían distribuirse en fines de semana y vacaciones escolares, algo en lo que podían ponerse de acuerdo las dos mujeres. Teniendo en cuenta que durante la

semana la niña permanecía interna en una escuela en Oxfordshire, en la práctica aquello significaba que no estaría nunca con su madre. Tom tuvo la desagradable sensación de que a Annabel le importaría un comino mientras siguiera recibiendo su dinero. También se determinaba que si se aceptaban las condiciones del testamento, la casa de Portugal pasaría a manos de Annabel cuando Alexa cumpliera veintiún años.

Sin embargo, fue la última parte del testamento la que a Tom le pareció más interesante. Hugo Fletcher había visitado a su abogado el día antes de morir y había añadido un codicilo. Había insistido en esperar en el despacho del abogado hasta que el codicilo se redactara y firmara. Estipulaba que Annabel lo perdería todo si era responsable de comentarios difamatorios sobre Hugo o su familia que se hicieran públicos en algún

medio de comunicación, en la actualidad o en el futuro.

Tom suspiró aliviado. El día anterior Annabel le había confesado detalles sobre Hugo que sin duda podían considerarse difamatorios. Por suerte, solo se lo había contado al comisario Sinclair. Confiaba en su equipo, pero aquella información tenía un potencial tan grande de atraer una apetitosa suma de la prensa amarilla que probablemente la herencia

de Annabel habría desaparecido en una nube de humo.

El abogado y Brian Smedley se marcharon poco después, y a pesar de que a Tom le habría gustado acompañarlos para evaluar la reacción de Annabel, decidió que era previsible y mandó a Becky en su lugar. No había tenido tiempo para hablar con Laura, y tenía un número cada vez mayor de desconcertantes enigmas por resolver.

Laura había acompañado a la puerta a los dos abogados, y cuando regresó a la sala Tom se había convencido a sí mismo de que estaría muy trastornada por lo que había oído. Si albergaba alguna esperanza acerca de los sentimientos de Hugo por ella, acababa de desvanecerse en público, y estaba preocupado por ella. Pero también era su deber hurgar bajo la superficie y descubrir cualquier secreto que ocultara aquella familia.

Cuanto más supiera acerca de las turbulentas emociones de las personas que lo rodeaban, más posibilidades tendría de entender a Hugo; y, en consecuencia, más probabilidades de encontrar a su asesino. Mostrarse comprensivo en aquel momento cargado de emociones podía quebrar un poco las defensas de Laura.

—¿Estás bien, Laura? Tal vez no sea de mi incumbencia, pero esto ha sido brutal.

Le sorprendió ver una sonrisa sincera en su rostro cuando ella se sentó frente a él. Parecía casi divertida, y le pareció raro.

—Gracias por ser tan amable, Tom, pero estoy bien. Pensó en todo, ¿eh? No tengo intención de dejar a Alexa a merced de la indiferencia de Annabel. La pobrecilla ya tiene bastante.

»Pero cometió un error —añadió, con un brillo malicioso en los ojos—. Esperaré a ver qué dicen los

administradores, y entonces cambiaré esta casa de arriba abajo, y me va a dar un placer enorme. He tenido años para pensar lo que podía hacer. Sé que gastaré mi propio dinero en algo que al final no será mío, pero no puedo vivir diez años más así. Alexa merece algo mejor que esto, y todavía me sobrará dinero para cuando no tenga casa.

Le da exactamente igual, pensó Tom asombrado. Pero no era solo el arresto

domiciliario virtual lo que resultaba cruel.

—¿Qué hay de no casarse o vivir con un hombre? Es un poco extremo, ¿no?

Laura se rio y pareció que hablaba de corazón.

—No, gracias. Nunca más. Para mí, eso no es un castigo.

—Pero se ve que quieres mucho a Alexa. ¿No te habría gustado tener hijos?

Tom lamentó haber estropeado el ambiente,

porque la expresión de Laura se transformó.

—Sí, me habría encantado tenerlos. Pero no fue posible.

En aquel momento sonó el teléfono de Tom, que maldijo en voz baja. Había sido lo más cerca que había estado de la auténtica Laura. Pero cuando vio que era Kate quien llamaba, no tuvo más remedio que contestar. Se disculpó, se levantó y se acercó a la ventana, dando la espalda a Laura. Habló un

par de minutos, en voz baja, y luego colgó.

—Perdóname. No era un buen momento para que me interrumpieran, pero tenía que contestar. —El ambiente había cambiado, y Tom se sintió frustrado. ¡Kate siempre tan oportuna! Laura lo miró expectante, como si esperara que fueran novedades sobre el caso pero al mismo tiempo no supiera si le estaba permitido preguntar—. Se trataba de un asunto

personal que necesitaba resolver. Me temo que no hemos avanzado mucho en la investigación del asesinato de tu esposo.

Laura lo miró curiosamente aliviada. Quizá la hacía sentir mejor saber que no era la única que tenía problemas.

—Bueno, ahora los sentimientos de mi marido hacia mí son del dominio público, así que si puedo ayudar en algo, adelante. Me ayudará a distraerme y no

pensar en el desastre en que se ha convertido mi vida.

Tom estaba tomando asiento cuando se percató con repentina intensidad de lo solo que estaba. Antes ni siquiera se lo había planteado. Nunca le había importado estar solo, pero desde que se había mudado a Londres no tenía a nadie con quien salir, como no fuera para tomar una cerveza ocasional o jugar una partida de squash. Trabajaba muchas horas, veía a Lucy

siempre que podía y pasaba el resto del tiempo en su extravagante pero frío apartamento. Sus amigos de verdad estaban a más de trescientos kilómetros, pero en los últimos dos años había perdido a su mujer y a su mejor amigo: su hermano.

Laura lo observaba con sincero interés, y Tom pensó que la mayoría de las personas con las que hablaba últimamente se limitaban a mirarlo con expresiones de educada indiferencia. No

podía ignorar ese gesto de apoyo, y descubrió que tampoco quería hacerlo.

—Era mi ex, Kate. Estamos divorciados. Fue una época muy deprimente para mí, porque cuando se marchó se llevó a nuestra hija. Pero ahora parece que su relación no va bien y ha decidido que quiere volver conmigo —dijo Tom, resumiendo al máximo y mirando el fuego como si la solución a sus problemas residiera en las llamas.

—¿Estás enamorado de ella? —La pregunta de Laura traicionaba una emoción que Tom no supo identificar. Se volvió a mirarla y notó que se le habían empequeñecido los ojos. Sin saber lo que eso significaba, contestó a la pregunta.

—No. Lo estuve durante mucho tiempo, pero no es por eso por lo que quiere que estemos juntos. A Kate le gusta el dinero; bueno, al menos le gusta gastarlo.

Resulta irónico, la verdad, después de haber escuchado la lectura del testamento de Hugo y haber visto tu reacción. Kate estaría gritando y quejándose a causa de la injusticia que supone.

—Hace mucho tiempo que aprendí a no gritar por las injusticias de Hugo. Ya habría desgastado mis cuerdas vocales. —Sonrió para restar importancia a sus palabras—. Entonces, para Kate, ¿tú eres ahora el

hombre del dinero?

—Sí, pero no por mis méritos. Un inspector jefe no gana mucho. Mi hermano me dejó mucho dinero... en su testamento —dijo con dificultad.

Laura se mostró sinceramente apenada por aquella noticia.

—Cuánto lo siento. No veo a mi hermano a menudo, pero si le sucediera algo me rompería el corazón. ¿De qué murió, si me permites que te lo pregunte?

Tom permaneció en silencio unos instantes. Después de tantos meses, seguía costándole hablar de ello.

—Mi hermano era inteligente, pero no de una forma convencional. No tuvo ningún interés en ir a la universidad, y desde los catorce años siempre estaba haciendo algún experimento de electrónica en su habitación. Yo era el sensato y estudioso. Su primer ordenador fue un aparatito

llamado ZX Spectrum, del que seguro que no has oído hablar, pero a pesar de sus limitaciones él conseguía que aquel ordenador hiciera cosas increíbles. A los dieciocho le pagaban por crear programas para toda clase de gente, y a los veinticinco había ganado su primer millón. Creó una empresa de seguridad en Internet multimillonaria y la vendió pocos meses antes de morir.

Tom miró a Laura para

ver si estaba hablando demasiado. Pero ella permanecía echada hacia delante con los codos sobre las rodillas, la barbilla apoyada en las manos unidas, y parecía sinceramente interesada.

—Le entró una locura consumista poco característica en él y, entre otras cosas, se compró el barco más veloz que encontró. Y eso fue todo. Hubo un accidente, algo muy raro según los

fabricantes, y murió. Nunca encontraron su cadáver. — Habló con calma, intentando disimular la emoción, pero se imaginaba que no podía engañar a Laura. Se permitió un momento de silencio que Laura respetó—. Ahora que estoy forrado, Kate quiere volver. Si no acepto, amenaza con llevarse a Lucy a Manchester. Me mudé aquí para estar cerca de ellas, y ahora me chantajea otra vez. Ésta es la cuestión. ¿Debo aceptar por Lucy? —Miró a

Laura—. Tú pareces dispuesta a hacer un gran sacrificio por una niña que ni siquiera es tu hija, así que ¿debería yo ser capaz de vivir con Kate por el bien de mi hija?

Tom observó a Laura con atención para calibrar su reacción. Ella esperó un momento antes de hablar.

—Mira, soy la última persona que puede dar consejos sobre relaciones. Pero recuerdo que de pequeña vivía en una casa

con mis padres y que los amaba a los dos. El problema era que ellos no se amaban. Lo intentaban, sí, y no eran desagradables entre ellos, aunque hubo algunas discusiones brutales. Pero el amor no se veía por ninguna parte. Will y yo tuvimos una vida estable, pero creo que en resumen era un hogar desprovisto de alegría. Pienso que los niños necesitan esa alegría en su vida. Si viven en un mundo en el que siempre ven a sus

padres tratándose con guantes de seda, aunque no se peleen, crecen con unos valores falsos. En perspectiva, preferiría haber vivido con un solo progenitor que fuera realmente feliz que con dos que pasaban tanto tiempo afilando el hacha que casi podías oír el chirrido.

A Tom le pareció una apreciación muy perspicaz. Él había crecido en un hogar de clase media feliz, con dos padres que trabajaban

mucho pero que se hacían reír más a menudo de lo que se hacían llorar. Ésa era la clase de relación que él había deseado.

Pero aquella conversación ya había durado demasiado. No tenía tiempo para regodearse en sus problemas. Maldita Kate. Tom creía que los días en que ocupaba su pensamiento habían terminado. No se podía decir que hubiera hecho mucho trabajo detectivesco en los

últimos cinco minutos. Se puso serio.

—Lo siento, no estamos aquí para hablar de mí. Discúlpame, Laura. No debería haber mencionado mis problemas personales.

Laura lamentó que aquella intimidad acabara. Escuchar a Tom le había recordado que otras personas tenían problemas también, aunque no fueran de la misma magnitud. Había sentido una punzada de envidia cuando empezó a

hablar de su exesposa, imaginando cómo sería estar casada con aquel hombre ligeramente hosco pero sensible. Pero ahora era otra vez el policía, y ella debía centrarse.

—Hay una serie de cosas de las que quiero hablar contigo, pero tras la noticia del testamento no sé si te verás con ánimos —dijo Tom—. ¿Cómo estás?

—Perfectamente.

Pregunta. —Laura sabía que necesitaba un momento para

pasar de ser la amiga comprensiva a la esposa afligida—. Pero antes déjame abrir una botella de vino. Creo que me lo merezco; suponiendo, claro, que su señoría no haya decretado que no se me permita beber vino. ¿Te apetece?

—No debería, pero no creo que una copa me haga ningún daño. Es una gran idea. Gracias.

Laura dejó a Tom consultando sus notas. Las

preguntas eran inevitables, y estaba segura de que Tom no comprendía su indiferencia hacia el testamento de Hugo. ¿Cómo explicarle que sabía que no sería bueno con ella, sin parecer más débil aún a ojos de Tom?

Volvió a la sala con una botella de vino y un par de copas y lo sirvió mientras Tom seguía consultando sus notas. Le dio una copa y propuso un breve e irónico brindis por Hugo. No le pasó por alto que Tom apenas

había bebido un sorbo y se sintió culpable.

—Perdona —dijo—.

Debería haber pensado que estás trabajando. Ha sido poco considerado por mi parte.

Tom le sonrió tranquilamente.

—No te preocupes. No iba a dejarte beber sola.

Por consentimiento silencioso y mutuo, se sentaron de nuevo. Laura se preparó anímicamente para las preguntas, recordándose

que, por considerado que fuera Tom Douglas, seguía siendo policía.

—¿Qué puedes decirme de la familia de Hugo? — empezó—. Sabemos que su madre murió el año antes de que os casarais, pero ¿qué sabes de ellos como familia?

Qué pregunta tan rara, pensó Laura. ¿Qué puede creer Tom que tenga que ver aquello con el asesinato de Hugo? Respondió con toda la simplicidad que pudo.

—No mucho, la verdad.

Esta casa está llena de retratos de antepasados ya olvidados, pero de sus padres nunca supe gran cosa. Estaba muy unido a su madre. Eso lo sé, pero nunca me enseñó fotos de ella. Murió de cáncer poco antes de que nos conociéramos, y creo que al final fue muy duro. Llevaba años confinada en la cama. Parece que no se levantaba de la cama casi nunca desde la muerte del padre de Hugo. Annabel fue su enfermera

una temporada, pero ella decía que no le pasaba nada, y que si hubiera nacido en una clase inferior se habría levantado y lo habría superado. No sé si son solo cosas de Annabel. Al final parece que enfermó de verdad, y creo que sufrió mucho con la quimioterapia.

—Dices que su padre murió. ¿Sabes qué le ocurrió?

Hugo solo se lo había mencionado de pasada antes de que se casaran, y con un

tono tan asqueado que ella debería haber percibido ya entonces que la empatía no era su punto fuerte. Pero lo había achacado a su disgusto; como siempre, excusó los rasgos menos favorecedores del carácter de Hugo.

—Se suicidó. Se ahorcó en el bosque. Hugo culpa a su hermana, Beatrice, que por lo visto huyó cuando tenía solo quince años, y a su padre le rompió el corazón. Unos meses

después se fue al bosque con una soga.

—¿Y Beatrice? No hemos encontrado ni rastro de ella, pero ¿tú sabes si volvió a aparecer alguna vez?

—Hugo solo habló de ella en una ocasión. Dijo que quería zanjar aquel tema. Nunca supieron nada de Beatrice desde aquel día. Ha pasado tanto tiempo que sospecho que nadie la encontrará, a menos que ella quiera ser localizada, claro.

Tom fingía que leía sus notas, pero Laura se percató de que no lo estaba haciendo. Miraba la página, y ella supo que intentaba encontrar las palabras adecuadas para formular la siguiente pregunta. Sintió un estremecimiento en la espalda.

—Necesito abordar aspectos más personales de vuestra vida, Laura. Puede que no te parezca relevante, pero me gustaría entender mejor tu enfermedad. Espero

que no sea demasiado doloroso para ti. —No era una pregunta directa, así que Laura no supo cómo responder. Pero Tom no había terminado, y lo siguiente que dijo casi la deja sin respiración—. Becky también me ha dicho que esta mañana os ha oído hablar. No pretendía espiar, pero le dio la impresión de que no lamentas la muerte de Hugo. También oyó hablar de Rohypnol. Puede que sean temas delicados,

pero debemos hablar de ello.

Laura fijó su expresión en una máscara pétrea y se conminó a mantener la calma. Su salvación llegó de una fuente inesperada, porque el móvil de Tom volvió a sonar.

Lo oyó maldecir en voz baja, pero después de mirar la pantalla se disculpó con Laura y respondió. Ella solo pudo oír una parte de la conversación, pero de repente Tom parecía mucho más animado.

—Gracias, Ajay, es muy interesante. Hablaremos luego. Manténme informado. —Colgó y miró a Laura con los ojos brillantes de excitación—. Perdona. Me gustaría volver al tema de antes dentro de un rato. —Sonrió como si fuera a darle buenas noticias—. Tenemos un resultado. Encontramos un cabello rojizo en Egerton Crescent. Cabello humano, pero de una peluca. Una de las fabricantes de pelucas nos

ha revelado que la madre de Hugo fue cliente suya en los últimos años de su vida, cuando perdió el cabello a consecuencia de la quimioterapia. Vino aquí varias veces a tomarle medidas para pelucas nuevas, y dice que confeccionó cinco en total. —Tom hizo una pausa, pero Laura sabía exactamente qué iba a decir y se tensó—. También dice que todas se hicieron con cabellos rojizos humanos.

Después de decirle a Tom que creía saber dónde estaba la caja de las pelucas, Laura escapó al desván. Necesitaba un momento para respirar; para calmar su corazón acelerado.

Y tenía que pensar. No solo sobre las pelucas, sino también sobre cómo responder a las preguntas acerca de su salud mental,

por no hablar del Rohypnol. ¿Cómo había podido ser tan descuidada? Sabía que el tema de su depresión surgiría y estaba preparada para ello, pero por lo visto Becky había oído demasiado. Tras escuchar las condiciones del testamento, Tom ya sabía que Hugo distaba de ser perfecto. Pero el auténtico Hugo no podía salir a la luz. Jamás.

Oyó un grito en el hueco de la escalera.

—¿Laura? ¿Estás arriba?

—Sí, finjo estar buscando algo para la Policía.

La cara de Imogen apareció en el hueco de la escalera, seguida de su cuerpo. Laura sabía que su amiga había estado trabajando desde el almuerzo y se alegró de tenerla cerca en aquel momento.

—¿Cómo ha ido la reunión con el abogado? Eres rica, ¿no?

Laura resopló.

—No seas tonta.

Estamos hablando de Hugo.

Te lo contaré después, porque ahora tengo otras preocupaciones.

—¿Se puede saber qué buscas aquí arriba?

—Pelucas. Bueno, no las busco. Sé dónde están. Pero hago ver que las busco.

—¿Qué? Por Dios, sabía que no podía dejarte sola. ¿Qué ha pasado? ¿Qué has contado?

Laura pensaba que a

veces Imogen la trataba como si no tuviera una sola neurona. Le explicó rápidamente todo lo que Tom le había dicho sobre las pelucas. Luego señaló una gran caja redonda en el suelo.

—Mira, ahí está la caja de las pelucas.

La miró sin deseo alguno de tocarla. Sabía que sería como la caja de Pandora: en cuanto la abriera, el mal y todos los recuerdos asociados la invadirían y se

la tragarían. Pero no tenía más remedio. Tomó aire con un estremecimiento, se inclinó y levantó la tapa. Separó las pelucas varias veces con las manos. Había algo raro; los cabellos estaban todos pegados. Quizá se equivocaba. Tenía que equivocarse. Las sacó otra vez, reteniendo el pánico hasta que tuviera la certeza. Miró a Imogen.

—Mierda, Imo. Solo hay tres.

Laura se sentó en un

viejo baúl. Tenía la mente en blanco. No encontraba explicación; tampoco hallaría respuesta para la Policía. Imogen recorrió la distancia que la separaba de Laura y le rodeó los hombros con el brazo.

—¿Qué te preocupa? Piénsalo racionalmente. No dejes que algo tan trivial te desequilibre. Cualquiera podría haber cogido una peluca de aquí en cualquier momento. La señora Bennett podría haberse llevado una

para venderla en un mercadillo, quién sabe. Y si la vieja bruja no paraba de encargarse de pelucas, también cabe suponer que alguna se estropeará y la tirarán. Que falten dos pelucas no tiene por qué significar nada.

—No, es posible que no. Pero ¿pensará lo mismo la Policía?

La verdad era que no tenía ni idea de por qué había solo tres, y el hecho en sí la angustiaba.

Permanecieron sentadas

en silencio mientras Laura trataba de serenarse. Al cabo de un momento se levantó con determinación del baúl.

—Veamos. Esto es lo que diré, y esperemos que me crea. Cuando Alexa era pequeña, jugábamos a disfrazarnos y nos poníamos las pelucas. Era demasiado niña como para acordarse ahora. Diré que no tengo ni idea de dónde ha ido a parar. Pero, ahora que lo pienso, creo recordar que Hugo dijo que a su madre la habían

enterrado con una de las pelucas. ¿Te parece razonable? —preguntó mirando a Imogen esperanzada.

—Genial. Esperemos que esto frene un poco a nuestro delicioso inspector jefe, aunque no sé por qué crees que debes justificarte; en serio que no. —Imogen se levantó. Pero Laura era consciente de que inventar una historia para la Policía no solucionaba el problema fundamental. Allí tendría

que haber más de tres pelucas, y no tenía sentido que no estuvieran. Decidió que era mejor darle todas las malas noticias a su amiga.

—Espera, Imo. Antes de que bajes, hay otro problema. Tom quiere que le hable de mi enfermedad, de lo que me sucedió y por qué estuve tanto tiempo ingresada. ¿Qué crees que debería decir?

Imogen miró a Laura y se encogió de hombros.

—Tienes que darle las

pruebas que tienen. No necesitas darle la causa.

—Pero él no es tonto, ¿no? Querrá saber qué me sucedió para que me pusiera así. —Laura creía estar preparada para eso, pero no estaba preparada para Tom Douglas y su capacidad para meterse en su cabeza.

—Tal vez deberías decirle la verdad.

Laura levantó las manos para agarrarse la cabeza, en un gesto de frustración ante la afirmación más estúpida

que había oído nunca de Imogen.

—¿Qué? ¿Te has vuelto loca? ¿Qué esperas que le diga? Bueno, Tom, mi marido me había dado un rufi, pero aquella noche tuve la picardía de no tomarme el vino. Así que lo pillé en uno de sus juegos enfermizos, le dejé claro que me daba asco y que lo que hacía me parecía abominable, y mi castigo fue el encarcelamiento durante dos años en una clínica para

enfermos mentales.

—Laura, pero ¿qué dices? ¿Rufis? Pensaba que no me habías creído.

—Me di cuenta hace tiempo de que te había drogado, Imogen. Y a pesar de eso, tardé mucho en reconocer que me estaba haciendo lo mismo a mí. — Laura estaba perpleja. ¿No has leído las cartas?

Imogen bajó la cabeza.

—Lo siento, me lo he tomado con calma. Sé que quieres que las lea, cielo,

pero en cierto modo me siento como una mirona.

—Sé que te pido mucho.

Al principio no quería que las leyeras y ahora necesito que lo hagas. Ve, Imogen. Ve a leerlas. Está claro que si no puedo contártelo a ti a la cara, menos podré hacerlo con Tom. Lee la próxima. Te esperaré aquí.

Laura volvió a sentarse y apoyó la cabeza en las manos. Se dio cuenta de que había olvidado decirle a Imogen que la Policía estaba

al tanto de su conversación de la mañana, pero la importancia de esto disminuyó ante los recuerdos que la inundaron.

MARZO DE 2004

Querida Imogen:

Voy a empezar a escribirte de nuevo, aunque no pueda verte o hablar contigo. Hacerlo me permite

fingir que la vida es normal. Dejé de escribirte hace años porque, sinceramente, no tenía nada que decir. Todos los días eran iguales. Todas las noches eran iguales. Solo Alexa me daba alguna alegría. La quiero mucho, pero no sé qué puedo hacer para ayudarla. Su madre no sirve para nada. Pero estoy divagando. Quizá estoy

loca. Quizá tengan razón.

Estoy en una clínica para enfermos mentales. Bueno, la disimulan con nombres bonitos, pero es una clínica para perturbados mentales (aunque no lo digan nunca). Hugo me ingresó aquí. Es el único modo que tiene de taparlo todo. Así, cualquier cosa que yo diga se considerará

parte de mi enfermedad. Cabrón. No sé si podré escribir acerca de cómo llegué a este lugar. Lo intentaré, pero ya llevo meses aquí y todavía no lo he asumido. Es por esto por lo que te escribo. Puede que me sirva de ayuda.

Está claro que debo empezar por el principio y ver hasta dónde llego antes de ser incapaz de contar el resto; estoy segura de

que alcanzaré ese punto. No me entretendré hablando de los años pasados entre mi última carta y ésta. Basta con decir que fueron más de lo mismo. Por fuera todo estaba bien; por dentro, todo estaba menos bien. Nunca una palabra airada, porque para entonces yo siempre hacía lo que él me decía.

Sin embargo, Hugo

ha cometido un error. Cree que mandándome aquí me volverá más obediente aún. Pero se equivoca.

Estoy aquí por lo que descubrí. Todo empezó con una copa de vino; una que no bebí. Llevaba tiempo despertándome con la cabeza cargada, como si no hubiera descansado. Pensé que estaba bebiendo demasiado vino, pero

cuando Hugo me servía mi gran copa habitual no me podía negar. Se lo tomaba como un insulto personal a su elección, y cualquier posibilidad de cenar en armonía se iba a pique; siempre encontraba una forma sutil de castigarme por mi supuesto desprecio. De modo que decidí beber muy poco durante el primer plato. Cuando me levanté para

*llevarme los platos a la
cocina, se dio cuenta.*

*—No te has bebido
el vino. ¿No te gusta?
¿Mi elección no es de tu
gusto?*

*—No, Hugo, es
delicioso, como
siempre. De hecho, creo
que me lo llevaré a la
cocina conmigo
mientras termino de
preparar el pescado.
Será un minuto.*

*Para entonces,
siempre contestaba de*

*aquella manera servil.
A Hugo le encantaba.*

*Yo no quería beber
más vino, así que lo tiré
al fregadero y llené la
copa con una mezcla
bastante asquerosa de
zumo de manzana y
agua, para conseguir el
color adecuado. Pero
era mejor que beber
vino.*

*Después de cenar,
noté que Hugo me
miraba con mucha
atención; tal vez*

*demasiada. Caí en la
cuenta de que me estaba
comportando de un
modo raro. ¡Claro! A
esa hora de la noche
normalmente tenía
mucho sueño. Hugo
sugería a menudo que
me fuera a la cama
temprano, y yo siempre
me dormía enseguida.
Fue un momento
repentino de claridad,
porque una copa de
vino grande no podía de
ninguna manera*

*representar una
diferencia tan
considerable. ¡Me
había estado drogando!
¡El cabrón me había
estado echando algo en
el vino! Pero ¿por qué?
No tenía sentido,
porque en ese estado no
podía seguirle la
corriente en sus
juguecitos. Por suerte,
aquellas ocasiones eran
cada día más escasas.
Él no apreciaba mi falta
de entusiasmo.*

De manera que fingí un par de bostezos.

—Creo que me iré a la cama, si no te parece mal.

—Me parece estupendo. Que duermas bien. —Hugo sonrió, pero lo hizo sin el menor rastro de afecto.

Como te puedes imaginar, no era capaz de conciliar el sueño. Estuve un par de horas dando vueltas, y

entonces oí un ruido. Un ruido insólito en aquella casa, y parecía proceder de la habitación contigua. Eran risas apagadas pero inconfundibles. Escuché con atención. ¿Eran risas o podía ser Hugo escuchando la radio? Las paredes de la casa eran gruesas, pero distinguía la voz grave de un hombre y una risa más aguda. Me puse el albornoz, me lo

ceñí bien con el cinturón y abrí la puerta del pasillo. Para entonces deseaba haberme bebido el vino, porque me enfrentaba a uno de esos horribles momentos de indecisión. Sabía que no quería ver lo que había detrás de la puerta, porque saberlo tendría consecuencias inevitables, pero también sabía que no podía ignorarlo.

Apoyé la mano en la manilla y abrí la puerta con cuidado.

Los siguientes momentos fueron demasiado horribles como para que ahora sea capaz de describirlos con palabras. No pude evitar contener la respiración, horrorizada. Hugo me oyó, por supuesto. No mostró ninguna vergüenza cuando se

volvió hacia mí, desnudo y erecto. En lugar de eso, se burló de mí.

—Ah, Laura. Como siempre, has venido a estropear la diversión. ¿O te apetecería unirte a nosotros, querida?

No puedo contarte lo que vi, Imo. Todavía no. Pero todo el horror de los últimos años palideció ante el retablo que se mostraba ante mí. Todo mi cuerpo

temblaba, y estaba segura de que iba a vomitar. Nunca había tenido una emoción tan pura, y esa emoción no era otra cosa que miedo. Miedo puro y sin adulterar. El amor es una emoción potente, pero no es nada en comparación con la reacción física violenta del odio.

Luché contra mis deseos de gritar, pero de algún modo me salió

la voz. Tenía que intentar mantenerla bajo control. No te diré todavía por qué, pero tenía que hacerlo.

—Hugo, quiero hablar contigo ahora, por favor. En mi habitación. Puede que me haya pasado los últimos cinco años cediendo a todos tus deseos, pero esta vez no, Hugo. Esta vez no.

—Bueno, Laura, como puedes ver, estoy

ocupado. Iré a hablar contigo más tarde, si insistes.

Temblando de rabia y repugnancia, me quedé mirándolo. Él me leyó el pensamiento. Sabía exactamente lo que haría a continuación. Sabía que con un simple acto podía hacer que su mundo se desmoronara. Y lo haría. Pero primero tenía que sacarlo de la

habitación.

Él suspiró con teatralidad.

—Eres tan tediosa y provinciana, Laura... No tengo por norma ceder al chantaje, pero veo que en esta ocasión no tengo alternativa. Iré a verte en diez minutos, si eres capaz de resistirte a ser previsible tanto tiempo.

Sin decir nada, me volví y salí. Temblaba con tal violencia que

creí que las piernas no me sostendrían. Mientras esperaba a Hugo, mi ira y mi asco fueron en aumento. Durante años Hugo había conseguido que me cuestionara todos mis pensamientos, pero por una vez —solo una vez— yo sabía que tenía razón. Pensé en marcharme, pero no pude. No aquella noche. Aquella noche tenía un trabajo que hacer. Pero

*ya no volvería a dormir,
así que me vestí deprisa
con lo primero que
encontré.*

*Pensaba exponer
públicamente a Hugo
justo por lo que era. Y
él lo sabía.*

*Por fin, Hugo abrió
la puerta de mi
habitación. Vestido con
unos pantalones negros
y una camisa
deslumbrantemente
blanca, estaba claro
que había decidido que*

el ataque era la mejor de las defensas. Si yo esperaba excusas o disculpas, no las recibiría. Debería haberlo imaginado.

—¿Qué te crees que haces, Laura, entrando sin llamar donde no eres bien recibida? No lo toleraré.

Yo estaba lívida. Y no tenía intención de ceder. Me acerqué a él hasta que estuve a unos centímetros de

distancia. Hubiera abofeteado su miserable cara, o le habría clavado un cuchillo de haber tenido uno a mano. Pero solo tenía palabras.

—Eso ha sido lo más asqueroso, lo más repugnante que he visto en mi vida. Eres un cabrón pervertido, Hugo Fletcher. Sé que tienes un problema grave con el sexo, pero hacer lo que estás

haciendo es... No tengo palabras. —Me di la vuelta y me alejé de él, furiosa por no encontrar las palabras que pudieran expresar mi horror. Pero entonces me volví de golpe—. No, sí tengo palabras. Eres un depravado. Ésa es la palabra. Una buena palabra. Me das asco.

Prácticamente le escupí.

Él avanzó hacia mí.

Si no hubiera tenido las manos en los bolsillos, tratando de mostrarse despreocupado y seguro de sí mismo, habría creído que iba a pegarme por primera vez. Pero me daba igual. Le devolvería el golpe. Habría perdido, pero no sin luchar, y me habría servido para desahogar mis emociones reprimidas.

*No obstante,
debería haber*

imaginado que Hugo no sentía ningún remordimiento.

—¿A qué te refieres cuando dices que tengo un problema con el sexo? No soy yo, estúpida puta pueblerina. ¡Eres frígida! No sabes relajarte, ni sabes lo que les gusta a los hombres. ¿Sabes por qué? Porque nunca se te enseñó como es debido. Me imagino que

la primera vez que te acostaste con alguien fue con un chico de la escuela, probablemente a los dieciséis. Sí, como si lo viera. Los dos toqueteándoos y sin saber qué hacer, pero tú perseveraste. Y cuando te hiciste mayor te acostumbraste al sexo, pero nunca entendiste que era un arte. Sin mí, te habrías pasado el resto de tu vida fingiendo que sabías

cómo hacer el amor, pero lo cierto es que no tienes la más remota idea. Abrazos, besos y toqueteos —concluyó con sorna.

Me reí en su cara arrogante. Le borraría aquella sonrisa engreída.

—¿De verdad crees que me importa lo que pienses de mí, Hugo? ¿Después de lo que he visto? Gracias a Dios, no tendré que fingir

nunca más. ¿Y sabes qué, sir Hugo? Nadie se acercará ni a un kilómetro de ti. Te mantendrás alejado de esa habitación y yo haré una llamada, y haré todo lo que esté en mi mano para que vayas al infierno por esto, Hugo, así que...

Lo que sucedió a continuación está borroso. Solo recuerdo que Hugo avanzó hacia mí y me agarró el brazo

derecho con la mano izquierda. Luego sacó algo del bolsillo. Era una jeringuilla.

Cuando por fin recuperé el conocimiento, me encontraba fatal. Tenía los ojos pegajosos y el cuerpo dolorido. No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado, ni sabía dónde estaba. No reconocí la habitación. Estaba completamente vacía. Sin muebles, ni

*alfombra; el suelo y las
ventanas sucios de
polvo antiguo. No tenía
fuerzas para
levantarme. Me sentía
vacía de energía. Y
entonces me di cuenta
de que estaba desnuda.
No podía entender
cómo había llegado allí,
y no tenía idea de dónde
estaba mi ropa.*

*De entrada, apenas
tenía un vago recuerdo
de lo sucedido, pero era
suficiente para que me*

diera cuenta de que había fracasado. Y entonces lloré. Grandes sollozos sacudieron mi cuerpo, porque sabía que a partir de entonces estaría indefensa. Había perdido la fugaz ventaja que había tenido, y de algún modo la había desaprovechado. Me había centrado en el momento presente, cuando debería haber pensado en el futuro.

No sé cuánto tiempo estuve llorando aquella primera vez, pero sí sabía que no sería la última.

Había agotado las pocas fuerzas que tenía llorando, de modo que me arrastré a cuatro patas hasta la puerta y la golpeé, pidiendo ayuda. Por supuesto, estaba cerrada. Debía de encontrarme en una de las alas de la casa que no se utilizaban. En

una ocasión, cuando Hugo no estaba, había explorado todo Ashbury Park, y todas aquellas habitaciones vacías que ocultaban quién sabía qué historias del pasado me habían puesto los pelos de punta.

En el fondo sabía que nadie me oiría, de manera que volví a mi rincón. Era evidente que Hugo sabía dónde estaba y vendría cuando lo considerara

oportuno. Me tumbé en el suelo y me encogí en posición fetal. No podía dejar de temblar, pero no era el frío lo que agitaba todo mi cuerpo, sino el miedo.

No sé cuánto tiempo esperé, pero me parecieron horas. Entonces se abrió la puerta. Sabía que sería Hugo y no me atrevía a mirarlo. Solo quería tapar mi desnudez ante él, salir de allí y de su

vida. Pero no antes de asegurarme de que lo que había visto aquella noche no volviera a suceder.

—Hola, Laura.

Oí pasos que caminaban amenazadores hacia mí sobre el suelo de madera, pero no miré.

—Estúpida e inútil Laura. He venido a traerte una bebida. Estoy seguro de que tienes sed. Venga,

agarra el vaso.

Aparté la cabeza. No quería nada que me ofreciera él. Me aferró los cabellos y tiró de mi cabeza hacia atrás con rabia. Me gritó en un tono que nunca le había oído.

—¡Bebe! ¡Si quieres salir algún día de esta habitación, bebe! Nadie sabe dónde estás, y nadie tiene por qué saberlo.

Le creí. Qué

estúpida. Estaba claro que no podía permitirse dejarme marchar. Tendría que haberlo adivinado. Yo era demasiado peligrosa. Tendría un plan; siempre lo tenía. Debería haber imaginado que no era solo agua lo que me daba, y apenas pasó un momento antes de que me durmiera otra vez. La siguiente ocasión en la que me desperté,

volvió y de nuevo me obligó a beber. Mi cuerpo estaba flojo y gradualmente fui perdiendo la conciencia. Una vez, después de tomar la bebida y cuando estaba apenas despierta, me apartó los brazos del pecho y tiró de mis piernas. Me las separó y se me quedó mirando. Yo sabía lo que hacía, pero estaba demasiado débil para moverme.

Luego se rio. Después de esto, cada vez que venía colocaba mi cuerpo indefenso en una posición diferente, como si fuera su muñeca. Mis extremidades cubiertas de suciedad se torcieron en toda clase de posiciones degradantes que se le ocurrían, exponiéndome a sus ojos depravados y de vez en cuando a sus dedos. Pero no fue más

lejos. Gracias a Dios. Yo no le interesaba. Solo quería presenciar mi humillación, y mi miedo. Miedo a lo que podía hacerme mientras estaba comatosa.

En un momento de rara lucidez, me horroricé al darme cuenta de que tenía la vejiga llena. Probablemente fue lo que me despertó. Me agaché en el rincón más alejado; lo más lejos de

la puerta que pude. Me agaché allí con las lágrimas resbalándome por las mejillas. No podía soportar que Hugo se regocijara con mi vergüenza más de lo que ya lo había hecho.

Tras lo que me parecieron semanas, oí un grito. No era la voz de Hugo.

—¡Sir Hugo, la he encontrado!

La puerta se abrió de golpe y entró

Hannah corriendo. Por mucho que la despreciara, me alegré de oír su voz. Se paró de golpe, con una expresión de asco, probablemente por el olor que emanaba del rincón húmedo. Hugo estaba detrás de ella en la puerta, con una sonrisa de triunfo en los labios. Sin embargo, en cuanto Hannah se volvió a mirarlo, su cara expresaba

preocupación.

—*Oh, querida, estábamos tan preocupados. ¿Qué ha pasado? Nadie viene nunca a esta parte de la casa, ya lo sabes. No se nos ocurrió buscarte aquí. ¿Dónde está tu ropa? Debes de haber pasado casi dos días aquí. Te hemos buscado por todas partes. Hannah, llama al médico. Llama al doctor Davidson, encontrarás*

su número en mi agenda del escritorio. Dile que se dé prisa.

Con una última mirada de horror y asco, Hannah se marchó corriendo. Hugo se volvió hacia mí. Sonreía con crueldad.

—Veamos, un pequeño arreglo de la manilla...

Sonrió desagradablemente y sacó un pequeño

destornillador del bolsillo. Lo miré con los ojos nublados, sin saber si realmente lo estaba viendo o si formaba parte de mi sueño inducido por las drogas. Volví a quedarme inconsciente y no me percaté de la llegada del médico.

No tardó nada en diagnosticarme una depresión crónica, me tapó con una bata y llamó a unos camilleros

para que me trasladaran a la ambulancia privada que esperaba fuera. Intenté protestar y decir que me habían encerrado, pero vi que Hugo le estaba mostrando con expresión triste al médico que la puerta se abría con facilidad desde ambos lados y que, de hecho, no había cerradura. Hannah lo corroboró, intentando no parecer demasiado

satisfecha. Yo sabía que de un modo u otro Hugo había liberado el bloqueo de la manilla desde dentro, pero no podía demostrarlo.

Y ahora estoy aquí. Sé muy bien por qué Hugo ha elegido este lugar. Es evidente que hizo investigaciones mientras estuve «desaparecida» y que encontró una clínica que necesitaba fondos con urgencia para no

quebrar. Se puede decir que continuará existiendo gracias a mí.

Por supuesto, Hannah fue de gran ayuda para que me internaran. Sé que describió con todo detalle cómo me encontró, que estaba desnuda y sucia; que podría haber salido de haber querido; que había usado el suelo como excusado a pesar de que había un baño

en el pasillo, aunque no se utilizara desde hacía años. Lo sé porque el buen doctor me hizo preguntas que solo podía saber a través de sus explicaciones.

Y lo otro son las drogas. Hugo intentó que me prohibieran todas las visitas, pero impedir que viniera mi madre era demasiado difícil. Ella no se dejaría amedrentar. Así que el médico me droga

*cada vez que ella viene.
Estoy segura de que
cree que estoy enferma.
Y no puedo decirle lo
que sé, porque las
drogas me dejan zombi.
Solo puedo pensar
cuando estoy sola, sin
haber ingerido drogas.*

*No sé cuánto tiempo
me mantendrán aquí.
Hugo puede
sobornarlos todo el
tiempo que quiera,
supongo. Debo sufrir la
indignidad de las*

sesiones de grupo, la terapia individual y todo lo que te puedas imaginar, pero aquí me siento segura. Más que en casa. De hecho, si no fuera por una cosa, no me importaría quedarme aquí. Pero el reloj avanza. Necesito un plan.

Ahora sé sin ninguna duda que tenías razón con el Rohypnol, Imo. Si te hubiera creído

*entonces, ¿cómo
habrían sido las cosas
para nosotras?*

*Solo puedo decirte
que lo siento mucho.*

Con afecto, siempre,

Laura

Tom agradeció tener unos minutos para poner orden en sus pensamientos mientras Laura buscaba las pelucas, aunque le pareció que tardaba demasiado en encontrarlas. En cuanto ella

salió de la habitación, el inspector jefe recibió una llamada desesperada de Annabel, quien, en vista del duro impacto financiero que tendría para ella que aquello se hiciera público, se arrepentía de lo que le había contado el día anterior. Tom le aseguró que trataría su declaración con la máxima confidencialidad posible, pero que no podía prometerle nada.

Después de colgar, Tom fue a sentarse en la silla de

Becky en el extremo de la mesa del comedor. Ella le había dicho que la lista de pasajeros del Eurostar no había proporcionado ninguna información interesante, lo cual era decepcionante pero no sorprendente. Las declaraciones de los testigos que decían haber visto a una mujer pelirroja tampoco habían conducido a ninguna parte, porque se la había visto desde West Ruislip hasta Lewisham. Pero si la

teoría de Becky sobre el Eurostar era correcta, lo más probable era que hubiera cambiado de metro en Green Park para ir a St. Pancras, aunque también había otras opciones.

Algunos testimonios se ajustaban a esta teoría, pero también había otros que la situaban en un tren de Paddington a Plymouth, y de todos modos Tom sabía que se estaba agarrando a un clavo ardiendo.

Becky había dejado en la

casa el portátil, abierto. Tom se quedó mirando el salvapantallas mientras reflexionaba. Tuvo la sensación de estar perdiendo el tiempo en Oxfordshire. Sabía que Becky estaba empeñada en que Imogen Kennedy era una sospechosa factible, pero hasta que no descubrieran qué había sido de Mirela Tinescy —la última chica desaparecida de la organización— no estaría tranquilo. Esperaba que su equipo hubiera hecho

progresos respecto a ella, así como respecto a Jessica Armstrong, la candidata más probable a ser la amante de Hugo.

No obstante, necesitaba una imagen completa de la vida de la víctima que solo Laura podía darle, y aún había muchos huecos por llenar. Cuanto más sabía de Hugo, menos le gustaba. ¿Por qué entonces una persona como Laura se había quedado con él? No lograba comprenderlo.

A pesar de que su cabeza no cesaba de dar vueltas a todo tipo de ideas, Tom decidió investigar un poco para ver si encontraba algo más sobre la familia. Con el portátil de Becky se conectó a Internet, y a continuación tecleó el nombre completo de Hugo en Google. Por supuesto, sabía que, dados los sucesos de los dos últimos días, habría muchos resultados. Tom afinó y volvió a afinar las búsquedas, dejando pasar el

tiempo mientras reflexionaba sobre hechos e hipótesis, hasta que un titular llamó su atención.

Se inclinó hacia delante, olvidándose de pelucas, chicas de Europa del Este y enfermedades mentales, al encontrar lo que parecía una biografía no autorizada de *sir* Hugo Fletcher. Le sorprendió comprobar que contenía un relato de la muerte del padre de Hugo. Si bien coincidía más o menos con lo que le había

contado Laura, había algunas anomalías. De hecho, el veredicto había quedado abierto porque, aunque se encontrara una nota, algunos aspectos de la muerte eran difíciles de explicar. Con la pericia forense actual, Tom estaba convencido de que se habría llegado a una conclusión más definitiva, pero seguía siendo una lectura interesante.

Tom advirtió que el nombre de *lady* Daphne

Fletcher estaba marcado como enlace e hizo clic sobre él. Recordaba haber oído en alguna parte que la madre de Hugo había sido hija de un conde y ostentado el título de cortesía de «lady», mientras que el padre era un simple «señor», aunque fuera muy rico. Tal vez eso explicara por qué Hugo deseaba tanto obtener un título. Siguió pinchando enlaces hasta que encontró una página de imágenes. Entre ellas había una

fotografía formal de Daphne Fletcher vestida con traje de noche.

Tom amplió la imagen y se quedó mirando fijamente la pantalla. Creyendo que la memoria podía estar jugándole una mala pasada, buscó entre las carpetas de Becky. Sacó una fotografía de una de ellas y la sostuvo junto a la pantalla.

—¡Dios santo! —
susurró.

No sabía qué pensar pero, mirara como lo mirara,

no encontraba ninguna explicación aceptable para su descubrimiento.

Stella estaba en la cocina, ocupada preparando la cena para todos. Cortar verduras era para ella una actividad terapéutica, y estaba ensimismada en sus pensamientos cuando Becky volvió de casa de Annabel.

—Qué bien huele, Stella.

Stella la miró y sonrió. Becky no la engañaba con su aire inocente, pero era una buena chica y tenía un

trabajo que hacer.

—¿Te quedas a cenar con nosotras, Becky?

—Eres muy amable, pero no quiero abusar, así que me he traído un bocadillo. Me alojo en la pensión que hay más abajo, de forma que pueda llegar en un momento si ocurre algo, aunque sea de noche.

—No abusas. Eres bien recibida.

—Gracias, pero no creo que sea correcto. Laura os tiene a ti y a Imogen para

hacerle compañía. Si no fuera así, no la dejaría sola.

—¿Y Tom? ¿Todavía está aquí?

—No. Ha recibido una llamada y ha tenido que marcharse. He estado con él un par de minutos antes de que se fuera. Ha surgido algo. Estoy esperando a Laura para explicarle por qué se ha ido, y entonces yo también me marcharé. Parece que le estaba respondiendo a algunas preguntas, pero pueden

esperar. Menos mal que estás aquí para cuidarla y procurar que coma como es debido.

—Bueno, Laura cocina muy bien, así que no puedo limitarme a servir un huevo con patatas fritas. Eso sí, necesita recuperar energías. Antes no estaba tan delgada; era más bien voluptuosa. Hubo una época en que Laura Kennedy e Imogen Dubois eran las chicas con las que cualquier chico soñaba con salir; ambas

podían elegir a su antojo, aunque para Imogen siempre fue Will.

Stella siguió parloteando, pero observando la expresión preocupada de Becky se dio cuenta de que su mente estaba a kilómetros de distancia. En vista de que era imposible que se debiera a algo de lo que había estado diciendo ella, dejó a Becky absorta en sus pensamientos y continuó preparando la cena.

La chica ya no vigilaba a través de la ventana. Estaba perdiendo energía a marchas forzadas. Hacía días que había empezado a racionar el agua, pero ya no le quedaba nada. No recordaba cuándo había comido por última vez, y en su cuerpo quedaban muy pocas reservas a las que recurrir.

No podía creer que la

dejara allí tanto tiempo. Él le había dicho que le enseñaría una lección, pero cuando la encerró con escasas provisiones de galletas y agua ella creyó que estaría fuera dos o tres días. Pero no tanto.

Tenía mucho frío. Apretó la seda fina del négligé color crema alrededor del cuerpo esquelético e intentó acurrucarse bajo las mantas. Le hubiera gustado quitarse las medias porque el ligero se le clavaba en la

carne, pero necesitaba el calor. Y le daba miedo quedarse dormida. Los sueños la asustaban. Sabía que estaba empezando a delirar.

Era una sensación terrible, y estaba sucediendo cada vez con mayor frecuencia. Se sentía despierta, pero era extrañamente incapaz de reaccionar a los estímulos. Estaba segura de que había alguien en la habitación con ella. Sentía su presencia,

pero no podía obligar a sus ojos a moverse o a su cuerpo a funcionar. Y entonces supo con seguridad que él estaba de pie frente al colchón donde ella estaba tumbada. Avanzaba hacia ella despacio, muy despacio, amenazadoramente. Ella intentó levantar el brazo para rechazarlo, pero sus extremidades no obedecían sus órdenes. Intentó gritar, pero ningún sonido salió de su garganta. Finalmente se despertó con el cuerpo

bañado en sudor frío, demasiado asustada como para mirar lo que le esperaba.

En un raro momento de lucidez reconoció el origen de su miedo. No era nada más siniestro que una larga peluca roja, colocada en una cabeza de maniquí sobre una cómoda lejana.

Entonces volvió el delirio, y ella se hundió de nuevo en el abismo del terror.

Para Tom fue una decepción no poder concluir la conversación con Laura. Todavía no había podido preguntarle por Danika; había demasiadas interrupciones. Sin embargo, había recibido noticias interesantes. Habían entrevistado a la familia con la que vivía Mirela Tinescy y habían corroborado la

versión de Danika. Antes de marcharse, Mirela había dejado una nota en la que decía que le habían ofrecido una gran oportunidad. Pero parecía que Danika había entendido mal un detalle importante: la carta de Mirela no especificaba qué clase de oportunidad era. Tom recordó que Danika había sabido todo eso por la sustituta de Mirela, y aquella nueva chica de Allium había sacado la conclusión de que aquella oportunidad solo

podía estar relacionada con la prostitución. Pero ¿y si se tratara de algo completamente diferente? ¿Y si la gran oportunidad consistía en matar a Hugo Fletcher a cambio de una buena suma de dinero?

Era una buena hipótesis, pero no fue eso lo que lo hizo volver rápidamente al despacho. Había asignado un equipo para examinar a fondo el testamento de Hugo, y en las últimas horas habían descubierto algo

inesperado y potencialmente interesante. En cuanto cruzó la puerta, lo llamaron.

—¡Jefe, tiene que ver esto! Debemos traer a Jessica Armstrong. Con lo que le ha dejado Hugo en el testamento, es imposible que fuera simplemente su ayudante personal.

Tom tomó la hoja de papel que le ofrecían. Leyó el párrafo señalado y abrió mucho los ojos, asombrado.

—¡Guau, esto es más de lo que ha recibido la esposa!

No me extraña que Brian Smedley pareciera tan incómodo. De acuerdo, completamente de acuerdo contigo en que necesitamos hablar con ella. Pero me gustaría que investigáramos más antes de traerla aquí. Buscad antecedentes, cuentas bancarias, tarjetas de crédito, estilo de vida, lo de siempre. Juntémoslo todo durante la mañana y luego la hacemos venir. No creo que se marche a ninguna parte, porque en ese caso ya se

habría ido. ¿Estáis todos de acuerdo?

Saltaba a la vista que no, porque estaban emocionados con la posibilidad de obtener algún resultado; pero hacer eso era lo lógico y, aunque Tom se sintiera culpable frenando su entusiasmo, debían hacerlo bien.

—Una cosa más —dijo Tom—: Ha llamado Becky para decir que Laura ha encontrado la caja de las pelucas. Solo contiene tres, aunque Laura ha dado

explicaciones plausibles de dónde podrían estar las otras dos. Y, por supuesto, también podrían haberse tirado o regalado. En cualquier caso, alguien con acceso a la casa también podría haberse llevado una, y esta persona podría ser nuestra asesina. El que antes hubiera cinco pelucas pelirrojas hechas a mano y ahora solo haya tres es demasiada casualidad. Pensemos en ello a ver si se nos ocurre alguna idea.

¿Alguna pregunta?

No había preguntas.

Tom se quedó solo reflexionando sobre algunos de los hallazgos más improbables del día y tratando de dilucidar adónde podían conducir.

—¿Os podéis creer que vive en Lowndes Square? ¿Tenéis idea de lo que cuestan los pisos allí? ¡Una millonada!

Ésta fue la noticia que recibió a Tom cuando entró para la puesta al día de la

mañana. Sin duda se referían a Jessica.

—Un momento, chicos. Es de buena familia. ¿Qué más tenéis?

Tom tomó un sorbo de café bien cargado. A pesar de haberse acostado temprano, había dormido poco. Cada vez que se adormilaba, una imagen de la cara suplicante de Kate le venía a la cabeza, y cuando se adormecía otra vez cambiaba curiosamente a una imagen de Laura,

riéndose de la abyecta crueldad de Hugo. De modo que necesitaba que algo lo despertara, y esperaba que el café ayudara.

—El valor del piso es de novecientas mil libras. Lo compró hace dos años y le concedieron una hipoteca de la friolera de setecientas mil libras. ¿Os lo podéis imaginar?

Ajay parecía indignado de que alguien como Jessica pudiera vivir con tanto lujo.

—¿Sabemos cuánto

gana? —preguntó Tom.

—Sí, la generosa suma de setenta mil libras, que aun así no llega al nivel de Lowndes Square. ¡Para una simple secretaria!

—De acuerdo, no nos adelantemos. Pensemos lo que pensemos de su economía, eso no la convierte en asesina. Necesitamos saber cómo paga la hipoteca, podría haber una explicación razonable, y averiguar por qué Hugo le dejó tanto

dinero en el testamento. Nunca se sabe, quizá se sintió especialmente generoso. —Ignorando los comentarios y murmullos de su equipo, Tom continuó hablando—: Lo que me interesa, de hecho, es que las condiciones del testamento amordazan claramente a Jessica de la misma forma que a Annabel. Un comentario negativo sobre Hugo y lo pierde todo. ¿Qué sabe, por lo tanto? ¿Qué vale más de medio millón de

libras?

Miró alrededor, pero era evidente que nadie tenía una respuesta.

—Bien, traedla.

Jessica, con un traje immaculado y evidentemente caro, entró en la sala de interrogatorios. Llevaba los cabellos castaños claros recogidos con pulcritud detrás de una cara angulosa y de rasgos duros, con una nariz afilada y labios finos. Sus modales arrogantes predispusieron a Tom contra

ella incluso antes de empezar a interrogarla, pero no tenía más remedio que ser educado.

—Jessica, gracias por aceptar responder a algunas preguntas. Tengo entendido que no quieres representación legal, pero si cambias de opinión en algún momento, comunícamelo.

Jessica pareció ligeramente sorprendida ante la propuesta.

—¿Para qué iba a necesitar representación

legal? Doy por hecho que estoy aquí solo para responder algunas preguntas sobre *sir* Hugo.

Tom no quiso tranquilizarla.

—No, no es por eso por lo que te hemos pedido que vinieras. Hemos investigado tu estilo de vida y hemos comprobado tu sueldo, y me temo que no concuerdan. Necesitamos saber cómo puedes permitirte vivir en Lowndes Square con tu sueldo.

Jessica soltó un suspiro teatral, como si estuviera aburridísima. Cerró los ojos, maquillados con sutileza, como si fuera la pregunta más absurda que le habían hecho en la vida.

—Por favor, inspector, sabe perfectamente que mis padres son muy ricos. El dinero no es ningún problema para ellos.

A Tom no le preocupaban los tratamientos, pero en esta ocasión no estaba dispuesto

a dejar pasar lo que estaba seguro que era una omisión intencionada.

—Inspector jefe. Y por supuesto que sabemos que tus padres son ricos, pero también hemos tenido acceso a los extractos de cuentas, y no hay nada que indique que entra dinero desde esa fuente. El único dinero que entra en tu cuenta es tu sueldo, que, después de impuestos y deducciones, se utiliza íntegro para pagar la hipoteca.

—Bueno —respondió ella con una sonrisa de superioridad—, ahí lo tiene. Con mi sueldo pago la hipoteca.

—Sí, Jessica, pero tienes un Mercedes SLK nuevo, y tienes que comer. E incluso yo he notado que no compras tu ropa precisamente en las tiendas del barrio. Entonces, ¿cómo pagas todo eso?

—Es muy fácil. Mi padre complementa mi sueldo con regularidad. Solo

tengo que pedirlo. —Jessica, cómodamente apoyada en la silla, sacudió una borra imaginaria de su falda de cuadros blancos y negros.

—Por consiguiente, si le pregunto a tu padre, ¿responderá lo que tú esperas?

—Por supuesto que sí. Mi padre nunca ha sido tacaño con su dinero.

Tom no estaba de humor para ceder.

—Según mis cálculos, solo para pagar las facturas

de la casa, comprar comida, poner gasolina en el coche, que por cierto sabemos que se paga en doce mensualidades muy elevadas, por no hablar de la ropa, las vacaciones y las salidas, necesitarías varios miles de libras al mes. Si le preguntamos a tu padre si te ha dado, pongamos, una asignación de cinco mil libras mensuales, ¿lo confirmaría? —Por primera vez, Tom vio que Jessica estaba incómoda. Decidió

aprovechar el momento—. ¿Te pagó este año, por ejemplo, las vacaciones en el Saint Geran, en isla Mauricio? ¿No es el hotel más caro de la isla?

—No necesariamente. Muchos creen que es el que tiene más clase, pero hay varios buenos hoteles en la isla —contestó Jessica, ocultándose bajo su arrogancia natural.

—No estás respondiendo a mi pregunta. ¿Cómo has pagado las vacaciones?

—Las pagué con mi bonificación.

—¿Qué bonificación?
¿Las bonificaciones no se ingresan en el banco junto con el sueldo?

Tom no había recibido una bonificación en su vida, pero el tono altivo y condescendiente de la mujer lo estaba sacando de quicio. Jessica le respondió con una sonrisa de suficiencia.

—A veces *sir* Hugo me pagaba una bonificación en efectivo.

Tom golpeó la mesa con las palmas de las manos y se echó hacia atrás con una expresión que esperaba que fuera de incredulidad.

—¿Me estás diciendo que *sir* Hugo Fletcher, pilar de la sociedad, pagaba a sus empleados en negro? No me lo trago, Jessica. Prueba otra vez.

Jessica se negó obstinadamente a decir nada, de modo que por el momento Tom decidió cambiar de táctica.

—¿Puedes decirme si alguna vez subiste al piso de arriba en Egerton Crescent, Jessica?

Se mostró aliviada y recuperó su altanería habitual.

—Por supuesto que sí. *Sir* Hugo se quedaba mucho en Londres, y yo creía que le gustaría que le prepararan la sala para la noche, con cosas como los periódicos a mano, la lámpara encendida, todas las botellas llenas, el cubo de hielo cargado. Todo lo

necesario para que estuviera cómodo. Normalmente solo entraba en la sala y en la cocina, pero a veces le dejaba la colada en la habitación. Aunque nunca la sacaba de la bolsa; no estaba segura de que él quisiera que lo hiciera.

Dios santo, pensó Tom. ¿No decía que su obsesión por él había acabado hacía tiempo? Viéndola más relajada, volvió rápidamente a la línea de interrogatorio anterior.

—¿Te hacía regalos, Jessica, o solo era dinero? ¿Tus «bonificaciones»?

Jessica parecía perpleja.

—Nunca me hizo regalos. ¿Por qué le interesa una cosa así?

—¿Te parecería bien que un par de policías fueran a tu piso a echar un vistazo? Podemos pedir una orden de registro, pero no es necesario si decides cooperar.

Tom dudaba mucho que tuviera fundamentos para

obtener una orden de registro, pero esperaba que Jessica no lo supiera. Como de costumbre, la había subestimado.

—Sospecho que le resultaría bastante difícil, inspector jefe. Pero no tengo nada que ocultar. Cuando le apetezca. —Jessica abrió el bolso y sacó un llavero, que balanceó frente a la cara de Tom. Sacudió las llaves—. Ahí tiene.

—Nos gustaría que nos acompañaras, por favor.

—No es necesario.

Llamaré a mi criada y le diré que les esté esperando. El piso está immaculado, y espero que lo siga estando después. Preferiría quedarme aquí y terminar con este tedioso interrogatorio para poder volver cuanto antes al trabajo.

Tom le pidió a Ajay que organizara el registro y que les trajera algo de beber. No quería hacer enfadar demasiado a Jessica antes de que se realizara el registro,

para que no retirara su permiso. Aunque, dada la facilidad con que había accedido a su petición, no esperaba que encontraran nada. Era poco probable que hubiera dejado una peluca roja o un vial de nicotina líquida en casa.

Tras la breve interrupción, Tom estaba decidido a borrar la sonrisa de la cara de la chica. Se lo tomó con calma un rato, pero no muy largo.

—Veamos, Jessica. Nos

has dicho que *sir* Hugo te daba dinero de vez en cuando. Quiero saber cuánto y con qué frecuencia.

—La verdad, no creo que eso sea de su incumbencia.

Tom estaba llegando al límite de su paciencia. Había tratado con auténticos criminales, pero le costaba recordar a alguien tan irritante como la maldita Jessica Armstrong. Se echó hacia delante.

—¿Te niegas a

responder a la pregunta?

—Sí. Como he dicho, no es de su incumbencia.

—¿Y por qué te pagaba exactamente, Jessica? ¿Por tu cuerpo o por tu silencio?

Jessica se quedó paralizada. Se le humedecieron los ojos y tragó saliva. Tom había dado en el clavo.

—Ni una cosa ni otra. ¿Cómo se atreve?

La paciencia de Tom había traspasado el punto de no retorno. Echó la silla

hacia atrás con un ruido chirriante, se levantó, se dirigió a la puerta y, antes de marcharse, disparó su última salva.

—Por el amor de Dios, esto es ridículo. Ajay, sigue tú con la entrevista porque no estamos llegando a ninguna parte.

Al final decidieron permitir que Jessica se marchara, con la orden expresa de que regresara al día siguiente. Tom opinaba que era conveniente que

tuviera tiempo para reflexionar. O quizá para preocuparse.

Al día siguiente, parte de la irritación del inspector jefe se había disipado, pero aún necesitaba respuestas. Como era de esperar, el registro del piso no había dado ningún resultado, pero aquello no significaba nada. Era una mujer inteligente, y ahora que la conocía un poco mejor estaba seguro de que no habría dejado la más mínima prueba útil.

Se trataba del dinero. ¿Por qué daban dinero los hombres a las mujeres? En opinión de Tom, solo había una razón. Tenía que haber sido su amante, pero ¿significaba eso que lo había asesinado? Le habría resultado muy fácil; tenía acceso al piso y sus huellas estaban por todas partes. No estaban en el dormitorio a pesar de haber admitido que entraba con la colada, pero eso tampoco significaba nada. Podría haber entrado y

dejado algo sobre la cama sin tocar nada.

Tom estaba preparado. No pensaba dejarse vencer por la puñetera Jessica Armstrong.

—Veamos, Jessica, volvamos al principio. La conversación se está grabando, y si al final descubrimos que nos has mentido te acusaré de hacer perder el tiempo a la Policía. ¿Entiendes lo que te digo?

Jessica se mostró alarmada por un momento,

pero asintió.

—Tienes que contestar, Jessica. Para la grabadora. Repito: ¿entiendes lo que te digo?

—Sí.

—Bien. ¿Cuándo te compraste la casa?

—Hace dos años.

—¿De dónde salieron las doscientas mil libras resultantes de la diferencia entre la hipoteca y el precio total de la casa?

—Me las dio mi padre. No me mire así. Es verdad.

Pregúntele si no me cree.

—¿Cómo creía él que serías capaz de pagar la hipoteca?

—No quiero ser grosera, inspector jefe, pero ¿tiene usted un padre rico? El mío lo es, mucho, pero en realidad lo único que le interesa es hacer dinero. Solo tuve que decirle que *sir* Hugo había decidido que yo era insustituible y que me había doblado el sueldo. Ni siquiera está lo suficientemente interesado

en lo que hago como para preguntar. Se limitó a decir algo como «vaya por Dios, querida» y siguió leyendo el *Economist*.

Tom se podía imaginar la escena, pero ella seguía sin responder a su pregunta.

—¿Y cómo creías tú que pagarías la hipoteca?

—*Sir* Hugo me había dicho que estaba muy contento conmigo. Quería que hiciera un trabajo personal y confidencial para él. Dijo que me pagaría un

extra cada mes. En efectivo.

—¿A qué se refería con «un extra»?

—Unos miles.

Era como arrancar muelas. Sin duda la chica ya era consciente de que Tom lo averiguaría, pero ¿cuánto tiempo le llevaría hacerlo?

—¿Cuántos miles, Jessica?

Jessica tuvo el detalle de parecer avergonzada. Se agitó un poco en la silla. Después levantó la barbilla con expresión desafiante.

—Me preguntó si ocho mil sería suficiente.

—¡Ocho mil libras! ¿Al mes?

—Sí.

La barbilla de Jessica seguía levantada, pero tenía las mejillas encendidas de vergüenza, o eso creía Tom. Y no era para menos.

—¿Qué tenías que hacer a cambio del dinero, Jessica? Tendrás que decírnoslo. ¿Eras su amante?

—Ya le he dicho que no. Si me lo hubiera pedido al

principio, habría dicho que sí encantada. Y le aseguro que no habría esperado que me pagara. Pero por desgracia nunca me lo pidió.

—¿Y qué tenías que hacer, entonces?

—Prefiero no decirlo. Lo siento, pero era confidencial.

—La expresión obstinada de Jessica estaba exasperando a Tom.

—Jessica, *sir* Hugo está muerto. Lo que hicieras para él que valía tanto dinero podría tener relación con su

muerte.

—No la tiene.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—No la tiene y punto.

Era en momentos como ese cuando Tom podía entender que un policía perdiera la cabeza. Y de repente lo vio claro. Había otra buena razón por la que un hombre pagaría a una mujer una gran suma de dinero de forma regular.

—Bien, no quieres decirnos lo que hacías. ¿Es

por culpa de las condiciones del testamento?

—¿A qué se refiere? — preguntó Jessica con el ceño fruncido.

—¿Sabes que te ha dejado dinero?

—Brian lo mencionó, sí. Pero todavía no tengo los detalles, aunque él dice que debería estar contenta.

Jessica estaba a punto de mostrarse arrogante otra vez.

—¿Te dijo también Brian que había ciertas condiciones?

Tom comprobó complacido que la noticia le borraba la sonrisa de la cara.

—¿Qué condiciones?

—El dinero, una suma muy generosa, se te entregará a lo largo de un período de tiempo durante el cual no podrás decir nada sobre *sir* Hugo que mancille su reputación o su nombre.

Ajay miró a Tom con sorpresa. Saltaba a la vista que no entendía por qué Tom le había dicho a Jessica algo que podía impedir que

les diera más información. Pero Tom tenía un plan, y creía que empezaba a comprender a Jessica bastante bien. Sintió un cosquilleo de excitación.

—Bueno, esas condiciones no serán ningún problema. Nada de lo que hacía *sir* Hugo podría manchar su nombre o su reputación.

Tom se inclinó hacia delante. Era eso. Lo sabía.

—¿Qué sabías, Jessica?
—preguntó en voz baja—.

¿Qué sabías de *sir* Hugo que prometiste no revelar?

—No había nada.

¿Cuántas veces tendré que decírselo?

La cara de Jessica se endureció con terquedad, y Tom sintió que su excitación se desvanecía.

—Entonces, ¿por qué no quieres decirme para qué era el dinero? ¿Por qué tiene que mantenerse en secreto si no es por las condiciones del testamento?

—Porque no es de su

incumbencia, y no es relevante para la investigación. Él no quería que nadie lo supiera. Era bastante modesto con sus actos de generosidad.

Tom logró mantener una expresión impasible.

—¿Cuándo empezó?
¿Hubo algún detonante concreto para esa... generosidad?

—Ya se lo he dicho al principio. No le diré lo que hacía. No soy una terrorista, por lo que creo que tengo

derecho a permanecer en silencio.

Tom suspiró. Dios nos libre de los sospechosos listillos, pensó.

—Vamos, empecemos por aquí. Dime cuándo comenzó y cuál fue el motivo.

Jessica apretaba con fuerza un bolso de piel verde que tenía sobre las rodillas, y no paraba de toquetear el asa con los dedos. Le habían aparecido dos arrugas profundas entre las cejas y

Tom supo que la había puesto nerviosa, aunque no estaba seguro de si era suficiente.

—Bueno, hubo una serie de sucesos que tuvieron lugar más o menos en la misma época, hace unos dos años. Empezó cuando un par de chicas rescatadas se presentaron en la oficina, buscando a una tercera que parecía haber desaparecido... Las eché, por supuesto. Sabía que *sir* Hugo era muy estricto y

estaba en contra de que las chicas tuvieran contacto entre ellas, y me enfadé mucho.

—¿No te parecía una norma un poco extraña?

—En absoluto. Él solo pensaba en los intereses de las chicas, y si creía que esto era lo mejor yo apoyaba su decisión. En fin, un par de días después llamaron al timbre. Solo yo estaba en la oficina, aparte de *sir* Hugo; Rosie había salido, con el pretexto de que faltaban

bolígrafos o cualquier otra cosa, aunque si no recuerdo mal tardó un tiempo extraordinariamente largo en volver. Abrí la puerta y una chica joven me apartó de un empujón. Dijo que quería ver a «Hugo», no a «*sir* Hugo». Me pareció muy extraño. Entonces la reconocí; aquel mismo día había estado estudiando su expediente. Pero iba muy bien vestida, y eso me despistó al principio. Intenté detenerla, pero me empujó y

fue directamente al despacho de *sir* Hugo. Abrió la puerta sin contemplaciones. Fui tras ella, claro, pero *sir* Hugo me dijo que no pasaba nada y que podía marcharme.

Jessica hizo una pausa y bebió agua. Nadie dijo nada. Tom veía que la chica estaba reviviendo el momento, y aunque se moría de ganas de hacerle la pregunta que tenía en la punta de la lengua, debía dejar que terminara. Ella no lo miraba, apretaba

el vaso y tenía la vista perdida, viendo las escenas de aquel día en su memoria.

—Oí gritos en el despacho —continuó—. Gritos. *Sir* Hugo no gritaba nunca, pero estaba enfadadísimo por algo. Sin embargo, no duró mucho. A los pocos minutos, ella salió sonriendo y se marchó. *Sir* Hugo salió unos minutos después y habló conmigo. Me pidió que no le mencionara a nadie que ella había estado en la oficina, y

quiso saber si había oído algo de lo que se había dicho.

Aunque no quisiera interrumpirla, Tom tuvo que hacerlo.

—¿Y oíste algo? — preguntó.

—La verdad es que no. Nada significativo. Era algo con «p», y no sé por qué pensé que podría estar hablando de una piscina. La oí mencionarlo dos veces, pero para mí no tenía ningún sentido. Sabía que hacía

años que Annabel se ponía pesada para que le construyeran una piscina interior, pero no veía de qué forma podían estar relacionadas ambas cosas. En fin, *sir* Hugo dijo que volvía a casa, a Oxfordshire, y que no lo esperara durante unos días. No quería que lo llamaran. Creí que ahí había acabado todo, pero cuando Rosie por fin se dignó regresar a la oficina, dijo que había visto a *sir* Hugo saliendo con el coche y que

llevaba a una chica con él. Había decidido acompañarla a alguna parte a pesar de que ella se había mostrado extremadamente grosera. Y eso fue todo. Así fue como empezó.

—¿Quién era la chica?

—Creo que se llamaba Alina Cozma.

Tom contuvo la respiración. Era la chica que Danika Bojin había salido a buscar. Y él no creía en las coincidencias.

—¿Qué dijo *sir* Hugo?

¿Te dio alguna explicación?

—*Sir* Hugo no necesitaba explicarme nada, inspector jefe.

¿Por qué no podía dar una respuesta directa?, pensó Tom. Pero, para variar, a continuación Jessica dio información sin que se la pidieran.

—No sé si tiene importancia, pero fue poco después de que sucediera eso cuando *sir* Hugo me pidió que le buscara una empresa de guardaespaldas;

antes nunca iba acompañado de ellos. Unos días después tuvimos otra visita inesperada: *lady* Fletcher se presentó en la oficina. Era algo insólito, pero él se mostró muy complacido con la forma en cómo manejé la situación. Dijo que demostraba lealtad, compromiso y discreción.

Eso debió de ser después de que Danika la visitara en casa, pensó Tom.

—¿Cuál era el propósito de su visita? —preguntó.

—Quería ver los archivos de la organización, incluyendo una lista de todas las casas donde se había enviado a las chicas en los últimos cinco años. Quería teléfonos de contacto y demás. También deseaba saber si existía un expediente de alguna de las chicas que habían vuelto a la calle, o que habían regresado a su casa en su país. Estoy bastante acostumbrada a anticiparme a los deseos de *sir* Hugo y pensé que a él no

le gustaría que su mujer
hurgara en los archivos, de
modo que me negué.

—¿Cómo reaccionó *lady*
Fletcher?

—Afirmó
categóricamente que se
trataba de un trabajo que
estaba haciendo para su
marido y que yo debía
facilitarle los archivos. Yo
sabía que él nunca le pediría
que hiciera algo así sin
decírmelo primero y me
negué a darle nada. Entonces
se marchó.

—¿Le hablaste a *sir* Hugo de esta visita? —Tom conocía la respuesta, pero creía que al menos debía confirmarla.

—Por supuesto. Se enfadó mucho con ella por haber ido a la oficina, pero me felicitó encantado. Fue un par de días después de esto cuando me ofreció el trabajo extra. Y el dinero. Afirmó que la confidencialidad en una ayudante personal era de extrema importancia, y que

necesitaba estar seguro de que podía confiarme sus secretos más oscuros. Me hizo mucha gracia, porque yo lo habría hecho a cambio de nada, pero él dijo que su confianza en mí valía ocho mil libras mensuales. — Jessica hizo una pausa—. De modo que salí a buscar casa.

Tom permaneció unos minutos reflexionando acerca de lo que acababa de escuchar.

—Jessica, necesito que pienses atentamente en esto.

No eres estúpida, y se te habrá ocurrido que se te estaba pagando una cantidad exagerada de dinero por tu confidencialidad. Y ahora parece haber comprado la continuidad de tu silencio. ¿No te parece extraño?

—Usted no lo entiende, inspector jefe. Era un hombre asombroso, con facetas que usted no sería capaz de comprender.

En contra de lo que Jessica creía, Tom pensaba que comenzaba a

comprender muy bien aquellas facetas, y eran mucho más oscuras de lo que ella evidentemente sabía. Pero nada podía frenar sus alabanzas.

—Lo que juré mantener en secreto es solo un ejemplo más de la enorme filantropía de *sir* Hugo. Y no se lo diré. Fue una promesa solemne.

Tom reconoció que por el momento había llegado a un callejón sin salida y decidió cambiar de rumbo.

—Acerca del testamento, Jessica... A cambio de tu silencio, podrás pagar la hipoteca entera en un año. ¿Lo sabías? —Jessica asintió en silencio. Tal vez no conocía los términos concretos del testamento, pero sí la cantidad—. Eso te da un motivo muy claro para asesinarlo, creo yo. No nos has dicho dónde estabas en el momento en que mataron a *sir* Hugo. Creo que considerabas «innecesario justificar tus movimientos».

¿No es así? No sabemos qué hiciste a cambio del dinero, y no quieres decírnoslo. Por consiguiente, solo puedo deducir que le hacías chantaje. Eso tendría sentido, ¿no te parece? Te sugiero que vuelvas a casa y pienses en ello. Quiero verte aquí mañana por la mañana de nuevo. Ajay, fija la cita con ella, por favor.

Tom se levantó con brusquedad y salió de la sala, dejando a Jessica con una expresión atónita y más

que un poco asustada.

Para Tom era evidente que Jessica adoraba a Hugo Fletcher. Eso también podía ser un motivo de asesinato, pero no creía que fuera el caso. Ella estaba muy convencida de no revelar por qué cobraba tanto dinero, pero Tom estaba igualmente decidido a descubrirlo. El problema era que no resultaba fácil confundirla, y tenerla en una sala de interrogatorios veinticuatro horas no serviría para nada.

Sin embargo, la noticia sobre Alina Cozma era muy interesante. Tom trató de hacer encajar todo en su cabeza. Alina desaparece. Danika y Mirela van a ver a Jessica y ella las echa. ¡Se imaginaba la escena! Danika va a ver a Laura. Alina reaparece y ella y Hugo discuten. Eso era muy raro en sí mismo, por supuesto. Entonces Laura va a preguntar por las chicas, y recibe el mismo trato por parte de Jessica. Hugo lo

descubre, contrata guardaespaldas y le encarga a Jessica un trabajito. Un trabajito que vale ocho mil libras mensuales, en efectivo. Y ahora Mirela ha desaparecido. Al día siguiente haría que Jessica le hablara de esas chicas desaparecidas. Tenía que ser la prioridad.

Estaba a punto de marcharse a casa cuando llamó Becky desde Oxfordshire. Parecía insegura.

—Tom, hay algo que quería comentarte. No sé si es importante, pero me está reconcomiendo desde hace un rato y he pensado que al menos debía contártelo.

—Adelante, Becky. No importa si es una tontería... Ya sabes, todas las propuestas son buenas.

—Verás, estaba en la cocina hablando con Stella y ha comentado que en la escuela Laura e Imogen eran guapísimas. Después me ha dado sus nombres

completos. Laura Kennedy e Imogen Dubois. Me ha estado fastidiando un rato hasta que me he acordado de algo; mi memoria fotográfica se ha despertado con efectos retardados. Cuando cotejé los nombres de los pasajeros del Eurostar de Londres a París, había una Imogen Dubois. Estaba segura de que tenía razón, y evidentemente cualquiera que se llamara Imogen había recibido más atención que las demás. Lo he vuelto a

comprobar y allí estaba. Sé que no puede significar nada porque el nombre que figura en su pasaporte es Imogen Kennedy, pero me ha parecido una pequeña coincidencia.

—Es una coincidencia bárbara, Becky. Buen trabajo. ¿Has visto su pasaporte y comprobado el nombre?

—Sí, fue lo primero que hice. El nombre del billete ha de coincidir siempre con el que figura en el pasaporte,

y el suyo está a nombre de Imogen Kennedy. He llamado a la oficina de expedición de pasaportes por si acaso, pero no existe ningún pasaporte británico a nombre de Imogen Dubois. También he pedido que comprueben los billetes, para averiguar dónde se compraron y el nombre del titular de la tarjeta de crédito. Estoy esperando a que me digan algo.

—De acuerdo. Bien pensado, Becky. Lástima lo

del pasaporte, pero sigue investigando. No me gustan las coincidencias. Hoy tengo trabajo que hacer aquí, pero mañana volveré.

—Bueno, pues cuando lo hagas prepárate para asombrarte.

—¿A qué te refieres?

—Espera y verás.

Pensando que no podía tener nada que ver con el caso, no le dio demasiada importancia. Y no podía saber que cuando volviera, el asombro sería lo último

que tendría en la cabeza.

Al día siguiente, Tom decidió una vez más intentar irritar a Jessica cambiando la línea de interrogatorio por completo.

—Creo que ha llegado la hora de que me facilite los archivos que tanto interesaban a *lady* Fletcher, ¿no crees? Los de las chicas de la organización; los que te negaste a enseñarle.

Para sorpresa de Tom, Jessica sonrió.

—Por desgracia, eso no

será posible.

Tom se inclinó hacia delante. Tenía la sensación de haber sido manipulado.

—¿A qué te refieres, Jessica?

—Poco después del incidente con *lady* Fletcher, *sir* Hugo decidió que hacía falta hacer limpieza. Me pidió que destruyera los expedientes de todas las chicas que habían abandonado a las familias. Solo guardamos los de aquéllas que la organización

sigue manteniendo.

—Entonces, ¿cómo lleva un registro de su trabajo la organización?

—Guardamos los números, pero no las identidades. Le di todos los archivos a Rosie para que los destruyera. No le pongo trabas, es que no puedo ayudarlo.

Tom se sintió muy decepcionado. La combinación del silencio de Laura acerca de Danika, el que Alina y Mirela hubieran

desaparecido, la negativa de Jessica a facilitar información a Laura y la insistencia de Hugo para que los expedientes se destruyeran lo convencían aún más de que era importante.

—Jessica, quiero que pienses en todo lo que hemos hablado y reconsideres tu voto de silencio. Es posible que pienses que lo que sabes es insignificante, pero creo que te equivocas. Y todavía

tienes que convencerme de que no estabas chantajeando a Hugo.

—¿No tengo razón en creer que el peso de la prueba recae en usted, inspector jefe?

Tom quería, más que nada, borrar la sonrisa pedante de la cara de la joven. Pero había algo que le estaba fastidiando desde hacía rato, y de repente se acordó: la sorpresa de Laura ante las veinte mil libras que Hugo había estado retirando

cada mes. Era evidente que ella esperaba algo, pero no aquella cantidad. Jessica justificaba menos de la mitad, de modo que ¿para qué era el resto? ¿Y qué sabía Laura?

—Antes has mencionado que *sir* Hugo era un hombre muy generoso. Se ve que era así por la forma en cómo te trataba. Así que, Jessica, dime, ¿tu secreto tiene algo que ver con que él entregara dinero a otras personas de forma regular? ¿Personas

que podrían estar chantajeándolo?

La boca de Jessica se cerró con firmeza, como negándose a hablar. Pero Tom advirtió perfectamente el brillo de sorpresa en sus ojos.

Tom apartó a Jessica de sus pensamientos por el momento y fue a buscar al comisario. Llamó a la puerta de su jefe y asomó la cabeza. James Sinclair estaba al teléfono, pero cuando vio a Tom le hizo señas para que

entrara, se despidió y colgó.

—James, ¿tienes un momento?

—Claro. Infórmame de vuestros progresos. ¿Qué tenemos?

Tom acercó una silla a la mesa y se sentó, cruzando las piernas cómodamente. Para él, no había nada mejor que poner en común los detalles con alguien tan experimentado como su jefe.

Tom lo puso al día del insatisfactorio interrogatorio de Jessica.

—¿Crees que lo estaba chantajeando? —preguntó James.

—¡Ojalá! Pero no, no lo creo. Está claro que ella piensa que él caminaba sobre las aguas, y normalmente nadie deja en su testamento un montón de dinero a su chantajista, por muy vinculado que esté a un pacto de silencio. No obstante, sí que parece que todo está relacionado con las chicas rescatadas. —Tom descruzó las piernas, se

inclinó hacia delante y apoyó los antebrazos en la mesa—. Estoy en ello, y te informaré en cuanto averigüe algo.

Tom sabía que, por muy distraído que pareciera mientras se balanceaba en su silla giratoria, James le prestaba toda su atención.

—De lo que quería hablar contigo es acerca de la conversación que tuve con Annabel, y de la que ya te hablé —continuó—. Quiero que veas estas fotos.

Tom colocó las imágenes sobre la mesa. James dejó de balancearse y enderezó la silla de golpe. Se bajó las gafas para leer que llevaba sobre la cabeza y miró las fotografías que Tom le había puesto delante.

—¿Quién es? Mmm. Es una mujer muy guapa, ¿no crees?

—*Era*, en realidad. Es la madre de Hugo. *Lady Daphne Fletcher*.

Sin decir palabra, Tom dejó otra fotografía sobre la

mesa. James la observó y después miró a Tom. Su tono fue serio y más bien triste.

—¿Cuándo la sacaron?

—Hace unos diez años.

Más o menos cuando conoció a Hugo, mucho antes de que enfermara.

—Es asombroso. Dado lo que sabemos, especialmente lo que contó Annabel, también es un poco repugnante.

—Estoy de acuerdo. Ahora es fácil entender que

Laura no haya visto jamás una foto de su suegra. Dijo que Hugo tenía algunas, pero que no quería enseñarlas. Dice que no intentó buscarlas porque él le pidió que no lo hiciera. No puede saber nada de esto.

James sacudió la cabeza con tristeza.

—Pobre mujer. Bueno, creo que esto confirma que Hugo tenía complejo de Edipo, ¿no es así?

—Una idea interesante

—dijo Tom—. Porque, según tengo entendido, el complejo de Edipo no solo entraña una obsesión con la madre, sino un deseo de matar al padre. Ahora que sabemos que la muerte del padre pudo no ser un suicidio, no deja de ser una idea intrigante.

El comisario se quedó pensativo. Con la cara apoyada en una mano, sus rasgos se realinearon y por un momento su cara pareció casi simétrica. Movi6 la

mano para hablar, y la piel se relajó en su habitual desequilibrio.

—¿Crees que esto apunta a alguna parte?

—No. Pero creo que confirma que Hugo Fletcher estaba lejos de ser el santo que el mundo cree que era. Si se casó con Laura porque era prácticamente idéntica a su madre, la pobre mujer debe de haber vivido un infierno.

—¿Es suficiente razón para matarlo?

—Diría que Laura es una mujer muy racional, a pesar de sus problemas de salud mental, que todavía debo investigar a fondo. Creo que ha tenido una vida horrible con Hugo. Cuanto más sé de él, más me repugna. Si ella fuera del tipo asesino, creo que tenía más que razones suficientes para matarlo. — Tom calló un instante y pensó en la Laura con la que había hablado después de la lectura de sus últimas voluntades—. Está claro que

no le importa el dinero, vista su reacción ante la lectura del testamento. Y de todos modos hemos comprobado su paradero durante las veinticuatro horas anteriores al asesinato, para estar absolutamente seguros. Le pedimos al agente Massi, de obvio origen italiano, que hablara con la Policía Local. La casa está en las afueras de un pueblo donde todos saben lo que hace el vecino. La vieron el viernes recogiendo aceitunas, y el

carabiniere se cruzó con ella cuando Laura se dirigía al aeropuerto el sábado y la saludó. Por si esto fuera poco, hemos comprobado el mensaje grabado en el teléfono de Oxfordshire. Procede de la casa de Italia y se dejó el sábado por la mañana, sin ninguna duda. Y era la voz de Laura.

—¿Y la amiga, Imogen Kennedy? ¿Tendría algún motivo?

—Es la candidata principal de Becky, aunque

de hecho también se resiste a descartar a Laura. Dice que hay algo turbio en ellas. Creemos que Hugo tuvo algo que ver con la ruptura del matrimonio de Imogen, pero eso fue hace mucho tiempo. Por otro lado, pensábamos que hacía tiempo que las dos mujeres no estaban en contacto, pero Becky descubrió que no era así. La otra cosa interesante es que parece que el nombre de soltera de Imogen es Dubois, y Becky descubrió

que alguien llamado Imogen Dubois tomó el Eurostar desde St. Pancras a París a primera hora de la tarde del sábado. Pero hemos comprobado su pasaporte y está a nombre de Imogen Kennedy. No ha recuperado su nombre de soltera.

James Sinclair se inclinó hacia delante.

—Pero algunas personas pueden poseer dos pasaportes legítimamente. Personas que viajan tanto a Israel como a sus países

enemigos, por ejemplo, o que se mueven tanto que necesitan un pasaporte adicional por si tienen que mandarlo para solicitar un visado al mismo tiempo que necesitan viajar. Esto suena prometedor.

—Bueno, no tanto. Hemos contactado con la oficina de pasaportes del Reino Unido y no existe ningún documento con ese nombre, de modo que estamos ante otro callejón sin salida.

—Dubois es un nombre poco común para alguien de Manchester, ¿no te parece?

Tom rio.

—Porque ella no es de Manchester, es de... ¡Oh, mierda! ¿Cómo he podido ser tan idiota?

Un segundo después Tom estaba de pie y corriendo, al tiempo que sacaba el móvil del bolsillo.

—¿Becky? Imogen Kennedy salió de Cannes el viernes, ¿no es así? —Vista la increíble memoria de

Becky, Tom sabía que le confirmaría el detalle enseguida, y así lo hizo—. Pero su vuelo no salió de París hasta el sábado por la tarde a última hora, ¿verdad?

Becky lo confirmó de nuevo, gritando «¿por qué?, ¿por qué?». Pero Tom no se dejó distraer.

—Necesito que averigües cuánto tardaría Imogen en conducir hasta París desde Cannes, y después quiero que revises los registros del Eurostar en

la otra dirección. Sabemos que una tal Imogen Dubois tomó el Eurostar de Londres a París, con el tiempo suficiente para subirse a aquel avión. Pero primero tendría que haber llegado a Londres. Comprueba si viajó la noche anterior o a primera hora de la mañana en el Eurostar. Si no, tendremos que volver a revisar las listas de los aviones.

Tom estaba fuera de la comisaría, camino del aparcamiento. Becky seguía

gritándole al oído, emocionada por que por fin estuviera sucediendo algo.

—¿Qué? Perdona, no te he entendido. Sí, es posible. Me jugaría algo a que también tiene un pasaporte canadiense. No, no tengo ni idea del motivo, pero cada cosa a su tiempo. Nos vemos dentro de una hora.

Imogen se alegraba de ver que Laura parecía muy recuperada. Volvía a vestir de manera informal, con vaqueros y un jersey, pero la rigidez de sus hombros se había esfumado y ya no parecía tan tensa. Excepto cuando sonaba el timbre de la verja: entonces se sobresaltaba, como si esperara recibir más noticias

malas. Quizá pensaba que era la Policía, que regresaba. Hacía tres días que Tom no iba por allí, y si bien Becky había sido muy discreta al respecto, Imogen estaba segura de que eso significaba que estaba siguiendo activamente alguna línea de investigación.

Quizá la mejora que había experimentado Laura tenía que ver en parte con su descubrimiento de que Hugo había olvidado que ella tenía

su propio dinero y que nada podía impedirle realizar algunos de los cambios en la casa que llevaba años planificando. Ya había contratado a un equipo de jardineros que había empezado a podar árboles y arbustos, y tanto la casa como Laura estaban bastante más alegres. Incluso el venado disecado había desaparecido milagrosamente durante la noche, aunque para bajar los otros animales muertos se

necesitaría un hombre forzado con un gran destornillador.

Alexa había estado con ellas el día anterior, e Imogen se había maravillado al ser testigo del amor y el afecto que Laura demostraba hacia la niña. Aunque tuviera doce años, en muchos sentidos Alexa parecía más pequeña. Tenía una figura muy delicada, y no mostraba los signos de madurez que Imogen habría esperado. Laura se había

pasado horas hablando de los cambios que quería realizar, y la idea había distraído a Alexa de la muerte de su querido padre.

Imogen decidió que tenía que retomar la lectura de las cartas de Laura. No era fácil. Detestaba ser testigo de la infelicidad de su amiga, y sentía ese peso en los hombros. Entendía por qué Laura no le había dicho nunca nada. Pero aún quedaban demasiadas cosas por explicar.

JUNIO DE 2005

Mi querida Imo:

*¡Éstas son las
divagaciones de una
loca!*

*Así es como me
siento. Hace dieciocho
meses que me toman
por loca, y es como
todos me ven.*

*Cada día empieza
del mismo modo. Las*

enfermeras trabajan mucho y están alegres permanentemente. Cada mañana entran en mi habitación —que debo decir que es muy elegante con un animado «Buenos días —. ¿Cómo estamos esta mañana?».

Nunca he entendido por qué la gente usa la primera persona del plural en este contexto. ¿No me he enterado de algo?

Bueno, me sirven el desayuno en la habitación, y he caído en la rutina de comer siempre lo mismo. No sé si lo ven como un signo más de locura. ¿Significa que me siento más segura sin tomar decisiones? No se trata de eso. ¡Es que aquí tienen grandes cocineros y lo mejor de todo son los huevos revueltos!

La clínica es muy

exclusiva. Es un lugar donde esconder a los chiflados de familias extremadamente ricas. Supongo que no hay forma de prever cuántas personas muy ricas enfermarán en un momento dado, y tal vez por eso tenían problemas financieros. Sospecho que Hugo aporta una cantidad de fondos importante. Para que no pueda hablar.

Cada día tengo que

soportar una consulta privada para comprobar que sigo estando loca y asistir a una terapia de grupo. Y luego están las clases. Lo llaman terapia ocupacional. Ahora soy bastante buena creando arreglos florales y la clase de yoga es excelente, aunque las sesiones de meditación no gusten demasiado a los pacientes más perturbados.

Demasiado silencio e introspección es contraproducente, o eso parece.

El almuerzo y la cena se sirven en el comedor. Se supone que tenemos que sentarnos juntos, con los pacientes más estables, por supuesto. A algunos no les permiten salir de la habitación porque tienen arrebatos de violencia. Yo procuro ser discreta. A pesar de

la persistente jovialidad del personal, este no es un sitio alegre. La enfermedad mental es terrible. Desde la esquizofrenia hasta los trastornos de personalidad, cada uno de ellos vive una época muy mala de su vida. Y para algunos, también es el futuro.

Intento pasar un rato cada día hablando con alguna persona con una u otra forma de

demencia, incluso con aquéllos que no se pueden comunicar de ninguna manera. Les leo los periódicos todas las mañanas y les cuento historias acerca de lo que ocurre en el mundo. Pero solo cosas buenas, nada de guerras o asesinatos; ya tienen bastante con lo suyo. No sé si me escuchan, pero eso no es excusa para no hablar con ellos. ¿Te

imaginas que sean capaces de saber lo que pasa alrededor y que lo único que no puedan hacer sea comunicarse? Sería terrible que nadie les hablara.

Luego están las visitas de Hugo. ¡Las enfermeras creen que es mi momento álgido de la semana! Y claro, para ellas él es un esposo comprometido (si es que se puede usar esta palabra en este

contexto) y afectuoso que nunca se salta una visita. En esas ocasiones no me drogan. Él quiere evaluarme. Saber si me mortifica el remordimiento; si estoy domesticada.

No lo estoy, por supuesto. Estoy mucho menos domesticada que cuando ingresé aquí. Pero no es necesario que lo sepa.

Y a menudo viene

con Alexa. Está creciendo, pero me siento muy culpable de estar aquí cuando debería estar fuera dándole el amor que necesita. La trae para burlarse de mí. Piensa que verme aquí la volverá en mi contra. O que intentaré utilizarla para averiguar qué sucede «fuera». No lo hago. Nunca lo haría. Nunca le diría nada negativo sobre su

padre, porque soy yo la que saldría perdiendo. Merece creer que su padre es maravilloso, aunque no sea verdad.

Ayer vino a verme y las cosas fueron un poco diferentes. Me dejó mucho tiempo a solas con Alexa; no sé muy bien por qué. Creo que fue otra prueba.

Le di un gran abrazo, pero la noté un poco tensa. No estaba cariñosa como otras

veces. Intenté romper el hielo poco a poco.

—Cuánto me alegro de verte, Alexa. ¿Cómo te va en la escuela?

—Muy bien, Laura, gracias por preguntar.

A los nueve años, Alexa sigue siendo la niña más educada que conozco, y aun así su respuesta me pareció exagerada.

—¿Estás bien, corazón? ¿Estás enfadada conmigo?

Alexa me miró con sus ojos solemnes.

—¿Por qué sigues aquí, Laura? ¿Por qué no estás en casa con nosotros?

—Porque he estado enferma, cariño, y tu papá y los médicos decidirán cuándo estoy bien para regresar a casa.

—Quieres volver a casa, ¿no?

—Oh, Lexi, por supuesto que sí. Lo que

más deseo es poder verte cada semana.

—Papá dice que te gusta vivir aquí y que estás aquí porque te inventas historias malas sobre las personas.

No supe qué decir. No podía criticar a Hugo.

—Bueno, no es mi intención decir o hacer nada que haga enfadar a nadie. Nunca he querido hacer eso, y si lo he hecho, lo lamento.

—¿Podemos hablar de otra cosa, por favor? Cuando estamos solas un rato, papá siempre me pregunta de qué hemos hablado y si te he contado secretos.

—Podemos hablar de lo que quieras, y yo no te diría nada que fuera un secreto de tu papá.

—Pues papá y yo tenemos muchos secretos, pero él dice que no pasa nada. Dice

que los padres y sus hijas siempre tienen secretos.

Se me heló la sangre.

—Mira, corazón, normalmente está bien que le cuentes a tu mamá o a mí los secretos que tengas con papá. Estoy segura de que no tendrías secretos conmigo.

Alexa sonrió tímidamente.

—Papá me dijo que

tú eras la última
persona a quien se los
podía contar, porque no
eres tan lista como yo.
Pero yo te quiero,
Laura. Siempre eres
buena conmigo.
¿Podemos hablar de
otra cosa, por favor?

La conversación
pasó a un terreno más
firme, pero yo ya estaba
muy preocupada. Hugo
no regresó hasta media
hora más tarde, y solo
pude imaginar que

*había estado
conspirando con el
médico. A juzgar por su
sonrisa de superioridad
cuando entró en la
habitación, era algo que
no me gustaría.*

*—Alexa, cariño, la
enfermera te llevará un
momento afuera.
Necesito hablar con
Laura a solas.
Despídete de ella; yo
saldré enseguida.*

*Alexa me dio un
abrazo que casi me*

*rompió el corazón y se
marchó con la
enfermera.*

*—Laura. Tienes
mejor aspecto y he
hablado con el médico.
Hemos acordado que
probablemente
necesites pasar una
temporada más aquí,
unos seis meses, y
durante ese tiempo
necesito prepararte
para volver al mundo.*

*Yo sabía que no
debía hacer una*

demostración de mi valentía recuperada, pero tenía que saber a qué se refería exactamente.

—No entiendo muy bien para qué tengo que estar preparada, Hugo, aunque me alegraré de salir de aquí.

Esto no era del todo cierto si significaba que debía volver a mi antigua vida. Pero no tenía pensado hacerlo.

—Tienes que

*escucharme con
atención. Me he
divorciado una vez y no
tengo intención de
hacerlo una segunda.
Una se puede
considerar un error;
dos ya es muestra de
falta de criterio. No te
divorciarás de mí, ni me
amenazarás, ni
divulgarás información
sobre nuestra vida
juntos que sea
embarazosa para mí.
Serás mi fiel esposa*

mientras yo lo quiera así. Lo que ocurre en mi casa se queda en mi casa. ¿Lo entiendes, Laura?

Tuve que esforzarme mucho para mantener el dominio de mí misma. De nada serviría que mostrara todas mis cartas de golpe, pero aquello no podía aceptarlo. Miré por la ventana e intenté parecer despreocupada.

—¿Y si no acepto?

¿Qué pasa entonces?

—Oh, eso es fácil.

—Hugo hizo una pausa

—. Mueres.

Volví la cabeza y lo miré fijamente, demasiado asombrada como para hablar de inmediato. Por fin me salió la voz.

—No puedo creer que hayas dicho eso.

¡Acabas de amenazarme con cometer un asesinato!

Hugo se rio. Se rio

tan tranquilo.

—No es un asesinato. Es un acto de defensa. No estoy dispuesto a permitir que me avergüences. Tienes un historial de depresión grave. Tu muerte por una sobredosis de la medicación que te den cuando salgas de aquí será fácil de explicar, y te prometo que nadie lo pondrá en duda. Tu historial mostrará una

serie de intentos de suicidio; el médico y yo nos hemos puesto de acuerdo, de modo que tú verás.

De todas las cosas que me esperaba, ésa no era una de ellas. Pero sabía que lo decía en serio.

—¿Y qué supondrá exactamente vivir contigo?

Su sonrisa no transmitía ninguna sinceridad.

—Oh, no te preocupes. No te pediré que vuelvas a tus tediosos servicios en el dormitorio. Encontraré muchas sustitutas dispuestas.

No podía ignorarlo. Si significaba lo que creía que significaba.

—Cuando vine aquí, fue porque... —Pero me callé al advertir la furia en los ojos de Hugo.

—Sé por qué fue. Tu reacción absurdamente

exagerada a algo perfectamente normal. Tu comportamiento ha dificultado mi vida en gran medida, y eso es algo que no puedo olvidar ni perdonar. Pero esto es lo que haremos.

Y entonces discutimos las condiciones, como si negociáramos la compra de un coche de segunda mano. Hace tiempo que lo pienso.

*¡Está claro que he
tenido mucho tiempo
para pensar! No puedo
dejarlo e ignorar todo
lo que sé. Las
consecuencias serían
demasiado
devastadoras. Mi
historial de enfermedad
mental dificultaría que
me creyeran si hablara
con alguien acerca de
las predilecciones de
Hugo. Pero no puedo
dejarlo así. Tengo que
hacer algo positivo.*

Algo proactivo. De manera que le propuse mis condiciones. Hice un pacto con el diablo. Mi complicidad a cambio de ciertas concesiones. Una de ellas es la compra de una casa en Italia; algún sitio donde me sienta segura, en un lugar que él deteste. Podemos aparecer como una pareja normal, pero durante la semana, cuando Alexa

*no esté con nosotros,
puedo escapar del
ambiente opresivo de
nuestro matrimonio.
Fue una concesión que
no le costó aceptar,
pero sin duda era la
más importante de
todas.*

Laura llamó a Imogen por el hueco de la escalera. Sabía que no debía molestarla, pero alguien llamaba a la puerta. No sabía cómo habían cruzado la

verja; quizá los jardineros la habían dejado abierta. En todo caso, quería que bajara Imogen por si se trataba de un periodista.

Becky había salido de su «despacho», pero en vista de que Imogen bajaba corriendo la escalera, Laura sonrió a Becky, sacudió la cabeza y fue a abrir la puerta. Tardó un momento en asimilar quién estaba en la puerta.

Se quedó en silencio, con la boca ligeramente

abierta, mirando la cara bronceada y los ojos azul brillante de una de las pocas personas que se alegraba de ver. Vio la aflicción en sus ojos, aunque era difícil saber si era por simpatía hacia ella o por la tristeza de su propia vida. Rompió el hechizo con un comentario ligero.

—Cierra la boca, hermana. No te favorece nada.

—¡Madre mía! Eres tú. Sé que le dijiste a Imo que vendrías, pero no creía que

fuera tan pronto. Oh, Will, qué alegría verte.

Laura rodeó la cintura de su hermano con los brazos y se pegó a él con todas sus fuerzas, disfrutando del calor de su cuerpo grande y familiar. Sintió sus brazos alrededor y agradeció la sensación de seguridad que solo un abrazo de alguien cercano puede proporcionar. Pero no duró mucho; por encima de su cabeza, oyó que su hermano hablaba en voz baja.

—Hola, Imogen.

Silencio.

Se alegró de tener la cabeza escondida en su pecho, porque no quería ver las miradas que se estaban cruzando. Ninguno de los dos había encontrado a otra persona a quien amar, y ella sabía sin lugar a dudas que era por culpa de Hugo. No sabía qué podía hacer para arreglar lo que él había roto tan desconsideradamente, pero sabía que al menos tenía que intentarlo.

Se apartó y propuso que fueran a la sala. No podía dejar de mirar a Will. El sol le había aclarado los cabellos, y sus facciones angulosas estaban bronceadas. Sus hombros, siempre anchos, le hacían parecer un gigante cuando las miraba desde su imponente metro noventa y ocho. Parecía un puerto seguro en una tormenta.

Saltaba a la vista que Imogen y Will no acababan de decidirse sobre la manera

de comportarse. ¿Debían abrazarse, que era lo que deseaban claramente, o permanecer distantes? Por lo visto, la última opción fue la que ambos consideraban más segura.

Laura era consciente de la tensión que se respiraba en la sala; los tres estaban ligeramente incómodos, como si uno de ellos no debiera estar allí pero no estuviera claro cuál. Llenaron diez minutos charlando sobre el trabajo de

Will, la vida de Imogen en Canadá y las mejoras que estaba haciendo Laura en la casa. Entonces Will rompió el hechizo.

—De acuerdo, ahora basta de charla. Explicadme lo que sucede. No fingiré que tu marido me caía bien, Laura, pero no me puedo imaginar por qué habrían de querer matarlo.

—Es largo de explicar —dijo Laura—. Los últimos días han sido infernales. Antes de empezar con esto,

iré a decirle a mamá que estás aquí. Estará en la cocina. Parece creer que todos necesitamos engordar y que la tarta de chocolate lo cura todo.

Al levantarse, miró por la ventana y se sorprendió al ver que Tom Douglas estaba de pie junto a un coche de la Policía. Dos agentes uniformados estaban bajando del vehículo. Laura sintió una opresión en el pecho.

—¿Qué sucede? Tom

está aquí y viene con dos agentes. ¿Qué crees que significa, Imo? —Laura dirigió una mirada ansiosa a Imogen.

—Calma, Laura. No será nada. Olvidarían algo durante el registro y habrán venido a buscarlo. Ve a abrir, o si quieres ya voy yo.

Laura se encaminó a la entrada antes de que Imogen pudiera levantarse. Becky, que ya estaba abriendo la puerta principal, apartó la mirada cuando sus ojos se

cruzaron con los de Laura. Desde los escalones, Tom se dirigió a Laura.

—Siento interrumpir, *lady* Fletcher. ¿Podemos pasar?

Tom miró inquisitivamente a Will, que había seguido a su hermana al recibidor, con Imogen pegada a los talones. Laura advirtió enseguida el trato formal y la expresión sombría en el rostro de Tom. Intentando aparentar un tono despreocupado, respondió

con la misma formalidad.

—Por supuesto, inspector jefe. Le presento a mi hermano, Will Kennedy. Acaba de llegar. ¿Le apetece algo de beber? ¿Tal vez una taza de té, como siempre?

Tom dio dos pasos dentro del recibidor, pero no más.

—No, gracias. Lo siento, pero tenemos que hacerle algunas preguntas a la señora Kennedy. —Miró a Imogen, que seguía en el umbral del salón—. Señora

Kennedy, he venido con dos agentes. La acompañarán a New Scotland Yard para llevar a cabo un interrogatorio. El comisario James Sinclair, a quien conoció la noche de la muerte de *sir* Hugo, realizará la primera parte del interrogatorio. Le leerán sus derechos cuando llegue, y me reuniré con usted en cuanto termine de hacerle unas preguntas a *lady* Fletcher.

Imogen permaneció

inmóvil, sin alterar su expresión.

Will había avanzado con la intención de estrechar la mano del inspector jefe, pero de repente adoptó una postura beligerante.

—¿Puedo saber para qué quiere interrogar a mi esposa, inspector jefe? Y si le leen los derechos, ¿significa que está detenida?

—Tenemos pruebas nuevas, y están relacionadas con su exesposa. No estoy autorizado a hablarlo con

nadie hasta que haya entrevistado a su exesposa.

Laura se percató de que Tom estaba decidido a diferenciar entre esposa pasada y presente. Will miró a Imogen, con el ceño fruncido de preocupación.

—¿Imo, qué pasa? ¿Quieres que llame a un abogado?

La mención de Will de un abogado despertó a Imogen de su letargo. Suspiró con exageración.

—Will, cállate. No sabes

nada de esto; será mejor que no te metas.

Laura estaba angustiada. Habló en voz baja, temblorosa por la emoción.

—Imo, no es necesario que pases por esto. No deberías. No es justo. Hablaré con Tom y lo aclararé.

La chaqueta de Imogen estaba sobre una silla al pie de la escalera. Ella la agarró con una mano y se volvió rápidamente a mirar a Laura.

—Laura, ¿quieres hacer

el favor de callarte de una puta vez? No maté a Hugo. Tú lo sabes y yo lo sé, y espero que tú también, Will. Así que no te metas. No es más que un interrogatorio. Si me detienen y me acusan tendrán un problema, porque no pueden tener ninguna prueba si yo no lo hice, ¿no os parece? Calmaos, tomaos una ginebra y esperad a que regrese. No necesito un abogado. Estoy perfectamente. —Imogen miró a Tom, que parecía

haber escuchado atentamente la conversación —. Cuando quiera, inspector jefe.

Hubo algo bajo la superficie en aquella conversación que Tom no había captado bien. La puerta se cerró detrás de Imogen y los agentes, y él miró a Laura con una sonrisa amable.

—Lo siento, Laura. Tenía que ser formal dadas las circunstancias. Espero que lo comprendas.

Will interrumpió antes de que ella pudiera responder.

—Pues yo no lo comprendo. Si no tiene pruebas, no puede llevársela para interrogarla. Si solo eran un par de preguntas, ¿por qué no hacérselas aquí?

Una persona que no se deja acobardar, pensó Tom, viendo la postura agresiva de Will, con las piernas separadas y las manos en los bolsillos de los vaqueros.

—Señor Kennedy,

tenemos pruebas que sugieren que su esposa estaba en Londres la mañana del asesinato. Si me lo permite, ahora querría hablar con su hermana.

—Me quedo con ella — respondió Will—. Estoy seguro de que necesita mi apoyo.

Tom podía ver que Laura estaba trastornada, aunque no sabía qué parte concreta de la conversación había causado ese efecto.

—Will, Tom y yo

tenemos una buena relación. Sé que tienes buena intención, pero es mejor que vayas a buscar a mamá. Se pondrá muy contenta cuando te vea, y alguien tiene que contarle lo de Imogen. Estaré bien hablando a solas con Tom. Por favor, Will.

No muy satisfecho, Will obedeció y se fue de mala gana. Laura indicó que podían pasar al salón, y Tom esperó hasta que los dos estuvieron sentados para empezar a hablar.

—Gracias, Laura. Tengo una serie de preguntas que hacerte, y algunas son delicadas. —Veía que Laura estaba inquieta, y necesitaba que estuviera relajada para conseguir lo que quería de ella—. ¿Cómo te encuentras? Veo que has empezado con los cambios, claramente a mejor.

Tom esperaba que ella pensara que se refería a las reformas de la casa y el jardín, pero también había reparado en la mejoría de la

propia Laura. Tenía algo de color en las mejillas y de nuevo se había puesto un suéter de color vivo, esta vez azul petróleo, que le sentaba mucho mejor que el beis apagado que llevaba el día que se habían conocido. Costaba creer que fuera la misma persona que había visto por primera vez hacía apenas unos días. Y parecía tener más seguridad en sí misma. Pero estaba claro que el hecho de que se hubieran llevado a Imogen

para interrogarla la angustiaba, y, a pesar de lo que le había dicho a su hermano, Tom percibió en su tono que él no era su persona favorita aquel día.

—Olvidémonos de los jardines por el momento. Dime qué has encontrado que vincule de algún modo a Imogen con el asesinato de Hugo.

—Lo siento, pero de momento no puedo decirte nada. En cuanto pueda, te prometo que te lo explicaré.

—Tom sabía que esto no
satisfaría a Laura, de modo
que decidió que era mejor
empezar enseguida—. Esto
es difícil, lo sé, pero ¿puedes
hablarme un poco de tu
enfermedad? Te lo pregunté
el otro día, pero sucedieron
cosas que nos
interrumpieron. Sé que a ti
puede parecerle poco
relevante, pero necesito
hacerme una idea. ¿Te
parece bien?

—La primera vez que
me ingresaron, suena muy

mal, lo sé, me diagnosticaron una depresión grave. —La hostilidad había desaparecido de la voz de Laura, pero su tono aún era tenso—. Hannah, la niñera de Alexa, y Hugo me habían encontrado acurrucada en una habitación de una de las alas de la casa que no se utilizan.

—¿Sabes qué provocó esta depresión? ¿Algún incidente concreto?

—Por lo que sé, la

depresión clínica puede afectar a cualquiera en cualquier momento y sin razón aparente.

Consciente de que aquello no era una respuesta ni tenía intención de serlo, Tom siguió insistiendo.

—¿Estabas encerrada en la habitación donde te encontraron? —preguntó con delicadeza.

—Por lo visto la puerta se podía abrir desde dentro, de modo que eso sugiere que no.

Se le daba de maravilla no mentir sin contestar tampoco. Tenía que conseguir que lo mirara; desde que había preguntado por Imogen había mantenido la mirada apartada de él. Tom entendía que era un tema difícil para ella, pero ya había perdido demasiado tiempo.

—Laura, no hace mucho que nos conocemos, pero creo que ya nos respetamos el uno al otro. Creo que me estás ocultando algo. La

exesposa de tu marido está en este momento desquiciada por culpa de una información que me dio. El testamento ha desenmascarado a Hugo, y solo puedo concluir que tenía facetas que no se ajustaban a su imagen pública. Becky también os oyó hablar del Rohypnol. Todo esto está relacionado, y me gustaría que me lo explicaras.

Laura lo miró por fin, y a nadie le habría pasado

desapercibida la pena que se reflejó en sus ojos. Vio que tragaba saliva, y supo que había tocado algún punto sensible. Sintió una punzada de culpa, pero eran preguntas que necesitaban respuesta, y prefería hacerlas él a delegarlas en otro que no tuviera la misma conexión con Laura.

—Tom, esto es difícil y doloroso para mí. Mi marido está muerto y nuestro matrimonio distaba mucho de ser el sueño perfecto que

se suponía debían creer los demás que era. Pero no creo que se consiga nada hurgando en sus deprimentes detalles.

Tom decidió que Laura necesitaba tiempo, y tal vez examinar las miserias de su matrimonio no fuera tan productivo a corto plazo como entender otras de las piezas del rompecabezas.

—No estoy totalmente de acuerdo, pero por el momento podemos pasar a otra cosa; volveremos sobre

ello más tarde. Ahora quiero hablar contigo sobre Danika Bojin. —A Tom no le sorprendió ver que el cambio de tema la incomodaba aún más—. El otro día escuchaste el mensaje sobre Danika Bojin. No puedo evitar preguntarme por qué no mencionaste que la conocías. Ha aparecido sana y salva, por suerte, pero sabemos que vino a verte hace dos años. ¿Quieres contármelo?

Resultaba muy difícil interpretar las expresiones que habían cruzado fugazmente el rostro de Laura durante su breve exposición; Tom no sabía si veía alivio o temor. Su cara no había cambiado, pero sus ojos eran muy expresivos.

—Me alegro mucho de saber que Danika está a salvo —dijo—. Me preocupé al oír el mensaje, pero estoy tan apartada de la organización que no creía estar en condiciones de

ayudar. Danika vino a ver a Hugo, pero por suerte él no estaba. Se habría puesto furioso. El caso es que me contó que una de sus amigas había desaparecido, y yo le dije que intentaría investigarlo. —A Tom le pareció que le daba demasiada poca importancia—. Por desgracia, poco después me puse enferma otra vez y no pude ayudarla. Por eso me angustié cuando escuché el mensaje.

—¿No le pediste ayuda a

Hugo?

Tom advirtió de nuevo que Laura no lo miraba a los ojos, algo que solía hacer cuando quería disimular lo que sentía.

—Sí, claro que se la pedí. Me dijo que se encargaría y que no metiera las narices en sus organizaciones benéficas.

—¿Y le hiciste caso?

Laura levantó la barbilla desafiante y miró a Tom a los ojos.

—Por supuesto.

Tom no creyó ni una
palabra de lo que decía.

Imogen estaba nerviosa cuando la hicieron entrar en la sala de interrogatorios. Tal vez todos, culpables o inocentes, se sentían así. Sin embargo, era consciente de que debía disimular sus emociones; por lo que sabía, siempre parecían ser indicio de culpabilidad. Había rehusado la presencia de un abogado por dos razones:

porque confiaba en que la hiciera parecer segura de su inocencia y, sobre todo, porque no quería que nadie más se enterara de sus movimientos recientes. Hubiera deseado con todo su corazón que Will no hubiese estado allí. Hacía años que no lo veía, y de repente allí estaba, pero al cabo de un momento había tenido que sufrir la indignidad de tener que acompañar a la Policía bajo custodia, o al menos de que se la llevaran para

interrogarla. A ella, que lo único que deseaba era estar con él una vez más.

Imogen había aprovechado la hora larga del trayecto en coche para decidir cómo lo enfocaría. A pesar de notar una sensación de vacío y mareo en el estómago, estaba decidida a mostrarse segura de sí misma. Lo único que tenían eran pruebas circunstanciales. Y estaba muy preocupada por Laura. Tom Douglas había logrado

meterse bajo su piel, y había cosas que él no debía saber.

Se sentó frente al comisario Sinclair y uno de sus agentes e hizo todo lo posible por parecer tranquila, al tiempo que se esforzaba por asumir que la estaban interrogando oficialmente por motivo de una investigación de asesinato y que le habían leído sus derechos. Miró el rostro engañosamente bondadoso del comisario, pero su aparente

benevolencia no le hizo bajar la guardia. Al fin y al cabo, resultaba muy difícil interpretar su expresión, dado que la mitad de su cara parecía ceñuda y la otra mitad sonriente. Decidió centrarse en el lado ceñudo para no dejarse embaucar por una sensación de falsa seguridad.

—Comisario, entiendo su punto de vista. Si usted afirma que había una Imogen Dubois en el Eurostar de París a Londres

y luego de Londres a París, no se lo voy a discutir. Pero sin duda puede comprobar los pagos de la tarjeta de crédito o las reservas en línea, o lo que sea que se haga para comprar un billete del Eurostar, y demostrar que se trata de otra Imogen Dubois.

James Sinclair asintió con gravedad, como si fuera un comentario sensato.

—Por supuesto, eso es lo primero que habríamos hecho, señora Kennedy. Por

desgracia, los billetes se compraron en efectivo en el punto de venta de Regent Street. Es raro que la gente pague en efectivo hoy día. De hecho, es extremadamente raro; tanto que hace que me pregunte por qué lo haría.

Había una ligera nota de sarcasmo en su voz, algo que Imogen no había advertido en Tom Douglas. Tendría que andar con cuidado.

—Quién sabe,

comisario. Tal vez habían ganado en las carreras de caballos o algo así. Y si cree que fui yo, eso sugiere que me encontraba en Londres cuando se compraron los billetes, ¿no es así? Doy por hecho que lo ha comprobado.

Imogen estaba satisfecha consigo misma, pero el policía cambió de tema bruscamente y la hizo sentir insegura de nuevo.

—Tengo entendido que tiene consigo su portátil en

la casa de Oxfordshire. Nos gustaría mucho echarle un vistazo, con su permiso. Por supuesto, podemos hacer el papeleo y obtener una orden, pero si no tiene nada que ocultar, no le importará que le echemos un vistazo, ¿verdad?

Imogen intentó con todas sus fuerzas controlar el miedo súbito que se apoderó de ella. En sus ojos entrecerrados, advirtió que el comisario no había pasado por alto su reacción.

Respondió con toda la calma posible.

—Por supuesto. Adelante. Si le piden a Laura que vaya a buscarlo, está en mi habitación. Ella sabe dónde.

El comisario hizo un gesto al policía de la puerta, quien salió de la sala de inmediato. En esta ocasión, cuando sonrió ambos lados de la cara se animaron. Era un profesional.

—Espero que no le importe, pero preferimos

que sea la sargento Robinson quien vaya a buscarlo. De este modo nos ahorramos dudas sobre contaminación de pruebas; ya sabe a qué me refiero. Veamos, lo que necesito saber... y recuerde que se le han leído sus derechos, es cuándo fue la última vez que vio a Hugo Fletcher.

—Fue en diciembre de 1998. Si me apura, puedo decirle la fecha y la hora exactas.

—¿Y por qué fue una

fecha tan memorable, señora Kennedy?

—Porque al final de la visita Laura y yo discutimos, y nunca volvieron a invitarme a la casa.

James Sinclair echó la cabeza hacia delante y miró a Imogen directamente a los ojos.

—¿Por qué discutieron? ¿Estaba usted enamorada del marido de Laura? ¿Tenía una relación con él?

Imogen no intentó disimular la repugnancia que

le producía esta idea.

—No tenía ninguna clase de relación con él. No me parecía ni remotamente atractivo y, aparte de todo esto, era el marido de Laura.

—Ah, pero ¿la encontraba él atractiva? ¿Era ese el problema? ¿La perseguía, la colocó en una posición difícil con su amiga y su marido?

—No. No.

Imogen detestaba la forma en cómo la estaba interrogando, la cabeza

grande y amenazadora al otro lado de la mesa. Tenía ganas de echar la silla hacia atrás, lo más lejos posible de él. No creía que ningún criminal tuviera posibilidades con James Sinclair. Entonces él aflojó un poco, y ella sintió un ligero alivio. Seguía haciéndole preguntas, pero ya no tenía su cara encima.

—Dígame, señora Kennedy, ¿cuándo fue la última vez que vio a *lady* Fletcher, antes de la noche

de la muerte de su marido?

Imogen sabía que ese era el momento crucial. Si lo hacía bien, no habría problemas. Si lo hacía mal... Bueno, no quería ni pensar en las consecuencias. Suspiró teatralmente para darle más énfasis y esperó no haber exagerado.

—De acuerdo, no hemos sido del todo sinceras sobre esto. La fuerza de la costumbre, supongo. Después de la pelea, no estuve en contacto con ella

hasta su segunda estancia en el hospital. Ideamos una forma para que pudiéramos vernos sin que nadie se enterara siempre que yo venía a Inglaterra. Hugo no nos lo habría permitido. Seguimos en contacto cuando volvió a casa.

James Sinclair arqueó las cejas y empezó a sacudir la cabeza lentamente.

—Eso no responde a mi pregunta, señora Kennedy. ¿Cuándo fue la última vez que la vio, antes de la noche

de la muerte de Hugo?

Imogen necesitaba pensar. ¿Qué contestaría Laura si le hacían la misma pregunta? Tenían que ser coherentes. Sabía que el comisario había advertido que ella hacía una pausa, pero era comprensible que tuviera que pensarlo, que debiera revisar mentalmente su agenda.

—Debió de ser en verano. Laura estaba en Italia y Hugo no la acompañaba nunca, de modo

que era completamente seguro que me quedara allí siempre que no respondiera al teléfono o hiciera alguna estupidez. Estuve en su casa un par de días.

—Y desde entonces ¿no la había visto?

—No.

¿Qué se dice de las personas cuando mienten? Algo de que los ojos se les van hacia la izquierda. Se acordó e intentó mirar directamente a los ojos del comisario sin vacilar.

—Entonces, ¿por qué *lady* Fletcher se mostró tan consternada cuando usted apareció en su casa? Parecía que quisiera matarla, y después a todos los demás.

—La fuerza de la costumbre, supongo. Probablemente estaba en otro mundo, y cuando aparecí sin duda esperaba que Hugo saliera del estudio y atacara. No lo sé, fue un poco exagerado, pero ya se le ha pasado.

Se esforzó por seguir

mirándolo a los ojos. Estaba claro que no la creía.

—Una pregunta más, señora Kennedy, y después haremos una pausa. ¿Por qué dijo *lady* Fletcher «no tienes ni idea de lo que era capaz Hugo. Éste fue el menor de sus crímenes», y «estoy muy contenta de que Hugo haya muerto»?

Imogen permaneció en silencio, estupefacta, durante unos segundos. ¿Cómo podían saberlo?

—No sé cómo pueden

saber las palabras exactas que pronunció, comisario, pero fuera de contexto es difícil de explicar.

Sinclair apretó los labios y sacudió la cabeza de nuevo, haciéndola sentir como una chiquilla pillada en una mentira absurda.

—Ahórreme las tonterías, por favor. Sabe perfectamente lo que quiso decir, y me lo va a explicar.

—Bien. Primero, creo que deberían preguntárselo a ella, porque lo único que

puedo hacer yo es especular. Más importante aún: Hugo no me gustaba, de manera que todo lo que diga estará inevitablemente sesgado. A mi parecer era un hombre difícil, desagradable y manipulador. Laura no estaba enferma, pero él hizo que pareciera que lo estaba. Sospecho que ella se alegra de que esté muerto a causa del control que ejercía sobre su vida. Pero no son más que suposiciones, comisario, y probablemente no sirvan de

mucho.

Habló con seguridad. No quería mostrarse aturdida, pero ¿cómo podían saberlo? En ese momento llamaron a la puerta, y en el umbral apareció un joven de rasgos asiáticos que le hizo un gesto al comisario para que saliera. Éste se disculpó y salió de la sala.

Imogen suspiró con alivio. Creía haberlo hecho bien, pero solo el tiempo lo diría.

En el pasillo, James

Sinclair observó la cara sonriente del detective, que por lo visto había descubierto algo emocionante.

—¿Qué tienes, Ajay?

—Hemos recibido otra llamada de la empresa de guardaespaldas. Uno de los hombres que vigilaba a *sir* Hugo está de vacaciones. Se le localizó al principio para que respondiera algunas preguntas, pero probablemente estaba demasiado entretenido

pasándolo bien como para darle importancia, y según parece hoy ha llamado con un poco más de información. Hubo un incidente que cree que podría interesarnos. Una noche, hace un par de años, acompañaba a Hugo de Oxford a Londres cuando reparó en que los estaban siguiendo. No habían llegado todavía a la autopista, de modo que se desvió a una carretera comarcal en medio de la nada. Dijo que el tipo que

los seguía era un aficionado. Así que, con el permiso de Hugo, le tendió una trampa; creo que estaba bastante orgulloso de sí mismo. Aceleró, apagó las luces y dio media vuelta, y cuando el otro tipo dobló la esquina lo iluminó con los faros y lo obligó a salirse a la cuneta.

»El guardaespaldas bajó corriendo del coche y agarró al hombre del cuello en cuestión de segundos. No le pregunté cómo, pero consiguió hacerle hablar.

Dijo que le habían encargado que siguiera a *sir* Hugo día y noche. Luego le preguntó quién le pagaba.

Ajay dejó de hablar, y James supo que esperaba que le preguntara.

—¿Y respondió?

—Desde luego que sí.

Era la esposa. Laura Fletcher.

La «conversación informal» de Tom con Laura había sido interrumpida más de una vez, con una mezcla de buenas y malas noticias.

La primera interrupción fue de Kate. Normalmente Tom no habría respondido a una llamada personal, pero aquello era demasiado importante. Tom había hecho caso de las sabias

palabras de Laura, y por mucho que amara a su hija tenía claro que él no podía volver a vivir con su madre. La noche anterior habían tenido una discusión emocional sobre el tema, pero él se había mostrado decidido. Kate llamaba para decir que se marchaba a Manchester a pasar el fin de semana «para pensar». Tom tendría que esperar a ver qué sucedía a continuación. Le habría gustado hablar con Laura de eso, pero sabía que

ya había ido demasiado lejos.

Después había llamado James Sinclair y había salido al pasillo a contestar. Ahora estaba seguro de que Laura sabía más de lo que decía, y no podía evitar una sensación de remordimiento por las difíciles preguntas que se vería obligado a hacerle.

Pero fue la tercera llamada la que realmente lo animó.

Por la expresión de Tom

cuando volvió a la sala, Laura supo que traía novedades. Empezaba a sentirse muy incómoda: se esforzaba por mantener el dominio de sí misma, pero cada vez le apetecía menos mentir al inspector jefe. Él no había hecho más que mostrar compasión y consideración, y era obvio que tampoco era feliz. Había observado su rostro cuando hablaba con Kate, y lo único que pudo pensar fue: ¿por qué tiene que haber tanto

dolor en el mundo?

Tom se sentó en su posición habitual, frente a ella.

—Laura, ¿quieres que alguien te haga compañía mientras formulo algunas preguntas?

—No, estoy bien. Pregúntame lo que sea — respondió, deseosa de acabar cuanto antes.

—Antes hemos hablado de tu enfermedad, y describiste lo que dio lugar a tu primera estancia en el

hospital. Pero tenemos motivos para creer que la segunda vez fue distinto. Los periódicos publicaron algo sobre algún tipo de trastorno delirante, aunque por supuesto podían estar equivocados. También sabemos que uno de nuestros jefes de Policía, Theo Hodder, estuvo involucrado de algún modo, y estamos intentando localizarlo para entender cuál fue su papel. Pero preferiría que me lo

explicaras tú.

Era lo que Laura se temía. Sabía que su respuesta tendría que ser plausible, pero gracias a que Tom había planteado el asunto la vez anterior, había estado ensayando. Le ofrecería los hechos, pero intentaría mantener fuera las emociones. No obstante, notó que la voz le temblaba ligeramente.

—Si bien las cosas se estabilizaron un poco entre Hugo y yo cuando regresé

de mi primer ingreso en la clínica, noté que de una forma sutil algo había cambiado. Di por supuesto que tenía una amante, y quizá era comprensible ya que yo había estado fuera dos años. Entonces Danika vino a verme porque una amiga suya, Alina, había desaparecido, y se me metió en la cabeza que algo podría estar ocurriéndoles a las chicas. Creía que Hugo podría estar implicado, y me imaginé toda una

conspiración. Pensaba que las embaucaba para que dejaran sus casas. Quizá por sexo, o tal vez para venderlas de nuevo. No sé en qué estaba pensando. — Laura se dijo que en aquel asunto había alcanzado la cima del dominio del eufemismo—. En fin, yo conocía al señor Hodder de las cenas benéficas, de modo que fui a explicarle mi teoría. Para él estaba claro que no lo había pensado bien, y que mi imaginación

me estaba jugando una mala pasada. Me di cuenta de que estaba quedando como una loca. Él era una de las pocas personas que sabían que yo había estado enferma, y estaba claro que creía que estaba sufriendo una recaída. Entonces llamó a Hugo. Yo no fui capaz de olvidarme de mi idea, así que me diagnosticaron delirios y él aportó algunas pruebas que lo apoyaban. Eso es todo, en realidad.

Laura, como siempre,

evitaba los ojos de Tom, pero se arriesgó a mirarlo fugazmente. Vio

preocupación, pero no solo eso. Vio una chispa de excitación en sus ojos, y se dio cuenta de que no había sido lo bastante convincente.

—Mira, Tom, sé que ahora parece ridículo. Quedé como una idiota. Por lo visto, el señor Hodder y su familia habían tenido a una de las chicas de Allium en acogida. Creo que no fue demasiado bien, pero solo

tenía palabras de elogio para Hugo. Me da mucha vergüenza, ¿podemos olvidarlo?

—¿Sabías que Hugo le pidió a Jessica que destruyera todos los documentos relacionados con las chicas desaparecidas? —Laura se quedó estupefacta. No lo sabía, pero tenía mucho sentido. Hugo era un cabrón, pero era un cabrón inteligente. Tom tomó nota de su expresión—. ¿No lo

sabías? También empezó a pagarle a Jessica ocho mil libras mensuales en concepto de bonificación por hacer algo para él que ella no quiere divulgar de ninguna manera. Le pagaba en efectivo, lo que explica adónde iba a parar una buena parte de las veinte mil libras mensuales. Y entonces tú contrataste a un detective privado para que siguiera a Hugo. Tu marido lo descubrió y sin duda te aterrorizó. Entonces fuiste a

hablar con el jefe de Policía.
¿Por ahora voy bien?

Demasiado bien, pensó Laura. Demasiado. Pero no dijo nada y lo miró sin expresión alguna, tratando de ocultar la sorpresa de que ya hubiera explicación para gran parte de las diez mil libras para las que antes no había.

—Bueno, estas son las buenas noticias. He recibido una llamada de uno de mis colegas que está en las oficinas de Allium. La

encantadora aunque
perezosa Rosie acaba de
reconocer que los
expedientes de las chicas
eran demasiados como para
triturarlos todos, y que se
limitó a esconder las cajas.
Los están examinando en
este momento, empezando
por los últimos cinco años.

La cara de Tom era un
poema. Creía que eso le
daría todas las respuestas;
Laura lo veía. Casi sintió
lástima por él, pero no había
terminado.

—Laura, necesito que me lo digas. ¿Todavía crees que fue un delirio? No lo crees, ¿verdad? Nunca lo creíste. Pero hay algo que no comprendo: si pensabas que algo les estaba ocurriendo a las chicas, ¿por qué no me dijiste nada cuando te enteraste de que Danika había desaparecido?

Laura no sabía cuántas mentiras más sería capaz de decirle. Pero él tenía una hija. Quizá lo comprendería.

—No vi la necesidad de

contártelo, pensé que haría más mal que bien. Hugo está muerto, de modo que era demasiado tarde para cualquiera de las chicas que ya habían desaparecido, y él ya no puede volver a hacerlo, ¿no es así? Era mucho mejor si no lo investigabas. Tenía que proteger a Alexa. Callé por su bien. Ella debía ser mi prioridad. Y ahora las chicas están a salvo. Tienen que estarlo.

De repente la asaltó la

culpa. Sabía mucho, pero no lo suficiente. Meses atrás había creído que la Policía actuaría, pero había acabado en una institución mental. Podría haberles dicho lo que sospechaba cuando se enteró de que Danika había desaparecido, pero dio por sentado que era demasiado tarde, o que la chica estaría a salvo ahora que Hugo estaba muerto. Decidió callar para proteger a Alexa. Tom era demasiado listo para no descubrirlo.

—Espera, Laura. Antes has dicho que en tus delirios imaginabas que algo «podría» estar ocurriéndoles a las chicas, y que Hugo «podría» estar implicado. Pero a mí me parece que sabías con seguridad que estaba pasando algo. Cuando apareció, Danika nos contó la razón por la que se había ausentado. Otra de sus amigas, Mirela Tinescy, acaba de desaparecer. Y dejó una nota, una nota que nadie ha creído. Sigue

desaparecida, Laura. Si Hugo se la llevó, ¿qué crees que ha hecho con ella?

—Entonces, ¿das por supuesto que yo tenía razón, que no se trataba de un delirio? Piensas que no estaba loca, ¿no es así?

Tom la miraba con tal simpatía que Laura sintió ganas de llorar. Sus ojos desbordaban compasión, y Laura supo que se estaba imaginando su vida con Hugo y los años en la institución mental. Tom se

levantó y fue a sentarse a su lado en el sofá, girando el cuerpo para mirarla a la cara. Tomó sus manos frías entre las suyas.

—Laura, James Sinclair le ha pedido a Becky que fuera a buscar el portátil de Imogen a su habitación. Al lado, sobre la cama, había una carta. Tuya, Laura.

Sin dejar de mirarla con expresión compasiva, Tom le frotó las manos para darles un poco de calor.

—Y sé lo que dice.

DICIEMBRE DE 2006

Querida Imogen:

Hoy ha sido un día peculiar de principio a fin. El tiempo ha sido tormentoso, con una lluvia torrencial, pero de vez en cuando el sol se ha asomado entre las nubes. Sin embargo, no hacía lo bastante bueno para salir al jardín y

acabar de prepararlo para el invierno. Tengo jardineros, pero ¡si no hago algo me volveré loca de atar!

Así que lo único que he hecho en todo el día ha sido mirar por la ventana y desear regresar a Italia. Al menos allí mantengo los demonios a raya. Aquí choco con ellos a cada momento. También he pensado en ti, mi querida amiga perdida.

Ya hace un año que estoy en Ashbury Park, pero todavía tengo que ir con sumo cuidado. No puedo meter la pata. Debo parecer sumisa y totalmente dominada por Hugo. Estoy aquí por una razón y solo por una. Una razón que no te he contado. No creo que soporte verlo por escrito, si te soy completamente sincera.

Debería haberme ido a Italia. Esta

semana solo me quedé porque pensaba que Hugo querría que lo ayudara con los preparativos de Navidad, y me gusta escoger con esmero los regalos de Alexa. Pero resulta que parece irritado de tenerme aquí.

Ahora apenas nos vemos, lo cual me parece estupendo. Hugo sale con regularidad y pasa mucho tiempo

fuera. A veces parece realmente entusiasmado con la perspectiva de la velada, de modo que solo puedo pensar que tiene una amante. Pobre mujer.

Después de pedirme que me quedara para organizar las compras, me ha llamado a primera hora para decirme que estaría fuera un par de días. Y que no quiere que lo llame. Parece muy

enfadado por algo, pero al menos no tendré que hacer otra interpretación digna de un Óscar esta noche.

De manera que me senté frente al fuego con una copa de vino y un buen libro. Entonces sonó el interfono. Por un momento me sobresalté. Aquí no viene nadie sin invitación, y se invita a muy poca gente. ¡Durante un segundo

pensé que podías ser tú!

Cuando contesté, oí una voz que no reconocí.

—Hola. Quería hablar con sir Hugo Fletcher, por favor. Me llamo Danika Bojin.

—Lo siento, pero mi esposo no se encuentra en casa. Me temo que no le gusta hablar de trabajo aquí. ¿No sería mejor que fuera a su oficina?

—He ido a la

oficina hace dos días y nadie me ayuda. ¿Tú eres su mujer? Por favor. ¿Puedes ayudarme?

Yo no tenía ni idea de lo que quería esa chica, pero hacía frío, llovía y estaba oscuro, y ella parecía muy angustiada. Parecía muy joven en la pantalla, y me compadecí de ella. La invité a pasar.

Resultó que había

venido para hablar con Hugo acerca de una amiga suya que ha desaparecido. Se ha esfumado y Danika no puede creer que se haya marchado sin decir nada, así que sospecha que le ha ocurrido algo. Saltaba a la vista que estaba muy preocupada.

Me impresionó su lealtad, que la hizo venir hasta aquí solo para hablar con Hugo; debió de recorrer a pie

los últimos cinco kilómetros bajo la lluvia. Hablaba bastante bien inglés. No me sorprendió cuando me dijo que había sido una estudiante excelente. Qué tragedia que la hubieran arrastrado a una vida de prostitución. Mi propia vida es triste, pero no es nada en comparación con la historia de esa chica. Estaba muy nerviosa.

—Sé que me han dicho que no debo venir aquí, y lo siento mucho, pero no sé qué puedo hacer. Alina no se marcharía sin decir a nosotras. Está contenta donde vive. Le ha ocurrido algo. Lo sé.

—¿Tienes idea de que pensara marcharse?

Danika reflexionó un momento. Parecía muy preocupada.

—No lo sé. Las

*últimas veces que la vi
parecía contenta.
Sonreía y le brillaban
los ojos. Era así. Mirela
también lo vio, y le
preguntamos y dice que
tiene un secreto pero
que no puede
decírnoslo. Pienso que
quizá se ha enamorado
del marido de la casa y
se lo pregunté. Se rio y
dijo que por quién la
había tomado. La
familia es estupenda, y
nunca haría nada para*

que se enfadaran con ella. Quiere quedarse con ellos hasta que encuentre un hombre que la cuide como es debido. Quizá lo encontró, pero no creo que se marchara sin dar una explicación a la familia.

Yo deseaba ayudarla, pero no sabía cómo. Lo único que se me ocurrió fue darle algo de comer y beber, y pedirle un taxi para

que la acompañara a casa. Pero le prometí hacer lo que pudiera para descubrir qué le había ocurrido a su amiga. Me daba mucha vergüenza mi falta de información sobre la Fundación Allium.

—¿Has conocido a mi marido, a sir Hugo?

—Oh, sí. Todas lo conocemos. Viene a hablar con nosotras cuando vamos a Allium. Nos ponemos en fila y él

elige a algunas para hablar con ellas.

—¿Habló contigo?

—No. Me dio pena, pero no. Pero habló un buen rato con Alina, y también un poco con Mirela. Conmigo no. Puede que sea demasiado fea.

—No eres fea, Danika. ¿Tienes fotos de tus amigas?

—No. Pero se toman fotos. Tienen que estar en las oficinas de

Allium.

Desde que Danika se fue, he estado sentada pensando en lo que puedo hacer. Y me he decidido. Esta es una oportunidad de ayudar a alguien. De hacer algo útil. Si Jessica no tiene tiempo de ayudar a Danika, lo haré yo. No se lo diré a Hugo, porque encontrará alguna razón para impedírmelo. Aunque no sé por qué debería

importarle. Al fin y al cabo, estoy segura de que no quiere que estas chicas desaparezcan.

Dejaré esta carta sin terminar, ¡así podré contarte cómo va mi investigación!

Han pasado seis días desde que vino Danika. He decidido que, ya que Hugo se ha vuelto a marchar, iré a las oficinas de Allium y veré qué puedo averiguar sobre Alina,

la amiga de Danika. No puedo presentarme en la fundación cuando está Hugo, así que no tendré mejor oportunidad que esta.

Cuando llegué a Egerton Crescent, fui directamente al piso y tropecé con Rosie. A menudo deja documentos para Hugo allí. Él los lee por la noche, con la lámpara encendida y un whisky de malta en la mesita.

Antes pensaba que era una maravilla mirarlo trabajar, pero hace mucho tiempo de eso.

Le pedí a Rosie que se tomara una taza de café conmigo. Es buena chica, aunque esté un poco obsesionada con las compras. Le expliqué por qué estaba allí, y me dijo que Danika y Mirela habían estado en la oficina hacía poco más de una semana, aunque yo ya

lo sabía. Me dijo que cada año desaparecen varias jóvenes, pero que nunca se investiga si dejan una nota. Hugo dice que no merece la pena hacerlo cuando está claro que se han marchado por voluntad propia. La amiga de Danika dejó una nota, así que asunto zanjado.

Le pregunté a Rosie si sabía la fecha de la desaparición de Alina. Ella recordaba que

aquel día Hugo estaba fuera, pero nada más. Teniendo en cuenta que él viaja varias veces a la semana, no me fue de gran ayuda. Entonces se le ocurrió algo, abrió la agenda y señaló una fecha.

—Ésta. Me acuerdo porque acabábamos de enterarnos de que había desaparecido cuando llamó la BBC para preguntar si sir Hugo se dejaría entrevistar en

Panorama, en un especial sobre tráfico de personas, y no pude ponerme en contacto con él para preguntárselo.

Le pregunté a Rosie por qué no podía ponerse en contacto con él para algo tan importante y señaló unas letras en la agenda: LMF. Rosie explicó que cuando en la agenda dice LMF no lo puede llamar, bajo

ninguna circunstancia. Ella creía que yo sabría lo que significaba, pero no tenía ni idea. La L podría ser de Laura, supongo, pero no tengo segundo nombre, y de todos modos es muy improbable que para él algo que tenga que ver conmigo se resalte en rojo.

Mientras conversábamos, Jessica gritó desde abajo. No sabía que me

encontraba allí, y yo estaba segura de que no le habría gustado que estuviera haciendo tantas preguntas.

—¡Otra chica ha desertado, Rosie! Ha dejado una nota, pero tengo que ir a ver a la familia. Tienes que bajar y encargarte del teléfono. ¿Se puede saber qué haces ahí arriba?

Después oímos que se cerraba la puerta

principal. Rosie me miró con expresión de disculpa y bajó. Decidí echar un vistazo a la agenda. Sabía que ese día estaba en modo «ilocalizable», y por supuesto las letras LMF figuraban de nuevo en su agenda. Lo mismo que aquel día de hacía meses en que Alina desapareció.

No sé si soy yo, pero a mí me parece demasiada casualidad.

Está ilocalizable cuando Alina desaparece, y hoy que está incomunicado desaparece otra chica. Si no supiera tanto de Hugo, si fuera un hombre normal, no le habría dado importancia. Pero no es normal.

Decidí mirar más atrás en la agenda. Era raro. Cada varios meses había un LMF en bolígrafo y subrayado.

Incluso había uno previsto para tres meses después. Pero mirando fechas anteriores vi que había entradas a lápiz que también decían LMF. De modo que me llevé la agenda abajo y le pregunté a Rosie sobre estas anotaciones. Dijo que aparecían al azar, normalmente uno o dos días antes, y cuando las escribía a lápiz no le importaba cambiarlas si surgían otros

compromisos.

Únicamente las que estaban escritas en bolígrafo eran inamovibles y no se podían cambiar por nada del mundo. Fuera como fuese, llegado el día no se le podía localizar.

Entonces volvió la maldita Jessica porque había olvidado no sé qué papeles. No se atrevió a preguntarme qué hacía allí, pero su

cara lo decía todo. Le dije que me gustaría ver los expedientes de las chicas que habían desaparecido. Se negó. Aseguré que me lo había pedido Hugo, pero no se lo tragó.

Tengo que averiguar si hay relación entre la huida de estas chicas y el hecho de que Hugo desaparezca durante un par de días. Si se lleva a estas chicas como

amantes —aunque sea provisionalmente—, quiero saberlo. No me importa —al menos desde mi perspectiva, aunque compadezco a las chicas—, pero podría ser una munición útil si es lo que está haciendo.

Tuve que rendirme con Jessica. Sé que se lo dirá a Hugo, así que necesito inventar una excusa. Le hablaré de Danika y luego diré que

Rosie me había hablado de las notas, y fingiré falta de interés. Pero quiero saber qué significan esas iniciales. No obstante, debo ser cautelosa. Si Hugo lo descubre, estoy muerta (es posible que literalmente).

He cometido un error estúpido, y ahora estoy muy asustada. Esto no es como investigar para un programa de televisión.

Esto es la vida real. Mi vida real. Y no es solo mi vida la que debe preocuparme. Me dejé llevar por mi ingenio, y ahora no sé qué pasará.

Tras mi primera visita a la oficina, decidí que lo único sensato que podía hacer era contratar un detective privado. Haría que siguieran a Hugo. Siempre he creído que tiene una amante, pero ¿y si es algo más

*siniestro? Necesito
saberlo.*

*Creí haber
investigado bien las
agencias de detectives.
Creí haber encontrado
alguien serio, pero me
equiviqué.*

*Hugo regresó de
donde fuera que
estuviese, y por
supuesto me interrogó
sobre mi visita a la
oficina. Jessica no
había perdido el tiempo.
Creo que lo resolví*

razonablemente bien, aunque tuve que escuchar en términos no negociables que la organización benéfica no es de mi incumbencia, ya que no sé nada de su funcionamiento.

Y entonces ocurrió lo peor que podía suceder. Hugo había contratado a un guardaespaldas para la velada. Yo debería haber imaginado que mi

marido no haría nada raro si lo acompañaba un posible testigo, pero estúpidamente le dije al detective que lo siguiera de todos modos. ¡Y lo descubrieron! Y no solo eso: le reveló a Hugo — sin duda, después de cierta persuasión— que yo lo había contratado.

La furia de Hugo alcanzó tal magnitud que ni siquiera sé cómo empezar a describirla. Y no encontré ninguna

excusa razonable. No podía decir que me importaba que tuviera una amante. Sabe que me encantaría. No se me ocurrió nada de nada. Me quedé callada aguantando el torrente de insultos. Nunca lo había visto así de furioso, incluso más que cuando me encerró aquella vez.

Y creo que ahora está pensando qué hacer conmigo. Tengo

que darme prisa y hacer algo. No por mí, porque ya me da igual. Pero hay algo más que mi vida en juego.

Tengo que contárselo a alguien. Debo encontrar a alguien que me crea. Decírtelo a ti no serviría de nada. ¿Qué podrías hacer? Y no tengo más amigos. Si se lo cuento a mi madre o a Will, no sé qué podría llegar a hacer Hugo;

*cualquier cosa para
hacerles perder
credibilidad,
posiblemente algo
horroroso. Así que tiene
que ser alguien con
autoridad. Alguien que
me proteja, y no solo a
mí, claro. Sé lo que dirá
Hugo. Sacará a
colación mi depresión, y
lo atribuirá a mi
imaginación
desbordada. Necesito
ser convincente, y todo
sin la menor prueba.*

Por eso he decidido acudir a la Policía. Tener relaciones con prostitutas no es ilegal, seguramente, pero si desaparecen tendrán que investigarlo. Hay un jefe de Policía que he visto varias veces en cenas benéficas, Theo Hodder. Acudiré a él.

Se lo explicaré todo. Tendrá que actuar.

Y dejaré esta carta en un lugar que solo tú encontrarás, Imo, por si

me ocurre algo. Hay un sitio en el que Hugo nunca buscaría, pero tú sí. ¿Quién iba a pensar hace tantos años, cuando vaciamos aquel ejemplar de El jardín secreto para esconder mi diario, que necesitaría usarlo otra vez?

De hecho, todas las cartas que te he escrito están ahí, de modo que si estás leyendo ésta, quién sabe qué habrá

sido de mí.

Probablemente no te lo he dicho lo suficiente, Imo, pero te quiero mucho. Y lo siento, lo siento de corazón.

Besos

UN PUEBLECITO EN CRETA

A menos de tres mil kilómetros, en la isla de Creta, un grupito de turistas de mediana edad tomaban una copa antes de almorzar en un pequeño bar apartado, en la ladera de una colina. El verano quedaba lejos, pero el sol calentaba bastante como para poder estar al aire

libre a mediodía, y los resecos campos colindantes aún esperaban las lluvias del invierno.

—Qué hallazgo, este lugar. Mira qué vistas — exclamó una mujer.

—Seguro que también se come bien. Mira, ahora entra una pareja del lugar; eso siempre es buena señal, o eso dicen.

—Tres días más y vuelta a la lluvia.

—Y con este alegre pensamiento, a la salud de

todos.

Las dos parejas siguieron hablando sobre las vacaciones y sobre algunas personas que habían conocido; las mujeres criticaron sin disimulo a una mujer especialmente glamurosa con la que habían visto hablar a sus maridos en el bar.

La pareja de autóctonos no miró siquiera la carta, y al poco les pusieron delante un plato de comida que tenía un aspecto delicioso.

Estaban en un rincón y hablaban entre ellos en voz baja en un idioma que los ingleses supusieron que era griego. A diferencia de ellos, que hablaban a todo volumen con la presunción de que nadie entendería una palabra de lo que decían.

—Eso sí —dijo uno de los hombres—, ha sido agradable no ver las noticias. Qué deprimente. Un bombardeo en Pakistán, los bancos que se van a pique, políticos sin ningún carisma

intentando ganar votos al tiempo que se apuñalan entre ellos por la espalda... Al menos aquí hemos podido relajarnos. Sé que suena a la táctica del avestruz, pero prefiero no enterarme de nada cuando estoy de vacaciones.

Su esposa dejó la copa sobre la mesa.

—Pues la verdad es que a mí me gustaría saber cómo va el caso del asesinato de Hugo Fletcher. Nos lo hemos perdido. No me lo

podía creer cuando lo vimos en las noticias en el aeropuerto. ¿Quién iba a querer matar a un hombre como él? Seguro que tiene que ver con una mujer. Estaba como un tren.

La otra mujer asintió.

—Y tiene una hija pequeña. Solo tiene once o doce años, creo. Pobrecilla.

Intentando cambiar de tema, el más rotundo de los dos hombres trató de desviar la conversación a algo que le apetecía más.

—Propongo que nos olvidemos de las noticias y disfrutemos de este lugar maravilloso. ¿De acuerdo? Pidamos el almuerzo. Quiero lo que están tomando ellos —dijo señalando groseramente la otra mesa ocupada.

La pareja griega no dijo nada. Se miraron entre ellos, y el hombre acarició el brazo de la mujer con afecto.

El hombre dejó un billete de veinte euros sobre la mesa, y luego se

levantaron y se marcharon en silencio. Sus platos estaban medio llenos de comida intacta.

El equipo policial no tardó mucho en estudiar los expedientes de las chicas de Allium, tanto los de las que estaban localizadas como los de las desaparecidas. Reinaba una sensación de apremio, como si todos supieran que estaba a punto de suceder algo. Tom recibió aquella importante llamada mientras todavía estaba en

Oxfordshire. No le apetecía nada lo que sabía que debía hacer a continuación.

—Laura, no sé cómo vas a reaccionar a esto, así que te ruego que te sientes. Alguien debería hacerte compañía. ¿Voy a buscar a tu madre o a tu hermano?

—No, gracias. Prefiero oírlo sola, sea lo que sea.

Tom se sentó al lado de Laura. Deseaba agarrarle la mano otra vez, pero sabía que no sería correcto. Sin embargo, intentó que su tono

de voz transmitiera una inmensa simpatía.

—Lo siento, Laura. No sucede a menudo que tener razón en algo sea la peor opción, pero me temo que en este caso es así. Parece que no te equivocabas respecto a Hugo. Existe la posibilidad de que sea casualidad, pero es muy improbable. En los últimos cinco años, en todas las fechas o proximidades que Hugo subrayó las letras LMF en su agenda desapareció una chica.

Todas ellas dejaron una nota, y en consecuencia no hubo investigación. —Laura había bajado la cabeza, como si sintiera la intensa vergüenza de verse asociada con ese hombre y con lo que fuera que hubiera hecho. No dijo nada, y Tom continuó —: Solo Rosie estaba en situación de relacionarlo, pero las fechas estaban muy distanciadas en el tiempo, al menos durante los primeros años. Y por supuesto otras chicas desaparecieron entre

aquellas fechas, que creemos poder asumir que no están relacionadas. Dado que no siempre se denunciaba la desaparición de las jóvenes inmediatamente, es comprensible que no se diera cuenta de su importancia. ¿Cómo iba a pensar ella que *sir* Hugo podía tener algo que ver?

Permaneció en silencio un momento para dejar a Laura tiempo para ordenar sus pensamientos, si eso era posible. Finalmente, ella lo

miró. Su rostro no mostraba sorpresa por aquellas revelaciones, y Tom vio claro que ella siempre había sabido que pasaba algo raro. De otro modo, ¿por qué habría informado acerca de su marido a un jefe de Policía?

¿Por qué no había actuado Theo Hodder, entonces? Le planteó la pregunta a Laura.

—Se negó a escucharme —dijo Laura, encogiéndose de hombros—. Dijo que

Hugo era un santo, y que nada de lo que yo dijera lo convencería de lo contrario. Pero yo no me había dado cuenta de lo unidos que estaban Hugo y él.

El comentario dejó perplejo a Tom.

—¿A qué te refieres con «unidos»? —preguntó—. Ni siquiera sabía que fueran amigos. Debes saber que Hodder no es una persona querida, y que en algunos círculos se tiene muy mala opinión de él.

—Creo que le debía un favor a Hugo. No sé más. Pero, de alguna manera que no sé si sabría explicarte, es posible que me diera una buena oportunidad.

Estupefacto por lo que estaba escuchando, Tom siguió hablando. Estaba convencido de que ahora que todo había salido a la luz, Laura estaría dispuesta a cooperar.

—Creemos que LMF representa un lugar. Los días subrayados corresponden a

las fechas en las que las chicas desaparecieron, así que suponemos que las fechas escritas en lápiz son probablemente los días en los que se encontraban después, aunque no estamos seguros. Brian Smedley está elaborando una lista de todas las propiedades de la empresa para ver si podemos relacionar alguna. Y también buscamos hoteles con esas iniciales.

Tom advirtió con decepción que Laura sacudía

la cabeza.

—Hugo no habría ido a un hotel; podrían haberlo reconocido.

Chasqueando la lengua con exasperación, Tom hizo una última súplica.

—Estoy seguro de que tenemos que resolver este misterio para llegar al fondo de su asesinato. Si sabes algo más, debes decírmelo.

—No sé nada. Siempre fueron suposiciones por mi parte. Sé que debéis buscar un lugar remoto. Un lugar

donde no pudieran reconocerlo. Donde no pudieran verlo entrar y salir.

—La cuestión, Laura, es que si las chicas iban con él voluntariamente, ¿qué crees que sucedía cuando se cansaba de ellas? Porque eso es lo que debía de suceder, dado que parecía elegir una chica nueva más o menos cada tres meses. ¿Podría ser eso motivo de asesinato? No sería la primera vez que alguien muere a manos de una mujer despechada.

A Laura le parecía que hacía un año que se habían llevado a Imogen a la comisaría, de modo que cuando el coche patrulla paró frente a la casa y su amiga bajó con aspecto cansado sintió un alivio inmenso. Corrió a abrir la puerta.

—¡Imogen! ¿Estás bien?
Estaba muy preocupada.

¿Qué te han preguntado?
¿Qué has contado?

Se dieron un fuerte abrazo. A pesar de su tacto y su comprensión, cuando se marchó para regresar a New Scotland Yard en compañía de Becky, Tom se negó a decirle cuándo volvería Imogen; se limitó a pedirle que tuviera paciencia.

Imogen deshizo el abrazo y miró a Laura con una expresión tan preocupada que el pánico que reprimía bajo la

superficie estuvo a punto de tragársela de nuevo.

—Estoy bien. Pero ¿y las cartas? ¿Dónde están las malditas cartas? Por Dios, cuánto lo siento. ¡Había una sobre mi cama! ¿La vieron cuando fueron a buscar mi portátil?

—Becky encontró la que hablaba de Danika —dijo Laura relajándose un poco—. He estado hablando de eso con Tom, luego te lo cuento.

Imogen soltó aire

ruidosamente.

—¡Gracias a Dios que destruí las primeras! Pero ¿y las demás? ¿Las que escribiste después?

—Estaban en tu cajón, y no me han preguntado si podían registrar tu habitación. Así que las destruí. De todos modos, ya lo sabes casi todo. Son las cosas que te expliqué cuando estaba en la clínica.

Imogen miró a Laura con atención.

—Esperaba que las

últimas rellenaran las lagunas, y tengo más de una. ¿Cuándo me vas a contar el resto? Es como si me hubieras dado todas las piezas de un rompecabezas salvo la que da sentido al conjunto.

—La verdad, es mejor que no lo sepas todo hasta que haya terminado, de un modo u otro. —Laura presentía que Imogen no se conformaría con esto, de manera que cambió de tema de inmediato—. Pero bueno,

Imogen, ¿cómo estás? ¿Lo has pasado muy mal?

—¡Ja! Decir que ha sido un poco traumático sería un eufemismo. —Pero Imogen no estaba atenta a la conversación. Miraba a su alrededor. No se habían movido del recibidor, y ella parecía querer ver por encima de Laura. Ésta no se sorprendió de oír la pregunta inevitable—. ¿Dónde está Will?

Siempre era el primer pensamiento de Imogen, y la

respuesta de Laura supuso una decepción.

—Estábamos todos muy nerviosos, así que se ha llevado a mamá a comprar comida. Ya sabes cómo es; una comida caliente y todos los problemas se esfuman. Lo llamaré para decirle que has vuelto. —Laura se encaminó hacia el teléfono, pero Imogen levantó la mano para detenerla.

—Déjalo, si no te importa. ¿Sabes qué me apetece? Un gin-tonic bien

cargado y un baño muy caliente para quitarme la peste de la sala de interrogatorios. Por el hedor a sudor y a rancio, seguro que han pasado por allí muchos culpables. —Intentó reír—. Está incrustado en las paredes. Pero me gustaría que me hicieras compañía, porque necesito desahogarme. A diferencia de otras, prefiero hablar de las cosas.

Ignorando el comentario malicioso, Laura se ofreció a

preparar el gin-tonic mientras Imogen llenaba la bañera.

—Usa mi cuarto de baño, Imo —gritó por el hueco de la escalera—. Tengo unos productos de baño maravillosos. Lima, albahaca y mandarina. Eso eliminará cualquier olor. Estás en tu casa.

Laura decidió darle un poco de tiempo a Imogen para llenar la bañera, sumergirse y disfrutar de unos minutos de paz.

Durante la adolescencia y la juventud solían resolver todos sus problemas con una de ellas metida en la bañera. Ninguna de las dos parecía dispuesta a romper la costumbre; un buen baño era la cura de muchos males.

Cortó unas rodajas de lima y las añadió a la bebida de Imogen, tal como a ella le gustaba, y luego un poco de limón para la suya. Sirvió una medida cuádruple de Bombay Sapphire y solo un chorrito de tónica y colocó

las copas en una bandeja. Se moría de ganas por saber qué había ocurrido, pero no quería meterle prisa a Imogen.

Llamó a la puerta, abrió y se complació al comprobar que Imogen había aceptado su ofrecimiento; el cuarto olía bien y resultaba acogedor. Saltaba a la vista que había sumergido la cabeza en el agua para eliminar el olor de sus cabellos, y tenía la cara limpia; nada que ver con el

aspecto cuidado habitual de Imogen. Así, al desnudo, Laura pudo ver en sus ojos indicios del mal rato que había pasado. O tal vez, reflexionó, lo que veía no era más que una secuela de la tortura que había vivido Imogen desde que perdió a Will. Hugo era responsable de ello, pero su propia conciencia tampoco estaba del todo limpia. No había día que no lamentara no haber creído a Imogen.

Haciendo un esfuerzo

por sonreír con naturalidad, Laura dejó la copa al alcance de su amiga, a un lado de la bañera, y se sentó en un taburete.

Imogen rompió el silencio.

—Gracias por dejarme un rato a solas. ¡Seguro que te morías de curiosidad! Pero no pasa nada. De verdad. El problema es que saben que una Imogen Dubois tomó el tren de París a St. Pancras para regresar al cabo de unas pocas horas.

Están convencidos de que era yo, pero no pueden probarlo. Y aunque pudieran, solo podrían demostrar que estuve en Londres. Podría haber necesitado algo de Harrods urgentemente, ¿no te parece? No hay nada que me relacione con Hugo. Lo que esperaban de mí era una confesión.

Laura bebió en silencio, esperando a que Imogen siguiera hablando.

—No encontrarán

prueba alguna en el piso, ni rastro de que yo haya hablado con Hugo. ¿Qué pueden hacer? Bueno, tienen grabaciones de la persona a la que quieren interrogar, y esa persona por lo visto parece que podría ser yo. Pero no es una foto clara, y no hay nada en ninguna de las otras cámaras, de manera que lo he negado todo.

La interpretación de valentía de Imogen resultaba impresionante, pero Laura la conocía bien.

—¿Fue muy duro, Imo? Cuánto siento que hayas tenido que pasar por esto. Podría haberlo impedido, y lo habría hecho sin dudarlo. Espero que lo sepas.

Imogen alargó una mano llena de espuma y acarició la rodilla de Laura.

—No seas tonta. Si hubiera hecho lo que tenía que hacer y hubiera subido al avión para ir a Canadá, todo habría salido bien. Así que es culpa mía. Lo sé y lo siento. Y no solo me puse a

mí misma en peligro, ¿no es así?

Antes de que Laura pudiera contestar, un grito se escuchó abajo.

—¿Laura? ¿Dónde estás? ¿Sabes algo de Imogen?

Will había regresado tan preocupado y nervioso como antes. Oyeron sus fuertes pasos en la escalera. La puerta de la habitación de Laura se abrió de golpe. Laura no había cerrado la puerta del cuarto de baño, y

Will vio enseguida que había alguien en la bañera.

—Oh, perdón. Me quedaré fuera y hablamos. Ponme al día de lo que está pasando con Imo.

—No es Laura, soy yo, tonto. ¿No reconoces a tu esposa? Puedes pasar, hay burbujas de sobra.

—Perdona. Te parecías a Laura con los cabellos recogidos así.

Will no pudo disimular su alegría al ver a Imogen sana y salva en casa, y la

expresión de Imogen resplandeció con un brillo que no tenía nada que ver con el calor y el ambiente húmedo del baño. A Laura le resultaba sorprendente que Imogen se refiriera siempre a sí misma como la esposa de Will, y también que a él no pareciera importarle. Pensó que era un buen momento para dejarlos solos y le cedió su taburete a Will.

—Por mucho que sepa que os conocéis

íntimamente, me incomoda un poco quedarme aquí mientras mi mejor amiga habla desnuda en la bañera con mi hermano. Sin duda es otro síntoma de mi naturaleza frígida, pero es lo que hay —dijo sonriendo para restar seriedad a sus palabras, sin sorprenderse de lo que oyó cuando salía:

—¿Frígida? Pero ¿de qué habla? —preguntó Will desconcertado.

—No quieras saberlo —respondió Imogen.

Laura bajó a la cocina, donde estaba segura que encontraría a Stella preparando algo para tentarlos a todos. Tenía los nervios destrozados, y se preguntaba cuál sería la próxima bomba.

No tuvo que esperar mucho para descubrirlo.

Apenas había tenido tiempo de explicarle a Stella que Imogen había vuelto cuando la frágil paz se vio interrumpida por el sonido del interfono. Laura

descolgó el receptor de la pared de la cocina y miró la pantalla de vídeo. Le sorprendió ver a una mujer de mediana edad bastante desaliñada y con los cabellos tirando a grises.

—Hola, ¿qué desea? — preguntó.

La cara miró directamente a la cámara, como si no estuviera acostumbrada a aquella tecnología. Fuera estaba oscuro, y la cara blanca con el fondo negro tenía un aire

misterioso. La nariz se veía distorsionada al doble de su tamaño por la proximidad a la lente.

—Vengo a ver a *lady* Fletcher.

La voz tenía un inconfundible acento de clase alta que no terminaba de casar con la imagen de la pantalla. Laura decidió actuar con cautela.

—¿Puedo preguntar el motivo de su visita?

—No, no puede. Deseo hablar con *lady* Fletcher,

solo con *lady* Fletcher.

La voz de la mujer, que hablaba cerca del micrófono, se oía con claridad en toda la cocina. Cuando escuchó esas palabras, Stella arqueó las cejas y miró a Laura.

—Me temo que *lady* Fletcher no puede recibir visitas en este momento.

—No soy una visita. Soy de la familia.

Laura miró a Stella inquisitivamente, pero ella se encogió de hombros. No era nadie que reconociera de

su lado de la familia. Laura no quería ser grosera.

—¿Puedo darle su nombre a *lady* Fletcher, por favor?

—Dígale que es imprescindible que hable con ella. Dígale que soy Beatrice.

Pensando que el día no podía ser más surrealista, Laura pulsó el botón que abría la verja y miró a su madre.

—Es la hermana de Hugo.

—Ni siquiera sabía que tuviera una hermana. No estaba en la boda, ¿verdad?

—No la conozco. Se escapó de casa cuando tenía quince años, y ha estado desaparecida los últimos cuarenta.

Laura fue hasta la puerta principal y la abrió para recibir a Beatrice. Se sorprendió al ver a la persona que se acercaba a la casa. Su ropa —unos pantalones negros anchos y un jersey blanco de algodón

de manga larga bajo un anorak rojo oscuro— parecía barata y resultaba informal, casi desaliñada, y ella caminaba por el paseo de grava con un par de zapatillas de deporte y una bolsa de lona al hombro. Su voz aún conservaba algo de la entonación británica de clase alta, pero su ropa y su aspecto general no concordaban con ella.

—Dios mío, había olvidado el frío que hacía en Inglaterra. Y esta casa...

Qué horror. ¿Cómo lo aguantas? ¿Puedo pasar?

Sin habla, Laura se apartó aguantando la puerta abierta. Beatrice se detuvo en el recibidor y echó un vistazo alrededor.

—Qué sitio más repugnante y deprimente. No ha cambiado nada, salvo que ha desaparecido aquel asqueroso venado. Es horroroso. —Se estremeció con exageración—. Nunca pensé que volvería aquí. ¿Hay ginebra en este

mausoleo?

Laura todavía no había pronunciado palabra. No sabía muy bien qué decir, pero había algo en aquella mujer más bien rara que le gustaba. Tal vez fuera que compartían la misma opinión sobre la casa.

—Sí, por supuesto. Por favor, pasa al salón y te traeré algo. ¿Te apetece comer?

—Eras tú la que estaba en ese teléfono, ¿eh? No te culpo por no querer visitas;

yo tampoco las querría. Te daría el pésame, pero pareces una mujer sensata, así que no gasto saliva. Y no, no pienso ir al salón. Es un sitio triste y lúgubre, si no recuerdo mal. Iré a la cocina, si no te importa.

—Sí, como quieras. Pero mi madre está allí. Espero que no te importe.

—¿Ha venido a consolarte? —preguntó Beatrice con una carcajada.

Laura realmente no sabía qué pensar, y se alegraba de

tener a su madre como apoyo.

Hechas las presentaciones, Stella se ocupó preparando las bebidas. Las tres permanecieron unos instantes en silencio. ¿Cómo se empieza una conversación con alguien cuyo hermano acaba de morir pero que, que se sepa, no ha estado en contacto con él durante décadas? Beatrice parecía tomar nota de todo: del malestar de Laura y del

cuidado meticulouso que Stella ponía en servir un simple gin-tonic. Cualquiera cosa antes que empezar una conversación incómoda.

Al final, Beatrice rompió el tenso silencio.

—Me he enterado de la muerte de Hugo esta mañana; bueno, ha sido durante el almuerzo, pero allí todavía es por la mañana. He ido directamente al aeropuerto y he tomado un avión esta tarde. Me ha parecido que

era lo mejor. —Beatrice observó a las dos mujeres como si evaluara su reacción. Laura miró a su madre con el ceño fruncido, instándola a decir algo. Pero antes de que Stella pudiera hablar, Beatrice continuó—. Seguro que queréis saber algo de mí. Sin duda, Hugo os dijo que me largué hace muchos años y que no volvieron a saber de mí. Es cierto. Tenía que salir de esta casa espantosa y alejarme de mis horrendos

padres. Supongo que quieres saber qué fue de mí.

Beatrice se había sentado de cualquier manera en uno de los taburetes altos de la cocina, con las cortas piernas colgando y la cabeza girando de lado a lado para mirar alternativamente a Laura y a Stella.

Laura asintió en silencio. Sabía que estaba siendo grosera, pero no tenía ni idea de lo que debía decirle a su invitada. No tenía por qué preocuparse.

—Para empezar, fui a Newquay. Era verano. Había mucha gente y resultaba fácil pasar desapercibida. Unos meses después me marché a Rodas, a Lindos para ser exactos. La gente acampaba en la playa en aquellos años sesenta, y era una vida fácil. Trabajé en bares e hice de todo para sobrevivir. Entonces conocí a mi marido, que es griego, y nos mudamos a Creta. Desde entonces hemos vivido allí. Ahora mucha

gente cree que soy griega, y yo no hago nada por negarlo. Evito a los ingleses a toda costa.

Beatrice se apoyó en la pared de atrás y cruzó los brazos sobre su pecho generoso. Su rostro vulgar y redondo no estaba maquillado, y llevaba los cabellos grises cortos. Pero a pesar de su falta de estilo y adornos, Laura la encontraba curiosamente simpática. Era el tipo de persona que se enorgullece de llamar al pan

pan y al vino vino, y eso, dada la prevalencia de falta de sinceridad y engaño que rodeaba aquella casa y a sus habitantes, suponía una bocanada de aire fresco.

—¿Cómo te has enterado de lo de Hugo? —preguntó Laura.

—Por norma nunca leo periódicos ingleses, y tampoco vemos la televisión británica, así que por lo general no me entero de nada de lo que ocurre aquí. Pero en Creta resulta muy

fácil oír parlotear a los odiosos turistas. Ya había oído hablar de la organización benéfica de Hugo. Me lo esperaba, claro, teniendo en cuenta los gustos y predilecciones de mi padre. —Beatrice torció la boca en una mueca de asco, como si algo oliera mal bajo su nariz—. Pero hasta hoy no he sabido que había muerto. Unos ingleses escandalosos estaban chismorreando sobre él. Fingían que les importaba,

pero estaba claro que lo único que les interesaba era el posible escándalo.

Laura estaba horrorizada. Obviamente, debería haber intentado descubrir si alguien sabía cómo localizar a Beatrice; quizá los abogados podrían haberla ayudado. Lo menos que podía haber hecho era buscar a la pariente más próxima.

—Siento mucho que te hayas enterado así —dijo—. Habrá sido terrible para ti.

De haber sabido cómo localizarte te lo habría comunicado personalmente, pero desconocía si estabas en contacto con Hugo. Nunca me lo mencionó.

Beatrice soltó otra carcajada y agitó un dedo regordete delante de Laura.

—¿Crees que he venido a despedirme de mi hermano perdido? No hemos estado en contacto desde el día que me marché y, la verdad, si era la persona que sospecho que era, preferiría brindar

por su muerte. No. No he venido por él. —Beatrice miró con atención a Laura y suavizó la voz—. Hoy me he enterado de que tenía una hija; por lo visto tiene once o doce años. Estoy preocupada por ella, necesito saber qué ha pasado y cómo le va. Si Hugo se parece a mi padre...

Los ojos de Laura se abrieron con sorpresa. No sabía lo que iba a decir Beatrice, pero no quería correr el riesgo de que su

madre lo oyera. Por suerte Stella no se fijó en su expresión, pero Beatrice sí lo hizo. Asintió con complicidad y siguió hablando.

—Lleva mi sangre, y por supuesto quiero saber si puedo ayudarla de alguna forma. —Beatrice tomó un sorbo bastante ruidoso de ginebra y saltó del taburete —. Laura, después de tantos años me gustaría dar una vuelta por la casa, si es posible. ¿Te importa si me

llevo la copa?

Dos minutos después salían de la cocina al pasillo.

—¿Quieres subir, o prefieres ver antes las habitaciones de la planta baja? —preguntó Laura al llegar al pie de la escalera.

—No seas tonta, mujer. No tengo ningún interés en la casa, pero me ha parecido que no querías hablar de tu marido delante de tu madre. ¿Dónde está la niña? ¿Se encuentra bien?

—Sí. Está con su madre.

Es una niña encantadora; debes conocerla antes de marcharte. No debes preocuparte, porque todo está bien.

Beatrice asintió lentamente. Ninguna de las dos sintió la necesidad de hablar más de ello, y permanecieron un momento en silencio.

Cuando Beatrice volvió a hablar, su tono sonó áspero.

—Mi padre y mi madre eran unos auténticos

cabrones, para que lo sepas. Decir que eran raros sería demasiado educado, pero de niño Hugo creció para acabar siendo igual que mi padre. Es extraño, porque Hugo lo detestaba. Yo nunca lo entendí, porque los dos se parecían mucho. Estaba tan cegada por el odio que sentía por toda la familia que no me preocupaba mucho lo que le pasara a mi hermano. Era un niño narcisista, y estaba claro que pensaba que, siendo el preferido de

mamá, era especial. No lo he echado de menos ni un minuto. Pero supongo que no todo era culpa suya. —Se volvió y miró a Laura con dureza—. ¿Conoce la niña la diferencia entre el bien y el mal?

—No por completo, pero le falta poco, creo. Solo necesita algo de tiempo.

—Entiendo. ¿Por qué diablos se casó una chica como tú con un canalla como Hugo? No pareces una persona avariciosa. Eres

guapa, y no pareces tonta, aunque reconozco que a veces las apariencias engañan.

Laura no pudo evitar sonreír. Pensó que Beatrice merecía oír la verdad. Intentó explicar cómo se había dejado deslumbrar por un hombre que dedicaba tanto tiempo a un proyecto benéfico que ayudaba a mujeres de una forma tan pública. Era consciente de que lo había colocado en un pedestal y no había sido

capaz de ver sus defectos, o por lo menos había intentado disculparlos. Hugo no era como ninguna de las personas que había conocido en su vida: era sofisticado y encantador, y vivía una vida que alguien como Laura apenas podía soñar. A menudo se había preguntado hasta qué punto habían influido su dinero y su poder, y detestaba la idea de que alguno de ellos hubiera tenido un papel en su obsesión por él. Y durante

mucho tiempo se resistió a plantearse que había cruzado la fina línea entre la consideración y el control.

Beatrice la escuchaba con atención, con un brazo apoyado en la barandilla. No se habían movido del recibidor.

—Yo creía que lo amaba, Beatrice. Lo creía de verdad.

—Pero te equivocabas, ¿no es así? —respondió Beatrice con simpatía.

—Sí. Me equivocaba.

Pero me costó mucho tiempo darme cuenta, y para entonces era demasiado tarde.

—¿Por qué demasiado tarde? Nunca lo es. ¿Qué te impedía marcharte?

El timbre de la entrada libró a Laura de responder. Tenía que ser la Policía, porque sabía que la verja estaba cerrada. Como sospechaba, cuando abrió la puerta encontró a Tom Douglas, con expresión impaciente, acompañado de

Becky Robinson. Tom mostró una sincera sonrisa de disculpa, pero cuando sus ojos se encontraron Laura tuvo que reconocer que se alegraba de verlo.

—Siento mucho molestarte tan tarde, Laura. Pero tengo que hablar contigo otra vez. ¿Podemos pasar? —Tom entró en el vestíbulo y se detuvo al ver a Beatrice—. Oh, lo siento. No sabía que tenías visita.

—Tranquilo, Tom. Es Beatrice, la hermana de

Hugo. Beatrice, te presento al inspector jefe Tom Douglas.

Tom estaba intrigado.

—¿Cuánto tiempo lleva en el país, señora...?

—Lekkas. Y he llegado hoy, de modo que si se está preguntando si lo maté yo, la respuesta es no. ¡Aunque quien lo haya hecho probablemente se merezca un aplauso!

Laura no pudo evitar sonreír ante la expresión sobresaltada de Tom.

Costaba un poco acostumbrarse a los modales directos y sinceros de Beatrice, pero cada vez le caía mejor. Tom se recuperó enseguida.

—Podría ayudarnos...

—dijo Tom—. ¿Podemos sentarnos un momento? Necesitamos que haga un esfuerzo de memoria —dijo sonriendo de nuevo a Laura a modo de disculpa.

—Encantada de ayudar, si puedo —respondió Beatrice—. ¿Dónde nos

sentamos, Laura? ¿En el espantoso salón?

Dicho esto empezó a andar sin esperar respuesta, pisando con el chirrido característico de las zapatillas de deporte baratas. Tom miró a Laura y arqueó las cejas de manera inquisitiva. Laura sonrió y siguió a Beatrice. Sin duda, había animado el ambiente.

Mientras tomaba asiento en el salón, Tom pensaba en lo que había dicho la señora Lekkas de matar a Hugo.

Aparentemente, era imposible que ninguno de ellos lo hubiera matado. Y todas las personas cercanas a él, con la excepción de Alexa, estaban encantadas de su muerte. Sin embargo, la llegada de la hermana de Hugo podía ser el golpe de suerte que necesitaban. De todos modos, veía que tendría que manejar a aquella mujer con tacto. Podía ser una sorpresa terrible para ella descubrir lo que estaban investigando

como parte de la muerte de Hugo.

—Señora Lekkas, si...

—Beatrice, por favor.

Hace muchos años que me liberé de las formalidades.

—Beatrice, no quiero alarmarte ni preocuparte innecesariamente, pero tenemos sospechas sobre el comportamiento de tu hermano. Sin embargo, no estamos haciendo suficientes progresos. Laura, ¿te parece bien que pongamos al día a Beatrice?

Fue Beatrice quien respondió. Podía haberse liberado de las formalidades, pero seguía poseyendo una conciencia innata de su importancia.

—No le importará, ¿verdad, Laura? Tom... ¿es así como te ha llamado Laura? —Sin esperar a que Tom lo confirmara o negara, Beatrice continuó hablando —: Nada de lo que puedas decirme acerca del comportamiento de mi hermano me sorprenderá. De

tal palo, tal astilla, como se dice. No alcanzo a comprender para qué querría emular a alguien a quien odiaba tanto, pero el porqué no importa. ¿Qué quieres saber?

Tom miró a Laura, que asintió discretamente.

—Sí, mi nombre es Tom, y antes de seguir, Beatrice, me gustaría hablar de ese comentario tuyo referido a que Hugo odiaba a su padre. Hemos examinado la información relacionada

con la muerte de tu padre, y si bien la opinión general es que se trató de un suicidio, hay muchas pruebas que insinúan algún tipo de juego sucio; de ahí el veredicto abierto. ¿Crees que Hugo podría haberlo matado?

—No. No lo creo. Lo odiaba, pero no lo mató. Siguiente pregunta.

—¿Estás segura? — insistió Tom.

—Del todo. Si quieres que coopere, te agradecería que pasáramos a otra cosa.

Por fascinante que fuera, Tom tenía claro que el pasado podía esperar.

—Bien. No solo estamos investigando el asesinato de tu hermano, sino también la posibilidad de que utilizara a algunas de las prostitutas que rescataba por medio de su organización en beneficio propio. Varias chicas permanecen desaparecidas, y tiene que existir alguna relación. Tal vez haya una mujer despechada en el fondo de este asunto.

La sonrisa de Beatrice no transmitía ninguna alegría.

—Respecto a Hugo, si yo estuviera en tu lugar me pondría siempre en lo peor. Creo que muy bien podría haberse beneficiado de las prostitutas a su antojo, probablemente desde que se fundó la organización. Mi padre hacía más o menos lo mismo, a una escala mucho más reducida y solo con chicas de la región, pero por entero para su disfrute. —

Beatrice dejó de hablar un momento. Entrecerró los ojos, como si recordara sucesos del pasado y no disfrutara precisamente al hacerlo—. Insistía en estar presente en el examen físico de todas las chicas «salvadas» —continuó—. En aquella época, por alguna extraña razón, esto estaba socialmente aceptado; como los maestros que pegaban a los niños en el trasero con bastones, supongo. Mi padre decía que debían

considerarlo como un médico y que nadie tenía que preocuparse por su presencia. En realidad, era un perverso. De modo que no me sorprendería en absoluto que Hugo hiciera lo mismo; lo que me asombra es que no lo hayan descubierto.

Miró a Tom y éste advirtió vergüenza en sus ojos, como si los pecados de los padres fueran responsabilidad de los hijos.

—Si hacía de ellas sus

amantes —dijo Tom—, parece que las cambiaba cada pocos meses. ¿Qué crees que era de las chicas cuando se cansaba, Beatrice?

Ella pensó un momento.

—Si me pides que lo adivine, diría que les pagaba para que se fueran. Probablemente las mandaba lo más lejos posible, para que no pudieran coincidir con ninguna de sus viejas amigas. Si se parecía en algo a mi padre, haría todo lo

necesario para evitar un escándalo.

Beatrice sacudió la cabeza, y Tom pensó que era probable que lamentase verse involucrada en todo aquello. Miró a las dos mujeres sentadas frente a él. Estaba muy cerca, pero seguía faltándole la última pieza del rompecabezas.

—El problema es que nos está costando probarlo, o localizar a alguna de las jóvenes. Necesitamos saber adónde las llevaba.

Podríamos encontrar alguna prueba que nos encaminara en la dirección correcta. ¿Se te ocurre algún lugar de tu infancia donde pudiera haberlas llevado, Beatrice? Hemos agotado todas las opciones.

Tom estaba literalmente sentado en el borde del sillón, impaciente y desesperado por conseguir alguna pista, tratando que su urgencia se transmitiera a todos los allí presentes.

Pero Beatrice no parecía

tener nada importante que aportar.

—Solo lo conocí hasta los diez años, pero si era como mis padres, me imagino que la fama y la reputación eran muy importantes para él. —Miró a Laura, que asintió—. Entonces tiene que ser un sitio donde no pudieran verlo. —Beatrice sacudió la cabeza—. No me viene a la cabeza ningún lugar, lo siento.

Tom se echó atrás en el

sillón. Le parecía que cada vez que avanzaban un paso retrocedían dos. Era de lo más frustrante.

—La teoría acerca de las prostitutas desaparecidas involucradas en su asesinato podría no tener fundamento —dijo—. Pero de momento no tenemos nada más. — Miró a Laura—. Laura, Becky te habrá dicho que hemos interrogado a Jessica, pero hemos comprobado sus registros telefónicos y ella puede demostrar de forma

concluyente que en el momento en que mataron a Hugo se encontraba hablando por teléfono. Estaba conversando con su tía, o más bien escuchando; la tía lo ha confirmado. Jessica no nos lo había dicho porque, por lo visto, no ve ningún motivo para justificar sus movimientos. Es una arrogante insufrible. Y por supuesto, con tu cuñada no hemos llegado a ninguna parte.

En cuanto cerró la boca,

Tom supo que no debería haber dicho eso. Laura respondió de inmediato.

—Tom, sé que no te lo crees, pero estoy segura al cien por cien de que ella no mató a Hugo. Me dijiste que el asesinato estuvo relacionado con el sexo, y ellos dos se odiaban. Si él le hubiera ofrecido sexo, ella lo habría rechazado. Para ella, Will es el único.

—Perdón, pero ¿quién es tu cuñada y quién es Will?
—interrumpió Beatrice.

—Disculpa, Beatrice. Will es mi hermano. Su exesposa fue mi mejor amiga durante muchos años, y ha venido para hacerme compañía desde que Hugo murió. Se llama Imogen.

—Gracias, Laura. — Beatrice calló y su cara se arrugó en una mueca de perplejidad—. Imogen. ¿De qué me suena ese nombre? Silencio, por favor. Necesito pensar.

Tom y Laura se miraron. Becky había estado tomando

notas en silencio durante toda la conversación, pero incluso ella alzó la cabeza y miró un instante a Tom y después a Laura con las cejas arqueadas. Pasaron dos o tres minutos. Tom empezó a ponerse nervioso; no tenía tiempo para eso. Estaba a punto de abrir la boca cuando Beatrice volvió a hablar.

—¡Lo tengo! Lo sabía. Cuando era pequeña, tenía una amiga que se llamaba Imogen. Me había olvidado

de ella, pero cuando estábamos de vacaciones me salvó muchas veces de un destino peor que la muerte.

Beatrice parecía muy satisfecha consigo misma, pero los demás estaban mucho menos impresionados con sus revelaciones. Ella los miró uno por uno.

—¿Es que no lo veis? —preguntó—. Es allí donde las llevaba. Era el lugar donde íbamos de vacaciones, y solo está a un par de horas de

aquí, como mucho. Es el sitio ideal.

Tom estaba seguro de que era importante, pero en aquel momento solo deseaba sacudir a Beatrice para sacarle la información. Sabía que su tono sonaba exasperado, pero no pudo evitarlo.

—¿Dónde, Beatrice? No nos has dicho dónde.

Cuando miró a Tom, Beatrice parecía avergonzada.

—¡Ay, Dios! ¡Lo siento!

Me he dejado llevar por el entusiasmo. Cuando mi tía, la hermana de mi madre, murió en un accidente de tráfico junto con su esposo, mi madre heredó la propiedad. Cuando estaban vivos no íbamos nunca, porque el marido era agricultor y lo consideraban de una clase inferior.

Tom pensó que mataría a Beatrice de un momento a otro. Contó hasta diez despacio. Pero ella no había alcanzado aún el clímax de

su historia, y parecía decidida a tomarse su tiempo.

—Visitamos la finca algunas veces después de que la heredara mi madre para pasar unas vacaciones familiares que podríamos habernos ahorrado. Era horrible. Fue entonces cuando conocí a Imogen. Sabía que el nombre era importante.

Beatrice se acomodó con expresión satisfecha. Tom, por su parte, estaba

desesperado.

—Beatrice, perdóname si soy grosero, pero ¿de dónde demonios hablas? ¿Dónde está la finca?

Beatrice se mordió el labio inferior y asintió, como si se diera cuenta de que había obviado lo más importante.

—Ah, sí, imagino que te sería útil. Está cerca de Lytchett Minster, en Dorset. No sé cómo se llama el sitio, nosotros lo llamábamos Lytchett Minster Farm.

Hubo un momento de silencio. A Tom el corazón le latía muy deprisa, y a excepción de Beatrice a ninguno se le escapó el significado del nombre.

El hechizo se rompió cuando Will e Imogen, seguidos de cerca por Stella, aparecieron en el umbral, como si el cambio de ambiente hubiera impregnado la casa entera y los hubiera atraído como polillas a la llama. Tom los ignoró sin contemplaciones

y se echó adelante en el asiento, implorando a Beatrice que le dijera dónde tenía que buscar.

—Beatrice, necesito que me digas todo lo que sepas de esa finca. ¿Tienes la dirección? —preguntó.

—No. No creo que la haya sabido nunca.

—De acuerdo. ¿Puedes describirla, darme algún dato para que la Policía del lugar busque? Es posible que la reconozcan. Les daremos el apellido Fletcher

para investigar, aunque algo me dice que será una pérdida de tiempo.

—Oh, Tom, fue hace tanto tiempo... Déjame pensar. —Para frustración de Tom, Beatrice se quedó callada de nuevo, pero por suerte en esta ocasión solo fueron un par de segundos —. Lo único que recuerdo es que estaba en medio de la nada, o al menos lo estaba entonces. Ahora seguro que está rodeada de casas idénticas de obra vista.

Aunque aquello no fuera muy útil, una corriente de excitación extrañamente contradictoria con la seriedad de la ocasión recorrió la sala. Tom se levantó de un salto.

—Bien. Tengo que ir a Dorset cuanto antes. Becky, ponte en contacto con la Policía de la región para ver si pueden identificar la propiedad. Beatrice, siento mucho pedírtelo teniendo en cuenta que estarás cansada del viaje, pero resultaría

extremadamente útil que me acompañaras. Cuando lleguemos puedes quedarte en el coche, pero si tenemos dudas sobre el sitio, podrías ayudarnos. ¿Es posible?

—Por supuesto —contestó ella—. Soy dura, ¿sabes? Y estoy intrigada. No tengo ninguna duda de que mi hermano era un cabrón, teniendo en cuenta quién era su progenitor, pero me gustaría demostrar lo contrario. Aunque solo sea por su hija.

Tom miró a Laura para comprobar si las palabras de Beatrice la afectaban. Una cosa era saber que tu esposo era un cabrón, y otra muy diferente oírsele decir a otro.

—No te preocupes, Tom —dijo Laura—. Creo que todos sabemos cómo era Hugo, y el asunto tiene cierta fascinación morbosa, ¿no? Es como cuando la gente aminora la marcha para mirar cuando pasa al lado de un accidente. Probablemente soy la única

persona de la habitación que espera que Mirela aparezca en un bar de Brighton y que no haya nada que encontrar en la finca, aparte de un paraíso secreto donde Hugo escapaba cuando la vida se volvía demasiado frenética. —Laura hizo una pausa—. Pero no soy lo bastante estúpida como para creérmelo.

Todos permanecieron en silencio un momento, reconociendo una punzada de culpa por la excitación

que sentían. Tom miró a Laura.

—Becky te mantendrá informada, y seguro que tu familia te dará todo el apoyo y el consuelo que necesitas en este momento tan difícil para ti. —Tom pronunció estas últimas palabras con mucha intensidad, como si instruyera a la familia para que la cuidara y desistiera de formular especulaciones y conjeturas—. Vamos, Beatrice —dijo—. Becky, llama cuando tengas alguna

noticia.

Tom ayudó a Beatrice a ponerse el anorak, lanzó una última mirada afectuosa a Laura, se despidió de los demás con un gesto breve y se dirigió al coche.

—¡Mierda, Becky! Eso no ayuda mucho. ¿No saben nada más? —Tom calló, sujetando el auricular firmemente contra la oreja para aislar el ruido del intenso tráfico de la A34. Es un asco, lo sé. Bueno, déjame a mí y volveré a llamarte.

Tom apagó el móvil y se volvió. Presintió, más que

vio, que Beatrice lo miraba con curiosidad.

—Perdona, Beatrice. Ha sido una grosería.

—Si te estás disculpando por tu forma de hablar, Tom, no hace falta. Yo misma tengo un buen repertorio de imprecaciones que no dudo en utilizar, como ya te habrás dado cuenta. ¿Qué sucede?

—No hay ni rastro de una propiedad a nombre de Fletcher o de la empresa de Hugo. Nada con el nombre

de soltera de tu madre, e incluso lo hemos buscado con el apellido de tu tío. Nada de nada. Lo único bueno es que Lytchett Minster no es muy grande; al menos podremos dar vueltas hasta que encontremos algo que reconozcas.

—No será tan fácil — dijo Beatrice. Frunció el ceño—. Siempre lo llamamos Lytchett Minster Farm porque era el último pueblo por el que pasábamos

antes de llegar a la finca. Estaba a pocos kilómetros de allí, pero no sé en qué dirección. Sospecho que hay más de una carretera que entra y sale.

Callaron un momento, perdidos en sus pensamientos. Beatrice rompió el silencio.

—Hugo era un hombre famoso y fácil de reconocer; si hubiera tenido una propiedad que estuviera cerca de la de otros, lo habrían visto. Si hubiera

tenido vecinos, habrían ido a saludarlo y a invitarlo a alguna fiesta soporífera. Tenemos que partir de que la finca, que originalmente era una granja agrícola, está aislada, y que probablemente todo el mundo cree que está deshabitada o que solo se usa en vacaciones. Yo preguntaría a la Policía Local qué casas se utilizan poco y están muy aisladas. Es probable que lo sepan.

Captando de inmediato

el hilo de su pensamiento, Tom empezó a marcar el número de Becky antes de que Beatrice pudiera terminar.

Debido enteramente a la falta de respeto de Tom por los límites de velocidad, llegaron al desvío de Lytchett Minster en un tiempo récord. Se había citado con la Policía local en el aparcamiento de un pub para hablar de las posibles fincas.

—Beatrice, en cuanto

lleguemos a la finca y la identifiques, una de las policías se quedará contigo en el coche, para que no tengas que presenciar nada desagradable. Y por seguridad, aunque no hay motivos para suponer que exista ningún peligro.

—No digas tonterías, Tom. Entraré contigo. Conozco la casa y te seré útil. No te preocupes, no tocaré nada. Te seguiré a una distancia prudencial, y tengo nervios de acero. Creo

que me necesitas.

Tom advirtió una expresión de lúgubre determinación en el rostro de Beatrice. Ninguno de los dos sabía con lo que se encontrarían, pero Tom esperaba y rezaba por que fuera Mirela Tinescy, sana y salva. No tuvo tiempo de discutir con Beatrice porque ya estaban en el aparcamiento, donde dos coches patrulla y otro sin distintivos esperaban su llegada. Habían venido

muchos policías, de modo que quizá era una noche tranquila en Poole.

Tras unas presentaciones rápidas y unas miradas extrañadas a Beatrice —que había declarado que era una experta y era vital para la investigación—, los policías describieron con la mayor concisión que pudieron tres propiedades.

—La primera está apartada de la carretera unos cincuenta metros. Lleva cinco años deshabitada. Está

un poco destartalada y no tiene tejado en un par de sitios, pero hay una finca nueva al otro lado de la carretera y hemos visto luz en la casa algunas veces a lo largo de los últimos seis meses.

—No es ésa.

—¿Por qué no, Beatrice?

—preguntó Tom apresuradamente, porque no quería pasar nada por alto y perder más tiempo.

—Porque no es probable que esté destartalada. Por

muy deplorable que sea la decoración de Ashbury Park, Hugo habría necesitado comodidades. Y una distancia de cincuenta metros no me parece suficientemente lejos de la carretera. No está lo bastante aislada. La siguiente.

Mirando a Tom para que diera su visto bueno, y después de recibir un asentimiento por su parte, el policía pasó a la siguiente propiedad.

—A juzgar por la verja,

ésta está en buen estado de conservación, pero está muy lejos de la carretera. No parece habitada, pero tiene un muro alrededor y una verja que se abre por control remoto. La casa no se ve desde la carretera y nunca hemos tenido motivo para ir, de modo que no sabemos si se utiliza o no.

—Parece posible. La siguiente.

El policía dio rápidamente los detalles de la última casa.

—Ésta es bastante majestuosa. Sabemos que se utiliza ocasionalmente porque hemos visto coches entrando y saliendo de la verja. Está muy cerca del pueblo, pero hay que acceder a ella por un camino. Los niños solían entrar en el jardín a robar fruta de los árboles, pero cuando vienen los dueños traen un perro que los asusta, así que no han vuelto a entrar.

—Si los niños pueden

entrar, no puede ser ésa. A Hugo no le gustaría. Y nunca soportó a los perros. Decía que eran animales sucios que comían sus propios excrementos. Lo heredó de mi madre, que decía...

Tom la interrumpió. No tenía tiempo de oír los cuentos estremecedores de la infancia de Beatrice.

—¿Así que crees que es la número dos, Beatrice?

—Sí. Oculta, muro, verja eléctrica. De las tres, es la

mejor alternativa.

—Bien. Mi propuesta es la siguiente. Con el número que somos, propongo que usted, sargento, junto con su agente femenina, nos guíen a la casa número dos, y que usted, inspector, nos siga. — Luego se dirigió a los dos policías restantes—. Ustedes pueden ir a la casa número tres y echar un vistazo desde fuera. Si no tenemos suerte en la casa número dos, nos encontraremos allí. ¿Todos de acuerdo en esto?

Nadie se lo discutió. Aunque estuviera fuera de su jurisdicción, su grado y la importancia de aquel caso lo autorizaba a impartir órdenes.

Diez minutos después, el coche de Tom daba tumbos por una carretera en mal estado en medio de la nada. No se veían casas alrededor, y desde que habían dejado la carretera principal no se habían cruzado con ningún vehículo. El coche patrulla que abría la marcha paró

finalmente frente a una verja eléctrica corrediza. Tom paró en el camino detrás de él. El sargento se acercó a su coche y Tom bajó la ventanilla. El camino estaba oscuro y, aparte del viento que silbaba en los altos árboles, arrancando las hojas otoñales de las ramas, no se oía nada.

—Tenemos que abrir la verja, señor. Desde aquí no se ve la casa y sería útil llegar lo más cerca posible por si necesitamos alguna

clase de equipo. Saltaré y la abriré. Tardaré solo unos minutos.

—¿Cómo piensa hacerlo? —le preguntó Beatrice a Tom—. Es eléctrica.

—Tendrá una llave Allen encima. Muchas de las verjas eléctricas antiguas pueden abrirse con una llave, por si se corta el suministro de luz. Para poder salir de alguna forma.

—¡Ja! Entonces no es tan seguro como uno cree.

Apuesto a que Hugo no lo sabía.

Pocos minutos después, el sargento consiguió abrir la verja tras desarmar el motor que la mantenía cerrada. Tom guio el coche lentamente por el tortuoso paseo, evitando baches y ramas bajas. El lugar tenía un aire abandonado. Las malas hierbas crecían libremente a ambos lados, y entre los árboles había una gran cantidad de plantas que luchaban por el espacio y la

luz.

—¿Te suena, Beatrice?

—Todavía no. Me da la sensación de haber estado aquí, pero podrían ser imaginaciones. —Beatrice miraba ansiosamente por el parabrisas—. Espera un momento. ¿Ves esa cabaña allí? Antes era una casa de verano. Es aquí.

Tom sintió una subida de adrenalina. Aceleró, sin dar importancia a los baches.

Doblaron una curva en el paseo y frente a ellos

apareció la casa, estremecedoramente silenciosa y oscura contra el cielo nocturno. Pararon cerca de la puerta principal y Tom echó un vistazo al edificio. Los tres pisos parecían erigirse amenazadoramente, y las ventanas con arcos góticos no albergaban ninguna vida. La única luz que había era la de la débil luna que asomaba momentáneamente entre las nubes movidas por el viento.

—Beatrice, espera en el

coche, por favor —dijo Tom.

—No.

Beatrice se dispuso a abrir la puerta. Tom se volvió hacia ella frustrado y vio que tenía la mandíbula apretada con determinación.

—Beatrice, ¿quieres hacer el favor de esperar en el coche?

—Ya te he oído la primera vez, y he dicho que no. —Beatrice bajó del coche y cerró la puerta de un portazo—. Conozco la casa.

No interferiré en nada.

Tom no tenía tiempo para discutir. Se dio cuenta de que era una batalla perdida, a no ser que la esposara al volante. Los demás policías permanecían de pie frente a la puerta. Uno de ellos llamó al timbre. Oyeron cómo resonaba de forma inquietante dentro del edificio aparentemente abandonado. Nadie esperaba que abrieran. Miraron a Tom, que habló con voz tensa y dio instrucciones

preso de un temor cada vez más fuerte. Si Mirela estaba dentro, no podía abrir la puerta.

—Veamos. Tenemos motivos para creer que se ha secuestrado a una joven, y las pruebas hasta ahora apuntan a que podría estar dentro de esta casa. No hay motivo para esperar una orden, porque la chica podría estar en peligro. ¿Estamos todos de acuerdo? —Todos asintieron—. Tenemos que entrar en la

casa. ¿Ideas?

—La puerta es de madera maciza, señor, tiene cinco cerrojos arriba y abajo. ¿Probamos con las ventanas?

El inspector estaba intentando atisbar algo dentro de las habitaciones de abajo.

—Todas estas parecen ser de vidrio grueso, y por la parte de dentro tienen algún tipo de reja. Necesitamos herramientas.

Tom notó que le hervía

la sangre. Estaba impaciente y sentía aprensión. Tantas medidas de seguridad sugerían que no se trataba de una casa dedicada al ocio. Era una fortaleza. Tom sintió un golpecito en el hombro.

—¿Un viejo conducto de carbón serviría?

Dios te bendiga, Beatrice, pensó.

—Podría servir. ¿Dónde está?

—Solía deslizarme por él cuando era niña y quería

esconderme. Estará asqueroso, pero va a parar a la bodega que hay debajo de la cocina. Hay unas escaleras que suben hasta una puerta que da al pasillo de atrás. Puede que esté cerrada, pero si no la han cambiado era poca cosa. Creo recordar que el conducto está a la vuelta de la esquina.

Tom volvió a sentir esperanzas. Probablemente Hugo solo pensaba en que no se pudiera salir de la

casa, y subir por un conducto liso de carbón sería imposible. Quizá no se había molestado en sellarlo.

El conducto estaba cubierto con una persiana de madera colocada sobre el suelo. Estaba muy hinchada, lo que indicaba que no se había utilizado desde hacía años, y chirrió cuando tiraron de ella. Tom miró dentro de la abertura; incluso con la ayuda de la luz de su linterna, no era posible evaluar la

profundidad del conducto o si resultaba peligroso. Y podía esperarse que hubiera cualquier cosa al final. Además, el conducto era estrecho y estaba sucio. Era imposible que Tom pudiera deslizarse por allí.

Oyó una voz queda tras él.

—Yo puedo bajar, señor.
—La agente era muy delgada, y Tom estaba seguro de que el conducto era lo bastante ancho como para que ella pudiera

deslizarse a través de él. Sin embargo, la puerta al otro lado podría ser una dificultad—. Bruce tiene una palanca en el maletero, señor, y sé utilizarla.

El joven sargento ya corría hacia su vehículo, y la agente se estaba quitando la gorra y la chaqueta. Decidió que los zapatos serían vitales para aterrizar sobre una montaña de carbón o lo que fuera que hubiera al final, de modo que se los dejó puestos. Se sentó en el borde

del conducto, cogió una linterna y la palanca que le trajo Bruce sin aliento y, sin darle más vueltas, se soltó como si fuera a deslizarse por un tobogán.

Oyeron un estruendo cuando chocó con lo que había abajo, y después silencio. Los policías de arriba contuvieron el aliento, sin atreverse a mirarse entre ellos. Entonces una voz resonó desde las oscuras profundidades. En un tono menos seguro ahora que

estaba sola en la casa, la agente gritó.

—¡Estoy bien, señor! Perdone la tardanza. Se me ha caído la linterna y he tenido que palpar un poco hasta encontrarla. Ya la tengo. Veo la escalera. Voy a ver si encuentro la manera de hacerles entrar. Empezaré por la cocina.

Siguiendo a Beatrice, que había empezado a caminar con decisión, los policías fueron hacia la silenciosa y oscura parte

trasera de la casa, pisando las malas hierbas que crecían por los caminos de grava en desuso.

Poco después distinguieron la luz de la linterna de la agente a través de la suciedad de las ventanas y oyeron varios cerrojos que se abrían. Desde dentro les llegó una voz apagada.

—No encuentro lo que la mantiene cerrada. No se mueve.

Tom iluminó con su

linterna la puerta y vio que había barras de metal con candado arriba y abajo. Inmediatamente reconoció la ventaja de estar fuera. Bruce no necesitó que le dijeran lo que tenía que hacer y desapareció una vez más por la esquina de la casa.

—Espere. Bruce ha ido a buscar una herramienta... Enseguida abriremos la puerta.

—De acuerdo, señor. Esto está más silencioso que una tumba.

A Tom no le hizo ninguna gracia.

Al cabo de un momento, Bruce golpeó los candados con un mazo y la puerta se abrió.

—¿Está bien?

La agente, que no era más que una muchacha, asintió. Pero aquella no era una casa acogedora, y sin duda no era el lugar más agradable para estar a solas y a oscuras.

Tom probó un interruptor, pero la luz no se

encendió. Pensó que Hugo habría desconectado la corriente de la caja de fusibles. Aquello sugería que la casa estaba vacía, pero no podía estar seguro. Y tampoco estaba seguro de querer encontrar a Mirela allí. Como había dicho Laura, empezaba a desear recibir una llamada que comunicara que Mirela estaba en un sitio totalmente diferente.

—Beatrice, ¿sabes dónde está la caja de fusibles?

—Ni idea.

—Bien. Podemos perder el tiempo buscándola o utilizar las linternas. ¿Todo el mundo de acuerdo en utilizar las linternas?

Todos asintieron y se dividieron en dos grupos. Tom y la agente, con Beatrice pisándoles los talones, empezaron a registrar las habitaciones de abajo mientras Bruce y el inspector subían a los dormitorios del primer piso. Caminaban de puntillas,

como ladrones en la noche, asustados de los secretos que la casa podía revelar. Cada paso parecía resonar, como si la casa estuviera hueca y vacía.

Y el silencio era de mal presagio. Una ventana alta de cristal emplomado sobre la puerta principal proyectaba sombras siniestras cada vez que la luna asomaba tras una nube.

La primera puerta que abrió Tom daba a un comedor. El inspector jefe

iluminó con la linterna los rincones oscuros de la habitación. Los muebles eran viejos, pero estaban en buen estado. Había una capa muy fina de polvo, pero no lo que Tom habría esperado en una casa abandonada. No podía creer que Hugo la limpiara personalmente, así que tenía que hacerlo otra persona. Tal vez era para eso para lo que quería a las chicas. Tom apartó ese pensamiento. Con lo que sabía ahora, estaba seguro de

que no era tan sencillo.

De momento, se limitaba a echar un vistazo por encima a todas las habitaciones en las que entraba. Ya realizarían un registro a fondo más tarde, cuando tuvieran claro que estaban solos. Aunque supiera que Hugo estaba muerto y que no podía haber nadie en la casa que representara un peligro, no podía negar que la oscuridad y el silencio resultaban estremecedores.

Estaba probando la última puerta, que estaba cerrada, cuando Tom oyó un grito procedente de arriba.

—¡Inspector jefe Douglas! ¡Aquí! ¡Venga enseguida!

Tom se dirigió a la agente y señaló a Beatrice.

—Que no se mueva de aquí, ¿entendido?

Se volvió y subió corriendo, saltando los escalones de dos en dos. La sombra proyectada por la luna parecía perseguirlo en

su carrera, y el ruido de sus pasos resonaba horriblemente en las paredes vacías. Siguió el sonido de las voces hasta llegar a un dormitorio situado en la parte frontal de la casa.

Abrió la puerta, vio la luz de las linternas abandonadas de los policías, que iluminaban paredes vacías, y no supo qué estaba buscando. La habitación olía muy mal, pero no veía a nadie. Apuntó con la linterna y por fin distinguió al

policía, arrodillado junto a un colchón en el suelo.

En aquel momento, la habitación se iluminó. La voz de la agente llegó hasta ellos por el hueco de la escalera, gritando algo sobre haber encontrado la caja de los fusibles. Pero Tom no prestó atención a lo que decía. No podía dejar de mirar el cuerpo tumbado en el colchón, puesto de relieve por la áspera luz de una bombilla desnuda.

Laura tenía una intensa sensación de mal presagio. No tenía ni idea de lo que descubrirían, pero sabía que no sería nada bueno. Nadie conocía a Hugo como ella, y sentía una opresión en el pecho, como si alguien se lo apretara. Al final nada la había preparado para la realidad.

Becky entró en el salón

donde estaban todos esperando en silencio. Su expresión era sombría.

—Laura, Tom acaba de llamar. ¿Puedo hablar contigo en privado, por favor?

—Becky, sea lo que sea, puedes decirlo delante de todos. Ya han pasado demasiadas cosas como para andar con secretos.

Becky tragó saliva y preguntó si podía sentarse. Todos la miraron sin decir nada.

—Cuéntanoslo, por favor.

—Tom vendrá para hablar contigo y darte más detalles, pero parece que en la finca han encontrado a una chica: Mirela Tinescy.

Laura bajó la cabeza y contuvo el aliento. Fue Will quien habló, buscando la mano de Imogen como si fuera lo más natural del mundo.

—Dios mío —exclamó—. ¿Está bien?

—Está viva. Por ahora

no puedo decir más. Estaba encadenada en un dormitorio, por el tobillo. Se había quedado sin agua, no sabemos desde cuándo.

La palabra «encadenada» hizo estremecer a Laura, y sintió que se le ponía la piel de gallina por todo el cuerpo. Tenía que preguntarlo.

—Pero ¿solo había una chica? ¿No había más?

Becky negó con la cabeza.

—Tom mandará a

Beatrice con un coche, pero él tiene que quedarse. No podrá verte hasta mañana al mediodía como muy pronto. Me ha pedido que te diga que lo siente mucho, Laura. Ambos sabemos que esto tiene que ser horrible para ti.

Tres caras asombradas se volvieron a mirar a Becky y después a Laura, que levantó la cabeza y se recostó con pesadez en el respaldo. Fijó la vista en el techo, incapaz de mirar a nadie.

Will rompió el silencio.

—Dios mío, Laura. ¿Con quién estabas casada?

Imogen le lanzó una mirada fulminante y el momento de intimidad se esfumó.

—Cállate, Will. Ahora no es el momento. Deja en paz a Laura. Stella, no es un buen momento para tomar té; no sé dónde está el coñac. ¿Me ayudas a buscarlo?

Laura tenía la mirada perdida, y de repente se dio cuenta de que le resbalaban las lágrimas por las mejillas.

Solo Becky y Will se quedaron en el salón.

—Lo siento, Laura — dijo Becky—. Debe de ser horrible para ti. La verdad es que no sé qué decir.

Laura intentó sonreír entre las lágrimas.

—Tranquila, Becky. No lloro por mí. Lloro por esas chicas. Si las trataba tan mal, no creo que se arriesgara a dejarlas marchar. No les dejaría hacerlo. Lo habrían denunciado públicamente, ¿entiendes? —Nadie dijo

nada—. Y yo lo sabía. Sabía que se las llevaba.

Hubo un silencio cargado de asombro. Will miró a su hermana.

—¿Qué coño quieres decir? —preguntó estupefacto—. ¿Que sabías que se las llevaba? ¿Por qué diablos no hiciste nada?

¿Cómo podía explicarlo?

—¿Crees que no lo intenté, Will? No tienes ni idea. Ni la menor idea. Incluso acudí a la Policía para explicar mis sospechas,

a un comisario ni más ni menos. Y mira lo que conseguí. Prácticamente me pusieron de nuevo la camisa de fuerza. Hay muchas cosas que tú no entiendes, y otras que ni siquiera están claras para mí.

Laura quería implorar, deseaba que alguien, cualquiera, comprendiera la vida que había tenido que sufrir, y por qué solo tenía una alternativa.

—Creía que les pagaba para que desaparecieran, lo

juero. Fue lo que me dio a entender. Sabía que las chicas no podían pasarlo bien, dadas las peculiaridades de Hugo, pero no pensé que las encadenara. Creía que las utilizaba para sus juegos perversos y luego se deshacía de ellas dándoles más dinero del que podían soñar. Y cuando volví de la clínica, tuve que hacer exactamente lo que me decía. No podía destruir el equilibrio. Había demasiado

en juego.

Laura se dio cuenta de que corría el riesgo de hablar demasiado. Intentó calmarse antes de seguir explicándose.

—Cuando él murió pensé que las chicas estarían a salvo, de modo que no me pareció importante airear los trapos sucios. Más que nada, deseaba que Alexa no supiera nunca quién había sido en realidad su padre. Ya tiene una vida bastante dura.

Laura miró a Becky,

esperando que la otra mujer entendiera lo que decía, y por qué lo había mantenido en secreto. Becky parecía comprensiva, pero Laura tuvo una sensación de futilidad. Ojalá Tom estuviera allí. Creía que él lo comprendería. Ya sabía muchas cosas, y creía en ella. De esto estaba segura.

—Will —dijo Laura—, hay muchas cosas en este asunto que no entenderás. Pero el día después de la muerte de Hugo supimos

que había desaparecido una chica. Se llamaba Danika. Cuando me enteré, no supe qué hacer. De haber pensado que podría ayudar, se lo habría dicho a Tom. Pero no tenía ni idea de adónde las llevaba, y te prometo que no creía que les hiciera daño. Al menos, físicamente. Hace apenas unas horas que Tom me ha dicho que Mirela había desaparecido, pero tampoco había nada que yo pudiera hacer.

Laura lloraba. Se mordió

el interior de la boca, intentando controlar la necesidad de sollozar por todo: por las cosas que había mantenido en secreto durante tanto tiempo. Cosas de las que ni siquiera Imogen tenía noticia. Pero sabía que no podía. Le explicó a Will que había informado de sus sospechas a Theo Hodder. No tenía ni idea de lo que Becky sabía; Tom podía habérselo contado o no. A ella ya le daba igual.

—Pero no sirvió de nada, Will —sollozó—. Debería haber insistido hasta que alguien me creyera; debería haberlo detenido antes de ahora. Pero no pude. Hugo sabía que lo había descubierto, y él tenía todas las cartas. Es mucho más complejo de lo que vosotros creéis.

Miró a Becky y a Will, y no vio más que perplejidad en sus rostros. No tenían ni idea de lo que estaba hablando.

—Esas pobres, pobres chicas. ¿No habían sufrido bastante? Habían venido a Inglaterra llenas de esperanza, para encontrarse con que tenían que acostarse con quién sabe cuántos hombres repugnantes cada día. Entonces las rescataban, y todo iba bien durante un tiempo. La vida empezaba a ser agradable. Pero un diablo disfrazado les sonreía, y no lo reconocían como lo que era. ¿Cómo es aquella cita de Shakespeare? «¡Oh

villano! ¿Sonríes? ¡Villano, maldito villano!». Ése era mi marido. Ése era Hugo.

En cuanto la ambulancia se marchó con Mirela, débil pero todavía viva, Tom ordenó que un coche patrulla acompañara a Beatrice a Oxfordshire.

—Beatrice, muchísimas gracias por venir. La Policía ya está aquí, y ellos se encargarán de todo. Yo me quedaré y colaboraré con ellos. Has sido de gran

ayuda; espero que no haya sido demasiado traumático para ti.

Ella le dio una palmadita casi maternal en el brazo que no casaba con sus modales previos. Debía de estar tan impactada como todos los demás. Al fin y al cabo, Hugo era su hermano.

—He vivido muchos años, Tom, y he visto mucho dolor y mucho sufrimiento. Es muy angustioso que un pariente mío tratara a un ser humano de forma tan

deplorable, pero no creo que sea de mí de quien debas preocuparte. —Beatrice parecía sinceramente preocupada—. ¿Cómo crees que se lo va a tomar Laura? Por muchas sospechas que tuviera, le va a costar asumirlo.

Tom no tenía ganas de pensar en cómo se sentiría Laura. Había vivido con ese hombre, había sido su esposa durante años, de manera que aparte de cualquier otro sentimiento

sentiría una inmensa humillación, la vergüenza de haber vivido con un monstruo y la culpa de pensar que parte de la responsabilidad había sido suya. Trató de pensar en alguna forma de aliviar su dolor.

—Beatrice, ¿podría pedirte que me ayudaras? Por ahora, Laura se limitará a conocer los hechos. Pero tú has visto cómo es este lugar. Un policía local me ha dicho que la verja y el muro

están aquí al menos desde hace doce años, que él recuerde, lo que significa que Hugo llevaba haciendo lo que fuera que hiciera desde hacía mucho tiempo, incluso desde antes de conocer a Laura. Tienes que hacerle entender que lo que ha pasado no es culpa suya. Creo que solo tú eres capaz de convencerla de ello, sobre todo después de oír lo que me has contado viniendo hacia aquí. ¿Me harías ese favor?

Beatrice le dio un apretón en el brazo.

—Eres buena persona, Tom Douglas. Te diría que será un placer, pero por supuesto no lo será. Hablaré con Laura y haré lo que pueda para que lo entienda porque, como tú, no quiero que sufran los inocentes.

Tom intentó expresar su agradecimiento con una sonrisa y acompañó a Beatrice al coche antes de volver enseguida a la casa.

—Llegas a tiempo, Tom

—dijo la inspectora jefa Sarah Charles, de la Policía de Dorset—. Hace diez minutos que hemos abierto la puerta del estudio. Está claro que Hugo no quería que entrara nadie, porque tenía unos cerrojos muy complejos. Veamos qué escondía.

Una voz discreta los interrumpió. Bruce, el joven e ingenioso sargento, era el encargado de registrar los pisos superiores. Tom advirtió que estaba un poco

pálido, pero al fin y al cabo él había encontrado a Mirela, lo que no debió de resultar agradable. Ni siquiera los policías más endurecidos y experimentados lograban acostumbrarse a actos de una crueldad tan patente.

—Señora, señor, quería decirles que hemos encontrado mucha ropa de mujer arriba, en el desván. Parte está en maletas baratas, y parte en bolsas de basura. Pero está toda

metida de cualquier manera; no puede decirse que hicieran las maletas para irse de viaje.

—¿Crees que es toda de la misma mujer? —preguntó Sarah Charles.

—Lo dudo. Varias tallas, ninguna muy grande, de la seis a la diez, según me han dicho.

—Bien, gracias. Ya sabes lo que tienes que hacer.

—Sí, jefa.

Tom habló por primera

vez.

—¿Qué estás pensando, Sarah?

Ella sacudió la cabeza y se encogió de hombros.

—Tengo un mal presagio, la verdad. Siento ese cosquilleo en la columna. ¿Y tú?

—Sí. Yo también.

Sin más palabras, se volvieron y entraron en el estudio. Un par de técnicos del equipo de inspección del lugar del crimen estaban trabajando, pero los

saludaron.

—¿Qué tenéis?

—Acabamos de empezar, pero no parece haber gran cosa. Solo un montón de facturas y un libro de contabilidad que contiene fechas, nombres, números y direcciones, pero son todas muy antiguas. La más reciente se remonta a hace un par de años.

Después de asegurarse de que el equipo de inspección había terminado con el libro de contabilidad,

Tom lo abrió sobre la mesa, y él y Sarah se inclinaron ansiosamente para leerlo. Tom tardó menos de un minuto en reconocer su importancia.

—Espera un momento, Sarah, necesito algo del coche —dijo, y salió casi corriendo de la habitación.

Abrió la puerta del vehículo y agarró el maletín del asiento trasero. Estaba casi convencido de reconocer aquellos nombres, pero necesitaba asegurarse.

Y había algo en la lista que lo hacía sentir especialmente incómodo.

Sarah lo miró interrogativamente cuando dejó el maletín sobre la mesa, lo abrió y empezó a sacar papeles.

—Aquí está. Sabía que había traído una copia — dijo con una sonrisa satisfecha. Era la lista de las chicas que habían desaparecido en los últimos cinco años.

El libro de contabilidad

se remontaba más atrás, pero Tom comparó las fechas y los nombres con la lista de la organización benéfica. Los nombres coincidían, pero las fechas variaban por varios meses. Y al lado de cada uno de ellos había dos cifras. La primera era siempre la misma, mil libras, pero la segunda variaba, desde cien hasta quinientos.

—¡Lo tengo! —dijo Tom golpeando la mesa con la mano—. La razón de que las fechas no coincidan es

que estas son las fechas en que dejó marchar a las chicas, no cuando las trajo aquí. Mira, las fechas en el libro son casi siempre un par de semanas antes de que la siguiente joven desapareciera, así que acaba con la antigua y comienza con la nueva. ¿Tienes alguna idea sobre las cifras, Sarah?

Sarah miró el papel con una mueca de concentración.

—Tiene sus direcciones. Esto podría ser relevante. ¿Crees que les pagaba para

que callaran, Tom?

—Es posible, pero ¿por qué las entradas terminan hace un par de años? Sabemos que siguió llevándose chicas.

Volvió a repasar su lista. Había seis nombres, además de Mirela. No tenía ningún sentido.

Examinó la página del libro con mayor atención. La última entrada se había escrito con una fuerza considerable; el papel estaba casi rasgado. Notó que un

par de letras todavía eran legibles. Mierda. Comparó la fecha con su lista, sin albergar duda alguna acerca de lo que encontraría. No se equivocaba. Y después de ese último nombre no había más nombres, ni más direcciones, ni más sumas de dinero.

Tom se quedó helado. Tal vez estaba yendo demasiado lejos en sus interpretaciones. Quizá Hugo tenía otro libro de contabilidad que todavía no

habían encontrado. Pero no lo creía.

Se abrió la puerta y Bruce asomó la cabeza.

—Hemos hallado un par de fragmentos identificativos en las bolsas de ropa. Nada del otro mundo. Una contenía una vieja carta escrita en un idioma extranjero; no tengo ni idea de lo que dice, pero el nombre del sobre nos podría ser útil. Otra de las bolsas tenía un pase de seguridad de personal de

limpieza de un hospital. Lo hemos embolsado, no sé si nos servirá. No hay nada más.

Bruce entregó las dos bolsas a Sarah y se fue para continuar con su registro. Presionando el plástico contra el contenido, Sarah le leyó los dos nombres a Tom. No necesitaba consultar la lista otra vez. Sabía que esos dos nombres estarían, aunque ninguno de los dos figurara en el libro.

—Sarah, te voy a ofrecer

una cronología de sucesos y una serie de hechos conocidos. Estoy demasiado metido en el asunto, y puede que esté sacando conclusiones precipitadas. Quiero saber qué piensas tú.

Le indicó un sillón a Sarah con un gesto, y la mujer se sentó sin dejar de observarlo. Tom permaneció de pie, caminando arriba y abajo con las manos metidas en los bolsillos.

—Sabemos que Hugo se llevaba chicas consigo.

Sabemos cuándo lo hacía y, a juzgar por el libro, también cuándo las dejaba marchar. Parece que les daba dinero. Pero la última chica de la lista, la que se ha tachado, ha aparecido varias veces en nuestra investigación del asesinato de Hugo. Se llama Alina Cozma. Sabemos cuándo se la llevó.

Tom paró un momento y miró a Sarah para asegurarse de que lo escuchaba. Luego siguió caminando, mientras miraba el suelo con

concentración.

—Alina Cozma fue a la oficina de Hugo. Fue meses después de que él se la llevara. Y según una empleada de Hugo, iba vestida con elegancia. Esto sugiere que Hugo le pagó generosamente o bien que le había comprado ropa, aunque yo me inclino por el pago. Se peleó con él, y más tarde la vieron en el coche de Hugo, marchándose de la oficina. Lo único que oyó la secretaria fue algo que

empezaba por P... y algo que no entendió. Pero ¿y si se refería a «Poole»? ¿No es la ciudad más cercana?

Sarah asintió, siguiendo los movimientos de Tom. Probablemente pensaba que divagaba, pero él sabía que iba por el buen camino. Alina debía de saber adónde la había llevado, y el instinto le decía que a Hugo no le había hecho ninguna gracia.

Tom se paró. Había algo más. Algo relacionado con la carta de Laura a Imogen

que había leído, la que hablaba de Danika Bojin.

—Unas amigas de Alina la buscaban y se presentaron en la oficina de Londres. Dos días más tarde, una de ellas fue a Oxfordshire, a casa de Hugo. Según la ayudante personal de Hugo, solo dos días después de la visita de las amigas a la oficina de Londres, Alina Cozma apareció y Hugo se la llevó en el coche. Debió de ser el mismo día. Pero la esposa de Hugo dice que

aquella noche él no fue a casa, y que fue inesperado. También dijo que estaba muy enfadado por algo y que pasó fuera dos días.

Tom se acercó a la mesa y tomó la lista de nombres y fechas en las que habían desaparecido las jóvenes.

—La siguiente chica desapareció solo días después, así pues ¿qué fue de Alina? ¿Y por qué no hay más direcciones?

Estaba seguro de que Sarah no podía seguir su

cronología, ya que los nombres y toda la trama eran nuevos para ella, pero había hablado más para sí mismo que para ella. También saltaba a la vista, por la cara que ponía, que había comprendido muy bien las consecuencias. Hugo seguía llevándose chicas, pero ¿por qué estaba aquí su ropa, y por qué no había más direcciones?

—Una cosa más, Sarah. Mi sargento ha hablado con Laura, la esposa de Hugo.

Ella cree que si las trataba tan mal, no las habría dejado marchar. A mí me parece que todo se disparó con Alina.

Por la expresión de Sarah, comprendió que ella pensaba lo mismo.

Necesitaban un equipo en la casa enseguida. Tendrían que buscar en el jardín, en la bodega y en los edificios exteriores. Y necesitaban equipamiento especializado, porque Tom sospechaba que podían

encontrar los restos de seis
cuerpos.

Tom empezaba a sentirse un poco superfluo en Lytchett Minster Farm. Hacía solo unas horas que habían formulado su espantosa hipótesis, pero los especialistas ya habían llegado y Sarah Charles lo tenía todo controlado. Al fin y al cabo, era su jurisdicción. Había sido un alivio que lo llamaran del

hospital para comunicarle que Mirela estaba respondiendo bien al tratamiento. La habían rehidratado y estaba débil, pero podía hablar.

Sabía que nadie de la Policía de Dorset poseía el conocimiento que tenía él del caso y necesitaba respuestas a algunas preguntas, de modo que tras pedir a Sarah que lo mantuviera informado por teléfono se fue al hospital. La prensa no había tardado

en enterarse de los hechos, así que tuvo que sortear los coches y las furgonetas con antenas para satélite que ocupaban el estrecho camino. Solo sabían que se había hallado a una chica y que estaba viva, pero los periodistas habían estado en suficientes escenarios del crimen como para reconocer la importancia de los hombres con monos blancos. Y si traían a los perros, Sarah tendría que hacer una declaración, aunque ella

quería evitarlo otro par de horas, hasta que tuvieran pruebas más sólidas.

Acababa de acceder a la carretera principal cuando sonó su teléfono.

—Tom Douglas —dijo.

—¡Adivine quién acaba de llamar, jefe! —dijo Ajay con un tono de suficiencia—. ¡Nuestra querida Jessica Armstrong! Acaba de ver las noticias en la televisión y se le acaba de ocurrir que su ídolo no era tan maravilloso como creía. Por fin ha

decidido hablar.

Tom golpeó el volante con satisfacción.

—Por fin ha aflorado la conciencia. Pero la cuestión es si sirve para algo.

—Bueno, supongo que apoya su teoría. Por lo visto, el día que salió corriendo detrás de Alina Cozma, Hugo dejó su cajón de la mesa no solo sin echar la llave, sino ligeramente abierto, y nuestra pequeña cotilla echó un vistazo. Encontró un montón de

sobres, y cada uno de ellos estaba dirigido a una de las chicas que habían desaparecido durante los dos años anteriores. Reconoció los nombres enseguida. Y dentro había dinero. Hugo se percató de que lo había calado y le soltó un cuento sobre chicas que escogía para darles becas especiales, lo que por supuesto era una información absolutamente confidencial.

—¡Ja! ¡Qué historia tan bonita! ¿Para qué pagaba a

Jessica? —preguntó Tom.

—Él le pidió que se encargara de los pagos y le aseguró que le daría una bonificación por hacerlo. Sin duda ella se dio cuenta de que le pagaba por su silencio, y no creo que en ningún momento se creyera el cuento de las becas. Sospechaba que tenía a las chicas de amantes y que les pagaba por ello, lo que le parecía normal dado que estaba atrapado en un matrimonio tan desgraciado.

Mientras escuchaba a Ajay, Tom intentaba mantener la concentración en la carretera, siguiendo las indicaciones que le habían dado para llegar al hospital.

—¿Ha seguido realizando los pagos? — preguntó.

—Según Jessica, no se añadieron nombres nuevos a la lista. Cuando miró los sobres por primera vez vio que había uno dirigido a Alina, pero cuando él le transfirió los pagos, el de

Alina había desaparecido. Dio por sentado que Hugo le habría hecho algún pago directamente, pero después de eso su nombre nunca volvió a figurar en la lista, si bien él siguió pagando a las demás. Pensó que tal vez tenía a Alina como amante fija, o bien que él había decidido que estaba jugando a un juego demasiado peligroso.

Tom se alegraba de que Ajay hubiera hablado con Jessica. Creía que a él le

habría costado mantener la calma, y si alguna vez tenía que volver a verla sentiría una gran tentación de estrangularla. Sin embargo, Ajay no había terminado.

—Jessica también ha dicho que esto explica lo que ella describió como «excitación reprimida» en Hugo, y que él le prometió seguir recompensando su lealtad mientras trabajara para él. Ella prefirió pensar que era un gesto de altruismo, o eso dice. —

Ajay soltó una risita burlona y Tom comulgó enormemente con su opinión no verbalizada.

Las piezas encajaban, aunque ninguna los acercaba a descubrir quién había matado a Hugo Fletcher. Tenía que reconocer que el asesino probablemente había salvado al menos una vida, la de Mirela Tinescy.

La llamada terminó cuando aparcó frente al hospital y se dirigió a la habitación de Mirela. Dado

el trauma que había sufrido, Tom no estaba seguro de hasta qué punto estaría ella en condiciones de hablar y decirle lo que necesitaba saber.

Le alegró comprobar que Mirela tenía una habitación individual, pero también advirtió lo pálida que estaba y lo demacradas que tenía las mejillas. Se imaginaba que ya era una chica delgada, pero saltaba a la vista que los días sin comida ni agua le habían pasado

factura; la forma de su cuerpo apenas se notaba bajo las mantas. Su propio estómago rugía, pero tendría que aguantarse. Entró en la habitación y se sentó discretamente en la silla, esperando a que ella percibiera su presencia. Los ojos de la chica estaban cerrados, y no quería molestarla.

—Mirela —dijo en voz baja. Ella no abrió los ojos, pero volvió un poco la cabeza hacia él, así que supo

que lo había oído—. Me llamo Tom Douglas. Soy policía y necesito hablar contigo. Siento mucho tener que hacer esto, pero si pudieras hablar conmigo te estaría muy agradecido.

Ella abrió los ojos. Tenían la expresión de un cervatillo deslumbrado por los faros de un coche. Debería haber ido con una agente. Un error estúpido.

—¿Quieres que le pida a una enfermera que esté con nosotros? ¿Te sentirías más

cómoda?

Mirela se lo pensó un momento, y al fin sacudió la cabeza.

—No. Parece una buena persona —dijo, intentando sonreír.

—¿Crees que puedes contarme lo que te ocurrió, Mirela? ¿Cómo acabaste sola en casa de *sir* Hugo? — Tom no mencionó el hecho de que hubiera estado atada; intentaría introducirlo más tarde.

Mirela hablaba en voz

baja y Tom no pudo entender todo, pero sí lo suficiente. Explicó que todas las chicas recibían visitas de seguimiento de la organización, para saber si se adaptaban y si tenían algún problema.

—Hace seis meses me visitó *sir* Hugo. Me sorprende mucho, pero me gusta. Me dice que soy especial y que quiere ayudarme. Buscará una vida mejor para mí, pero debo esperar.

—¿Te dijo lo que quería decir con «una vida mejor»?
—preguntó Tom.

—No. Me da un móvil y dice que cada semana debo enviarle un *sms* cuando esté sola. Si puede, me llamará para hablar. Lo hacemos durante semanas, pero no se presenta ninguna oportunidad. No vida mejor. Tengo que mantenerlo en secreto y si se lo digo a alguien dice que tendré que dejar Allium. Así que no se lo digo a nadie. Entonces

dice que podemos vernos. Pero no en privado. Nos vemos en museos.

Muy hábil, Hugo, pensó Tom. Nadie pensaría mal de *sir* Hugo hablando amablemente con una chica joven.

—¿Por qué te fuiste con él, Mirela?

—Nos vimos muchas veces, y me dice que es infeliz con su mujer. Que no está bien, dice. Lo compadezco. Empiezo a apreciarlo, porque es bueno

conmigo. Incluso me da dinero para mandar a mi familia en Rumanía. Un día me dice que tiene una buena idea. Mientras esperamos a que llegue la oportunidad, podría ser su ama de llaves. Pero nadie debe saberlo porque no puede tener favoritas. Debo dejar una nota, me dice lo que tengo que escribir. Y nos vamos.

Tom agarró un vaso de agua de la mesita y lo sostuvo para que Mirela bebiera, como habría hecho

con Lucy. Aquella chica era la hija de alguien, y si había mandado dinero a casa, su familia debía de estar loca de preocupación por no haber tenido noticias de ella desde hacía semanas.

Ella le sonrió agradecida y siguió hablando.

—Me venda los ojos. Dice que su casa es su secreto, y que nadie puede saber dónde está. No puedo salir de casa sin él. Siempre viene por la noche con su coche grande, pero me lleva

a las tiendas en un coche más pequeño que tiene en la finca.

Tom lo sabía; lo había visto y se había preguntado para qué sería. Estaba claro que Hugo no deseaba ser reconocido cuando iba a la casa. Resultaba un poco raro que un coche tan pequeño tuviera los cristales tintados; ahora lo entendía.

—Tenía que ponerme la venda en los ojos hasta que llegáramos a la tienda, siempre una tienda diferente.

No sé dónde estamos, pero creo que el mar está cerca por los pájaros. Es lo único que sé. Pero es bueno conmigo y solo limpio la casa para él. —La joven dejó de hablar y cerró los ojos. Tom comprendió que a Mirela le resultaría difícil expresar lo siguiente, de modo que le dio un poco de tiempo. Por fin habló de nuevo—: Empieza a tocarme un poco. No demasiado, pero ya sé lo que pasará. Entonces me besa. No me

importa, mejor un hombre bueno que muchos que no lo son y algunos que huelen mal. Cuando me pide sexo decido que no pasa nada. Me gusta. Somos felices juntos. Esto era al principio, claro. Pero no me gusta el sexo que él quiere. Le gusta que lo aten. No es muy agradable, pero he soportado cosas peores.

Qué pena, pensó Tom. Qué triste que una chica tan joven clasifique el sexo por lo malo que ha sido.

—¿Siempre te encadenaba, Mirela? — preguntó Tom con todo el tacto que pudo.

—No, no, no me encadenaba. Eso fue al final. Hacía varias semanas que estaba allí y le dije que no era feliz. Que quería salir, aunque fuera al jardín. Pero siempre dice que no. Estoy en la casa siempre. No hay aire para respirar. Empiezo a gritarle, y digo que esto no es una gran oportunidad. No me gusta vivir allí. No dice

nada. Solo me mira como si no fuera nadie. Luego digo que no me gusta el sexo. Creía que era normal. Pero no lo es. Le digo que no es una buena manera de tener sexo, y que detesto la peluca que me hace poner. Sus ojos se vuelven muy negros. Como un *diavol*. No sé esta palabra en inglés. —Tom no necesitaba traducción para saber lo que significaba—. Entonces me agarra por los pelos y me arrastra arriba. Me mete en una habitación

que yo no había visto antes porque estaba cerrada. No hay nada. Solo un colchón y un gancho con una cadena. Y un cubo para... Ya sabe para qué. Me tira sobre el colchón e intento resistirme, pero él es demasiado fuerte.

El rostro de Mirela expresaba miedo, como si estuviera reviviendo cada momento. Tom volvió a ofrecerle el vaso de agua.

—Tranquila, Mirela. No tenemos ninguna prisa, no te preocupes.

—No... Quiero decirlo ahora. Después puedo olvidar. Puedo intentar. Me pone la cadena y sale de la habitación. Cuando vuelve trae unas galletas y un poco de agua. No más comida. Entonces dice una cosa horrible. Dice «¿Te acuerdas de tu amiga Alina?». Digo que sí, que claro. Dice: «Esta habitación está a su memoria». No son las palabras exactas, dijo una palabra que no entendí.

Pero Tom creía que sí.

—¿Crees que pudo decir «Esta habitación está dedicada a su memoria»?

—Creo que sí, pero no conozco esa palabra. Dice que era una puta muy estúpida. Pide más dinero porque sabe muchos secretos. Así que prepara la habitación para ella. Entonces dice que ahora seguiré el camino de las otras. Dice que a nadie le importan las prostitutas. Siempre se olvidan de nosotras. Sale de la

habitación. Creo que se ríe. Pero no vuelvo a verlo. No viene más.

De repente Tom se dio cuenta de que Mirela probablemente no sabía que Hugo estaba muerto. No estaba seguro de si era conveniente decírselo, pero en vista de su miedo pensó que hacerlo era la decisión correcta.

—Mirela, *sir* Hugo te trató muy mal. No hay excusa para su comportamiento, y me

alegro de que te
encontráramos. Pero si no
volvió, Mirela, fue porque
está muerto. Alguien lo
asesinó.

Ella volvió la cabeza y
por primera vez sonrió de
verdad.

—Bien —dijo.

Con todo el frío que hacía en el comedor, Becky se encontraba en la gloria. Estaba sentada en una silla rígida, con la cabeza apoyada en los brazos doblados sobre la mesa. Las últimas horas habían sido las más horribles que había debido pasar con una familia. Tener que decirle a alguien que la persona que

ama está muerta ya era bastante terrible, pero esta era una experiencia completamente diferente para ella. Ahora sabía que las noticias que Tom le comunicaría a Laura serían las peores posibles, y que no podía imaginarse ni de lejos lo que Laura estaba pasando.

Tom le había contado su conversación con Mirela y la había puesto al día de lo que la Policía de Dorset esperaba encontrar en Lytchett Minster Farm. Pero le había

pedido que no se lo dijera a Laura, porque quería hacerlo personalmente. Pensó que Tom tenía que ser masoquista para querer dar esas noticias; por suerte, no le tocaría hacerlo a ella.

Ya había tenido que prevenir a Stella para que no encendiera la televisión, por miedo a lo que pudieran ver, y se sentía mal por haber sospechado de Laura. Ahora parecía que Tom tenía razón cuando decía que las chicas de Allium eran la clave del

caso. Y ella no había hecho más que insistir para que fuera más duro con Laura. Imogen no estaba descartada del todo, pero si lo que le había contado Tom era cierto, no podía evitar pensar que quien hubiera matado a Hugo le había hecho un servicio a la humanidad.

El tono del móvil interrumpió sus pensamientos. Era Tom.

—Hola —dijo él—. ¿Cómo estás?

Aquél debía de estar

siendo el peor día de su carrera también para él. Parecía cansado y resignado por teléfono. Le dijo que estaba de camino y que no tardaría mucho. ¿Podía decirle a Laura que estaba a punto de llegar?

—Claro. Pero creo que quieren que me marche. ¿Qué crees que debería hacer? No saben qué hacer conmigo. He estado sentada con ellos en la cocina, pero no creo que estén cómodos, y Laura me ha dicho al

menos cinco veces que puedo irme porque tiene toda la compañía que necesita. Ahora mismo estoy escondida en el comedor.

Becky escuchó lo que le dijo Tom. Luego le recomendó que condujera con cuidado y colgó. Parecía agotado, y la excitación que había experimentado al hallar a una de las chicas sana y salva se había eclipsado ante la perspectiva de lo que podrían descubrir.

Becky fue a la cocina,

donde habían decidido reunirse todos. No hacían ningún ruido, pero ella sabía que estaban allí. Llamó a la puerta.

—¡Adelante! —gritó Beatrice, como si estuviera en su casa. Pero a nadie pareció importarle.

—Tom acaba de llamar, Laura. Está de camino y llegará dentro de quince minutos. No ha llamado antes por si había algo que lo retuviera. Quiere informarte de todo

personalmente. Dice que lo comprenderás.

Laura levantó la cara pálida para mirar a Becky e intentó sonreír.

—Gracias, Becky. ¿Por qué no vuelves a la pensión? Esperaremos todos a que llegue Tom. Debes de estar agotada tú también.

Becky creía que debía quedarse, pero Tom había dicho que si Laura se lo decía otra vez, era mejor que se fuera.

—¿Alguien necesita algo

antes de que me vaya? — preguntó.

—No te preocupes. Y gracias por todo. Has sido muy amable quedándote — dijo Laura.

Becky estaba a punto de decir que era su trabajo, pero se detuvo a tiempo. Era muy considerado por parte de Laura decir algo así cuando tenía la cabeza hecha un lío. Becky no había pensado precisamente en el bienestar de Laura, y ahora deseaba expresarle su simpatía de

algún modo. Pero se limitó a asentir y salió, cerrando la puerta con discreción.

Cuando iba hacia el coche, le sorprendió notar que tenía la cara húmeda a causa de las lágrimas. Becky nunca había sido llorona, pero nunca olvidaría aquel día.

Cuando por fin llegó Tom, Laura le abrió personalmente. Se miraron durante un buen rato. No sabía muy bien por qué, pero estaba muy avergonzada,

como si ella fuera la responsable de la sórdida revelación que sin duda Tom estaba a punto de hacer. Sin embargo, en los ojos de Tom no vio más que compasión y agotamiento. Sin decir una palabra, abrió más la puerta para dejarlo pasar.

—Perdona que haya tardado tanto. La espera se te habrá hecho interminable. Me temo que no traigo buenas noticias. Será mejor que te sientes.

Tom levantó una mano,

como indicando que debían ir al salón. Laura se sentó en la punta del sofá, agarrando con las manos la tela a ambos lados, miró a Tom con ojos fatigados y esperó. Antes de que él empezara a hablar, Stella apareció en la puerta.

—Tom, seguro que te apetece un café. ¿Quieres algo de comer para acompañar?

—Un café sería estupendo. Pero de momento nada de comer, gracias. —

Se sentó frente a la silenciosa y quieta Laura—. Espero que no te importe, Laura. Hace horas que no bebo ni como nada, y necesito mantener las baterías funcionando un poco más.

Laura se obligó a responder. Sentía que todo el cuerpo le temblaba, pero más que nada quería aparentar que mantenía el dominio de sí misma.

—No te preocupes. Deberías dejar que te

preparase algo de comer. En este momento, mi madre es como una solución buscando un problema. Le habrías dado algo que hacer.

Llamaron a la puerta y Will asomó la cabeza.

—Mamá me ha dicho que había llegado la Policía. Laura, creo que necesitas a alguien a tu lado. ¿Te parece bien que me quede?

Laura miró a Tom, que asintió. A raíz del interrogatorio de Imogen había cierta frialdad entre

los dos hombres, pero Laura necesitaba apoyo moral para lo que temía que estaba a punto de oír.

—Claro, Will, te lo agradezco. Pero no toda la familia. Si escuchas lo que tiene que decir Tom, quizá después podrías contárselo a los demás; yo no creo que sea capaz. Pasa y siéntate.

Will se sentó al lado de Laura y le agarró la mano. Ella agradeció la fuerza de su apretón afectuoso y consolador.

—Becky te ha dicho que hemos encontrado a Mirela en la finca. He ido a visitarla al hospital y estoy seguro de que te gustará saber que se va a poner bien.

Stella entró en silencio en la habitación y dejó una taza de café frente a Tom. Miró a Laura expectante, pero Will sacudió la cabeza; ella lo entendió y salió de la sala.

Laura escuchó en silencio mientras Tom repetía la conversación con

Mirela, la manera en que Hugo la había convencido de que era especial y le había dado dinero para su familia mientras la mantenía pendiente de una «gran oportunidad».

Tom tomó un sorbo de café, y Laura advirtió que la miraba pensativo por encima del borde de la taza. Sabía lo que estaba pensando. Estaba calculando cuánto debía decirle. Tenía el cuerpo helado, y sabía que Will notaba los temblores a través

de su mano.

—Sé que es probable que estés evitando herir mis sentimientos, Tom, pero no te preocupes. Tendré que escucharlo tarde o temprano, y prefiero que me lo cuentes tú a que lo haga cualquier otro.

Laura sabía que le diría la verdad, pero lo haría eligiendo las palabras con consideración. Por horrible que fuera la verdad, no podía pedir más.

Tom asintió y dejó la

taza sobre la mesa.

—Ahora se entiende perfectamente la norma de Hugo de no investigar a las chicas que dejaban una nota; era su forma de evitar una investigación que podía señalarlo a él. Pero Hugo comenzó con ello hace muchos años, ¿te lo ha dicho Beatrice? Debió de empezar antes de conocerte a ti.

—Pero Becky ha dicho que estaba encadenada. ¿Es eso cierto? ¿Por qué, Tom? No entiendo por qué haría

una cosa así. Es una barbaridad.

La mirada de compasión en los ojos de Tom fue casi demasiado para Laura. El inspector se echó hacia delante, como si quisiera tocarla.

—La estaba castigando. Solo tenía un poco de agua, galletas secas y un cubo que ya rebosaba en un rincón. Pobrecilla.

Laura había palidecido, pero no tanto por la sorpresa como por el recuerdo de su

vida con Hugo y por la compasión que sentía por la chica.

—Oh, Dios. Sabía que sería horrible, pero... —A Laura se le quebró la voz, pero debía continuar. Necesitaba saberlo todo—. ¿Sabes por qué decidió que tenía que castigarla?

—Mirela se quejó de tener que estar encerrada y... —Tom dejó de hablar, como si no se decidiera a decirlo.

—¿Y qué?

—Y no le gustaba el sexo. Decía que tenía que atarlo. Y siempre debía ponerse una larga peluca pelirroja.

Laura pudo formarse una viva imagen mental de lo que habría sufrido aquella pobre chica. Y ahora comprendía por qué había solo tres pelucas en el desván; se dio cuenta de que había reprimido aquella sospecha concreta desde que había encontrado la caja.

—Tom, necesito saberlo.

Antes de que empezaras a contarme lo de Mirela, has hablado de chicas, en plural, y has dicho que llevaba tiempo haciéndolo. Mirela no fue la única que sufrió ese trato, ¿verdad? ¿Cuántas chicas hubo, y qué fue de ellas?

Tom no fue capaz de mirarla a los ojos, y eso ya se lo dijo todo a Laura.

—Hemos encontrado un libro de contabilidad que se remonta a varios años atrás. Por lo que parece, antes

pagaba a las chicas por su silencio. Creemos que les daba una suma considerable cuando se iban, y después les seguía pagando por su silencio cada mes. Pero está claro que les pagaba y ellas se iban.

—¿«Antes pagaba»? ¿A qué te refieres? ¿Qué cambió? ¿Por qué dejó de hacerlo? —preguntó Laura, levantando cada vez más la voz. Pero en el fondo ya sabía lo que iba a escuchar. Lo había sabido desde que

había tenido noticia de lo de Mirela. No obstante, necesitaba oírlo.

De modo que Tom se lo contó. Le habló del nombre de Alina en el libro, de lo que le había dicho Hugo a Mirela y lo que habían deducido. Y le habló del equipo que se había quedado en Dorset para excavar en la finca y los edificios exteriores.

Cuando Tom terminó de hablar, Laura se levantó y salió corriendo de la

habitación.

Pasaron varios minutos antes de que Laura regresara al salón, y en ese rato Stella le llevó un bocadillo de beicon a Tom. Él se sintió mal comiéndolo teniendo en cuenta el intenso disgusto de Laura, pero lo cierto era que necesitaba ingerir algo para poder continuar; no serviría de mucho si se mareaba. Ninguno de los dos hombres había dicho nada; ambos estaban sumidos en sus pensamientos.

Laura no tenía mejor aspecto, pero sí se mostraba más serena.

—Lo siento mucho — dijo—. Necesitaba salir de aquí un momento. ¿Qué están haciendo para encontrar a las chicas?

—Tenemos herramientas especiales para examinar el terreno que rodea la casa; es muy extenso, y en consecuencia será un trabajo largo. También podría haberlas cargado en el coche y llevado a otro sitio, por

supuesto.

Laura respiró con un temblor. Estaba muy pálida, pero mantenía sorprendentemente bien la compostura.

—Me costará decirlo, pero puede ahorrarnos tiempo. Creo que Hugo pudo estrangular a las chicas, o posiblemente asfixiarlas. Antes las drogaría para que no se resistieran. Era un hombre malvado, sin duda, pero no le gustaba ensuciarse. No habría hecho

nada que comportara sangre o algo parecido. —Laura se estremeció y aferró de nuevo la mano de Will—. Tampoco se llevaría los cadáveres de la finca; de eso estoy segura. Habría sido demasiado arriesgado. Y si buscan una tumba, creo que pierden el tiempo.

Tom asintió como para darle ánimos, con la mirada fija en el rostro de Laura.

—Hugo jamás, jamás habría excavado un agujero ni hecho ningún trabajo

manual. Si mató a las chicas, las dejaría en algún lugar del terreno, en algún sitio que no exigiera ningún esfuerzo físico.

Tom estaba perplejo, pero Laura parecía segurísima de lo que decía.

—Entiendo tu razonamiento —dijo—, pero no veo cómo podría haberlas escondido en la propiedad o alrededores sin cavar.

Tom miró a Will, que todavía agarraba la mano de Laura con la suya y apretaba

la boca en una línea dura. No parecían hermanos, pero ambos mostraban la misma actitud determinada.

—¿Qué puedes decirme de la finca? —preguntó Will—. ¿Era una finca agrícola? ¿Cuántos años tiene aproximadamente?

—¿Por qué quieres saberlo? —preguntó Laura sorprendida.

—Verás, si era una granja en funcionamiento tenía que tener algún tipo de almacenaje subterráneo que

podría estar cubierto ahora, y si es más antigua podría tener un pozo.

—Es una granja de estilo gótico-victoriano —
respondió Tom—. De noche resulta un lugar feo y terrorífico, la verdad. Probablemente se construyó entre mediados y finales del siglo XIX, así que podría tener un pozo. En tiempos había ovejas; creo que esa parte de Dorset es famosa por su ganado. Los terrenos originales eran muy extensos

pero, aparte de las cuatro hectáreas que rodean la casa, con los años se fueron vendiendo. No quedan construcciones exteriores, aparte de un viejo establo que parece que se utilizaba como garaje y una casa de verano bastante decrepita. Buscaremos las escrituras, a ver si encontramos algo.

Will se colocó en el borde del sofá.

—¿Tienes un mapa de la región? ¿Sabes dónde está situada la finca?

Tom notó la excitación en la voz de Will.

—No, pero podemos encontrarlo en Google Maps. Tengo el portátil. ¿Por qué? ¿En qué estás pensando?

—No me he acordado hasta que has mencionado que la finca estaba en Dorset. ¿Sabes si hay algún tipo de estanque?

Tom pensó en ello un momento. Había dado una vuelta rápida por los terrenos con el equipo que

habían enviado para buscar los cadáveres.

—En los terrenos de Hugo no, que yo recuerde. Ha levantado un muro de seguridad alrededor de la casa, a unos cien metros de distancia. Hay verjas que dan al resto de sus tierras, que se extienden en varias direcciones. Una vez fuera del muro es todo campo abierto, sin mucho más que un muro de piedra seca entre la tierra de Hugo y los campos adyacentes. Nos

firmamos en un estanque cerca del margen, en el campo de al lado, pero no era nada grande. No es un lago ni mucho menos, de modo que probablemente no es lo bastante profundo para... esto... los propósitos de Hugo. Pensábamos echarle un vistazo, pero no antes de examinar todo lo demás. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Has oído hablar de la arcilla de bola? —preguntó Will, sacudiendo la cabeza como si empezara a entender

algo. Para Tom no significaba nada—. Se emplea en la fabricación de cerámica —explicó Will—. Dorset es famosa por ella. Cuando iba a la universidad estuve trabajando allí un verano. Existen varios tipos de minas de arcilla de bola, unas abiertas, otras con pozos, como una mina de carbón, pero no te aburriré con los detalles. Lo interesante es que muchas de esas viejas minas se abandonaron, y con el

tiempo se llenaron de agua. Algunas se han convertido en reservas naturales, pero las más pequeñas se dejaron inundadas. Por fuera no parecen gran cosa, pero pueden llegar a ser muy profundas.

Las horas siguientes resultaron tensas y angustiosas. Laura no sabía qué deseaba que hallara la Policía, y no cesaba de dar vueltas en la cabeza a todo lo que había sucedido. ¿Podía haber hecho algo

más? De haber intentado otra vez, hacía meses, convencer a alguien de que tenía razón acerca de Hugo, ¿cuántas vidas se habrían salvado? Pero ella nunca supo que las mataba. Y tenía otras prioridades.

Tom estuvo encerrado en el comedor con el portátil y el móvil durante mucho rato. Will se quedó con él para ayudarlo en la búsqueda. Todo rastro de antipatía entre los dos hombres se había esfumado; ahora

compartían una misión.

Por fin volvieron al salón y se sentaron uno junto a otro.

Beatrice, Imogen y Stella se habían unido a Laura para hacerle compañía, lo que ella agradeció. Cuando miró a los hombres, supo que tenían novedades.

—Parece que Will tenía razón —dijo Tom—. Desde la finca es posible cruzar una de las verjas del muro, si se tiene la llave, claro, y salir a

un campo que pertenece a la finca y está rodeado por un sencillo muro de piedra seca. Hace tiempo que no hay ganado en la propiedad, de modo que el muro se ha desmoronado en varios puntos y no se ha reparado. El estanque está justo al otro lado de uno de los huecos. Sin embargo, los policías afirman que esta parte del muro parece haberse desmontado a propósito. Por lo visto, su aspecto difiere del que suele tener un muro

que se deteriora de forma natural.

Will retomó el relato.

—Tom ha podido confirmar que el estanque es un pozo de mina pequeño pero profundo que se ha inundado. Con la ayuda de una carretilla, al desgraciado de Hugo no le costaría mucho transportar a una chica joven y probablemente desnutrida hasta el borde del pozo, tirarla dentro y deshacerse del cadáver.

Laura contuvo la

respiración, y el color abandonó su rostro. Los bordes de su visión se tornaron negros, como si un humo oscuro le rodeara los ojos, y el sonido de las voces que la rodeaban se apagó.

—Rápido, Imo —oyó gritar a Will—, ponle la cabeza entre las rodillas. Está a punto de desmayarse.

Laura sintió una mano que le empujaba la cabeza y se la inclinaba hacia delante mientras alguien le frotaba la espalda. Hizo un esfuerzo

por respirar. Mantuvo la cabeza baja durante unos minutos y oyó que le hablaban en un tono tranquilizador. El mareo fue pasando gradualmente y la visión se normalizó. Poco a poco levantó la cabeza.

—Estoy bien. Cuánto lo siento. Qué forma tan patética de comportarme. — Se echó hacia atrás y apoyó la cabeza en el sofá. Miró a su madre, que parecía angustiada. Stella sabía mejor que nadie que Laura

no se desmayaba nunca; podía estar extremadamente tensa, y ni así se desmayaba—. Mamá, ¿me traes un whisky? Está a tu lado, en la bandeja.

Stella se levantó de un salto.

—Creo que todos deberíamos tomar algo — dijo, acercándose al aparador de las bebidas—. ¿Qué vais a hacer ahora, Tom?

—Hoy es demasiado tarde para hacer nada. Se

haría de noche antes de empezar. Mandaremos gente mañana. Becky o yo mismo os informaremos.

Laura sabía lo que iban a encontrar, pero no pensaba decirlo en voz alta. Más espera todavía. Solo deseaba que todo acabara de una vez.

La mirada de Tom se posó sobre Laura unos segundos. Casi notó su calor, y se sintió agradecida por que hubiera ido a contárselo todo personalmente. Tenía que

estar muerto de cansancio.

Como si le leyera el pensamiento, él se levantó del sofá fatigosamente.

—Siento mucho que haya sido tan traumático para ti —dijo—. Pero ahora me temo que debo irme. Necesito informar a James Sinclair y dormir un poco. Estoy seguro de que estarás bien sin mí. —Laura intentó sonreír, y se dispuso a levantarse para acompañarlo —. No, no te levantes. Conozco el camino. Puedo

salir solo.

Con una última mirada de simpatía, Tom salió de la habitación.

Como Laura había imaginado, Tom estaba exhausto. No solo por el cansancio, sino por el horror de todo lo que había descubierto. No sabía adónde los llevaría aquello en la investigación del asesinato, pero por el momento era importante descubrir todo lo posible sobre las actividades de

Hugo en Lytchett Minster Farm. La peluca pelirroja era una conexión evidente, pero no la que estaba en la habitación de Mirela; aquélla estaba allí desde hacía meses, si no años. Estaba sumido en sus pensamientos mientras cruzaba el recibidor. Aunque detestara aquella casa y al monstruo que había vivido en ella, sentía marcharse por Laura. Abrió la puerta principal y entonces se detuvo de golpe y blasfemó

en voz baja.

—Mierda, el portátil.

Cerró la puerta con más fuerza de la que pretendía y se dirigió en silencio al comedor para recoger el ordenador olvidado.

Nada más oír el golpe de la puerta principal, Imogen corrió a rodear a Laura con sus brazos. Will estaba ocupado sirviendo copas; no era la primera que tomaban aquella noche. Stella se sentó al otro lado de Laura y le acarició la mano.

Laura se sintió mal por Beatrice. Ella tenía todo ese apoyo de su familia, pero al

fin y al cabo Hugo era el hermano de Beatrice. Estaba a punto de decirlo en voz alta cuando Will de repente soltó la botella que tenía en la mano con fuerza sobre la mesa.

—Muy bien. Laura, Imogen, quiero hablar con vosotras. Mamá, Beatrice, me gustaría que salierais de la habitación, por favor.

—¡Will! —exclamó Imogen—. ¡No puedes hablarle así a tu madre! ¡Y Beatrice es nuestra invitada!

—Imogen, por mucho que te quiera, y siempre lo he hecho, no te metas. Hay algo en esto que no cuadra, y quiero saber exactamente qué es. Beatrice, por favor. Mamá, creo que es mejor para todos que no lo oigas.

Laura se sentía como una espectadora. Todos tenían algo que decir, por lo que parecía. Pero en realidad Will solo necesitaba saber lo que Laura tenía que decir. La invadía una sensación de inevitabilidad, y estaba

esperando a que se desplegara la escena. Sabía su papel, y también que tendría que interpretarlo. Sin embargo, su madre no tenía intención de seguir el guion y necesitaría algo más de persuasión. Miró con desapego cómo se desarrollaba la escena.

—William, seré tu madre, pero no soy de cristal. No me partiré si escucho algo que no me guste. Nada puede angustiarme más que lo que

acabo de oír, así que me quedo.

Beatrice se levantó.

—Ven conmigo, Stella. Dejémoslos solos. Ni por un momento pienso que vayamos a saber nunca lo que está pasando, pero por mi parte ya he oído bastante. Hugo era el psicópata cabrón que siempre pensé que sería.

Si alguien se sorprendió por el lenguaje de Beatrice, no lo demostró. Laura sabía que era su turno de hablar.

—En realidad, preferiría que Imogen se marchara también, por favor. Perdona, Imo, no es decisión tuya, sino mía. Ve con mamá y Beatrice, por favor.

Stella y Beatrice salieron, pero Imogen se paró en la puerta y Laura advirtió el pánico en sus ojos.

—Imo, tiene que saberlo. Lo siento.

—Lo sé, lo sé. Mierda. Will, no sé qué decir, pero quiero que sepas que te

quiero. Nunca ha habido nadie más. Por favor, no me odies más de lo que ya me odias.

Con un suspiro, salió de la habitación. Ni Will ni Laura se dieron cuenta de que no cerraba la puerta del todo.

—Quiero una explicación, Laura. —La cara de Will parecía tallada en granito. Todas sus arrugas estaban marcadas, y parecía haber envejecido diez años desde que había

entrado por la puerta hacía solo unas horas. Hablaba con una ira que apenas parecía controlada—. Todos sabemos que Hugo era un tipo inmoral y corrupto — dijo—. Pero supongo que eso ya lo sabías. ¿Es por eso por lo que lo mató Imogen? Tuvo que ser ella. La Policía lo sabe, pero no puede demostrarlo. Dios nos ayude. Sé que es tu amiga y que te quiere, pero ¿no crees que fue demasiado pedir? ¡Por Dios, Laura!

Laura se sentía fría y curiosamente insensible. Habían sucedido tantas cosas, tantas cosas que habían hecho daño a tantas personas... Esto casi parecía la parte más sencilla. ¿Cuántas conversaciones habían tenido lugar en aquel salón en los últimos días? ¿Cuántas vidas se habían destrozado? Ahora Will merecía la verdad.

—Cállate, Will. No fue ella. Imogen no lo mató.

—Pues si no fue ella,

¿quién fue? Porque creo que lo sabes.

Laura respiró hondo y miró a Will a los ojos.

—Tienes razón, lo sé.

—¿Y bien?

—Fui yo, Will. Yo maté a Hugo.

La habitación permanecía en silencio. Laura no podía oír su propia respiración y se dio cuenta de que la estaba conteniendo. Lo había dicho, y el hechizo se había roto; el desapego se había esfumado.

Reconocer lo que había hecho era una cosa, pero para explicarlo tendría que revivir cada momento. Eso resultaría mucho más difícil.

Will la observaba con una expresión de absoluta perplejidad. Laura no podía mirarlo a los ojos.

—Es largo de explicar. En cierto modo, será un alivio contártelo. Pero escúchame, porque si no no podré hacerlo. Te ruego que no me interrumpas, Will.

Laura mantenía el

cuerpo rígido, sintiendo que si se permitía la menor debilidad se haría pedazos. Will siguió mirando a su hermana y asintió casi imperceptiblemente. Con el gran vaso de whisky en la mano, Laura se levantó del sofá y se acercó a la chimenea, buscando algo de calor en las llamas. Empezó a hablar, con la voz calmada y las emociones bajo control.

—Todo estaba planeado meticulosamente. Hasta el

mínimo detalle. La cuenta atrás empezó la tarde del jueves antes de la muerte de Hugo. Yo estaba en la casa de Italia, por supuesto, y recuerdo que comprobé mis maletas por enésima vez, señalando todos los artículos de mi lista. Una y otra vez. Había demasiado en juego. Dejé otra lista sobre la mesa de la cocina, junto con una pequeña grabadora, mi pasaporte, la confirmación de vuelo, las llaves del Mercedes y el vale del

aparcamiento en Stansted. En el suelo, junto a la mesa, dejé una maleta y una bolsa de fin de semana. Las dejé para Imogen.

Vio que Will se sobresaltaba al oír mencionar a Imogen, pero cumplió su promesa y no interrumpió.

—Por fin todo estaba listo. Fui al coche y me quedé sentada mucho rato. Al principio no podía ni meter la llave en el contacto, porque las manos me

temblaban demasiado. —
Laura apretó con más fuerza
el vaso mientras recordaba
el momento—. Imogen
estuvo estupenda, como una
roca, y fue una fuente
impresionante de fortaleza.
Yo sabía que la estaba
convirtiendo en cómplice,
pero nunca pensé que se
vería involucrada porque
ella debía volver a Canadá
antes de que descubrieran el
cadáver de Hugo. Nunca la
relacionarían con él. Su
nombre jamás saldría a la

luz, porque en teoría hacía años que no la veía. Estaba fuera de mi vida. Cometió un error tremendo viniendo aquí, y me puse furiosa cuando la vi. Seguía sin entenderlo.

»Empezó a visitarme siempre que venía a Inglaterra, cuando Hugo me encerró por segunda vez. Lo organizamos bien. Fingía que visitaba a un anciano de la clínica que no podía hablar y se escapaba para verme. Hugo nunca le habría

permitido acercarse a mí.

Laura tomó un sorbo de su bebida y dejó el vaso en el estante de la chimenea, pero una vez que lo hizo se sintió más vulnerable y volvió a sostenerlo con ambas manos.

—Ella sabía que se suponía que yo sufría un trastorno delirante, y sabía de qué trataba el delirio. Yo estaba bastante segura de que Hugo se llevaba a las chicas, y le dije que la única forma de poder escapar de

ese matrimonio sería demostrar al mundo que mi marido era un ser depravado. Le dije que tenía un plan. Debía encontrar las pruebas y filtrarlas a la prensa, pero era esencial que la información no se pudiera relacionar conmigo, porque sabía cuáles serían las consecuencias. De modo que tenía que demostrar de forma irrefutable que me encontraba en Italia a la hora en que se supiera la noticia. Por eso necesitaba la ayuda

de Imogen. En aquel momento, ella pensaba que su papel se limitaría a seguir a Hugo y sacarle algunas fotografías. No tenía ni idea de lo que tenía planeado.

Imogen había estado en Cannes; sobre esto había dicho la verdad a la Policía. Laura recordaba poco de su trayecto hasta allí, solo que había ido desde la región de Las Marcas hasta Cannes en un tiempo récord, poco más de siete horas, y por supuesto sin fronteras; eso

fue una ventaja. Aparcó en un extremo de Palm Beach de La Croisette, sabiendo que Imogen estaría esperándola allí.

—Cuando llegué a Cannes, Imogen lo había organizado todo. Sus maletas estaban en el coche de alquiler, junto con el pasaporte, el billete de avión, el dinero..., todo lo que habíamos acordado.

»Vio que yo estaba nerviosa, porque me acarició los cabellos y me dijo que

hacía lo que debía. Si lo hubiera sabido, sin embargo, no creo que me hubiera ayudado. Sabía que iba a quebrantar la ley, viajando con un pasaporte falso, pero creía que el riesgo merecía la pena si así podía exponer públicamente a Hugo como lo que era o al menos lo que entonces creía que era.

Will se levantó, y Laura se dio cuenta de que los dos se habían terminado el whisky. Sin apartar los ojos de los suyos, tomó el vaso

de Laura. Ella pensó que iba a decir algo, pero él se dominó. Al darse la vuelta para rellenar los vasos, Laura dejó de sentir el peso de sus ojos ardientes y pudo continuar.

—Imogen me entregó la llave tarjeta de su habitación en el Majestic. Ya estaba inscrita y había rellenado el formulario de salida rápida y lo había dejado en la habitación, y al día siguiente a las once llamaría al hotel para decir que acababa de

marcharse pero había olvidado entregar el formulario. Lo había previsto todo. Entonces subió a mi coche, como si conducir toda la noche de vuelta a mi casa de Italia fuera lo más fácil del mundo.

»Yo necesitaba dormir, pero no podía parar de pensar en el trato que había hecho con Hugo; el trato que haría posible este asesinato. Para entonces ya me daba igual lo que pudiera

pasarme. Pero no iba a hacerlo por mí.

»Dejé el hotel por la mañana muy temprano para viajar en coche a París. Tendría tiempo de sobra, pero era de la única forma que podíamos hacerlo. La mayor parte del trayecto entre la villa italiana y el sur de Francia tenía que hacerse de noche para que no me echaran de menos. Tenía que ser “vista” en los terrenos de la casa, aunque la persona que vieran en realidad fuera

Imogen. Ella recogería aceitunas a horas estratégicas en las que yo sabía que pasaría alguien por allí, lo suficientemente lejos como para que no le vieran la cara, por supuesto.

Will le ofreció el vaso lleno y Laura lo aceptó, pero fue a sentarse frente a él en el sofá. Permaneció un momento en silencio recordando el viaje a París, parando para tomar un café, dejando la maleta de Imogen en la Gare du Nord y

devolviendo más tarde el coche en la empresa de alquiler; era de noche y la oficina ya había cerrado, de modo que nadie la vio. Y después las horas interminables de espera, sentada en restaurantes mejor que en la sala de espera de la estación, donde alguien podría haberla recordado, tomando café sin parar. Finalmente, cuando ya no le quedaban más alternativas, había vuelto a la Gare du Nord y se había

escondido en el servicio para no dejarse ver demasiado. Fue una noche espantosa. Pero lo peor todavía estaba por venir.

Giró el whisky dentro del vaso, mirándolo como si la fascinara su vértice dorado.

—El billete de tren estaba reservado a nombre de Imogen Dubois, un nombre que nunca podría haberse asociado a mí. Utilicé su pasaporte canadiense para subir al tren.

Coincidía con el nombre del billete, y la foto era de hacía ocho años y podría haber sido cualquiera. No era una buena foto, pero ¿cuántas lo son? Y, la verdad, la foto de mi pasaporte se hizo justo después de que Hugo y yo nos casáramos y ahora no me parezco ni remotamente a aquella persona. También tenía el otro pasaporte de Imogen, el del Reino Unido. Ése era más antiguo aún, y estaba a punto de caducar. Estaba muy joven.

La cara de su hermano ni siquiera parpadeó. Laura veía que todavía estaba lejos de estar de su lado.

Mientras aguantaba las interminables horas de espera antes de la salida del tren, Laura repasó todo en su cabeza mil veces. La razón por la que aquella era la única alternativa posible. La razón por la que iba a hacer algo que la horrorizaba.

—Por fin subí al tren, y todo resultó muy fácil. Apenas si miraron el

pasaporte para comprobar si el nombre coincidía con el del billete. Me dejaron pasar. Me senté en un rincón y fingí que dormía para que nadie me diera conversación. Bajar del tren también fue fácil. De haber empleado el pasaporte canadiense de Imogen tendría que haber rellenado una tarjeta de inmigración, pero utilicé el documento británico y pasé. Sin dejar rastro escrito.

»Sabía que Hugo no

estaría en el piso, pero que acudiría. Nos habíamos citado. Él pensaba que por fin se cobraría su último trato conmigo, el que me sacó de la clínica la segunda vez. Tenía que llegar antes que él para prepararme. Sin embargo, entrar en la casa podía ser peliagudo; algún vecino podría reconocerme. De modo que en los servicios del metro me puse la horrorosa peluca pelirroja, a pesar de que su relación con sucesos anteriores me

ponía los pelos de punta. El resto de mi vestuario me esperaba en la casa, pero al menos con la peluca nadie podría relacionarme.

Laura estaba llegando a la parte más difícil. Respiró hondo tres veces para serenarse y continuó.

—Abrí la puerta y desconecté la alarma. Fui al dormitorio y abrí la puerta del armario. Hacía tiempo que no dejaba ropa en la casa, pero todavía quedaban bolsas con trajes de noche de

los viejos tiempos, así que una semana antes había ocultado allí lo que necesitaría.

»Lo había repasado todo mentalmente tantas veces que puse el piloto automático; era la única forma. Tenía una lista que detallaba todo paso por paso para no dejarme llevar por el pánico u olvidar algo. Saqué la ropa y la dejé sobre la cama. Lo primero que hice fue ponerme los guantes largos de piel, que sabía que

serían necesarios. Pero los había elegido bien; Hugo creería que formaban parte de la representación.

»Saqué un mono blanco, lo llevé al cuarto de baño y lo metí en el fondo del cesto de la ropa sucia. Fui a la cocina y tomé un cuchillo largo y afilado de uno de los cajones; lo había afilado yo misma, y también fue a parar al cesto de la ropa sucia. Me quité todo lo que había llevado para viajar y lo introduje en una bolsa de

plástico marcada con la letra A. Había más bolsas, todas marcadas. La última, sin embargo, no estaba vacía. Contenía cinco pañuelos de seda, todos de color rojo oscuro brillante. Dejé los pañuelos sobre la cama.

Ahora Will estaba echado hacia delante con una mirada de fascinación y casi de admiración. Laura sabía que estaba asombrado y ligeramente horrorizado por la fría planificación que había comportado su acto, y

no quiso mirarlo mientras relataba el resto. Se puso de pie de nuevo y caminó hacia la chimenea, esta vez mirando el fuego y dándole la espalda.

—Entonces me di una ducha caliente. La necesitaba. Estaba enloquecida de angustia, pero todavía me quedaba una hora y no sabía cómo pasarla. Sabía que él no llegaría antes de la hora; eso habría significado que estaba impaciente. Después de

ducharme, sequé las baldosas con una toalla y la puse en la secadora. La sacaría al cabo de media hora y la volvería a colocar en el estante de las toallas limpias.

»Me enfundé los guantes de nuevo y me dirigí al dormitorio. Luego me puse la ropa que había elegido, ropa que Hugo creería que me ponía para él. Cuando lo tuve todo a punto, tomé los dos últimos artículos de una caja de zapatos que había al

fondo del armario: una jeringuilla y una botella de vidrio. La jeringuilla fue a parar al cesto, y la botella vacía volvió al dormitorio dentro de una de las bolsas marcadas.

»Estaba lista. Solo faltaba preparar la habitación. Tenía que estar perfecta. Él no podía sospechar que yo no fuera una participante voluntaria en sus juegos. Saqué una botella de Cristal de la nevera del vino. Sabía que

Hugo lo interpretaría como la muestra definitiva de mi sumisión: era la marca de champán que pidió para la primera noche de nuestra luna de miel. Preparé una cubitera con hielo y unas copas, y luego coloqué los muebles a mi gusto. Solo faltaba la peluca.

»No me quedaba más que esperar.

Laura se volvió y miró a Will.

—Ahora ya lo sabes. Yo lo maté. Y que Dios me

perdone, Will, pero era lo correcto. Tienes que creerme. ¿De verdad crees que lo hubiera hecho, que me hubiera sometido a mí misma a esta tortura, de haber tenido otra alternativa?

Laura se arriesgó a mirar a Will. No la había interrumpido y continuaba escrutándola con los ojos entrecerrados.

—¿Algo más? — preguntó—. ¿Vas a contarme los motivos de este

plan increíblemente enrevesado?

A Laura no le gustó el tono de Will, pero tampoco podía culparlo. Tal vez habría parecido más creíble de haber llorado y gritado, pero sabía que si perdía el control de sus emociones no podría continuar.

—Te contaré el resto, pero no me juzgues. Al menos, no todavía.

Laura pudo ver en los ojos de su hermano que se había conmovido un poco,

aunque quizá no fueran más que imaginaciones suyas. Miró en otra dirección, hacia la pared de enfrente, incapaz de sostenerle la mirada mientras seguía con su relato.

—El viaje de vuelta fue más o menos lo mismo. Había preparado las bolsas para que no me entrara el pánico. Algunas contenían distintas prendas, para poder cambiar de aspecto en diferentes puntos durante el viaje de regreso a París. Las

otras bolsas estaban marcadas para deshacerme de ellas, de modo que no dejara más de un artículo incriminatorio en el mismo sitio. La jeringuilla estaba en una, la botella vacía en otra, y así con todo. Llegué a París a última hora de la tarde y tomé el metro hasta Charles de Gaulle para volver en avión. Imogen aterrizó en Stansted, recogió mi coche y fue a Heathrow, donde se encontró conmigo. En el aeropuerto me había

puesto la ropa horrorosa de Laura. A continuación vine aquí. Imogen se dirigió a la terminal para tomar el vuelo con destino a Canadá. Eso es todo.

Will seguía mirándola fijamente, casi como si no la conociera. No habló hasta que no pasaron varios minutos de silencio que Laura creyó que no podía romper.

—Como he dicho, tu planificación fue ingeniosa; tu ejecución del plan,

impecable. Pero ¿te arriesgaste tanto solo porque odiabas a tu marido? Ahora sabemos quién era, pero tú no lo sabías antes. ¿Por qué no lo dejaste? ¿Y por qué involucrar a Imogen?

Laura sabía que iba a resultar difícil. Intentó mantener un tono mesurado, pero en su interior sus emociones eran un torbellino. Después de todo lo que había descubierto aquel día, lo único que quería hacer era tumbarse y

morir. Pero tenía que acabar con ello, contárselo todo a Will, y después ya se acurrucaría en algún rincón oscuro y muy alejado del mundo.

—Cuando Imogen empezó a visitarme, le conté lo suficiente como para que comprendiera de lo que Hugo era capaz. Había algo dentro de él que no funcionaba. Eso, junto con lo que Hugo os había hecho a vosotros dos, fue más que suficiente para convencerla

de que me ayudara a exponerlo públicamente como la persona que en realidad era. Pero lo único cierto es que ella no tenía ni idea de que yo lo iba a matar. No me lo podía creer cuando se presentó aquí, porque eso la convertía en cómplice. Aunque lo sabe..., estoy segura de ello.

El rostro de Will permaneció inexpresivo. Dejó el vaso en la mesa y se echó hacia atrás en el sofá con las manos detrás de la

cabeza. Laura lo conocía lo bastante bien como para saber que estaba evaluando todas sus palabras.

De repente sintió cómo el pánico ascendía por su pecho. Siempre había creído que Will lo entendería. Había confiado en que él sería la persona que habría hecho lo mismo. Tenía que explicarle cómo había sido.

—Debía morir, Will. Si no lo hacía, acabaría matándome a mí un día u otro. Me lo dijo así: tenía

que obedecer o moriría. Utilizaría cualquier fármaco y diría que había sido una sobredosis. Dado mi supuesto estado mental, no le sería difícil que lo creyeran. El problema era que no sabía cómo cometer un asesinato.

»Pensé en muchos métodos. Apuñalarlo era mi favorito, pero no me creía capaz de hacerlo, aunque lo hubiera hecho si hubiera sido necesario... Para eso era el cuchillo. Quería algo

que pareciera hecho por una amante, pero al mismo tiempo tenía que ser un montaje en el que Hugo pudiera haber participado voluntariamente.

»Sabía que tenía otras mujeres, y estaba segura de que eran las chicas de Allium; él jamás se habría arriesgado a tener una aventura si hubiera peligro de que ésta se hiciera pública. Cuando vino a visitarme a la clínica durante mi segunda estancia allí, sus

palabras fueron gélidas. Me dijo que tenía necesidades normales, y que con los años encontrar a las “participantes adecuadas” se había vuelto caro. Le estaba costando más de diez mil libras al mes. Ahora sabemos adónde iba a parar ese dinero; era para pagar a las chicas. Dijo que había encontrado una solución alternativa, pero que todo lo que había hecho era debido a mi “abandono del deber” y que toda la culpa recaía sobre mí. Le di

mil vueltas a aquella conversación, preguntándome qué habría querido decir. Pero ahora está todo claro. Debió de ser cuando empezó a matarlas, aunque, sinceramente, yo no lo sabía.

—¿Por qué te lo dijo? — preguntó Will con un suspiro.

—Porque quería plantearme la amenaza definitiva. Dijo que haría que me dejaran salir de la clínica, pero que necesitaba

que retomara mis deberes conyugales. Él sabía que yo detestaba su idea del sexo..., como también lo hacían las chicas que se llevaba, por lo que parece. Después de mi primera estancia en la clínica habíamos acordado que no volvería a tocarme. Pero no había llegado a encontrar a nadie que lo disfrutara..., lo cual no me extraña en absoluto. De modo que me quería en la cama otra vez, con sus condiciones. Odiaba

acostarme con él, pero cuanto más lo odiaba yo más disfrutaba él. Era por el poder. Dijo que no sería por mucho tiempo porque, como yo sabía, una alternativa mucho mejor estaba a la vuelta de la esquina.

—¿Qué quería decir con eso?

Laura se acercó a Will y se arrodilló, no lo bastante cerca para tocarlo, pero sí lo suficiente para que no pudiera evitar mirarla. Ahora él tenía que ver bien

su cara. Tenía que ver la pasión y el odio en su rostro. Entenderla.

—Ya llegaremos a eso. El caso es que me dijo que la única persona que podía detener o retrasar lo inevitable era yo. Que tenía que dejar de jugar a la virgen vestal y volver a ocupar mi papel como su puta. Yo sabía cuál era la alternativa, aunque nunca volvió a decirme específicamente que me mataría. Le pedí tiempo. La

idea de tener relaciones sexuales con él me repugnaba lo indecible, pero las consecuencias de no hacerlo superaban lo que yo podía asumir.

»Le prometí que lo pensaría. Retrasé mi respuesta cuanto pude, pero por fin me dio un ultimátum. O hacía lo que me pedía o yo y otros lo pagaríamos caro. Hizo exactamente lo que yo esperaba. De no haberme dado el ultimátum tendría que haberme

ofrecido yo misma, y eso habría sido mucho menos creíble. Le dije que tenía que pasar unos días en Italia para prepararme, y que no me apetecía nada hacerlo en Ashbury Park. Tenía que ser en el piso, en un lugar que no tuviera recuerdos tan horribles para mí.

Will estaba inclinado hacia delante, con las manos enlazadas entre las rodillas. Había pedido escuchar la verdad, pero ahora parecía tener dificultades para

presenciar el calvario de su hermana.

—Dejé que Hugo pensara que tal vez no me presentase. No podía parecer demasiado dispuesta, y a él lo excitaba mucho pensar que lo hacía bajo coacción. Imogen solo tenía que ayudarme a tener una coartada en Italia, aunque ella pensara que era para algo muy diferente. El sábado llamó a Hugo utilizando la cinta grabada que yo había preparado con

antelación. Yo sabía que aquí no habría nadie, de modo que era seguro que Imogen reprodujera la grabación en el contestador. No podíamos llamarlo al móvil, por si contestaba; entonces todavía lo tenía. — Will la miró con una mezcla de admiración y horror—. Cuando llegó Hugo, me comporté como él quería. Creyó sinceramente que había ganado.

Laura dejó de hablar un momento y fijó los ojos en

los de Will.

—Entonces lo maté.

Will no dijo nada. Tomó su vaso y bebió un buen sorbo, pero no pronunció palabra. Laura se sintió obligada a continuar.

—Había tomado la precaución de ponerme el mono para no dejar ningún rastro y no me había quitado los guantes en ningún momento. Compré la jeringuilla en Italia; allí las venden en el supermercado. Preparé la nicotina líquida

yo misma.

Will habló por fin.

—¿No te preocupaba que la dosis no fuera suficiente? No te era posible ensayarlo antes.

—Ésa fue otra de las razones por las que me puse el mono. De no haber funcionado la inyección, no habría tenido alternativa. Me llevé el cuchillo al dormitorio, y si no hubiera muerto rápidamente habría tenido que apuñalarlo. Por suerte, no fue necesario.

Pero olvidé llevar el cuchillo de vuelta a la cocina.

»Su teléfono móvil fue a parar a una de las bolsas de plástico marcadas para tirar, y la tarjeta SIM a otra. Junto con todo el resto de la parafernalia: mono, ropa, peluca... Unas bolsas acabaron en papeleras en Londres, otras en París. El móvil tenía que desaparecer, porque me imaginaba que habría recibido llamadas de alguna de las chicas. Creía que en cuanto él muriera

ellas estarían a salvo, y no quería que el asunto saliera a la luz por el impacto que podía tener en Alexa. Por esa razón el móvil debía desaparecer. Nadie desea que el mundo sepa que tu padre es un monstruo.

Por supuesto, sabía que ahora Alexa tendría que enterarse. Cuando pensó en el sufrimiento de la niña, sintió una compasión intensa y desgarradora.

Laura veía que Will se esforzaba por entender, y

sabía que pronto tendría que añadir el último detalle a la imagen que había dibujado de Hugo. El que daría sentido a todo.

—¿No temías que os detuvieran a alguna de las dos porque vuestra cara no se parecía a la del pasaporte? ¡Ni siquiera os parecéis!

—¡Vamos, Will, somos mujeres! Ayer, cuando entraste en el baño, tú mismo creíste que yo era Imogen. Eso es porque durante años he llevado el

pelo recogido, tratando de parecer lo más anodina posible para que Hugo no se fijara en mí. Tenemos la misma edad, y más o menos la misma altura y peso. Cuando entras en el país, apenas si te miran si el pasaporte coincide, sobre todo si es un documento británico. Nos limitamos a minimizar las diferencias. La verdad es que esa fue la parte más fácil.

»Las cosas se complicaron para Imogen en

el avión, cuando llamaron a Laura Fletcher para que se pusiera en contacto con la tripulación. Pero ella hizo como si no lo oyera. Fue por eso por lo que reservé vuelos baratos sin asignación de asiento. Tenía que ceñirme a un patrón, y el anonimato era lo principal.

—Entonces, ¿por qué diablos vino Imogen aquí? ¡Menuda estupidez! —dijo Will agarrando otra vez la botella de whisky, como si pudiera amortiguar el dolor

causado por lo que estaba escuchando.

—Lo sé; me puse furiosa con ella. Pero Imogen sabía que pasaba algo raro. Si no, ¿a santo de qué habrían de llamarme durante el vuelo? Y cuando nos encontramos en Heathrow, me negué a hablar. Le dije que estaba demasiado estresada y que se lo contaría todo en cuanto llegara a Canadá. De todos modos, no había tiempo. Sabía que la Policía me estaría buscando, y

necesitaba llegar a casa antes que ellos. Entonces se enteró de que Hugo estaba muerto y no supo qué pensar. Solo estaba preocupada por mí.

»Se suponía que no debían encontrar a Hugo tan pronto. Yo denunciaría su desaparición, probablemente el domingo o el lunes por la mañana. Pero Beryl fue a buscar el bolso olvidado, ¡menos de una hora después de que yo me marchara! Te puedes imaginar el desastre

que podría haber sido. Y cuando la Policía llegó aquí, yo estaba fuera de mí a causa de la tensión, del miedo; sentía que me ahogaba. Solo podía pensar en lo fácil que habría sido que todo hubiera salido mal. Y en el horror de lo que había hecho. Y, por si eso fuera poco, ahora la Policía sospecha de Imogen. Me avergüenza mucho haberla involucrado. Pero no se me ocurrió ningún otro modo.

Will permaneció un rato

en silencio, mirándose las manos unidas entre las rodillas. Después de una eternidad, que probablemente no duró más de un minuto, la miró.

—Todavía no me puedo creer que no tuvieras otra alternativa. Yo te habría ayudado. Pero ¿asesinar? ¿Por qué no me pediste ayuda?

—No podía. No habría dejado que me marchara. Ya te lo he dicho, yo estaba segura de que antes me

mataría. Y si te hubiera involucrado, él habría hecho cualquier cosa para arruinarte la vida. No se puede negar que en ese aspecto se salió con la suya.

Will la miró perplejo. Todavía no lo entendía.

—¿Por qué lo mataste, entonces? ¿Porque iba a matarte o porque había convertido tu vida en un calvario? ¿O porque creías que secuestraba a las prostitutas? ¿Por qué?

—No fue por nada de

eso, Will. No lo maté por ninguna de esas razones.

—Entonces, ¿por qué, por el amor de Dios?

—Lo maté por Alexa.

Will se quedó mirando fijamente a su hermana. Y hasta mucho después no se dio cuenta de que una puerta se había cerrado discretamente en la casa.

SEIS MESES DESPUÉS

Laura estaba sola en la sala, una habitación que costaba reconocer como el lugar raído y escalofriante de hacía solo seis meses. Los cómodos sofás de color crema ofrecían un contraste perfecto con la madera oscura restaurada de las paredes, y la preciosa alfombra verde de Aubusson

que antes estaba en el
recibidor se había colocado
allí, realzando su belleza
sobre el suelo nuevo de
madera clara.

Esperaba a que sonara el
timbre. Se obligó a respirar
hondo y a recostarse para
intentar relajar la tensión de
las extremidades, incapaz de
distinguir si era miedo o
excitación lo que le causaba
aquella extraña sensación en
el pecho. Hacía mucho
tiempo que no lo veía, pero
había pensado a menudo en

él. No sabía cómo reaccionaría al verlo, y por eso intentaba serenarse. Con un conjunto sencillo pero elegante de pantalón negro antracita y blusa de seda gris claro, no parecía ni demasiado arreglada ni demasiado informal, o al menos esa era su intención. Llevaba los cabellos con su tono castaño natural sueltos sobre los hombros.

Por fin oyó el timbre de la puerta y se levantó rápidamente del sofá,

tratando de no acelerar demasiado el paso al cruzar el vestíbulo para recibirlo. Él llevaba los cabellos rubios oscuros más largos, y le dio la sensación de que también se había arreglado con esmero. No llevaba el traje de los días de trabajo, sino un polo negro y la chaqueta de piel que estaba segura que llevaba la primera vez que lo vio. Sin embargo, el aire de tristeza que lo rodeaba parecía más acentuado y en su sonrisa

afloraba una tensión que antes no había advertido.

—Hola, Laura. ¿Cómo va la vida?

—Tom, qué alegría verte. Todo bien, gracias. ¿Y tú?

—Echo de menos a Lucy, pero estoy bien. Has hecho maravillas en esta casa. Cuando venía por el paseo no me podía creer que fuera la misma.

—Perdona, te tengo de pie en la puerta. Pasa, por favor.

Cuando Tom entró y dejó atrás el brillo del sol, miró otra vez a Laura y ella reparó en la sorpresa que brilló en sus ojos.

—¡Laura, estás estupenda! —exclamó—. Becky ya me dijo que me preparara, pero realmente estás maravillosa.

Laura sonrió agradecida, pero no se le ocurrió nada que decir y lo guio hacia el salón. Se sentó y juntó las manos para impedir que le temblaran, esperando que

Tom no se dio cuenta. Pero él, en lugar de sentarse en el sofá delante de ella, se acercó a las puertas de cristal, abiertas para dejar entrar el aire primaveral, y se quedó de espaldas a ella, como si admirara los últimos narcisos y los primeros tulipanes que florecían en el jardín trasero. Laura nunca se había sentido incómoda con él —ni siquiera cuando la interrogaba—, pero esa tarde era diferente. Tom fue el primero en romper el

silencio.

—He venido a decirte que hemos reducido el equipo que investiga el asesinato de Hugo. Como sabes, no hemos conseguido avanzar en los últimos seis meses. No estamos cerrando el caso, pero he pedido que me trasladen a otros.

Tom seguía dándole la espalda.

—Lo comprendo, Tom. Supongo que quieres un caso con algo más de movimiento. Este debe de

empezar a ser aburrido para ti.

—Sí, lo es. Ha sido aburrido desde hace seis meses, la verdad. Es difícil interrogar a sospechosos cuando sabes desde el principio que son inocentes, así como examinar pruebas que sabes que no te llevarán a ninguna parte.

Tom se volvió a mirarla, y parecía casi enfadado. Por su expresión, Laura comprendió que él sabía la verdad y que Will tenía

razón. Alguien había escuchado su conversación. Pero no pestañeó. Casi se sintió aliviada. En cierto modo explicaba su ausencia de los últimos meses, que a ella le había sentado tan mal.

—Lo siento, Tom. Si sabías todo eso, tenías otra opción, ¿no es así?

—La verdad es que no. Basta de juegos, Laura.

Siempre había sospechado que la había oído hablar con Will, pero no entendía por qué no la

había detenido, o al menos por qué no había hablado con ella. Pero de haberlo hecho, claro, tendría que haber tomado una decisión. Era un buen lío. Laura soñaba todas las noches con el día que mató a Hugo, y no había mañana en la que no se levantara angustiada. Quizá no sabía hasta qué punto era perverso, pero sabía suficiente. Y sabía sin duda alguna que habría vuelto a hacerlo. Sin pensárselo dos veces.

Únicamente el canto primaveral de los pájaros penetraba en el silencio de la habitación; un sonido alegre en una estancia llena de tensión. Al cabo de unos minutos, sus ojos se encontraron. El ambiente estaba cargado.

—Tengo que volver a preguntártelo, Tom. ¿Por qué no hiciste nada al respecto?

Tom suspiró y se pasó los dedos por los cabellos. Su ira parecía haberse

tornado en frustración, y a Laura le dolió ser la causa de tanta tensión.

—Ésa es la pregunta que no he parado de hacerme durante los últimos seis meses. Te oí confesar, pero no tengo pruebas; sigo sin tener ninguna. Podrías haber negado la conversación, y Will podría haberte respaldado. Aunque estaba bastante seguro de que si hubiera acudido a ti con lo que había oído me habrías contado la verdad. Entonces

habría tenido que actuar. No estaba seguro de poder hacerlo, así que lo mejor era no verte. —Laura no sabía qué decir. Por supuesto, tenía razón—. Debo decirte que Imogen sigue siendo la sospechosa número uno, ahora que todas las chicas de Allium han aparecido, las anteriores a Alina. Las hemos localizado a todas con la ayuda un poco tardía de Jessica.

Cada vez que se mencionaba a aquellas

pobres chicas, Laura sentía una punzada de culpabilidad. Por no haber hecho más, o por no haberlo hecho antes. Pero cuando se trataba de Imogen, Laura sabía que solo ella era la responsable de la sospecha que recaía sobre su amiga.

—¿Tenéis algo contra Imogen? ¿Vais a acusarla?

—No, no lo haremos. Las únicas pruebas de las que disponemos son puramente circunstanciales. Sería imposible demostrar

vuestro montaje, así que parece que Imogen está a salvo.

Laura sintió alivio por su amiga; siempre había pensado que se vería obligada a confesar si arrestaban a Imogen. Había momentos en los que pensaba que el peso de la culpa era demasiado para ella, y que una confesión la liberaría. Pero debía pensar en alguien más que en ella.

Tom permanecía de pie junto a la ventana, como si

no quisiera acercarse demasiado. Laura se preguntó qué estaría pensando de ella.

—Por cierto, ¿cómo está Imogen? ¿Y Will? — preguntó Tom, aligerando por un momento el ambiente.

—Como puedes imaginarte, vuelven a estar juntos. Ninguno de ellos ha amado a nadie más, y los años que han pasado separados han sido un infierno para ambos. De

todos modos, no creo que sea fácil, porque los dos han cambiado y necesitarán recuperar la confianza. Imo se esfuerza por perdonar a Will que no la creyera, y él hace todo lo posible por quitarse de la cabeza la imagen de ella con Sebastian. Van por buen camino. —Laura dejó de hablar un momento. Pero no cambies de tema.

Tom sonrió débilmente, como si la conociera muy bien. Fue al sofá y se sentó

frente a ella. Se recostó, sin mirarla a los ojos, como si observara algo que estuviera justo encima de la cabeza de Laura.

—No puedo evitar sentir una especie de rabia impotente, Laura, ese es mi problema. Es un territorio desconocido para mí, y encima desde hace seis meses he traicionado todos los valores que creía tener.

—¿Y por qué lo has hecho? No deberías sufrir por mi culpa.

Sus ojos se encontraron y sostuvieron la mirada unos segundos antes de que Tom volviera a hablar.

—No podía hacerlo. No podía hacértelo a ti. Pensaba que eras... ¡sensacional! La forma en cómo soportaste todos los horrores de tu vida, y que estuvieras dispuesta a arriesgarlo todo por otra persona. Has sufrido muchísimo. Sentía la necesidad de protegerte, por incorrecto que sea.

Laura lo miró y se le

saltaron las lágrimas. Cerró los ojos brevemente, para ocultar la emoción que le provocaba su mirada penetrante. Tom dejó pasar un momento para que se calmara.

—Cuando escuché tu conversación con Will, te oí decir que Hugo tenía «una alternativa mejor a la vuelta de la esquina», o algo parecido. También dijiste que lo mataste por Alexa. Me marché antes de que te explicaras. No quería que

me descubrieran escuchando, porque entonces no podría negar lo que había oído. Pero creo saber a qué te referías.

Laura no dijo nada. Sabía que Tom merecía saberlo, pero el horror de pronunciar las palabras en voz alta era incluso más insoportable que los pensamientos que la perseguían a diario. Aun con los ojos cerrados podía sentir que Tom la observaba, y él continuó hablando en un

tono más amable, sin duda reconociendo su angustia.

—Te diré lo que he deducido. Vi una foto de la madre de Hugo. ¿Sabías que os parecéis mucho? Probablemente es por eso por lo que nunca quiso que vieras fotos de ella. Annabel me contó algo; no sé si quieres oírlo, pero me parece que debo decírtelo. Dijo que había descubierto a Hugo teniendo relaciones sexuales con su madre. Hugo estaba atado a la cama, y su madre

estaba montada sobre él. Perdona, son palabras de ella, no mías. —Tom hizo una pausa. ¿Lo sabías?

La vergüenza de Laura era tan intensa que no fue capaz de mirar a Tom mientras respondía.

—Solo eran suposiciones, pero no por mucho tiempo. Me dijo que le recordaba a alguien, y después quería que me pusiera cosas cuando teníamos relaciones. Cuando me cambié el color del pelo,

me obligó a ponerme una peluca. Pelirroja y larga, claro. Solía dejármela sobre la cama.

Recordó el día que encontró la caja de las pelucas en el desván. No fue hasta que no volvió de la clínica la primera vez. Para entonces Hugo ya no esperaba que participara con él en sus juegos sexuales. Pero había reconocido las pelucas, y le preguntó a la señora Bennett por ellas. Cuando la amable ama de

llaves le explicó lo que eran, Laura sintió tal repugnancia que estuvo a punto de quitarse la vida. El horror de saber a quién había estado representando durante todos aquellos años casi destruyó su última reserva de fortaleza. Pero para entonces no le quedaban opciones. Estaba allí por una sola razón: Alexa.

Tom se levantó y dio unos pasos por la habitación. Luego se sentó de nuevo en el sofá, al lado de Laura, y le

tomó las manos entre las
suyas. Todo rastro de ira y
frustración se había
esfumado. Mientras hablaba,
le acarició las manos con los
pulgares.

—De camino a Dorset,
Beatrice me explicó que la
tradición familiar era ir
rompiendo la resistencia del
niño con el tiempo.
Empiezan durmiendo en la
misma cama desde edad
temprana, y siempre
desnudos. El contacto con el
cuerpo del adulto se vuelve

familiar y seguro. Luego, cuando el niño se vuelve más consciente, pasan a los toqueteos y las caricias. Cuando los consideran suficientemente mayores, atan al niño a la cama, como si fuera una diversión. Finalmente el padre empieza a tener relaciones sexuales con el niño cuando llega a la pubertad. —Tom dejó de hablar. Laura lo miraba a los ojos, buscando disgusto, pero no vio más que compasión—. Según

Beatrice, la relación puede seguir hasta la edad adulta, como por lo visto fue el caso de Hugo y su madre. Lo que no comprendo, Laura, es por qué te quedaste con él si te trataba como a una mera sustituta de su madre. Ni por qué diablos te casaste con tamaño cabrón.

Sus palabras eran duras, pero su tono no lo fue. Reservaba su indignación para Hugo, algo que Laura agradeció. Ella se obligó a mirarlo a los ojos. Tenía que

comprender que le estaba diciendo la verdad, por espantosa que fuera.

—Creo que ya lo entiendes, o al menos en parte. Antes de que nos casáramos, Hugo era un hombre galante y encantador. Nunca en mi vida había conocido a alguien así. ¿Cómo podría explicarlo? —Laura calló un momento—. En una ocasión hice una película sobre los malos tratos, y alguien me dijo que no sabía

absolutamente nada del tema. Ahora entiendo lo que quería decir. No se trata de actos definidos de terror, como una crueldad física o una exigencia de obediencia acompañada de amenazas. En esos casos es fácil distinguir la diferencia entre el bien y el mal, aunque muchas personas maltratadas tampoco reaccionen. La silenciosa pero inexorable destrucción de la autoestima es mucho más siniestra, es una

violación del alma. Eso fue lo que me hizo Hugo.

Laura miró a Tom y vio que lo entendía.

—¿Qué pasó con Alexa?
—preguntó amablemente—. Puedo imaginarlo, pero preferiría oírlo de ti.

Merecía saberlo. Le debía al menos eso, por mucho que le costara explicar lo que había presenciado.

—Una noche que yo debería haber estado durmiendo, oí ruidos

procedentes de la habitación contigua; la que debería estar vacía. Reconocí la risa de Alexa. Pero era la habitación en la que Hugo solo me invitaba para tener relaciones sexuales. Tenía que investigar. Cuando entré, Alexa estaba atada a la cama. Él estaba desnudo, como ella, y tenía una erección. Alexa se reía, porque creía que era un juego. Solo tenía siete años.

Tom trató de reconfortar a Laura apretándole las

manos.

—Continúa —dijo.

—Tenía que sacarlo de aquella habitación antes de poder decirle lo que pensaba. Debía proteger a Alexa. Yo quería huir, Tom, lo más lejos posible, pero eso hubiera significado dejar a Alexa sola con él en la casa. Era imposible. De modo que le dije que creía que era un perverso, un enfermo, todo. Su reacción fue la previsible. Aseguró que mi fracaso como pareja

sexual se debía a mi falta de instrucción.

Fundamentalmente, dijo que todos los padres deberían desarrollar la sexualidad de sus hijos, y que era un deber que estaba encantado de cumplir con Alexa. Esperaba que pudieran estar juntos muchos años.

Tom había palidecido. Laura sabía cómo se sentía, porque él también tenía una hija. Estaba convencida de que él habría tenido tantos deseos de matar a Hugo

como ella. Tenía que explicarle el resto.

—Le pregunté si había tenido relaciones con Alexa y dijo: «Por supuesto que no, y no las tendré hasta que alcance la pubertad. Todavía es una niña». Me enfurecí. Iba a denunciarlo, y él lo sabía. Fue entonces cuando me inyectó algo, no sé qué, y me encerró en una de las habitaciones en desuso. Allí me encontraron, desnuda y sucia. Fue así como consiguió que me internaran.

»Pero tenía que detenerlo. Sabía que nadie me creería, y Alexa no tenía conciencia de que estuviera sucediendo nada malo. Para ella era normal, simplemente uno de los secretos de papá. Estaba orgullosa de que tuvieran “momentos especiales” y además no era nada nuevo, así que no lo vivía con sorpresa ni con angustia. No la había penetrado nunca, de modo que no había pruebas físicas. De todos modos, Alexa aún

era pequeña y pensé que yo tenía tiempo. Necesitaba volver aquí, donde podía protegerla, de modo que acepté sus condiciones. Sin mí, nadie cuidaría de ella. Pero yo también puse mis condiciones, y una de ellas era que no volviera a ponernos la mano encima, ni a mí ni a Alexa. A pesar de sus promesas, estoy segura de que siguió instruyéndola. Pero no podía probarlo.

Laura apartó las manos de las de Tom. No creía que

mereciera su consuelo ni su fortaleza. Esta vez fue ella la que se acercó a la ventana, incapaz de soportar más su bondad.

—Pensé que si iba a ver al jefe de Policía para tratar de que se interesara por las chicas de Allium y se demostraba que Hugo era culpable como sospechaba, el problema se resolvería. Estaba convencida de que el señor Hodder me ayudaría, pero Hugo se complació explicándome que, como

siempre, mi juicio era lamentable. Por lo visto, tu colega había violado a su propia chica Allium, pero Hugo había conseguido resolver la situación, de manera que el comisario estaba en deuda con Hugo.

A Laura le habían comunicado hacía semanas que Theo Hodder se había jubilado anticipadamente, pero ahora era un flaco consuelo. Su deber había sido ayudarla. No podía evitar pensar cuántas chicas

se habrían salvado si hubiera actuado. Ahora se daba cuenta de que para Hugo las prostitutas eran una conveniencia. Ella no cumplía sus deseos y Alexa no estaba aún a punto. Así que Hugo había tomado lo que necesitaba de lo que tenía más a mano, como había hecho su padre. Las consideraba insignificantes y prescindibles.

—Hugo me hizo un favor cuando me ingresó por segunda vez, Tom. Me dio

tiempo para prepararme y planificar. Tenía que salvar a Alexa, y sabía que solo había una forma.

Se resistió con todas sus fuerzas al deseo de correr al lado de Tom para que la consolara, e intentó mostrarse lo menos sentimental posible mientras relataba su historia. Siempre había sabido que algún día podría tener que pagar su precio; quizá había llegado el momento.

—¿Qué tal está Alexa?

¿Cómo lo está llevando? — preguntó Tom.

—Está bien, gracias. Annabel ha conocido a un millonario en Portugal y vuelve poco al país, lo que significa que Alexa puede pasar todos los fines de semana y las vacaciones conmigo. Es un buen arreglo para todos. He buscado asesoramiento sobre cómo tratar a niños cuyos padres tienen ideas raras de la intimidad, y estamos trabajando en ello.

Laura se volvió hacia Tom. Todavía no sabía qué haría él, pero se alegraba de haberse sincerado.

—Ya lo sabes todo.

¿Qué pasará ahora?

Tom sacudió la cabeza. Parecía agotado, como si los sucesos de los últimos seis meses le hubieran pasado factura.

—Sabes que como policía he hecho un juramento. Pero en los últimos seis meses no he encontrado un asesino, sino

dos. Y no he hecho nada con ninguno de ellos. ¿Qué voy a pensar de mí mismo?

—¿Dos? Solo yo estuve involucrada... No arrastres a Imogen a esto, por favor. Sé que fue mi cómplice, pero no es culpable de asesinato.

Tom sacudió la cabeza.

—¿No te has parado nunca a pensar en Beatrice? Estoy bastante seguro, por lo que me contó camino de Dorset, de que es la responsable de la muerte de su padre. Pero no hay forma

de demostrarlo. Probablemente también lo merecía. Soy un policía estupendo, ¿no?

—Sabes que pienso que eres un policía excelente. Siento mucho haberte puesto en esta posición, pero no lo habría hecho de no haber estado dispuesta a asumir las consecuencias.

Tom parecía a punto de llorar, y Laura solo quería abrazarlo y borrar la pena que había causado. Pero no se movió. Ninguno de los

dos habló durante un momento. Por fin, Tom se levantó del sofá y se acercó a ella. Se detuvo a un metro de distancia y la miró a los ojos.

—Sé que no me lo tendrías en cuenta si te arrestara. No lo haré, aunque no sepa cómo me las arreglaré para vivir conmigo mismo. Pero si te arrestara tendría que hacer lo mismo con Imogen; es cómplice de asesinato, tanto si te gusta como si no. Eso destrozaría

su vida, la de Will y probablemente también la de tu madre. Y sin ti, ¿qué sería de Alexa? Ya ha sufrido bastante. Solo los inocentes sufrirían, y ya han sufrido demasiados. Le hiciste un favor al mundo matando a Hugo, y ya has soportado diez años de tormento. No puedo asumir la idea de hacer sufrir al menos a cinco personas solo porque un hombre perverso haya muerto.

Laura no dijo nada.

Sabía que él no había terminado. Tom alargó las manos para agarrar las suyas y ella las recibió con placer, aunque ninguno de los dos se acercó más.

—La cuestión, Laura, es que si hago esto no podré volver a verte nunca más. Lo comprendes, ¿verdad? Te admiro por tu fortaleza, tu compromiso y tu integridad, lo que parece algo raro de decir en estas circunstancias. No soporto pensar que sufres, y desearía tener la

oportunidad de ayudarte a recuperarte del daño que te hizo ese cabrón. Pero soy policía. Me aparto, Laura, pero, sean cuales sean mis sentimientos personales, no soy capaz de aprobar el asesinato, ni siquiera cuando está justificado.

Laura no dijo nada, pero lo entendía. Sintió que aquel era un hombre que podría haber amado si la vida hubiera sido más benévola con ella. Pero la barrera entre ellos sería demasiado

grande. Por otro lado, sabía que nunca podría volver a amar a otro hombre, porque para ella el amor significaba sinceridad, y esa era una historia que no pensaba volver a contar jamás.

Tom bajó los brazos a los lados y dio un paso hacia ella. Levantó una mano y le acarició cariñosamente la mejilla con el dorso del dedo índice.

Y luego se marchó.

Agradecimientos

Estoy en deuda con muchas personas por su ayuda en la redacción de este libro, pero en particular con John Wrintmore por su información sobre el funcionamiento de la Policía. Sé que no siempre escuché sus excelentes consejos, pero si no lo hice fue únicamente por el bien de la narración. También

estoy agradecida a Alan Carpenter por diseñar la cubierta original de *Solo los inocentes*. Estoy segura de que fue una contribución importante al temprano éxito del libro.

Un agradecimiento especial para quienes leyeron (y relejeron) esta novela, sobre todo Becky, Nic, Rachel, Kathryn, Judith y Tom. Sus sugerencias fueron muy valiosas.

Mi gratitud especial a mi agente, Lizzy Kremer, que

me ha guiado con infinita paciencia y tolerancia, y al resto de personas que trabajan en David Higham Associates por su constante apoyo y entusiasmo.

Aunque estemos separados por océanos, Terry Goodman y el equipo de Thomas and Mercer me han hecho sentir muy bienvenida (¡sobre todo aquel almuerzo en Roma!). Sus conocimientos han representado una gran diferencia.

Y por fin, siempre estaré en deuda con mi equipo personal de apoyo: John, por su paciencia y tolerancia más allá del deber, y Giulia, por interminables tazas de café y mucho más.



RACHEL ABBOTT.

Escritora inglesa, es conocida por sus novelas de intriga y misterio, llegando a ocupar el número 1 de los libros más vendidos en las listas de Amazon.

Rachel

Abbott

gestionaba una empresa de
diseño de software
multimedia para
aplicaciones educativas
durante la burbuja del
puntocom hasta el 2000, año
en que la vendió para
dedicarse a su verdadera
pasión: comprar y restaurar
fincas en Italia, donde ahora
reside con su familia.